

LA MESA DE LOS GALANES

Y OTROS CUENTOS

R. FONTANARROSA



Lectulandia

Además de ser el título de este libro, la mesa de los galanes es el ambiente donde se desarrollan muchos de los cuentos de Fontanarrosa, recogidos en casi todos sus libros. La *Mesa* existió (tal vez aún exista) realmente, en el café *El Cairo* de la ciudad de Rosario, donde vivía *El Negro*.

Los diálogos y las situaciones desopilantes que se dan en esa mesa, no son más que extrapolaciones humorísticas de sucesos y conversaciones reales. Por supuesto hay muchos otros cuentos en este libro que se plantean en otros ambientes y otras épocas.

Lectulandia

Roberto Fontanarrosa

La mesa de los galanes
y otros cuentos

ePUB v1.0

Ariblack 11.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *La mesa de los galanes*
Roberto Fonatanarrosa, 1999.

Editor original: Ariblack (v1.0)
ePub base v2.0

Para el Negro Herrera y el Pelado Reinoso

PERIODISMO INVESTIGATIVO

Echenaussi estaba preocupado. En su reloj Timex Pagoda (regalo del Jefe) eran las 19.36 y todavía no había llegado Santisteban con la valija. Llamó al mozo y le pidió otro mate cocido. Se había acostumbrado a esa infusión en aquellas largas noches cuando, con los compañeros del Movimiento, salían a pintar consignas y el Pocho (como le decían a Echenaussi) era el encargado de llevar el termo.

—¿Me averiguó algo? —el mozo del *Avenida* dejó la taza con el saquito y el agua caliente sobre la mesa. Se llamaba Aquiles Luque y hacía ya ocho años que intentaba dejar su trabajo en el boliche y obtener algún puesto importante en el Congreso.

—¿De qué? —se sobresaltó Echenaussi, en otra cosa.

—De aquello.

—Ah sí. Quédate tranquilo, Cabezón. Ya hablé de lo tuyo. Apenas el jefe me dé piedra libre, se hace. ¿Me prestas el teléfono?

Luque señaló hacia el mostrador. Echenaussi se levantó con algún esfuerzo (estaba gordo, arriba de los 97) y lo encaró al dueño. Sabía que no prestaba el aparato con facilidad.

—Don Jaca —le dijo—. Ayer estuve con la gente del sindicato —el hombre lo miró de reojo mientras secaba unos vasos—, parece que lo de acá se hace. Tenemos que hablar con los muchachos de los colectivos para que cuando llevan a los operarios para General Armida en vez de parar en Canavosio paren acá. Es mucha gente, Jaca. Son como 400 monos todos los días. ¿Tiene comodidades usted como para atenderlos a todos? —el hombre asintió con la cabeza, sin mirarlo—. Porque no es joda 400 tipos por día —Echenaussi ya había discado y esperaba con el tubo sobre la oreja—. Ya está al salir —repitió—. —Es casi un hecho.. ¿Galíndez!— gritó prácticamente cuando le contestaron — ¿Salió ya Santisteban?... ¿Y por dónde anda ese pelotudo?... Bueno, bueno... Si te llama decile que lo estoy esperando en el *Avenida*...

—¿Cuánto le debo, Jaca? —Echenaussi amagó llevar la mano a uno de los bolsillos del pantalón. Jaca negó con la cabeza, sin mirarlo—. La semana que viene tengo otra reunión —agregó Echenaussi—. Y creo que ahí cocinamos todo. Los del sindicato están enloquecidos por venir aquí. Dicen que el café que les sirven en el otro boliche es una cagada.

Se fue a sentar, mirando el reloj. A las 18.48 llegó la Rinaudo. Alcira Silvia Rinaudo venía de declarar en Tribunales y estaba un poco alterada. Lo conocía al Pocho desde los tiempos en que toda la Facultad de Ingeniería con el FRENJUTED incluido se había pasado al FREPEJU, pero pocas veces lo había visto tan nervioso. Tampoco Alcira atravesaba su mejor momento ya que había quedado fuera de la lista

de concejales de Villa Gobernador Zenobio y el *Peludo* Mendoza no la había convocado para el asado semestral en la quinta de La Tronqueta donde se digitaban los referentes. Vieja militante del POCINO, sabía recalar en Cinta Verde por los años 70, había adherido al ESTEPO tras la caída de Juan Carlos *Oruga* Pando como Secretario de la Secre y ahora vivía un moderado esplendor como consejera de Francisco Casarubia en la Comisión Programática Pro Recuperación del Afiliado que operaba conjuntamente con el Programa Pro Propaganda, el PROPROPRO. Sin embargo, su rostro (que había sido bello en una época) mostraba el deterioro producido por cinco años de cárcel en Coronda, adonde había ido a parar luego de los disturbios producidos en el *Anfi de Odonto* (el mítico anfiteatro de Odontología, de Las Flores) tras una agitada presentación del comprometido cantautor chileno Leonel Pizarro quien se revelara al público en aquella ocasión como oficinista, ultracatólico y homosexual.

—Todavía no llegó —informó Echenaussi a la Rinaudo apenas ésta se sentó a la mesa.

—Se habrá retrasado —contestó Alcira, sacando un cigarrillo. No fumaba menos de 40 cigarrillos por día, *Provenzales Fuertes*, sin filtro, hábito que había adquirido en el presidio.

—Le tengo desconfianza al *Matute* ¿viste? — meneó la cabeza Echenaussi—. Chupa.

—Sí, pero... —Alcira consultó su reloj— ¿a esta hora?

—A cualquier hora.

Sin duda, por la mente de ambos, cruzó el recuerdo del desgraciado episodio protagonizado por Santisteban en un conocido programa de almuerzos por televisión donde, achispado por la apresurada ingestión de más de seis copas de vino blanco *Traminer Rhin* 1984, prometió que, en su condición de Asesor Alterno Legal y Técnico de la Gobernación, no cejaría hasta que la vecina República del Uruguay volviera a ser territorio argentino, aun a costa del derramamiento de sangre de miles de inocentes. Había perpetrado el exabrupto en horario central y ante la presencia del propio embajador del Uruguay, Liber Vidal Gestido, quien no acabó su plato de lenguado al puerro, presa de un entendible nerviosismo.

Sin embargo, antes de las 18 Horacio *Matute* Santisteban entró por la puerta de la ochava de la esquina de Santa Cruz y Manizales. Lucía sobrio y acicalado. Sostenía en su mano derecha, una valija Samsonite modelo 3-X2 *Kingdom* de tono verde agua, que había comprado por 143 dólares en el aeropuerto de Tocumen en Panamá. Sin decir palabra, pero con una sonrisa cómplice, depositó la pesada valija frente a sus compañeros, sobre la mesa. Hombre del riñón mismo del dominguismo, puntero eficaz de Antonio Zancarini en Los Molinos, fundador (junto con Alcides Friedli) del ASNOSA, Horacio *Matute* Santisteban, a los 47 años, configuraba un cuadro de

locuacidad admirable. Condición que se acentuaba con la bebida pero que desaparecía misteriosamente apenas se paraba frente a un micrófono para hablarle a las masas. Allí lo atacaba una inexplicable ataraxia, lo paralizaba el *Miedo a la Venganza de la Historia* (como solía definir el momento el diputado Epífani) y caía en un prolongado mutismo al que otros compañeros también denominaban *Momentos de reflexión partidaria*.

—¿Querés tomar algo? —preguntó Echenaussi, como procurando disimular su ansiedad.

—Ahora me pido un café —dijo Santisteban, sentándose.

—Dejá. Yo te lo tramito. Yo los conozco ¿sabes? Sé como tratarlos... ¡Cabezón! —llamó el Pocho. Cuando Luque estuvo a su lado, Echenaussi le habló torciendo algo la boca, por sobre el hombro y guiñándole un ojo—. Traele un café al amigo. De los que vos sabes. De ésos que ustedes tienen escondidos por ahí. Es de los nuestros.

—¿Todo bien? —preguntó la Rinaudo a Santisteban.

—Fijate. Yo creo que está bien.

Echenaussi no se hizo esperar. Recibió la pequeña llave que le extendía Santisteban y con ella abrió la valija. Levantó la tapa, atisbo adentro y se le ensanchó el rostro con una sonrisa.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—¿Acá? Acá hay ocho mil. Pero en total son cuatrocientos. Los que vos pedistes.

—¿Cuatrocientos mil?

Santisteban aprobó con la cabeza.

—¿A verlos? —pidió la Rinaudo. Echenaussi dudó. Pegó una ojeada a su alrededor, como si el boliche estuviera lleno—. Un fajo nomás —insistió Alcira—. Para ver cómo quedaron.

El Pocho metió la mano en la Samsonite y sacó un fajo de papel. Eran hojas de 16 centímetros de ancho por 25 de alto, totalmente en blanco, separadas en fajos de cien y sujeto cada fajo por una banda de papel rosa.

—Las hicieron directamente en papel celcote ilustración 800 gramos —explicó Santisteban—. Eran unos mangos más pero valía la pena. Fijate como quedaron. De prima.

Santisteban sopesó uno de los fajos en el aire y adoptó una sonrisa triste.

—¿Sabes qué *quilombo* que van a hacer algunos ahora, no? —dijo.

—¿Por qué? —Santisteban se encogió de hombros, enojado.

—Van a decir que nunca los votos en blanco han tenido boletas, que nunca fue así...

—Que es todo un negociado... —aportó la Rinaudo.

—Que es todo un negociado, que vamos prendidos en la impresión...

—Que se vayan a la concha de su madre... —musitó Santisteban.

—¡Ésta es la justa, viejo! —pareció recomponerse Echenaussi—. Si hay boletas de todos los partidos, también debe haber boletas en blanco. El voto en blanco es un porcentaje considerable en el tejido político de nuestra sociedad. Y aunque fuesen pocos hay que mantener un respeto tácito hacia las minorías, hacia el derecho de expresión de las minorías...

—Hice hacer más —interrumpió Santisteban, práctico.

—¿Cuántas? —frunció el ceño el Pocho.

—Medio palo más. Por si acaso. Las encuestas no son confiables.

—¿Pusiste el gancho?

Santisteban frunció los labios como para dar un beso y negó con la cabeza.

—Todo lo firmó Lemita, querido. Papá no puso la araña en ninguna parte.

Cuando decía *Lemita*, se refería a Luciano Javier Lema, subsecretario del PRODUJO, a quien llamaban *El Afirmado* porque siempre había firmado algún documento.

—Hay teléfono para usted, Echenaussi —Luque, el mozo, le tocaba, respetuoso, el hombro. El Pocho metió apresuradamente los fajos de papel otra vez en la valija y se levantó arreglándose la camisa Pierre Cardin bajo la corbata de seda inglesa que había adquirido en Harrod's, de Londres, donde había estado sobre fin de año, presidiendo una delegación de volley femenino de la OPRACA.

—Está casi cocinado lo del sindicato, don Jaca —reiteró antes de levantar el tubo—. Vamos a tener que ampliar, me parece.

Después escuchó lo que le decían desde el otro lado de la línea y palideció. Contestó con monosílabos para luego cortar. Volvió a sentarse, consternado.

—Se armó la bronca, muchachos —anunció. Alcira y Santisteban lo miraron—. El hijo de puta de Machín Ocariz nos mandó en cana. Llamó a conferencia de prensa y denunció lo de esto —señaló la valija con los votos en blanco—. Ya parece que Damián Parenti, en *Verdades de a puño*, nos llenó de mierda hoy a la mañana y el otro hijo de puta de «Más vale tarde que nunca» nos está buscando para darnos con un caño...

Se hizo un silencio oprobioso.

—¿Cómo puede ser tan hijo de puta el Machín? —se preguntó, airada, la Rinaudo.

—No te olvides que lo dejamos afuera en lo de la Aceitera —recordó Santisteban.

—¡Sí, pero bien que agarró su buen canuto con lo de la Aduana! —Alcira seguía enervada—. ¡Y ahí lo habilitamos nosotros, querido!

—Sí... —terció Echenaussi, en voz baja—. Pero anda a explicarle lo de la cana. Está preso, hermano. La conferencia de prensa la convocó desde la cárcel, me dijo el *Banana*. Metió como 200 periodistas en Caseros. Y él sigue convencido de que a la gayola lo mandamos de pies y manos nosotros cuando hubo una filtración por lo del

raje de Falconieri.

—¿Él mismo habló con los periodistas en la cárcel? —preguntó Santisteban.

—Su edecán...

Se quedaron en un silencio funerario.

—Estamos fusilados, viejo... —murmuró Santisteban—. Que se iba a armar el desbole estaba escrito, pero no esperaba que fuera tan pronto...

—Eso —el Pocho se restregaba las manos, nervioso— después de las elecciones... ¡qué te calienta! Pero ahora... Hasta puede ser usado por la oposición como caballito de batalla... Te imaginas...

—¿Puede? —saltó la Rinaudo—. ¡Seguro que lo van a usar! ¡Se agarran de cualquier cosa para perjudicarnos! ¡Seguro que lo van a usar!

Echenaussi se tocó la frente.

—En cualquier momento llama el Jefe —calculó, enarcando las cejas—. Y ahí cagamos...

Como si lo hubiera convocado, un repicar electrónico se escuchó desde el bolsón de cuero de la Rinaudo. Los tres pegaron un respingo.

—El celular —dijo Alcira, desorbitada y atragantándose con el humo del cigarrillo— ¿qué hago?

—Atendé vos —Santisteban señaló a Echenaussi.

—No, no boludo —Echenaussi se echó hacia atrás en su silla y negó con la cabeza—. Dame tiempo. Cubrime. Attendé vos y decile que yo estoy por llegar. Attendé. Dale.

La Rinaudo le alcanzó el teléfono a Santisteban. Santisteban contestó y de inmediato miró fijamente a sus compañeros. —Ya te doy, ya te doy... —dijo hacia el auricular. Tapó luego con la mano el receptor y tranquilizó al Pocho—. Es de nuevo el Banana. Quiere hablar con vos. Parece que zafamos...

Echenaussi tomó el teléfono. Escuchó atentamente por largos minutos, la vista fija sobre la mesa, luego elevó la mirada, observó a sus compañeros y enarcó las cejas en gesto cómplice. Por fin cortó.

—Salvatore Giuliano —dijo entonces, crípticamente, reanimado—. Me parece que nos salvamos, muchachos...

—¿Qué pasó? —apuró Santisteban.

—Saltó el *quilombo* por lo de las vendas. Me dijo el Banana que acaban de decirlo por la radio. Hay un despelote de novela. El juez Perriard amenazó con suicidarse en cámara, en el programa de Foss y Della Bianca.

—¿Lo de las vendas? —frunció la nariz, Alcira.

—¿No la sabes a ésa? Se compraron a Canadá catorce toneladas de vendas de gasa para los hospitales. Viste que la gente y la oposición siempre rompen las pelotas con eso de que en los hospitales no hay vendas...

—Sí —lo seguía Alcira.

—Y ahora se supo que eran vendas usadas en la Guerra del Golfo. Vendas usadas. Un gran porcentaje, te diría un ochenta por ciento...

—Un noventa —corrigió Santisteban, canchero.

—Un noventa por ciento están manchadas, con restos de *sangre*, costras, todas esas porquerías...

—Mucho quemado, por ese asunto de las bombas de fósforo —agregó Santisteban.

—Pero que se iban a lavar, lógicamente —prosiguió Echenaussi—. Te imaginas que no se iban a usar así. Y, aparte de ser mucho pero mucho más baratas, te dan la oportunidad de poner un montón de gente a trabajar en la limpieza. Creas más de mil puestos de trabajo así nomás, de un solo saque...

—Y se enteró la prensa... —dijo la Rinaudo.

—Se enteró la prensa... Vos sabes que les gusta revolver entre la mierda...

—¿No estabas al tanto, vos? —Santisteban miró a Alcira, casi asombrado.

—Para nada. Bueno... andaba metida en este fato —señaló la valija con el mentón.

—Pero lo nuestro no es nada con respecto a aquello —se exaltó Echenaussi—. Lo de las vendas en un asunto de millones y millones de dólares. Lo nuestro es verdurita. Un vuelto, apenas.

—No. Olvídate. Lo nuestro pasó al olvido —se rió abiertamente Santisteban.

—Si me dijo también el Banana que ya, ya, ahora mismo —el Pocho pegó con el índice de su mano derecha sobre la mesa— cambió totalmente la información. Ni se habla de la impresión de los votos, con este *quilombo* de las vendas...

—Pedite un vino, Pochito —se relajó Santisteban.

—Sí, déjame a mí que yo los conozco... ¡Cabezón, tráete un riesling! Pero de los buenos. De los que tenés en el sótano. No de los que son para la gilada...

Se rieron.

Echenaussi se echó hacia adelante, reflexivo.

—También... —dijo—. Hay que ser hijos de puta... Viejo, con esto de las vendas... Hay que poner algún límite... Tenés que cuidar un poquito más las apariencias aunque más no sea... ¿No es cierto, Al tira? ¿No es cierto?

Alcira dijo que sí con la cabeza. Y volvió a fumar.

MAESTRAS ARGENTINAS

CLARA DEZCURRA

Clara Dezcurrea toma la pluma y escribe la fecha. “16 de julio de 1840”. Luego, con la misma letra minúscula y erguida, agrega el encabezamiento: “Querida Juana”. Finalmente, tras alisar el papel que tiene la textura y la consistencia del hojaldre, embebe la pluma en la tinta negra, y redacta: «Ayer decidí cambiar el método que siempre utilizamos. Quise darle a mis chicos una alternativa diferente que los arrancara de la enseñanza rutinaria. Esta vez, en clase de Habla Hispana, deje de lado nuestra clásica composición *Voyage au tour de mon bureau* y quise sorprenderlos con algo propio, conocido, cercano. Fue entonces cuando les propuse escribir sobre 'La vaca'».

Clara Dezcurrea no lo sabe, pero ha introducido un hábito de escritura que será, luego, por décadas, indicador y modelo en las escuelas criollas.

En realidad poco y nada decía para sus alumnos la temática de anterior composición tipo, *Voyage autour de mon bureau* (*Viaje en derredor de mi pupitre*) impuesta por el maestro modernista francés Alphonse Chateaubriand a fines de 1815. La escuela de Clara Dezcurrea; apenas un simple salón de tierra apisonada; no tiene pupitres, ni bancos, ni siquiera sillas. Los alumnos se apretujan sentándose en rejas de arados, tocones de ceiba o simples calaveras de vaca que relucen como si fuesen de mármol. La calavera de vaca es el asiento más fácil de conseguir, el más frecuente, porque la escuela nocturna de la señora Dezcurrea es, durante el día, un matadero clandestino.

Clara humedece con la saliva de su lengua el reborde pringoso de la tapa del sobre donde ha metido la carta. Lo cierra y luego, aprovechando el calor del candil que la alumbraba malamente, derrite casi un centímetro de lacre sobre el vértice de la juntura. Le llega, desde afuera, el olor pesado que viene desde el saladero de cueros, el tufo casi irrespirable a pescado podrido de la costa, y el mugido profundo de algún animal que ha olfateado, quizás, el aroma premonitorio de la sangre.

La escuela ni siquiera está en el centro de Buenos Aires. Ahí, frente al portalón de la Iglesia de los Cordeleros, como se lo había prometido don Juan Lezica, cuando era alguacil segundo del Municipio, para luego decirle que, aquello, era imposible. El Episcopado o, mejor dicho, el obispo Alcides Melgarejo, le había recordado a Rosas que no debían permitirse escuelas ni quiescas en las proximidades de los templos. Y entonces le habían dado a Clara ese quincho —porque de otra forma no se lo podía denominar—; cerca de los corrales de Mataderos, a metros del puerto de Santa

Brígida, detrás del saladero de don Felipe Echenaugucía. Y la escuela era nocturna. Y los *chicos*, como ella los denominaba, eran ya gente grande: puesteros de los corrales, matarifes, carreros cachapeceros, pero muy especialmente, federales. Hombres de la Santa Federación que llegaban a clase luciendo la divisa punzó, mazorqueros que, en el primer día de clase, habían degollado a un negro por robarse una goma de borrar.

Clara, todas las tardes, mientras escucha dar las siete en el carrillón de la Merced, baldea el piso para quitar los oscuros cuajarones de sangre que quedan de la actividad del frigorífico clandestino, y echa hacia los potreros las reses que no han sido aún sacrificadas. Espera, en tanto, desde el Alto Perú, la respuesta de Juana, su compañera de promoción. Intuye que su puesto al frente de la precaria escuela, peligra. Sin ella saberlo, ha permitido la inscripción de más de un unitario. Algunos le han confesado su condición, como Juan José Losada. Otros le han dicho que la vincha celeste que llevan recogiendo el pelo, es en honor a la bandera. «Pero nadie viene a controlar lo que pasa por estos parajes, Juana —le ha escrito a su amiga—. Estamos dejados de la mano de Dios. Mis chicos escriben con trozos de ladrillo o pedazos de tripa gorda y yo utilizo las paredes como pizarra. Don Martín de Agüero me ha prometido tizas, pero me dicen que el barco que las trae encalló en proximidades de Recife».

Un zambo iza la bandera. Le dicen *Falucho*, pero es en broma. Tomó parte en el sitio de El Callao, pero no logra aprender la tabla del cuatro. No ha llegado aún al país el sistema inglés de los palotes, y los alumnos trazan una línea acá, otra allá, sin ton ni son, sin orden ni medida. Clara es la primera en entonar la *Oda a la bandera*, de Balmes y Vespucci. Hija y nieta de educadoras, recuerda las anécdotas de su abuela, Irma Dezcurra, de cuando aún la joven nación no tenía divisa, antes de que don Manuel Belgrano la crease. Los niños —contaba la anciana— se reunían en los patios escolares antes de entrar a clase y no sabían qué hacer. Daban vueltas sobre sí mismos, se chocaban entre ellos o giraban tontamente como tiovivos sin acertar con una conducta. Alguno, quizás, gritaba consignas emotivas, o repartía chanzas contra los españoles. Alguna maestra, tal vez más devota, entonaba salmos religiosos. Hubo quien —recordaba abuela Irma— aguardando la entrada a clase, se empecinó en vocear los números de la lotería de cartones: el juego que tanto entusiasmaba a Manuelita; y así nació la *cifra*, el canto que, junto a vidalas y pericones, habría de animar numerosas y encendidas veladas patrias.

Clara come un pastelito de dulce y lo acompaña con té de cardosanto. La respuesta de Juana Azurduy tarda en llegar. Hoy Clara ha tenido que sosegar a un federa! Muy alcoholizado No la desvela tanto la indisciplina, pero luego se le duermen en la clase. Y a veces se pelean. Los mazorqueros sospechan que uno de los alumnos es unitario. Es un mozo joven, bien parecido, que viene siempre de bombachas de fino fieltro y botas altas. Tiene la patilla larga que baja y dobla luego

hacia arriba, para unirse con el bigote, dibujando una “U” provocativa. Pero los mazorqueros aún no han llegado hasta ese punto del abecedario. Solo Isidro Gaitán, un sargento, puede memorizar las letras hasta la hache que, al ser muda, lo desorienta. Los demás apenas si se han familiarizado con las letras hasta la «D». Clara duda si continuar con la enseñanza. Apenas sus chicos descubran que la «U» tiene un dibujo similar al que se lee en las mejillas del joven unitario, puede arder Troya. Clara no quiere más problemas con el gobierno. Pero habrá de tenerlos.

Antes de que llegue, por fin, la carta de Juana, ya don Artemio Soto conoce la noticia de su innovación pedagógica. Algún mazorquero la ha comentado en un boliche. Tal vez un tropero alcanzó a contar las desventuras de su composición tipo cerca del oído de algún correveidile del poder. Tras seis meses de espera, la carta de Juana llega, como una premonición, días antes que la de Domingo Faustino Sarmiento.

A la luz vacilante del quinqué, Clara lee la esquila de su amiga. «Tené cuidado. Clara» es todo el texto, entre sucinto y fraternal. Sin duda Juana, preocupada, consciente del tiempo que llevará a su carta llegar de nuevo hasta la capital, optó por escribirla lo más rápido posible, casi con características telegráficas.

Clara bebe una copita de oporto al que enturbia con hojas de regaliz. Duda si abrir o no la carta de Sarmiento. Sin embargo, la redacción de ésta, lo comprobará luego, es de advertencia mas no llega a sonar admonitoria. «No veo de buen grado —le escribe el sanjuanino— el cambio por usted introducido en la enseñanza de nuestra lengua criolla. Somos un país incipiente que requiere de ejemplos y el modelo del maestro Chateauvieux aún está en vigencia. Somos todavía como el joven retoño que precisa de la rectitud y la firmeza del tutor para crecer derecho».

Clara garrapatea una carta de respuesta plena de formalismos y ambigüedades, lejos de su habitual estilo franco, y decide continuar con sus planes. La hace persistir en su esfuerzo el entusiasmo que observa en sus alumnos. Por primera vez, muchos de ellos, escriben más de dos páginas de composición, cuando con el tema *Viaje en torno a mi pupitre* algunos no alcanzaban ni a los tres renglones. Un matarife de Achiras Altas, Juan Sala, redacta, incluso, casi diez páginas de un relato estremecedor, fruto de su conocimiento de la tropa vacuna. Tiempo después, será la base de un libro paradigmático: *Amalia*.

Josefa Paz de Hurlingham invita a Clara a tomar chocolate en su casa de la bajada del Marquesado. Recibe en una sala solariega desde donde se ve el patio interno de la casa, impregnado con un perfume fresco a magnolias, glicinas y santarritas. Hay un jardín, también, con lilas del lugar y patos criollos. Una morena carabalí sirve el chocolate en vajilla de peltre y terracota, sobre una bandeja cubierta con una mantilla bordada por la misma señora Josefa. Josefa le cuenta a Clara, animosa, que en el colegio adonde va su hija, en clase de Habla Castellana le pidieron una composición

sobre el tema *La vaca*. Josefa cuenta esto con risa amable y, cada tanto, se toca el ñandutí de su pechera impecable.

Clara no tiene tiempo ni de alegrarse. A la noche siguiente, una frágil figura desciende de una calesa frente a su escuela, siendo de inmediato rodeada por perros coléricos y becerros supervivientes. El nocturno visitante es don Benito Agudo Ersilbengoa, mano derecha del nuncio apostólico y amanuense del alguacil Ordóñez. «Hemos recibido las quejas de monseñor Brizuela —comunica a Clara Dezcurrea— con respecto al tipo de temas que usted está haciendo escribir a sus alumnos».

Clara conoce bien a monseñor Brizuela. Se corren muchos rumores en torno a su persona. Se decía de él que a su arribo a nuestras costas, cuatro años atrás, era un hombre afable y comprensivo. Pero que había sufrido un doloroso accidente durante las invasiones británicas, cuando transportaba trabajosamente un pilón con aceite hirviendo. Aquella desgracia, se comenta ahora, ha dado origen a la sabrosa fritura de pastelería puesta en boga por todos los panaderos: la *bola de fraile*.

«Es indigno —continúa don Benito Agudo Ersilbengoa— que nuestros guardias federales, nuestros soldados, sean obligados a escribir sobre un tema tan poco épico y glorioso como el que usted les impone.»

Clara comprende que ha llegado el momento de defender sus convicciones. Escribe a Sarmiento explicando su postura y la ventaja de educar a sus alumnos a partir de vivencias que a ellos le sean familiares. Seis meses después, puntualmente, recibe la contestación. Y de allí en más, día a día, irá recibiendo cartas del maestro sanjuanino. Sarmiento no falta un solo día al Correo. Algunas de sus cartas, no todas, muestran sobre el pergamino largos trazos de un pegote blancuzco, como si alguien hubiese moqueado sobre ellos. Clara deduce que Sarmiento las ha escrito bajo su histórica higuera, buscando aislarse, tal vez, de los rayos solares.

«No me opongo a que usted trabaje sobre *La vaca* —le dice el autor de *Facundo*— en lugar de hacerlo sobre el modelo francés. Habrá un día, solo Dios puede saberlo, en que nuestro país se quitará de encima la influencia europea, y quizás entonces usted será considerada una precursora. Pero déjeme sugerirle otra variante; ya que el debate se ha instalado en torno a si es conveniente o no gastar papel, tinta e ingenio sobre un animal tan rasposo y de índole infeliz como la vaca le propongo que sus composiciones sean sobre otro animal todavía más cercano y afín a nuestra tradición libertaria como el caballo. Más de uno de nuestros centauros, que regaron con su sangre generosa el suelo americano, sabrá agradecersele».

Clara lo piensa. Supone, con su intuición de maestra, que el del caballo puede ser un paso posterior. Incluso no deja de lado la gallina, con su doméstica convivencia. Pero la cercanía de los corrales, la vital actividad del matadero y, fundamentalmente, la creciente importancia del ganado vacuno en la suerte de nuestra economía, la deciden a continuar con el plan trazado.

Es febrero de 1845 y el formidable estío de Buenos Aires embalsama la brisa con aromas fuertes. Clara ha recibido el paso del aguatero llenando dos odres grandes para sus muchachos. La composición tipo *La Vaca* se emplea ya en casi todos los institutos educativos de la ciudad. Hasta las familias patricias que contratan institutrices británicas han encontrado pertinente el uso de la redacción impuesta por Clara Dezurra. Sentada sobre una rueda de carro Clara observa el patio a través de la puerta del salón. El calor del día ha exacerbado el olor a bosta y escuela las risotadas de sus chicos disfrutando el momento placido del recreo. Se oye el punteo de alguna guitarra, alguna relación intencionada, el repique constante de un tamboril. De pronto alguien grita, hay un revuelo Clara presta atención, inquieta. Sus muchachos son buenos, pero si se los vigila son mejores. Escucha un violín y se estremece. Son los sonos de la *refalosa*, la danza con que los mazorqueros acompañan los saltos despatarrados de sus víctimas cuando resbalan sobre su propia sangre. Clara se levanta y sale a ver qué pasa. Pero, en este caso, la víctima ya ha caído sobre el patio de la escuela. Es Juan José Losada, el joven unitario de las patillas en «U». Lo han degollado. Ante la pregunta enérgica de Clara, nadie dice saber nada, nadie dice conocer a los asesinos Pero hay risas torvas, sofocadas. El grupo de mazorqueros se aleja un tanto, empujándose unos a otros, como sorprendidos o avergonzados por la reprimenda.

Clara escribe a Juana, el 24 de febrero de ese año «Los eché a todos. No me importa, Juana, que sean mazorqueros, hombres del Restaurador de las Leyes o lo que sea. Hoy degüellan a un compañero y mañana pueden llegar a hacer cosas peores. A estas situaciones hay que cortarlas de raíz, antes de que pasen a mayores» Entre los expulsados de la escuela, está el sargento federal Anacleto Medina, héroe de Cepeda.

Clara estudia al jinete que ha llegado hasta su escuela Ella estaba calentando agua en la pava de latón peruano para prepararse un caldo, cuando escuchó el galope El hombre es un soldado de Rosas y le estira en la mano, un rollo de papel sujeto con una cinta, por supuesto, punzó. Clara desenrolla el mensaje y lee el texto. La trasladan. Ha estado dando clase durante siete años en un tinglado con piso de tierra que, durante el día, hacía las veces de frigorífico clandestino A pocas varas del matadero de reses y del solar donde se envenenan los cueros. Alumbrándose con velas de grasa. Educando a una clase compuesta por matarifes, soldados federales, negros, zambos, comicios, renegados y mal entretenidos. Ahora la letra pareja y grande del Restaurador, le indica que será trasladada a un lugar de menor jerarquía. No lo dice con esas palabras. “La patria —le escribe Rosas— demanda de usted un nuevo sacrificio. Y hemos decidido destinarla a una escuela marginal, con alumnos que detentan problemas de conducta. Sé que usted, con su firmeza de espíritu, sabrá encarrilarlos y superar los problemas de presupuesto que, de aquí en más, habrá de sufrir”.

Clara Dezcurre sabe que >a no tiene sentido aguardar el cargamento de tiza. Intuye que su alejamiento obedece, más que nada, a su particular obcecación en persistir con el tema de *La vaca*.

«Creo que todo ha sido inútil —escribe a su amiga Juana—. Comprendo que, hoy por hoy, se hace muy difícil cambiar algo de lo ya dispuesto. Supongo que, con el paso del tiempo, todo el mundo se olvidará de mi tema de composición y volveremos a *Voyage autour de mon bureau* o a cualquier otra imposición venida de afuera bajo el engañoso rubro de aporte cultural». Deja gotear el lacre, morosamente, sobre la juntura del cierre, antes de moldearlo bajo la presión de su anillo de sello. No puede dejar de pensar en la fugacidad de su iniciativa educacional. No sabe cuan equivocada está. Una gota de lacre, lustrosa, ha modelado un diminuto montículo, sobre la mesa.

ELLA DIJO

Vamos a ver, vamos a ver, vamos a pasar todo de vuelta para no caer en contradicciones ni en engaños ni nada de eso. Vamos por parte, arrancando desde el comienzo, desde el principio. Ella estaba parada en la esquina. Muy bien. Ella estaba parada en la esquina y yo le dije «Hola, qué tal...» ¿Así le dije yo? O «Hola» nada más. No, yo le dije «Hola qué tal», de eso me acuerdo seguro. «Hola, qué tal». Ella me había visto y... pero... No... Vamos a la verdad de la cosa ¿Ella me había visto? ¿En realidad ella me había visto venir por Urquiza? Porque no se sorprendió, me dijo «Hola» como si ya me hubiera visto venir. O tal vez no, no me vio y lo que pasa es que es poco demostrativa y no se sorprende tan fácilmente. O miraba para mi lado pero en realidad estaba mirando a ver si venía o no venía el ómnibus, como tantas veces que uno mira a lo lejos y no ve lo que está más cerca. Es muy probable, muy pero muy probable que ella no me haya visto venir. Entonces yo me acerco, la encaro —porque la verdad de la milanese es que yo la encaré bien encarada, como se debe hacer— yo la encaré y le dije «Hola qué tal». Hasta ahí va bien. Muy bien vamos hasta ahí. Después... pero... No. No nos vamos a engañar, digamos las cosas descarnadamente. Lo único que me falta es que me haga el verso a mí mismo, seamos sinceros... ¡La mina no podía dejar de verme, querido! Ella me vio, bien que me vio cuando yo venía, pero se hizo la boluda, bien la boluda que se hizo, para ver si, en una de éstas yo pasaba de largo, sin darle bola ni pararme a hablarle ni nada de eso.

Ésa es la cosa, aunque duela, ésa es la cosa, mi viejo ¿Para qué nos vamos a engañar? ¿Para qué nos vamos a decir una cosa por otra? Se hizo la boluda porque mirando para el lado donde estaba mirando tenía que ser ciega para no verme ¡Si yo venía de frente! ¡De frente a ella venía! Aunque... tal vez, tal vez sea una de esas minas, de esas personas, bah, que parecen que están mirando algo pero están en Babia, en pelotas están, miran sin ver, están perdidas en sus mundos personales, son gente con una intensa vida interior. Y me parece que esta mina es de esa clase de gente. Se la ve sensible, sensitiva, etérea, qué sé yo... Carismática. Por ahí no me reconoció al venir. Digamos, no estaba acostumbrada a verme ahí, por esa calle. Hay que considerar que me ve siempre en el club y hay que dejar en claro que yo me desvié bien desviado de mi recorrido habitual solo para encontrarla. Eso hay que considerar. Yo fui allí con la peor de mis intenciones, viejo lobo en celo en época de cacería Después de todo, cuando yo le dije «Hola qué tal...». ¿Yo le dije «Hola qué tal» o «Hola cómo te va»? «Hola qué tal» le dije yo, «Hola qué tal» ¡Putá qué boludo! ¡Debería haber grabado la conversación! Cuando yo le dije eso, ella me miro un instante, un solo instante como si no me reconociera, ésa fue la impresión que tuve. O por ahí no me escuchó muy bien ¿Será sorda? Me cago. Primero chicata que mira sin ver y después sorda. O se hacía la boluda, digamos la verdad. Se hacía la

boluda como para disimular el no haberme saludado antes. Más bien se tiró el lance de que yo pasara por al lado y no le dirigiera la palabra O, por ahí, es distraída, ahí está el punto. Distraída como son estas minas así, tan lindas. Están en otra cosa, en otro mundo, en otro nivel ¡Y qué linda estaba ayer! Hermosa, así, con el pelo recogido. No sé si no le queda mejor la cola de caballo que el pelo recogido, mirá lo que te digo. Y ese *look* bien de nena, con el *jogging* de gimnasia, la pollera tableada y las medias tres cuartos. Por suerte no estaba con esa musculosa violeta ajustada que le vi en el verano porque si estaba con esa violeta nomás me caigo muerto al piso, no me sale una palabra de la boca. En donde me paro frente a ella ahí nomás se me cortan todas las cuerdas vocales de un solo saque y no me sale una palabra ni que me cague. Si estaba con la musculosa violeta yo iba a empezar a gesticular y en vez de darme bola me iba a dar una moneda de limosna esta mina. Por otra parte, si hubiera estado con la musculosa violeta se hubiera recagado bien de frío la pobrecita porque el tornillo que había ayer a la tarde era considerable, te cuento. Pero lo cierto, lo cierto de todo, lo... ¿cómo diríamos? lo pragmático, es que me contestó «Hola». Bien, así nomás, contestó «Hola». Yo le dije «Hola qué tal» y la mina contestó «Hola». Ni una cosa terrible tipo «¡Hola mi cielo, mi amor, cómo estás!», pero tampoco me mandó a la puta madre que me reparió ni esas cosas. O hubiera podido quedarse callada también, después de todo ¿Por qué no? Si en el club nunca nos habíamos hablado antes. Nos veíamos, sí, yo la miraba todo el tiempo y eso, pero hablar lo que se dice hablar, hablar, nada. Ni un cabeceo siquiera, yo soy tan pelotudo que no me animaba. Hay que ser boludo. Pero ahora se acabó, ahora es otra cosa. Ahora Miguelito ha tomado otra actitud y va a los bifés. Encara, apura, exige. Lo pensé y lo hice. «Hola qué tal» dije. Y ella contestó «Hola». Ni bien ni mal, no exageremos tampoco. Ni es una respuesta para enloquecerse ni tampoco para tirarse debajo de un tren por fría y desinteresada, no. «¿Estás esperando el ómnibus?» le pregunté entonces. No... no... eso fue después. Lo del ómnibus fue después de eso. Yo le pregunté primero «¿Qué hacés?». Eso mismo. Yo le pregunté «¿Qué haces?». Una formalidad, digamos, pero que demuestra cierto interés de uno por la actividad de ella, digamos, como que su actividad no te resbala, no te pasa desapercibida. Tal vez debería haberle preguntado algo más inteligente, más profundo ¡Soy un pelotudo! Días, meses, años preparando el encuentro y no haber pensado en otra pregunta más interesante. Algo referido al cine de Kurosawa, por ejemplo, o al teatro, algo que diera pie para una conversación más comprometida. Pero... mejor no. Mejor no apresurar tanto las cosas. Estuve bien. Estuve bien. Paso a paso, despacito. Nada de atropellarla. No es mi estilo por otra parte. «¿Qué hacés?» Incluso corto, seco, tajante, a lo Mickey Rourke. Nada de «¿Qué hacés?» María, o Isabel, o como se llame. *Peti* creo que le dicen y no le voy a decir *Peti* a la primera de cambio. «¿Qué hacés?». Cortito, exacto, económico digamos... ¿Qué dijo ella entonces? «Bien»,

dijo. «Bien», créase o no. Ella contestó «Bien». Pienso que confundió las preguntas, creyó que yo le había preguntado «¿Cómo estás?», otra gilada, otra formalidad. Pero es posible, digamos, es seguro que ella creyó eso. No me trago la teoría de que sea sorda. Más bien me confirma lo de su distracción. La cosa es que contestó «Bien». Cortita también. Como quien no quiere descubrir sus emociones. Como quien no quiere mostrar todas las cartas cuando alguien la apura como la apure yo, bien apurada... También podía estar hinchada las pelotas, seamos sinceros. Y si hay que ser crueles seamos crueles. Por ahí me vio y se la imaginó. Se dijo, «Este pendejo pelotudo me va a venir a atracar, ya me lo veo». Porque esas minas tan pero tan lindas ya tienen toda una cultura, una prevención con respecto al atraque. ¡Si todos se las quieren levantar! ¡Es un infierno! Ven bajo el barro estas pendejas. Y eso que yo fui sin mostrar mis intenciones. Bien manso que fui. Si ella se hacía la estrecha o la difícil bien que yo podía decirle «¿Pero vos te pensás que lo que yo intento es atracarte? ¿Quién te crees que sos, Kim Basinger te creés que sos?» le hubiera podido decir. Pero la verdad de la milanese, la realidad pura, señor mío, mal que le pese a todos los que andan detrás de ella, es que la mina no me sentó de culo ni me rebotó. Me dijo «Bien», equivocada o no, y me dio pie para seguir con la conversación, ésa es la cosa. Si me hubiera dicho «¿Y a vos qué mierda te importa?» hubiese sido otra cosa y, ahí sí, admito que el intento se podría haber considerado un fracaso. Pero no fue para nada así. Por eso digo que el asunto fue un gran adelanto, mi querido ¡Miguelito viejo, nomás! Un gran adelanto. De no poder ni saludarla en el club, por el cagazo o por las circunstancias, a poder ahora hablar con ella cuando se me cante y volver a encararla en el club, hay un gran paso ¿Es un adelanto o no es un adelanto? Tal vez ella, sí... un poco... no nos vayamos de boca... un poco fría, friona. Fría por demás, acordemos. Porque... bien podría haber sonreído un poco. No digo mucho, un poco. Algo, como de compromiso. Aunque yo la he visto bastante seriosa en el club. Por ahí es su manera de ser. Por ahí tiene algún *quilombo* grande en su vida. Por ahí tiene el viejo enfermo o... Pero... Después de que ella dijo «Bien» ¿qué vino? Ah... yo le pregunté si estaba esperando el ómnibus. Le pregunté sí... Seriosa... ¡Hay que ser hijo de puta para disfrazar las cosas! Seriosa... ¡Cómo si no la hubiera visto cagarse de risa con el rubio pelotudo ése, en el club! Sería conmigo, en todo caso. Con el rubio bien que se cagaba de risa. Aunque tampoco hubiera sido muy lógico que se cagara de risa con lo que le preguntaba yo. Si venía el ómnibus o qué estaba haciendo. Un tipo casi desconocido como yo, para colmo. Tendría que ser una tarada total, una imbécil, una mogólica. Vamos a tratar de ser sinceros y autocríticos hasta el dolor si es necesario, pero tampoco es la cosa tirarse mierda... ¿De qué se iba reír la pobre mina con las boludeces que yo le preguntaba? ¿Cómo fue que le dije? ¿Estás esperando el ómnibus? Así le dije. Y ella me contesta «Sí». Es notorio que seguía atenta la conversación. Miento. Dijo «Sí, el 112». Se ve que quería darme una

satisfacción, informarme un poco más. O darme un dato de para donde rumbeaba. No, eso es una boludez, porque después me dijo por donde vivía ¡Ahí tenés otro punto muy positivo! Muy seca, muy calladita, pero se dio maña para decirme por donde vivía “Si el 112”. Será muy distraída pero sabía el ómnibus que tenía que tomar.

«¿Vivís lejos? Le dije». «Mendoza al 3000» contesta. No, primero dudó... «Sí... No» se contradijo. «Sí... No... Mendoza al 3000». Entonces... ¿Qué pasó después? Ah... se hizo el silencio, ¡Se hizo el silencio! Una brecha, un buco ¡Qué pelotudo! Me quedé sin nada que decir, qué imbécil. Cuando me acuerdo me hago mierda ¿Cómo se puede ser tan pelotudo? Porque fue un silencio incomodísimo, estúpido... ¿Cómo llamarlo?... Precario... Porque no fue que los dos nos quedamos en silencio tratando de disfrutar la belleza del momento, no. El silencio se alargaba, se alargaba y a mí no se me ocurría nada para decir. Por suerte ahí no sucumbí a la tentación de decirle «Bueno, chau» y pirarme con la cola entre las piernas, escapando de ese tormento. En eso estuve bien, tuve la templanza de superar ese impulso. Me sobrepuse, enfrié la cabeza y le metí para adelante. «Ah... lejos» le dije. Ya sé, ya sé, una boludez insigne. Pero un recurso más que apropiado para salir del paso. Tanto que ella, y como para evitar caer en otro pozo, tal vez para alentarme, enseguida dijo «¡Qué frío hace!...» ¡Y ése era el momento! ¡Ése era el momento, Dios mío! ¿Cómo pude haberlo dejado pasar? ¡Ese era el momento para decirle «¿Querés ir a tomar un café?» ¡Ese era el momento exacto! Ella tenía frío, estaba oscureciendo y me daba el pie, para colmo; yo tenía que aprovecharlo invitándola a tomar un café, ahí estaba el tiro, mi querido. Y... ¿por qué no lo hice? ¿Por qué? Un poco por cagazo, es cierto. Una pregunta de ésas es ya desnudarse completamente, dejar al descubierto los más bajos instintos, pero otro poco porque no se podía, no era posible.

Yo estuve bien, pese a todo lo que quiera torturarme, estuve bien. La mina estaba esperando el ómnibus, tenía que volver a la casa, la estaban esperando los viejos, creo que hasta tiene el viejo enfermo y no tenía tiempo para ir a tomar un café. Eso era. Por eso no lo hice. El ómnibus podía aparecer en cualquier momento, por otra parte. Es cierto que yo no lo veía, pero lo intuía, lo olfateaba en el aire. Los omnibuses aparecen de improviso, andan a lo loco, y yo no iba a andar invitándola a un café cuando la piba estaba esperándolo. Y eso que tenía guita para invitarla y todo, te cuento. Pero no me pareció prudente. Es una cosa de respeto hacia la otra persona, hacia el ser querido. No me pareció que... ¡Mentira! ¡Soy un pelotudo, un pelotudo atómico! ¡Tenía que invitarla a tomar un café! Dejar sentado un precedente. Aun sabiendo que ella no iba a aceptar porque estaba muy apurada. Y todavía mejor si no aceptaba porque no era mucha la guita que yo tenía, aun yendo preparado. Clavar una pica en Flandes era la cosa, ¿era Flandes? Hacerle saber bien claramente que el mío es un interés sincero, que yo no vengo con buenas intenciones, que conmigo no

cuenta como amigo, que a mí no me venga con confidencias de otros noviazgos. No. Tenía que invitarla. Admitámoslo, fui un pelotudo. Y en eso, para colmo, viene el ómnibus. Yo creo que ahí se empezó a desbarrancar el tema. Ella dijo «Allí viene», siempre mirando lejos, siempre los brazos cruzados sobre el pecho, apretando los libros de inglés. «Allí viene». «¿Quién?» dije yo, siempre boludo ¡Temí que fuera un novio, el rubio, por ejemplo! Te juro que me corrió un escalofrío por la columna, aparte del frío helado que hacía anoche. «El ómnibus» dijo ella. Entonces yo le pregunto, le digo... ¿cómo le dije?... «¿Vas a andar por el club?» ya cuando se subía al ómnibus. Porque... ¡qué rápido que llegó ese hijo de puta hasta la esquina! Después dicen que el servicio urbano es malo. Ella dijo que venía el ómnibus y dos segundos después el ómnibus ya estaba en la esquina. Después quieren que no haya accidentes corriendo estos hijos de puta como corren. «Sí... No... No sé...» otra vez sus clásicas indecisiones. Ya me tiene podrido con esa indefinición. No sé si es tan inteligente como parece. «Sí... No... No sé...» me dice, subiéndose... «En una de éstas...» Al menos me tiró una esperanza, me dejó abierta una puertita, hasta creo que se sonrió al despedirse... ¿Qué le dije yo, en ese momento? «Nos vemos, entonces» le dije. Una cosa optimista, arriba, un canto a la vida, a la esperanza. Y dando por cerrado el diálogo, sin darle tiempo a agregar nada. Quedándome con la última palabra. Hay que hacer así. A estas minas es como a Maradona, no hay que darles tiempo a pensar. Si lo dejás dar vuelta te pinta la cara, te disfraza el Diego. Con estas minas es lo mismo. «Nos vemos, entonces», en afirmativa, poniendo yo las condiciones, seguro de mí mismo ¡Vamos Miguelito! Bien, bien, muy bien lo mío. Bien yo, bien yo, muy bien yo. Porque ahora, el sábado, puedo ir al club y encararla directamente, preguntarle algo de nuestro pasado en común. «¿Qué tal el viaje?» por ejemplo. Ahí está. «¿Qué tal el viaje?». ¿Y si está con el rubio? ¡Mejor, querido, mejor aun! Total, yo no la ofendo ni le digo a ella nada grave. Me acerco y le digo «Hola *Peti* ¿qué tal el viaje el otro día?» Y el rubio que se muerda los codos. Porque yo, con esa frase, con esa pregunta, estoy dando por sentado un episodio en común, un hecho compartido, en el cual él ha quedado completamente *out*, afuera, de lado, a la mierda, mirá lo que te digo. Ya está. Muy bien, muy bien... muy bien yo. . Es así... Así son las cosas... ¡Qué querés que te diga! Seamos realistas... Miguel, seamos realistas.. No me dio ni cinco de pelota. Me contesto así, al voleo, por educación. Porque es una mina educada y no me quiso escupir en la cara. No me quiso cortar el rostro. Pero no me dio ni cinco de pelota. Ni se alegró de verme ni le causó ningún placer conversar conmigo, vamos a la verdad pura de la milanese. Mejor que dejemos el asunto de lado, de una buena vez por todas y nos dejemos de joder. Caso cerrado. Derrota total. A otra cosa. Basta con la *Peti*. Se acabó. Nuestra relación ha terminado. A la lona... Pensemos mejor en la Valeria que estará fulera pero me da bola. Bah, pienso que si la encaro me dará bola. Al menos me busca, me habla, me mira cuanto

más no sea. No será tan linda como la otra, pero ahí se vislumbra una posibilidad al menos. Vamos adelante con la Valeria. Chau. Listo el pollo. A ver, a otro tema... ¿Cómo forma Central el domingo? En el arco, el Oso. Muy bien, perfecto... ¿Quién va de cuatro? Di Leo, el Camello Di Leo. Me gusta... De dos... Pero ella se sonrió al subir al ómnibus. O yo soy muy boludo o juraría que ella se sonrió al subir al ómnibus. Como un rictus, como un algo pero ella se sonrió. Además, me tiró el dato de por donde vivía. Ella dijo... ¿cómo fue que ella dijo? Ella dijo...

BETO

Roque llegó más temprano que de costumbre. Incluso le manguéó el diario a Sandro antes de entrar, para darle una ojeada a las noticias, de las cuales solo había leído los titulares, por la mañana. Sin embargo, cuando se encaminó hacia la mesa ya lo vio, allí, a Beto solo, cabizbajo quizás, reconcentrado, con un pocillo de café vacío, frente suyo.

—¿Qué hacés? —dijo Roque, sentándose en la cabecera y abandonando el diario para mejor ocasión, sobre una silla vacía.

—Bien... —contestó, mustio, Beto— bah... Qué sé yo.

Roque dejó pasar esta última consideración, aunque creyó percibir que la voz de su amigo estaba uno o dos tonos por debajo de lo normal. Optó por verificar —las manos en los bolsillos, levemente recostado sobre el respaldo de la silla— quiénes estaban y quiénes no estaban a esa hora relativamente temprana en el boliche.

—¿Bien? —reiteró la pregunta, como para decir algo, como para anunciar que, ahora sí, se hallaba presto para el diálogo. O quizás para chequear el estado de ánimo del Betito, sobre el cual le había quedado esa sombra de sospecha.

—Bien —suspiró Beto— bah... —agregó luego— bien para la mierda.

—¿Qué pasó?

Beto miró un momento hacia el techo y frunció la cara. Pareció animarse.

—Nada... Problemas... Algún *quilombo* que uno tiene...

—Pero... ¿qué?... —arriesgó Roque, temeroso de invadir propiedades ajenas— ¿te pasó algo?... ¿O algo que se pueda contar, al menos?

Beto se rió, o bien dejó escapar aire, dando la idea de que se había reído.

—Deja —dijo— qué sé yo... Vos viste como son las cosas...

Roque entendió que, pese al *dejá* un tanto imperativo, el resto de la frase mantenía abierta una puerta como para ingresar a la requisitoria.

—¿Tu viejo? ¿Seguís con el problema de tu viejo?

—¿Mi viejo? ¡No! Mi viejo está fenómeno.

—Pero... Había tenido algún problema, me habías dicho que estuvo jodido en un momento...

Tan concentrados estaban ambos en el escarceo previo a la conversación, que no advirtieron, hasta que prácticamente estuvo junto a ellos, la llegada de Aldo.

¿Que talco? —inquirió Aldo, sentándose, y con una entonación cantarina. Sin duda, no había detectado el clima un tanto severo que campeaba en la mesa, lo meduloso y ligeramente tenso de la charla entre Roque y Beto. Pero, sin embargo, estaba en su derecho. Nunca, en *La mesa de los galanes*, se trataban temas importantes o personales. Para eso estaban las otras mesas, periféricas, para que las dos o más personas que quisieran dirimir conflictos o negocios de orden privado se

trasladaran a ellas, sin alterar la grata vaguedad de la tertulia, ni introducir un motivo de tensión o profundidad metafísica en la sabia pelotudez de las discusiones cotidianas. De todos modos, Aldo, pese a la mínima seriedad de su saludo, se abismó de inmediato en sus cavilaciones y, toqueteándose obsesivamente el bigote, se quedó mirando hacia el ventanal que da a calle Santa Fe. Roque y el Beto apenas si lo saludaron. El Beto explicaba, ya, el asunto de su viejo.

—Estuvo jodido —había dicho—. Casi parte el Mario. Venía pidiendo pista. Pero ahora anda fenómeno. —El otro día fue a ver a Córdoba y todo. No... el viejo, diez puntos.

—Ah...

Roque se quedó en silencio. Ahora sí, parecía que Beto había dado por cerrado el diálogo, casi antes de comenzar. Estuvo a punto de dirigirse a Aldo, preguntarle algo, como para arrancarlo de su ensoñación de mirada perdida y del continuo alisarse del bigote, bajo la nariz. Entonces el Betito habló.

—Marta —dijo—. El *quilombo* es con Marta.

—¿Qué pasó? —exageró alarmarse Roque. Incluso Aldo abandonó su actitud contemplativa, girando la cabeza hacia Beto, estudiándolo.

—Roja —sintetizó Beto.

—¿Tarjeta roja?

Beto asintió con la cabeza. —Me sacó la roja.

—¿Y había habido amarillas antes?

—¡Uh! —Beto gesticuló sin alegría—. ¡Sabes cuántas había habido!

Roque se mantuvo un instante callado. Era notorio que su amigo estaba jodido de veras. Incluso Aldo miraba, ahora, fijamente el cuello de la camisa de Beto, como si hubiese descubierto allí un mensaje indescifrable.

—Bueno... —tanteó Roque— pero... vos viste como son las mujeres. Estos *quilombos*, en las parejas, son comunes. Vos me dijiste que dos por tres tenían un bolonqui parecido...

—Sí. Pero éste no. Éste es definitivo. Terminal... En fin... —se reincorporó de golpe Beto, pegando una palmada en la mesa como tratando de darse ánimo—. Ya está... Qué se le va a hacer... Desde anoche soy un desocupado más... Habrá que empezar una vida nueva...

Roque se encogió de hombros. Esta vez, sí, la cosa parecía cerrarse por voluntad del propio interesado.

—Es así —dijo—. Estas cosas son así...

—Es que yo venía haciendo muchas cagadas, Roque —Beto retomó, de repente, el tono austero y coloquial, cruzándose de brazos sobre la mesa—, muchas cagadas...

—¿Cómo qué... por ejemplo?

—Borrarme, desaparecer, no pintar ni ahí por varios días... Boludeces ¿viste?

—Pero... ¿ustedes estaban viviendo juntos?

—Y... —calculó Beto— digamos que sí. Prácticamente sí. Hace ya casi siete meses que yo me había instalado en la casa de Marta.

—¡Siete meses! —se asombró Roque.

—Si no más, si no más...

—Ahí la cosa cambia...

—Ahí la cosa cambia porque, cuando vos empezás a salir y, por ahí, cada tanto, te quedás a apoliyar en lo de la mina, bueno, más o menos, uno no entabla un compromiso de verse siempre. O de quedarse a apoliyar todas las noches...

—Ahí la cagaste, Burt Lancaster.

—Porque uno es un boludo, un boludo de cuarta. Y comete ese error. Primero te quedás a apoliyar una noche y después te pirás. Vos mismo te ponés el límite. «Bueno, me quedo esta noche, pero después me piro, cosa de que esta mina no se piense de que uno viene al pie todos los días». Pero...

—Pero.

—La de siempre. Vos decís «Me voy a quedar una noche por semana», pongamos. O dos, siendo generosos. Pero... ¿qué pasa? Vos te dejás las otras fechas libres con toda la mala intención de engancharte una minita de vez en cuando. Y alternar.

—Y alternar.

—Pero la única verdad es la realidad, decía el General. Y la realidad es que, la mayoría de las veces, la mayoría de los días, no hay minita, ni enganche, ni las pelotas. Y terminás a la noche volviendo solo a tu departamento —que para colmo es una cagada de departamento— comprándote un cuarto de pollo en la rotisería...

—Si no te salvan las salchichas de Viena... —acotó Roque.

—Si no te salvan las salchichas de Viena, viendo televisión blanco y negro solo como un boludo... Y entonces te vas a lo de tu mina. Vas una noche, vas a la noche siguiente...

—Y ya se crea el compromiso...

—Tácito. No hablado. Pero compromiso al fin. Lo que pasa es que uno se hace el boludo y cree, por ahí, que zafa. Y desaparece. Te haces el gil, no decís nada, y no aportas por dos o tres días...

—Que fue lo que hiciste vos.

—Aunque en este caso sí, hubo una mina. Una loca, una reventada, pero, ¿viste? ... Uno se enfiesta y... La cuestión que aterricé anoche, ya viéndome venir la maroma y... ¡La cara que tenía la Marta! ...

El discurso de Betito se ensombreció. Por un momento pareció que no iba a seguir. Luego continuó, en un tono aun más bajo y pausado.

—Se ve que me había estado esperando, pobre, levantada... Eran como las tres de

la matina... Se había tomado un par de Lexotanil... Le quise explicar... Le quise armar un verso... Pero... ¿sabes qué? Me mandó a la recalcada concha de mi madre.

Se hizo un silencio. Ahí irrumpió Aldo, muy serio, casi respetuoso.

—¿No será que te ama y no sabe expresarlo?

Roque lo miró fijo, crucificándolo. No eran momentos para jodas.

—Y bueno —volvió a suspirar Beto, como si no hubiese escuchado a Aldo—. Así es la cosa...

—Por ahí se recompone Beto —procuró alentarle Roque—. Deja pasar unos días y...

—No, no... Esta vez va en serio... Vos te das cuenta cuando la cosa va en serio...

El Negro Moreyra pasó junto a la mesa y dejó un par de cortados. Aldo le pidió un mate. Había vuelto a desentenderse del asunto.

—Y bueno, viejo... —se animo Roque—. Enfocale; desde otro punto de vista. Borrón y cuenta nueva. Ahora vas a tener todo el tiempo del mundo para las otras minas ¿No hacía tiempo que vos andabas dándole vueltas a esa otra, la flaca... Ésa que...

—¿Cuál? —se interesó Beto.

—Esa que me decías que estaba buenísima... la amiga de Lucy... la que enseña pintura...

—Ah... La Sonia. Pero no es amiga de Lucy. Es amiga de Malena.

—Esa ¿No era que querías salir con esa? Bueno, ahí tenés...

Beto inclinó la cabeza, compungido.

—¿No me decías que no tenías tiempo para hacer una mano con ella? —insistió Roque— ¿qué era una mina con la que había que ponerse de novio y esas cosas?

—Sí —acordó Beto, su tono de voz cada vez más inaudible—. No es de las que te vas a encamar un par de horas al mediodía, o a hacerte un siestero. A ésa la tenés que llevar a cenar. Y a algún lugar no demasiado escondido. Y algún regalito también... En fin, todos los chiches. No es la Chunchuna.

—Pero está buenísima, me decías.

Beto torció la cabeza, mordiéndose una uña. —Sí —musitó.

—Y bueno —reafirmó Roque, contento de haberle encontrado a su amigo una hipótesis de conflicto.

Se quedaron en silencio, revolviendo morosamente los cortados Moreyra llegó con el mate para Aldo.

—Acá, al amigo —le encomendó Aldo, serio—. Después traele una *lágrima*.

Roque volvió a mirarlo, admonitorio. Pero Aldo le esquivó la mirada y tornó a su ensimismamiento contemplativo.

—¿Por qué no te abocás a eso? —la siguió Roque, para agregar, poco original—, a rey muerto, rey puesto.

Beto pegaba con la cucharita en el fondo del pocillo como si fuese un pequeño mortero.

—¿Sabes qué pasa? ¿Sabes qué pasa? —dijo después— parece mentira, pero... estoy hecho mierda. Hecho mierda estoy.

Y era cierto. Roque nunca lo había visto así. Debía estar muy seriamente hecho mierda para verse movido a reconocerlo, él, tan orgulloso. Y, además, decirlo frente al Aldo, con quien, si bien había cierto conocimiento, no había una amistad ni una confianza profunda.

—Pasa eso... —articuló Roque, solemne— uno nunca sabe cuánto puede llegar a dolerle...

—Es lo que siempre decía la gata Flora— terció, de nuevo, escueto. Aldo, ajeno a la densidad del momento. Roque sintió una sofocación a la altura del cuello. Beto, no obstante, parecía no haber registrado la desafortunada intervención.

—Cuánto puede llegar a dolerte —ayudó Roque, intentando demostrarle al Aldo con su reiteración que había estado mal—. Antes de la separación, decís vos... Antes de cualquier separación...

—Es un desgarramiento... —acordó Beto.

—Mira Checoeslovaquia —apuntó Aldo.

—Yo pensaba... —dada su situación extrema Beto no temía al ridículo— mirá las cosas que a uno se le ocurren. O las comparaciones boludas que hace. Yo me acordaba que, una vez, en la casa de mi vieja, en el fondo, había una planta, un... qué sé yo... un arbusto. Grande, es una planta que da una florcita blanca, muy linda... pero que se había hecho enorme... Y, la verdad, es que daba esas florcitas...

—Corona de novia... —dijo Roque.

—No le hables de novia... —masculló Aldo, mirando hacía otra parte.

—Sería eso. Pero daba esas florcitas solamente durante una semana al año. Ahí sí, ahí se ponía lindísima, quedaba blanca, blanca. Pero, el resto del tiempo, no servía para una mierda, era una cagada. Y estaba justo justo en medio del jardín. Y un día mi vieja dijo «Saquémosla, saquemos esta porquería porque nos quita mucho espacio». Sinceramente, cuando la plantaron nadie se imaginó que iba a crecer tanto. La cuestión es que la sacamos. Vino un vecino amigo que era medio jardinero y la sacó a la mierda ¡Y no sabés el espacio enorme que quedó vacío! Fue increíble. Yo nunca hubiese podido imaginar, o calcular, que iba a quedar tanto espacio vacío. El jardincito parecía enorme...

Roque lo miró con atención, esperando la metáfora.

—Y eso es lo que pasa con estas relaciones, estas relaciones afectivas —cumplimentó Beto—. Vos, por ahí, en algún momento, considerando que hacés algunas travesuras, tenés en claro que puede llegar el momento en que te peguen un voleo en el culo. Y tratás de adivinar cómo te vas a sentir cuando eso ocurra...

—Cómo te vas a sentar. Cómo te vas a sentar — dijo Aldo. Roque se echó hacia atrás, como si le hubiesen palmeado la frente. Y aprovechó que Beto estaba aún con la cabeza gacha, para hacerle un gesto al Aldo, solicitándole —con las palmas de las manos hacia arriba— comprensión, y quizás piedad, para el amigo vencido Aldo, esta vez sí, aprobó un par de veces, veloz, con la cabeza, admitiendo que se había extralimitado. Roque sabía que Aldo era un humorista compulsivo, que muy difícilmente lograba reprimirse.

—...pero es imposible dimensionarlo —Beto meneaba sin embargo su cabeza, como si no hubiese oído la acotación extemporánea—. Imposible. Te quedás sin un punto de referencia importante.

—Totalmente —asintió Roque—. Son experiencias intransferibles. Como si uno quisiera llegar a calcular cuánto puede llegar a dolerle pegarse un martillazo en los dedos... —advirtió en un pantallazo que Aldo estaba por decir algo. Pero lo vio contenerse, tal vez, ante su mirada—. Alguien puede venir y decirte «Te voy a pegar un martillazo en los dedos» pero nadie puede transmitirte cuánto puede llegar a dolerte...

—No... No... —pareció decir para sí mismo Beto—. Por ahora me voy a olvidar lo de Sonia o cualquier cosa de ese tipo...

—Ah, si es un tipo ya es más grave... —tiró como un flechazo el Aldo.

—Me parece que lo que voy a hacer... —siguió Beto—... es tomármelas unos días a otra parte. Hoy a la mañana me encontré con el Belga y me dijo que se iba para General Roca. Es menos de una semana. Me voy a la mierda y me limpio el bocho. Me alejo un poco... ¿viste?

Roque dudó.

—Va en el auto. Allá tiene donde parar —siguió Beto.

—Sí —intercaló Aldo—. Más vale que pare porque después ya está el Estrecho de Magallanes.

—Es un viaje de la gran puta— marcó Roque. Beto se encogió de hombros—. Y mira... yo no sé... Es tu decisión, después de todo... Pero, uno se va con el problema. No lo dejas acá. Uno va con uno y no hay remedio. Te digo porque acá, bueno, al menos tenés los amigos, una oreja para que te escuche...

—Háblele más fuerte que es sordo —recreó Aldo el final del viejo chiste.

—No sé, Beto, siempre la ciudad un poco te defiende.

—Ya sé, Roque, ya sé. No te creas que es la primera vez que me pasa un *quilombo* como éste...

—Te digo, porque yo me rajé a Porto Alegre cuando aquel despelote con Georgina, y a los dos días ya me quería volver. Andaba llorando por los rincones.

Mira si ibas a Porto Triste —otra vez Aldo.

—Ya sé, Roque, ya sé. Pero acordate que yo voy con el Belga. No voy solo. Por

lo menos cambio de aire. Y no es tan fácil que me agarre la tentación de cazar el teléfono y...

—Claro, llamarla a Marta...

—Claro. Al menos dejar por ahora que las cosas se enfríen...

Beto se puso de pie imprevistamente y se alejó hacia el baño. Roque aprovechó la volada, en alas de la sofocación que todavía sentía.

Aldo —le dijo—. No seas hijo de puta. Date cuenta que este tipo está hecho mierda. La mina acaba de pegarle una patada en el orto y a vos lo único que se te ocurre es hacer chistes. Chistes pelotudos para colmo.

—Sí. Sí, perdona —admitió el Aldo—. Pero, me la dejan picando. Y además, cuando lo vi tan caído quise levantarle el ánimo...

—¿Qué *levantarle el ánimo*, querido? Tenés que tener más sentido de la oportunidad...

—¿No leíste...?

—El otro está hecho percha y vos jodiendo.

—¿No leíste *La risa remedio infalible*? ¿Te acordás, en el *Selecciones*?

—Cortala, viejo.

Betito había vuelto a sentarse. Al parecer se había lavado la cara.

—Esta noche me voy a ir al boliche del Pitu — anunció.

—Ojo con los copetines, Beto —Roque le puso una mano sobre el brazo, procurando no resaltar demasiado paternal.

—Dejá. Déjá —desestimó Beto—. Me coloco con un par de whiskis, algún champú. Así por lo menos esta noche me puedo dormir. Anoche no pegué un ojo.

—¿Seguís con el negocio de las muñecas? —pregunto, críptico, Aldo. Roque lo miró para fulminarlo—. Perdón, perdón... —se excusó Aldo.

—No. Si yo no soy de chuparme... —calmó Beto.

—Si pega ojos... —Aldo procuró explicar ante la mirada llameante de Roque— hará muñecas... digo yo. Está bien. Ya pasó. Ya paso.

—Mira que si tenés que manejar —optó por continuar Roque—. ¿Cuándo se van con el Belga?

—Mañana. Mañana temprano. Pero que maneje él. Yo apoliyo. Además, el Belga no te da el volante ni que se cague...

Roque advirtió que Aldo estaba tentado de decir algo. Pero luego juzgó prudente callar.

A la mañana siguiente, sábado, Roque aterrizó casi cerca del mediodía en *El Cairo*. Otra vez, antes de entrar, le mangueó el diario a Sandro, dispuesto a leerlo mientras tomaba el desayuno. Fue cuando lo encontró a Willy que pasaba, con su pibe, rumbo a calle Córdoba. Willi le contó que, la noche anterior, en lo del Pitu, el

Beto se había levantado un pedo descomunal, como para quince personas. Que se lo habían tenido que llevar entre cuatro. Que había bailado hasta la madrugada. Que había reído e incluso llorado, en algunas de las cimas de su extravío. Que cuando él, Willi, se fue, Beto estaba parado arriba de una mesa, cantando una canción melancólica en francés. Roque dijo «Mirá vos», meneó la cabeza, despidió a Willi que continuaba su camino y se metió en el boliche. Y allí, en la Mesa de los Galanes, sentado a la cabecera, igual que la tarde anterior, estaba el Beto. No bien lo vio entrar, levantó un brazo en alto en un saludo triunfal. Roque temió que siguiera en pedo. Pero se lo veía impecable, como siempre. Como recién bañado. Algo pálido tal vez, pero hasta perfumado. Cuando Roque se sentó a su lado, Beto le pegó una palmada ampulosa en el hombro y no quitó la mano de allí.

—¿Qué hacés Beto? —se rió Roque—, ¿no te ibas a Roca con el Belga?

—Roque... —anunció Beto—. Triunfo. Triunfo total...

—¿Qué es eso? ¿De qué carajo me hablás?

—Anoche...

—Ya me dijeron. Te agarraste un pedo de novela. Ya sé todo ¿Qué pasó? ¿Te enganchaste a la Sonia en lo del Pitu? ¿O estaba la otra, la grandota?

Beto negó con la cabeza, los ojos cerrados, la sonrisa ancha.

—Nada de eso. Nada de eso, mi viejo, ahora estoy en otra...

—¿Que pasó?

—Me arreglé con Martita.

Roque se quedó mudo mirándolo.

—No jodas —dijo al fin.

Recién entonces Beto quitó su mano del hombro del amigo.

—Así es, mi viejo. La Marta me perdonó. Creo que el pedo que me alcé en lo del Pitu me animó a ir a hablarle. Fui, puse la cara, traté de recomponer más o menos el asunto. Explicarle no, porque... ¿qué mierda le iba a explicar? Perú le dije lo que yo sentía por ella, como me había sentido después de que ella me largó de culo. En fin. Todo eso...

—Arriaste alguna bandera, supongo. Alguna concesión hiciste..

—Todas Roque. Si es por amar, arrié todas las banderas. Negocié algo. Con lo poco que tenía para negociar, negocié...

—Dormir todas las noches ahí —enumeró Roque—. No desaparecer a la primera de cambio...

—Usted lo ha dicho. Usted lo ha dicho..

—Pero... bien, Beto. Bien, no se puede tener todo.

—Bien... La verdad, estoy contento. Me había golpeado mucho el asunto...

Como obedeciendo a un conjuro ineludible, no llegó a la mesa en ese momento ni Ricardo, ni el Sobo, ni el Turco, sino, una vez más, el Aldo.

—¿Puedo? —consultó, cauto, antes de sentarse. Roque le señaló la silla con el mentón, permitiendo.

—¿Qué hacés Aldo? —le dijo Beto. Luego, sin esperar respuesta, siguió con Roque.

—Tenés una tarjeta?.

—¿Una tarjeta?

—Para el teléfono.

Roque empezó a buscar en los bolsillos internos del saco.

—¿Qué hacés, boludo? —preguntó en tanto, risueño, Beto al Aldo—. Hace mucho que no aportás por acá. Ya te estaba extrañando.

—¿Mucho...? —atinó a decir el Aldo, pero ya Roque le extendía una tarjeta al Beto.

—¿La vas, a llamar a Marta? —preguntó Roque mientras Beto se paraba.

—Eso se llama marcar tarjeta —se atrevió Aldo, en un hilo de voz.

—No, querido —contestó Beto a Roque—, la voy a llamar a esta mina de la que hablábamos anoche. A la Sonia.

Roque lo miró, un tanto desconcertado.

—Ahora estoy bien —agregó Beto—. Estoy tranquilo. Estoy de ánimo. No iba a salir con la Sonia si me da pelota, estando destrozado.

Se fue hacia el teléfono. Antes de llegar giró y le gritó al Aldo, señalándole a Roque.

—Contale un chiste, Aldo. Entretenelo mientras yo vuelvo.

Roque extendió los dos brazos sobre la mesa.

—Contame un chiste, Aldo —pidió al fin.

CENIZAS

Al encontrarse ya dentro de la cancha, pisando la gramilla, el Colo pensó lo que tantas veces había pensado: «Qué pelotudez es venir a una cancha para otra cosa que no sea ver un partido de fútbol. Es como comer solamente puré; o lechuga». Se acordó una vez más del Mundial del 78 en Mar del Plata. Antes de comenzar los partidos donde jugaba Italia salían a la cancha los *condottieri*, un grupo de muchachitos vestidos al estilo medieval, con mucho bordado, mucha seda, portando enormes banderas multicolores. Allí, sobre el verde césped, bajo el frío glacial que hizo ese invierno, ondeaban las banderas sobre sus cabezas en ampulosos y armoniosos giros. Le habían dicho al Colo que aquel era un espectáculo clásico de Siena, transportado entonces a La Perla, ya que los *azzurri* disputaban esa zona. Pero lo que justificaba el número, lo que rescataba en realidad la ceremonia y la hacía graciosa y soportable, es que luego, después, cuando el último de esos pendejos presumiblemente milaneses o romanos desaparecía por el agujero del túnel con la satisfacción del deber cumplido, salían los equipos y jugaban un partido de fútbol. Era un buen aperitivo entonces el de las banderas, un entremés, pero no podía ser el plato de fondo. En la Edad Media, concluyó el Colorado... ¡aquél era el plato de fondo! Se juntaban un montón de tanos, se reunían en una plaza o en un "largo", veían a los pendejos revolear las banderas como locos, y luego todos se iban de vuelta para sus casas dichosos y contentos con el espectáculo recibido... ¡Y no había partido de fútbol! Al menos en aquellos tristes casos, meditaba el Colo, la cosa no era en estadio alguno, entonces podía justificarse la ausencia u omisión del más popular de los deportes. ¡Pero el Colo había ido una vez a ver a Serrat, en el Gigante, y pensó lo mismo! Quería ver al catalán, recordaba, tenía ganas de oírlo, eso era lógico. Pero mientras se acercaba al estadio, mientras circulaba por los pasillos bajo las tribunas, mientras se ubicaba mansamente y sin nervios en las plateas, pensaba: «¡Por qué no habrá un partido, aunque más no sea de reserva!». Experimentaba la misma sensación que solía asaltarle cuando, al viajar en auto, pasaba junto a un camión. El Colo estaba preparado mentalmente para resistir la duración de un viaje. Las cuatro horas, por ejemplo, del Rosario-Buenos Aires. O las doce del Rosario-Mar del Plata. O las casi seis del Rosario-Córdoba. Sabía que poco a poco, kilómetro a kilómetro, iba quedando ya menos tiempo para llegar y luego, sí, esperaba el baño, la ducha reparadora, el descanso, el mirar televisión descalzo. Pero al pasar junto a los camiones no podía menos que imaginar al abnegado camionero: no llegaba nunca. Su trabajo era no llegar nunca. Y ésa era la sensación. Ir a un estadio de fútbol a otra cosa que no fuera ver un partido de fútbol era no llegar nunca. No tener un punto de referencia. Como le pasaba al puré, a la lechuga, a los pobres pelotudos de los *condottieri* revoleando banderas que ni siquiera eran comunistas, o a los camioneros

que no llegaban nunca a ninguna parte. Reflexionando el Colo sobre todo eso, con la cajita de madera entre las manos (se la habían confiado por un ratito) derivó indefectiblemente en la memoria de cuánto lo habían atemorizado los camioneros cuando se iba acercando, aquella noche, a Pelotas. O a Torres. O a Florianópolis. Y él iba con la familia en un Citröen, vehículo impensable para los brasileños, a disfrutar de unos días en la playa. *Carro estranho* había musitado un morocho girando curioso en torno al Citröen, cuando pararon en una estación de servicio. «Imposible tenerlo acá en Brasil» agregó luego. «No los fabrican» arriesgó el Colorado, amistoso. «No — sonrió el moreno—. Le cortan la capota y le roban todo». *Tudu* pronunciaba, en ese idioma en joda que ellos tienen. Y los camiones, madre mía. Enormes, prepotentes, rumorosos, terminales. En esas carreteras ondeantes, sinuosas y mojadas por la lluvia intermitente y rompepelotas. Por la noche aquellas moles se ubicaban sigilosamente detrás del Citröen y luego lanzaban sobre él un torrente de luz, una catarata enceguecedora de un blanco definitivo que bañaba la región, el asfalto, el perfil verde de los morros amenazantes, y penetraba en el coche esculpiendo volúmenes macabros en el interior, restallando en el espejito retrovisor como una cachetada de advertencia. Y el Colo no hallaba el espacio a la derecha para tirarse. A la derecha estaba la franja blanca del límite del camino. Después, la negrura de la noche, quizás los mojones, quizás el abismo, quizás el precipicio de cientos de metros sobre el mar oscuro, tal vez una franjita mínima de tierra donde el día de mañana abriría sus brazos una pequeña cruz recordatoria de la familia argentina que plegó sus alas buscando el talco de las playas brasileñas, la amabilidad de sus aguas y el rosáceo nácar de las *casquinhas de sirí*.

Y el tipo estaba sentado unos treinta metros más allá, bajo un quincho. Parecía, por la pinta, un alemán o un suizo, de esos que van a Brasil para calcinarse como camarones en la playa, para extasiarse con el culo de las mulatas y tomar *caipirinhas* a lo bestia. Rubio, casi coloradón como el Colo, de barba corta y enrulada, dormitaba en su reposera frente al mar. No había mucha gente en la playa. O la había, pero parecía poca de tan desperdigada que estaba. «No como en Mar del Plata» había dicho Santa, gozosa. El Colo se acercó al alemán (o al suizo) levantó explícitamente el tubo de bronceador en el aire y preguntó:

—¿Se lo dejo? ¿Se lo puedo dejar en la mesita? —ejemplificando, a la vez, con el gesto claro de depositar el tubo sobre la mesa que (junto a la reposera donde dormitaba el rubio) mostraba una acumulación de toallas y sandalias de sogá. El tipo lo miró apenas y asintió con la cabeza, haciendo ahorro (suizo al fin) de su gutural idioma. El Colo trotó hacia el agua y se metió en olla con la confianza que da saber que no se trata de un agua congelada que descargará martillazos de rabia sobre los dedos de los pies, morderá las rodillas y apretará las bolas al llegar a la vital zona de los genitales, como si los estrujara con el mismísimo puño vindicatorio de Neptuno.

Allí estuvo, entonces, contemplando las nubes, el cielo azul, el verde intenso de los morros cercanos, casi una hora. Y después volvió. Cuando pasó junto al rubio, lentamente, se acordó del tubito. Sin querer molestar demasiado, tomó el tubo de la mesa, lo levantó bien expresivo hasta sus ojos y moduló un «Gracias» sonoro. Entonces vio que el otro estaba leyendo un libro en castellano sobre la vida del Negro Olmedo.

—¿Sos argentino? —preguntó el Colo.

—Sí —contestó el otro, bajando el libro, animoso y con buena disposición.

—Mirá vos. Pensé que eras europeo, alemán, algo así... —argumentó el Colo, como si fuesen cosas diferentes.

—No. Argentino.

—¿De dónde?

—De Pompeya.

—Ah, porque soy de Rosario —dijo, el Colo, afirmándose en el tuteo ya que el otro parecía cálido y, además, de la misma edad—, y fijate vos que, casualmente, Olmedo era de Rosario.

—Sí por supuesto —dijo el rubio-ex suizo—. A mí me gustaba mucho el Negro. Y además, hay otra afinidad grande...

—¿Cuál?— se interesó el Colo, ante el paréntesis de suspenso que había hecho el otro.

—Hincha de Central.

Cuando, tiempo después, bastante tiempo después, el Colo contaba la anécdota en *El Cairo*, invariablemente al llegar a esta parte la voz se le quebraba y los ojos se le ponían vidriosos.

—Cuando el tipo me dice *hincha de Central* —repetía, ante la atención respetuosa del Pitufo, del Centu, de Chiquito— te juro que a mí se me puso la carne de gallina — y se pasaba una mano temblorosa sobre el antebrazo izquierdo a unos centímetros de la piel, no ya como si estuviera percibiendo los repentinos canutos en su carne, sino como si le hubiesen crecido, definitivamente, una multitud de plumas batarazas.

—¡Mirá lo que es el destino! —seguía— ¡Encontrarme ahí con un canalla, en esa playa! Porque no era la playa del centro de Florianópolis o de Camboriú, donde dada la cantidad de argentinos que van, vos bien podés imaginar que te vas a encontrar con gente de todas las tendencias, de todas las creencias y de todos los equipos. Incluso de Central. Pero ésta era una playa de mierda, perdida en la loma del quinoto, ahí en Itapema, adonde nosotros habíamos ido porque Sarita me rompía tanto las pelotas con eso de irse a una playa tranquila e irse a una playa tranquila e irse a una playa tranquila todo el tiempo ¡Ahí, ahí mismo, me vengo a desayunar con que, prácticamente el único tipo que había en miles de kilómetros a la redonda, no solo era

argentino, sino que era fana de la Academia! ¡Mira vos cómo son las cosas!

—El Destino —meneaba lentamente la cabeza, místico, el Pitufito.

—Es que Central es grande. Colora —agregó el Centu—. Es universal.

—Te imaginás que entonces nos pusimos a conversar, a charlar —continuó el Colo— y estuvimos como dos horas hablando del asunto. En resumen, te la hago corta. El tipo éste no era rosarino, pero el padre, el padre era ferroviario y había venido a laburar mucho tiempo acá, y acá se había hecho canalla a muerte, y por lógica lo había hecho también a este muchacho. Además, mirá lo que te digo, el viejo de este tipo, que todavía vive en Rosario, había jugado en Sparta y en Central allá por el año del pedo, o sea que la cosa iba bien en serio. No era una simpatía así nomás.

—¿Y el tipo que vos te encontraste era fana?

—Fundamentalista. Es fana. A muerte. A muerte. Se va a ver todos los partidos en Buenos Aires ¡Y me presentó a los hijos! Pibes que tendrían quince, dieciséis años. Todos canallas.

—¡Qué lindo!

—¡Qué emocionante! ¿No? Tan lejos...

—Por supuesto que nos hicimos recontraamigos, desde ese día fuimos casi todos los días a esa playa y cuando me vine, lógicamente, me traje la dirección del tipo y todos los datos.

—Vos le diste la tuya.

—Le di la mía. Quedamos en intercambiar información, en vernos de nuevo, tal vez si se da el tute de que yo me vaya a ver un partido importante por allá...

—¿Importante? —dudó el Centu, atento a la austera realidad de la divisa auriazul.

—Bueno. Si se da.

La cosa pareció terminar ahí. Cada tanto, es cierto, el Colorado aparecía con alguna carta de su amigo veraniego, o mostraba, ufano alguna foto poblada de camisetas de Central que estaba dispuesto a mandarle al otro, a título recordatorio, para mantener en alto el fuego de la amistad. Pero la relación parecía encaminada a disolverse lentamente, con mansedumbre, como suele suceder con los amores de vacaciones. Sin embargo un día, el Colorado llegó a *El Cairo* considerablemente excitado. Lo había llamado el rubio desde su tanguero reducto de Pompeya, para imponerle de una infausta noticia: había muerto el padre, aquel viejo ferroviario que inaugurara la estirpe canalla y que supiera jugar en Sparta y Rosario Central. El Colorado —siempre de acuerdo a su versión oral— se había realmente conmovido. Que ese tipo, su simpatía estival, lo llamara al solo efecto de comentarle la muerte de su progenitor, era una palmaria demostración de que aquella amistad (surgida de los colores gloriosos) era más profunda que lo sensorialmente perceptible y que, por lo tanto, el rubio —ahora huérfano— deseaba compartir el momento de congoja con el circunstancial amigo, tan lejano.

—Pero la cosa no terminaba allí —advirtió el Colorado, nuevamente en la Mesa de los Galanes, esta vez enriquecida por la presencia del Pochi y de Belmondo—. La cosa no terminaba allí. Parece que el viejo, antes de morir, pidió como última voluntad, que sus cenizas se tiraran en las canchas de Sparta y de Central, los dos cuadros donde él jugó...

Por los muchachos cruzó una sombra de respetuosa sorpresa.

—La mitad de las cenizas —especificó el Colo— en la cancha de Sparta. Y la otra mitad en el Gigante. ¡Mirá vos el deseo del tipo!

—¿Y alcanza para tanto? —frunció la cara el Pitufu, siempre un poco irreverente.

—¡Y qué sé yo! ¡Qué sé yo! Te imaginás que nunca me vi metido en un trámite de éstos, Pitufu.

—¿Era grandote el hombre? —lo del Centu tampoco sonó muy cuidadoso.

—¿Y por qué decís que estas metido? —preguntó Pochi— ¿Por qué vos estás metido?

—¡Porque yo tuve que hacer la gestión ante Central! —saltó el Colora— ¡Yo tuve que hablar con el Presidente! De ahí vengo.

Sin duda, en algún momento de la charla veraniega, tras horas y horas de recordar partidos memorables y entre alas famosos, tras horas y horas de consumir *caipiras* añorando al Gitano Juárez y a Mario Kempes, el Colorado le había confesado al otro que él pertenecía a la temida OCAL, la Organización Canalla Anti Lepra. La misteriosa organización, lindante con la clandestinidad, agrupa a una serie de hinchas de Central de corte confesional fundamentalista y suele dedicarse, mayoritariamente, a urdir brujerías y macumbas contra la suerte de *Los primos del Parque*, la repudiada divisa rojinegra. No es mucho lo que se sabe sobre la OCAL porque, como la OLP o el IRA, se trata de una organización de carácter celular, cerrada, e históricamente, ningún ser humano ajeno a la estructura ha tenido acceso a sus actas secretas. El amigo rubio del Brasil, es obvio, se había visto conmocionado ante la íntima revelación del Colo y, ahora, ante la desgracia familiar sufrida, recurría al acceso al tráfico de influencias de su amigo rosarino, quizás sin saber que la OCAL no es para nada un apéndice de Rosario Central, sino apenas un grupo de apoyo, independiente, que incluso solo considera al club, *una institución amiga*

El Colo relató (siempre en *El Cairo*) que la gestión frente a Sparta, humilde club de barrio, la había realizado el ala familiar del difunto radicada desde hacía mucho tiempo en Rosario, obteniendo una inmediata aprobación de parte de aquella gente sencilla. Pero en Central la cosa se había puesto complicada y la familia no había logrado siquiera hacer contacto con el Presidente, bastante preocupado, lógicamente, por conseguir algún jugador bueno y barato que ampliara las posibilidades del primer equipo con vistas al inminente campeonato. Y fue cuando, desde Buenos Aires, desde

Pompeya para ser más exactos, la misma mano rubia que sostuviera un día el libro sobre el Negro Olmedo, señaló la figura del Colorado para aligerar la empresa. La gestión del Colo fue expeditiva y exitosa pese a la desconexión de la OCAL con la instilación auri azul.

—Hablé con el Presi y le conté todo lo de este muchacho del Brasil —explicaba en la Mesa como quien hubiera develado un oculto romance clandestino—. Lo del padre, que había sido jugador de Central y todo eso. Y el Presi me dijo que sí, que era posible. Pero me puntualizó muy claramente que la aceptación no debía sentar un precedente que diera pie a nuevas peticiones.

—Claro —opinó Chiquito—. Te imaginás que a todos se les ocurra lo mismo...

Se rieron, como si la cosa fuera divertida. Y lo era, en parte. O al menos, inusual.

Sin embargo, caminando lentamente (la cajita en las manos) por el lado de afuera de la cancha, paralelo a la línea de toque, pisando con cuidado el césped impecable, el Colorado percibió que había perdido algo de la excitación de estar viviendo una anécdota imborrable de la picaresca futbolera o de estar atravesando un hecho simpático que le daría argumento para infinitos y repetidos relatos. La familia del padre de su amigo (éste no había venido a Rosario por razones impostergables de trabajo) los tíos, los sobrinos, las hermanas y los nietos, mostraban todos (especialmente mientras subían por las escaleras del túnel) una gravedad suma, una real congoja y un dramatismo contenido. Tanto era así que el Colorado temió que se notara demasiado en el abultado bolsillo de su gabán, el volumen de la cámara fotográfica que había llevado para registrar el evento con la poco solemne intención de documentar así, luego, en rueda de amigos, el momento de la dispersión de las cenizas. Se ocupó entonces, en ir y venir varios metros junto a la línea lateral «como si estuviera en el calentamiento previo» imaginó, mirando la inmensidad de las tribunas vacías y silenciosas, apreciando el manto verde immaculado de la gramilla, sorprendiéndose por la comba insólita que dibujaba el terreno de la cancha dado el sistema de drenaje y que hacía que, desde la posición en que se encontraba el Colorado, no se viera la línea de fuera del otro lado, la que daba espaldas a Cordiviola. Siempre con la cajita en la mano (se la había confiado un corpulento tío del rubio, por un momento) el Colo se sentía un poco incómodo (como si lo hubiesen abandonado en una esquina sosteniendo una torta de bodas ajena) de gabán azul marino entre tanto traje oscuro, corbata negra y frases cortas y apesadumbradas.

—Era un velorio, Pitu —repetiría después el Colo, hasta el cansancio, para transmitir la congoja de la ceremonia—. Lo que yo quizás olvidé entre tanta emoción mezclada por esta cuestión del llamado del rubio, la muerte del padre y el lógico y humano fanatismo que tenemos todos por Rosario Central: lo que a mí medio se me pasó por alto con toda la emotividad que representa el asunto de esparcir las cenizas de un tipo sobre la cancha de fútbol donde él mismo jugó un milenio de años atrás...

—Cosa no muy habitual, lógicamente.

—Para nada habitual... Lo que yo no supe medir correctamente, te decía, es que se trataba lisa y llanamente de un velorio. A la luz del día, a pleno sol, frente a una sábana verde maravillosa, pero un velorio al fin de cuentas, con los parientes dándose el pésame, con los primos recordando al finado, con la viuda llorando, porque lloraba la viuda y todo eso. Al punto que, te juro Pitufo, uno llegaba incluso a olvidarse de que allí, a pocos pasos de donde estaba caminando yo con la cajita en las manos, habían jugado el Gitano Juárez, el Negro Castro y el Enano Giménez.

Y fue así que justamente cuando el Colorado calculaba el preciso lugar del campo desde el cual había pateado el Flaco Menotti cuando le hizo aquel gol impresionante a Amadeo Carrizo, se le acercó el hermano del difunto haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay nada que hacer —dijo—. El tipo no quiere.

—¿Quién no quiere? —salió de su abstracción el Colorado—. ¿Qué no quiere?

—El canchero. No nos quiere dejar entrar a la cancha.

—Pero... Si tenemos el permiso del Presidente ¿Por qué no quiere?

—Porque dice que le vamos a arruinar el césped —se exaltó el pariente—. Que está impecable. Que ayer llovió y abajo está un poco blando.

El Colorado paseó su vista por el césped llevándola hasta las áreas, hasta los arcos sin las redes colocadas.

—La verdad que está bárbaro —acordó— Y claro, está por empezar el campeonato y el hombre quiere que esté de puta madre.

—¿Pero si nosotros no le podemos hacer nada, señor Vázquez! —el otro abrió los brazos, airado—. Somos cuatro locos que no vamos a entrar a escarbar la tierra para sacar los panes de césped. Además, estas canchas están preparadas para resistir cualquier cosa.

Otros parientes se habían acercado a ellos dos y, las manos en los bolsillos o los brazos cruzados, giraban sobre sí mismos, frustrados y decepcionados.

—¿No pensarán que queremos enterrarlo? —se acercó uno, preguntando seriamente.

—Pero... ¿no era que estaba todo resuelto? —se enojó otro—. ¿No era que el Presidente había dado su autorización?

El Colorado se sintió tocado en su responsabilidad.

—No. Si yo hablé. Si yo hablé —tranquilizó— Ahora voy a hablar yo con el canchero. Lo que pasa es que ayer llovió y quiere cuidar la cancha. A simple vista parece que no, pero abajo está pesada. Apenas se empieza a correr aparece el barro.

—¿Y quién va a correr, acá? ¿Qué apuro tenemos? —insistió el otro, con lógica de hierro— ¿Tan poco tiempo tenemos para la ceremonia?

El Colorado prefirió no responder. Dejó la cajita en manos del tío del rubio

procurando darle a su gesto cierta majestuosidad ritual y se encaminó a paso firme a hablar con el canchero quien, en pose de baqueano, observaba en cuclillas el césped de sus desvelos.

—Yo le entiendo caballero, yo le entiendo —aceptó el canchero, poniéndose de pie y golpeando la palma de una mano contra la otra para quitarles alguna brizna de pasto—. Pero a mí nadie me ha dado una autorización y yo no los puedo dejar entrar. Después el césped se jode y al que me putean todos es a mí.

—Pero yo hablé con el Presidente —argumentó el Colo, sintiéndose al borde de la desesperación—. Si quiere le hablamos por teléfono y que él mismo se lo diga, se lo confirme.

—El Presidente puede decir lo que quiera —el hombre era incommovible—. Pero él no sabe nada sobre césped. Es muy fácil hablar desde la sede del club, total, uno no tiene ni idea de lo que pasa en la cancha. Pero el responsable del estado del campo soy yo, caballero, y me he comprometido a tenerlo diez puntos en el momento de la reanudación del campeonato. Nunca ha estado tan bien el césped, nunca. Además —señaló vagamente hacia el túnel— hay que caminar como trescientos metros para encontrar un teléfono. Y eso si en Intendencia hay alguien.

—Voy a llamar lo mismo —el tono del Colorado ya era francamente agrio—. Se imagina que no se puede dejar a toda esta gente así —le indicó al canchero el oscuro grupo de personas que, cabizbajos, aguardaban cerca de la entrada del túnel—. Han venido los parientes, los hermanos, los nietos de esta persona que fuera estrella del fútbol rosarino. La viuda. Gente que ha viajado desde lejos —mintió.

—Ya vi a la viuda. Y vi los tacos que tiene. Me destroza la cancha si entra con esos tacos.

—Tiene que ser un poco más comprensivo —reclamó el Colo—. Se trata de un funeral, después de todo.

—Soy comprensivo, caballero. Y yo también tuve un padre.

El Colorado pegó media vuelta y retornó hacia el compungido grupo a paso vivo. La última frase del canchero hacía entrever a un ser humano sensible. Pero el detalle de los tacos de la viuda, en boca de ese hombre, era un mal presagio. El Colo sabía, por otra parte, que a esa hora sería inútil tratar de encontrar al Presidente en su despacho.

—Nada que hacer —informó a la gente, que lo aguardaba como quien espera a un mensajero celestial—. Está emperrado en que no y que no y que no. Pero no hay que desesperarse. Me dijo que en Intendencia hay un teléfono...

—¡Qué macana! —masculló el tío del rubio.

—¡Cómo me iba a suponer yo que, conseguida la autorización del Presidente, nos íbamos a encontrar con un tipo como éste, tan celoso de su trabajo!

—¿No querrá que le tiremos unos mangos? —el mismo tipo que había

cuestionado la eficacia de la gestión del Colorado, surgía ahora, acerbo, expeditivo, con una sólida propuesta. El Colo y el tío del rubio lo miraron.

—Es posible —musitó el Colo, echando mano al bolsillo, aun culposo—. Deje que yo me ocupo y después en todo caso, dividimos el gasto.

—Cuidado —dudó el tío del rubio—. No vaya a ser cosa que se encuentre con un tipo insobornable y caguemos el asunto. Y después se complique todo mucho más.

—¿Cuánto le doy? —desestimó la advertencia el Colorado, práctico. Fue en eso que, con el rabillo del ojo vio aparecer, por la boca del túnel, un manchón negro y blanco. «Un referí» alcanzó a suponer el Colo, aterrorizado ante la posibilidad de que no hubiesen tenido en cuenta algún partido de las divisiones inferiores a jugarse en horas de la mañana. Pero pronto, un informante cercano vino a tranquilizarlo. «El padre López» escuchó, cerca. El sacerdote, jovial, campechano, de *clergyman* y pantalones grises se disculpó ante la viuda por la tardanza y pronto, su rostro tomó visos de contrariedad cuando lo impusieron del inconveniente surgido.

—Dejen que yo hable con este muchacho —dijo. Y partió caminando lentamente hacia el canchero, que había vuelto a su posición indígena acuclillada, como escrutando en procura de detectar la mata traicionera que perturbaba la horizontalidad perfecta de su llanura. El padre López estuvo hablando corto tiempo con el canchero. Desde lejos, el grupo lo observó comportarse con cordialidad y bonhomía, no exenta de firmeza. Por último, se vio al canchero inclinar la cabeza y ponerse una mano sobre el corazón mientras el Padre, con movimientos gráciles de su mano derecha, lo bendecía. Luego el Padre López volvió hacia el grupo.

—Dice que está todo bien —informó, oyéndose de inmediato un suspiro de satisfacción general—. Pero, con una condición: que nos saquemos los zapatos. Creo que no es una petición demasiado caprichosa como para que no podamos aceptarla. Pienso que la tolerancia está en el espíritu de todos nosotros.

Sin una palabra, los deudos comenzaron a quitarse el calzado, apoyándose los unos en los otros para no perder el equilibrio, pasándose la cajita de mano en mano para posibilitar la maniobra, hasta que quedó en poder del sacerdote.

—A mí me eximió de descalzarme —justificó el Padre López, sosteniendo el cofre—. También Jesús caminó sobre las aguas ¡Y otra cosa! —previno a los que ya se disponían a entrar a la cancha—. El canchero también pidió que no arrojásemos las cenizas en las áreas, porque ésas son las zonas más castigadas. Esa región es sagrada.

—En mitad de cancha —dijo el tío del rubio—. Pancho, el finadito, pidió que las esparciéramos en mitad de cancha.

—Muy bien. Vamos entonces —ordenó, calmo, el cura. Todos ingresaron a la cancha. El Colorado se cuidó de no pisar la línea de toque, consciente de que ésa era una de las tantas cábalas de los jugadores, pero se abstuvo de inclinarse a tocar el pasto o santiguarse, temeroso de que el Padre López pudiese interpretar erróneamente

su gesto. La comitiva llegó hasta el círculo central y allí se llevó a cabo la breve ceremonia. El Colo se quedó un tanto alejado del círculo de familiares, como no queriendo invadir sentimientos. Un poco conmovido, además, al pensar que en aquel puñado de cenizas de tono amarillento («Algo parecido al queso de rallar» diría después en una comparación que, no por doméstica, era menos certera) se había corporizado breve tiempo atrás, un hombre hecho y derecho, con su historia, sus sentimientos, sus sentires y su familia, como él mismo, o como cualquiera. Después, y para tranquilidad del Colo, aparecieron algunas cámaras fotográficas, algunas poses grupales para estas cámaras y basta alguna camiseta de Central que se extendió, discreta, frente a los pechos de los deudos. El Colo temió por alguna nueva amonestación de parte del canchero, pero a éste se lo había tragado el túnel durante la tocante ceremonia y recién reaparecía ahora, arrastrando un cúmulo de redes. También había aparecido otro señor, alto y desgarbado, un utilero quizás, quien tuvo a bien quitarse la gorra en tanto contemplaba como la mano enérgica de la viuda lanzaba puñados de cenizas hacia los cuatro vientos.

—¿Son de alguna religión oriental? —consultó el hombre al Colorado que volvía.

—No. El canchero nos pidió lo de los zapatos. Por el césped ¿Sabe?

El tipo aceptó, con la cabeza. El grupo ya había regresado al costado de la cancha para calzarse. El Colo, más tranquilo, caminó entonces hasta el canchero para agradecerle la gauchada.

«No tiene nada que agradecer, caballero» contaba después el Colo, en *El Cairo*, que le había dicho el tipo, desenredando con paciencia el caótico entramado de las redes.

—Después de todo —dijo el Pitu, conocedor— se habrá dado cuenta de que las cenizas son un buen abono para el pasto ¿No se usan para eso de vez en cuando?

—No, lo que pasa, yo pienso, es que al tipo le quedó laburando el balero, porque... ¿Saben qué me dijo cuando ya nos íbamos? ¿Saben lo que me dijo?

Todos aguardaron en silencio.

—Me dijo: «No es mala idea ésta de que se tiren las cenizas de uno sobre la cancha, la verdad sea dicha. No es mala idea». Y yo me fui pensando en lo que me había pedido el Presidente, de que esto no sirviera para sentar un precedente. Pero, bueno, la cosa ya estaba hecha.

—Ahora... —reflexionó el Pochi—. Fíjate vos como este tipo, el canchero, no aceptó la orden del Presidente, pero se fue al mazo apenas el cura lo charló un rato.

El Colo jugueteó un momento con la cucharita dentro del café.

—Es que hay un Poder Superior, Pochi —afirmó—. Hay un Poder Superior.

LA OPERACIÓN MEDUSA

El general Stroessner dejó de jugar con su gallo de riña, lo depositó suavemente sobre el escritorio presidencial y leyó un par de veces el texto del telegrama: «*Ndiyaei á cuarajhi añapiré stop re guaicurú barco stop*», decía. Llamó a su edecán y pidió una comunicación con el Secretario de Defensa. Cuando la hubo conseguido, su mensaje fue muy breve. «Marito —dijo— prepara todo que la cosa marcha». Luego colgó el teléfono, volvió a tomar en sus brazos el gallo colorado y se quedó mirando hacia el parque que circundaba la mansión con una sonrisa recóndita y pensativa. Era el 14 de junio de 1954. *La Operación Medusa" había comenzado.*

Seis meses antes, un singular personaje hacía su arribo al puerto de Asunción. Era un hombre ya maduro, con ojos de expresión afiebrada, de nacionalidad húngara, llamado Bela Szalasi. Pobre información pudieron extraer de él los agentes de la policía portuaria paraguaya, salvo que se trataba de un eminente científico europeo que había trabajado en la Alemania nazi hasta casi las postrimerías del régimen y que dominaba torpemente un castellano arrevesado, misturado con vocablos del dialecto voivodino y del guaraní-tupí. Szalasi explicó a duras penas esta facilidad dialéctica argumentando que había tenido en Dresden un ayudante paraguayo, natural de Caacupé, quien lo había impuesto del idioma. Insistía además en entrevistarse con el presidente Stroessner.

El comisario Anahí Rosa Montero, de la policía secreta, poco tardó en enterarse del arribo del particular visitante. Lo hizo encerrar en una oscura y húmeda celda de la cárcel de Villa Hayes, sometiéndolo a prolongadas sesiones de ingestión de tereré, la infusión aromática propia de los indios ayoreos que —consumida en grandes cantidades— actúa sobre el sistema nervioso con efectos hipnóticos, afloja la lengua y precipita la incontinencia urinaria. Dos horas después, al borde del delirio y babeante, el científico magyar insistía en hablar con Stroessner aduciendo que traía, dentro de los tres baúles abandonados en el puerto, el secreto de una fórmula infalible para que la República del Paraguay se convirtiese en potencia mundial. Anahí Rosa Montero vaciló. Temía hallarse ante una nueva conspiración contra la vida de su presidente. Stroessner ya había sobrellevado siete atentados, en su corto período como mandatario. El último, quince días atrás, cuando un burro cargado con hojas de pita e hilo sisal, había estallado al paso de la comitiva presidencial, en el elegante paseo de Vista Alegre. Stroessner había salido del paso solo con rasguños, pero su asesor de imagen, Idalino Gaspar Paniagua, sufrió la pérdida de un ojo y de la voz, debiendo ser reacomodado al frente del Ministerio de Comunicación. Pese a sus lógicos reparos, el comisario Montero tomó una rápida decisión: envió sus hombres a revisar exhaustivamente los baúles del recién llegado, en procura de constatar sus argumentos.

La versión del húngaro pareció corroborarse. Las amplias cajas contenían una enorme cantidad de papeles donde se leían formulas extrañas y ecuaciones que escapaban al conocimiento de los actuantes. Montero entendió que Szalasi no era peligroso, al menos en lo personal, y que su propio cargo corría peligro si no llevaba al recién llegado ante Stroessner. La propuesta podía resultar al fin y al cabo, importante. Sin embargo, dos cosas contenían aun a Montero: un extraño escapulario que colgaba del flácido cuello de Szalasi, conteniendo unas hebras de cabellos; y el antecedente de haberle presentado a Stroessner, un año antes, un importante empresario artístico norteamericano quien terminó proponiendo a todo el gabinete la conformación de un ballet folclórico conjunto paraguayo-canadiense. Cimentaba la oferta en la similitud de los grandes lagos de la zona de Ottawa con la laguna azul de Ipacaraí.

Una semana después, cuando ya se le había pasado el efecto nocivo del tereré y dejaba por fin de balbucear incoherencias, Bela Szalasi se entrevistó con el presidente paraguayo en su residencia privada de *Los Azahares*. Y allí lo impuso de su proyecto.

—Tengo para ofrecerle —expresó, en un castellano que había mejorado sensiblemente con los interrogatorios— una fórmula científica de mi pertenencia, que puede colocar a su país al frente de las potencias mundiales.

Los ojos de Stroessner brillaron, como así también los de su Ministro de Defensa, el mariscal Cecilio Esteban Mercado. Mercado abrigaba en su estómago militar los retorcionas de la humillación en la guerra de la Triple Alianza, con la derrota final de Solano López y la posterior declinación de su patria. Por eso, cualquier atisbo de llevar a su país a los primeros estrados de la figuración, lo llenaba de ansiedad y exaltación, aun proviniendo de un ignoto científico centroeuropeo que bien podía ser un aventurero o un loco.

—La fórmula definitiva para hacer crecer el cabello —anunció Szalasi, sin prolongar demasiado la incógnita. Stroessner se revolvió en su asiento, Mercado percibió cómo las doradas charreteras de sus hombros se abatían y el comisario Montero supuso que ya no sería suficiente el tereré y habría que pasar directamente a la eficaz prueba del hormiguero. Lejos de arredrarse, Bela Szalasi prosiguió su discurso con la seguridad de los iluminados.

—El cáncer, la fiebre amarilla —enumeró, ya de pie—, la tuberculosis, la sífilis y también el tifus, han sido, son y serán solo engañosas cortinas de humo con las que los gobiernos han tratado de ocultar el único, definitivo y real problema que aqueja al ser humano: la calvicie.

Los tres hombres que lo escuchaban volvieron a prestarle atención.

Cualquiera de los otros problemas que les he enunciado —prosiguió Szalasi— está en vías de solución, o ha sido solucionado con el advenimiento de las sulfas. El cáncer mismo llegará un día en que será vencido. Pero, hasta el momento, la calvicie

es una afección terminal que ataca a cualquier persona, sin distinción de credos ni banderías. El país que logre la fórmula para vencerla será, sin duda alguna, líder en el concierto de las naciones.

Stroessner miró fijamente a sus asesores. Szalasi aprovechó el silencio. Tomó sus voluminosas carpetas y comenzó a explicar sus estudios sobre el tema.

—Eso tendrá que hablarlo con nuestros expertos —lo cortó Stroessner—. Con Celso Gaspar Aquino, por ejemplo, que ha conseguido logros increíbles en el rubro veterinario estudiando el ita, el piojo de la gallina. Pero ahora díganos qué éxitos ha obtenido con sus trabajos.

—La derrota de Stalingrado precipitó el final de nuestros estudios —volvió a sentarse, cabizbajo, Szalasi—. Yo dirigía un equipo integrado por dos alemanes, un inglés y hasta un ruso. ¡Dos meses, solo dos meses más que hubiéramos resistido la invasión soviética y Hitler hubiese tenido en sus manos la fórmula definitiva de mi descubrimiento! Hablé con él una semana antes de lo de Normandía y cifraba más esperanzas en nuestros avances en materia capilar que en el perfeccionamiento del Messerschmitt ME 163 impulsado a reacción.

—Szalasi —repitió, severo, Stroessner—. Dígame qué éxitos obtuvo su equipo con esta fórmula. Ya me habló del proyecto. Quiero realidades.

El húngaro se quedó observándolo en silencio. Luego, una débil sonrisa jugueteó por sus labios. Sus manos manipulaban el pequeño escapulario que pendía de su cuello. Se inclinó hacia adelante y, ante la vista atenta de sus interlocutores, abrió el misterioso receptáculo de cobre, que no tenía más de cinco centímetros de diámetro.

—Observen —dijo, sacando de allí dentro, unas delicadas hebras de cabellos. Como quien manipula algo delicadísimo, las colocó en el centro de la mesa, delgadas líneas ocres sobre el blanco mantel de ñandutí—. Pertenecían a Mussolini.

Los tres hombres miraron alternativamente y asombrados al húngaro y al manojito de cabellos.

—Mussolini era completamente calvo —se exaltó Montero.

—Antes de tratarse con mi adelanto —dijo Szalasi—. Los tristes sucesos de Dongo, en Lago di Como, cortaron toda posibilidad de seguir adelante.

A mediados de abril de 1955, la Planta Revitalizadora de Ybyrana-tyma guazú, no demasiado lejos de Villarrica, estaba prácticamente terminada. El gobierno paraguayo había invertido más de 300.000.000 de guaraníes (algo así como 7.000.000 de dólares al cambio de la época) en llevarla adelante, contra la oposición, como siempre, del Ministerio de Hacienda. A pesar de la magnitud del proyecto —que incluía la construcción de una represa en Boquerón (Szalasi alegaba que para que cualquier cosa brotara hacía falta agua)— la labor se había hecho en el mayor de los secretos. Para evitar filtraciones con la información y aislar los trabajos de la curiosidad

pública, la planta se había emplazado en la confluencia de los ríos Mbaracayú y Salado, zona absolutamente selvática, húmeda e inaccesible, habitada por los belicosos indios guairas, aborígenes con bien ganada fama de antropófagos y amigos de lo ajeno. El curso de los acontecimientos (el desbrozamiento del terreno y traslado de las pilas de experimentación demandaron un esfuerzo y un sacrificio humano solo comparable con el de la construcción del Canal de Panamá) fue contestando, una a una, todas las preguntas que pudieran formularse en torno al, en apariencia, demencial proyecto de Szalasi.

A fines de marzo de 1959, el mismísimo general Stroessner se apersonó a fiscalizar las obras, dejando de lado, por un momento, la dirección organizativa del 5o Simposio de Guaranía a realizarse en Pozo Colorado, con la participación, inclusive, de becarios asiáticos. Las continuas lluvias, los derrumbamientos de lodo y la persistente oposición de los guairas (que habían publicado una serie de duras solicitudes en el ABC Color, denostando el proyecto) originaron un considerable retraso en las obras, lo que inquietaba al mandatario. Pero no solo eso lo perturbaba. Otra pregunta, además, se había instalado en su cerebro de lógica sudamericana.

—¿Qué lo motivó a usted —preguntó Stroessner a Szalasi apenas lo localizó— a elegir Paraguay para llevar adelante su proyecto, y no cualquier otro país, digamos, más desarrollado?

—Yo le conté, General, en su oportunidad —respondió el húngaro— que tuve la suerte de contar con un colaborador paraguayo, Catalino Rosa Montiel en mi laboratorio de Dresden. Lamentablemente, él murió en el terrible bombardeo en marzo de 1944. Pero antes de que eso ocurriera, Montiel me habló sobre los indios guairas y la reciedumbre de sus cabelleras, que los acompañan toda la vida. No habrá visto usted, presidente, un indio calvo, en todas sus recorridas a lo largo y a lo ancho del país.

Stroessner asintió con la cabeza.

—Con Montiel llegamos a la conclusión de que posiblemente, la hoja de mbocayá, que los salvajes consumen como digestivo, constituya el secreto de la durabilidad de su cabello. Y como usted sabrá, e! mbocayá es un árbol leguminoso de la familia de las verbenáceas que solo se da en esta zona.

Stroessner estuvo cavilando sobre aquella consistente razón durante todo el viaje de vuelta hasta el Casino de Carmencita. Y por lo pronto ordenó al mariscal Mercado que terminara con los bombardeos de escarmiento contra los feroces guairas.

Para el otoño de 1961 ya la paciencia del presidente Stroessner tocaba a su fin. Szalasi había pedido nuevas remesas de dinero para completar las plantas potabilizadoras y las dos enormes turbinas de desgrasado capilar que se levantaban como un par de domos de estremeedor brillo por sobre las copas de los ituríes, ceibas, tilas y espicanardos del lugar. Se temía, con cierta manía persecutoria, que

Bolivia iniciara maniobras de espionaje en la región, alertada por el movimiento de tropas. Procurando instrumentar una maniobra de diversión sobre las verdaderas razones del tráfico de camiones, el mismo gobierno paraguayo echó a rodar el rumor de que la Marina Paraguaya estaba construyendo, allí, una fábrica de cañones navales. El martes 19 de noviembre Stroessner fue llamado por su edecán a su discreto retiro de la Suite Austriaca del lujoso prostíbulo *Pájaro Campana*, en las afueras de Asunción. Las dos adolescentes que estaban tañendo para él los dulces arpegios del arpa paraguaya, se retiraron en silencio y el presidente, torvo y ansioso, volvió a *Los Azahares*. Allí lo esperaba un radiante Szalasi.

—Tengo algo para mostrarle, presidente —le dijo con ojos afiebrados. Y sin demora alguna abrió ante Stroessner una carpeta. Allí dentro, unidos por pegamento a tres rectángulos de cartulina blanca, había tres diferentes segmentos de cabello.

—Lacio en tono oscuro —señaló Szalasi—. Crespo mota en castaño rojizo. Y levemente ondeado en negro mate.

Stroessner bufaba de satisfacción.

—¿Cuál es el próximo paso, en consecuencia? —preguntó, ansioso.

—Experimentar, de una vez por todas, sobre seres humanos. Requiero, al menos, un voluntario.

Stroessner se paseaba por el recinto, carpeta en mano.

—Admito que no será fácil conseguirlo —Szalasi se restregó las manos—. Ocurre siempre cuando la ciencia debe probar sus adelantos.

—No sabe usted en qué país se encuentra trabajando —sonrió Stroessner, despectivo—. Está usted en un país donde viven hombres que darían la vida por su patria a una mínima orden de sus superiores. En Curupaití perdimos 400.000 soldados, Szalasi, y otro tanto en Ñacunday... ¡Ojeda! —gritó. El edecán abrió la puerta, alarmado—. Que venga el coronel Aceval.

El coronel Aceval era un rudo soldado de la caballería, de contextura morruda, no muy alto, típico modelo antropométrico del nativo de la zona del Iguazú, con el aplastamiento de vértebras propio de quien se arroja día a día en los monumentales saltos de agua de la región. Era absolutamente calvo, por otra parte. En no más de cinco minutos, el Presidente lo puso al tanto de la situación.

—Usted pasará a la historia grande de Latinoamérica —lo tomó por un brazo, Stroessner, emocionado—. Se pondrá a las órdenes del profesor Szalasi y dentro de cuatro meses lo presentaremos a la prensa mundial como el hombre demostrativo del milagro.

—Cinco meses, Presidente —atemperó Szalasi.

—¿Qué prefiere? —Stroessner mostró la carpeta a su subordinado. Este la estudió con detención.

—¿No habría algo en rubio, ondeado? —preguntó al fin. Stroessner miró a

Szalasi.

—Hasta que no estén listas las bateas de procesado medio, no será posible —se encogió de hombros el húngaro—. No tenemos problemas mayores con el lacio, pero para las prensas de curvatura no nos han llegado aún las matrices. Y deberíamos contar también con un laboratorio de dorado a la hoja.

—¿Cuánto costaría eso? —preguntó Stroessner.

—Un millón más, Presidente.

—Lo tendrá. En cuanto a usted, coronel — Stroessner giró hacia Aceval—. Déjese de joder con el rubio ondeado. Eso queda para los gringos maricones ¡Lo suyo es un buen cabello oscuro crespo, como el de los hombres de nuestra tierra!

Durante los cuatro meses siguientes una notable expectación podía palpase en la cúpula del poder, aguardando el momento preciso. No había sido posible guardar el secreto del *Proyecto Medusa* y, si bien confuso y tergiversado, en las tabernas portuarias de Encarnación y Puerto Adela, en las riñas de gallos de Tembetary y hasta en las bailantas de Indalecio Parodi, los corrillos aseveraban que algo importante estaba por ocurrir en los más altos niveles.

Para comienzos de 1963, Iselín Santos Covarrubia, embajador itinerante paraguayo frente a los reinados europeos, invitó formalmente a la Reina Isabel II, al Príncipe Rodolfo de Habsburgo y al ya renombrado periodista inglés Graham Greene, a visitar Asunción hacia fines de diciembre, pretextando la celebración del cumpleaños de la pequeña Amapola Sberri, hija natural de una de las predilectas del Presidente. Sin embargo, en los círculos cercanos a Stroessner, un trasfondo de preocupación comenzó a crecer cuando pasaban los días y no había ninguna noticia de Szalasi, el coronel Aceval y los avances del experimento. Finalizando ya el año, Stroessner, inmovilizado en cama debido a una dolorosa culebrilla asintomática envió al comisario Montero hasta Ybyrana-tyma guazú en busca de una respuesta concreta. Las lluvias estacionales, algunos incendios de maleza y varias correrías de los inconquistables guairas habían aislado la zona cortando cualquier tipo de comunicación. Montero regresó una semana después, con una carta de puño y letra de Szalasi para el presidente: «Estimado amigo. Imprevisibles contratiempos en el proceso de eliminación de seborrea han retrasado nuestro proyecto. Superados los inconvenientes abordaremos la fase final en nuestro trabajo sobre la superficie craneana del coronel Aceval y, en menos de lo que canta un gallo de riña —se había permitido el chascarrillo— tendremos una muestra acabada y perfecta con la cual asombrar al mundo e iniciar la venta de patentes. Lo mantendré informado».

Stroessner, en su lecho de enfermo, estrujó la carta con gesto convulso. Lo inquietaba vivamente aquella frase «Superados los inconvenientes, abordaremos la fase final...», que revelaba que los obstáculos no habían sido aún salvados y que no se había reanudado el trabajo.

—¿Vio usted a Aceval? —preguntó al comisario.

—No me lo quisieron mostrar —respondió éste—. Szalasi dijo que lo mantenía en un bunker cerrado porque la intemperancia del clima podía arruinar lo poco que se había alcanzado hasta ese momento.

El presidente bufó.

—Pero Szalasi me dio esto para que se lo muestre —Montero sacó de uno de sus bolsillos superiores —el cubierto por condecoraciones— un mínimo papelito blanco, cortado burdamente a mano, plegado en dos. Con infinito cuidado se acercó a su Presidente y abrió el papel frente a sus ojos. Casi invisible, sobre el ángulo del doblez, podía verse un milimétrico pelo oscuro, poco más de una pelusa, que no alcanzaba medio centímetro.

—Esto es lo que le ha crecido a Aceval —informó—. Szalasi no quiso mostrarme nada más. Dijo que quiere que sea una verdadera sorpresa.

Stroessner giró en su cama, procurando no apoyarse sobre las curaciones de tinta china. Su rostro mostraba un gesto amargo. El acerado estilete de la duda le traspasaba el alma.

El 28 de octubre de 1964, una estremecedora explosión arrasó con casi la totalidad de la Planta Revitalizadora de Ybyrana-tyma guazú. Nadie supo nunca si el siniestro ocurrió debido a una falla en el sistema energético, a un atentado atribuible a los servicios de inteligencia bolivianos, o a un sabotaje perpetrado desde adentro mismo de la planta. Algunos dijeron que el profesor húngaro Bela Szalasi murió en el incendio desatado tras la explosión y que su cuerpo quedó completamente irreconocible. Otros insisten en sostener que se había marchado de la planta dos días antes de la explosión informando que viajaba a Asunción a reclamar las nuevas remesas de dinero. Hay quienes, aún hoy, culpan a los irredentos guairas y persisten en mantenerlos alejados de los circuitos turísticos que podrían aportarles módicas ganancias. Del abnegado coronel Aceval, en cambio, se halló su cuerpo parcialmente quemado. No pudo saberse qué efecto había tenido sobre él la marcha del experimento porque, lógicamente, el intenso calor había borrado todo vestigio de vello o cabellera. Pero, alimentando aun más la riqueza de la leyenda que habría de desatarse desde la fecha del siniestro, las cuadrillas de rescate encontraron, en un bolsillo del pantalón de Aceval, un peine de plástico marca Pantera, milagrosamente intacto. De la *Operación Medusa*, por tanto, solo sobrevivió la leyenda, engrosada por una multitud de rumores y supuestos que desde el mismo gobierno, se procuró tapar, disimulando el gasto monumental que significara el emprendimiento. De la Planta Revitalizadora de Ybyrana-tyma guazú, apenas queda una de las naves de procesado, sobresaliendo angustiosamente entre la vengativa vegetación. Reluce aún ante el asalto de enredaderas, musgos, líquenes y parásitas. Y constituye —para todo aquel que se anime a visitarla en el coraron mismo de la tierra de los guairas— la

prueba inequívoca de un episodio al cual el paso del tiempo no ha iluminado con la claridad necesaria.

EL SORDO

El tipo apareció de improviso, ante la indiferencia general, por detrás de la columna. Se inclinó por sobre el hombro del Sordo, lo tocó en un brazo y le dijo «Quiero hablar con vos». El Sordo levantó la vista, lo miró con el ceño fruncido como si no lo conociera, pegó una ojeada sobre los otros componentes de la mesa y amagó una evasiva.

—Vamos allá —dijo el otro, señalando las mesas del fondo. El Sordo se puso de pie, serio. Casi ninguno, ni Pochi, ni Roger, ni Gustavo, se habían percatado de la situación.

—Pagale al hombre, che —dijo en voz alta, Ricardo, el único que había caído en la cuenta.

—¿Siempre lo mismo, Sordo? —se anotó el Zorro, zumbón—. No lo cagues al muchacho.

Pero el tipo, muy serio, ya se alejaba hacia el fondo. Ahora sí, los demás hicieron un instante de silencio, prestándole una mínima atención al suceso.

—Parece que viene pesada la cosa —se rió el Zorro.

—¿Y no lo escuchaste al punto? —preguntó Ricardo— «Quiero hablar con vos» le dijo. Nada de «¿Podría hablar un momentito con vos?» o «¿Tendrías un minuto para atenderme?». Nada. «Quiero hablar con vos» y a la lona.

—Será cana.

—Es un novio que se levantó el Sordo en las vacaciones —dijo Pochi.

—Se habrá puesto celoso el quía —supuso el Zorro.

—Lo ve con tantos machos.

—¿Dónde *machos*? —se hizo el boludo, Guillermo. Y sin transición alguna volvieron al tema de las bailantas y de las tres negras que había traído el Flaco Campana del Brasil para bailar en los pueblos. «No le queda guita pero coge al costo» justificaba el Pochi.

El tipo se había sentado enfrente del Sordo y se quedó mirando hacia el lado del mostrador, los ojos entrecerrados, rebuscando algo con la lengua entre los dientes, tomada la mano que sostenía el pucho en el reborde de aluminio de la mesa. El Sordo pudo mirarlo un poco más. Sin ser muy alto, tenía cierta pinta de bestia. Algún pozo de viruela en la mejilla, sombra de barba, remera de marca desconocida abierta en sus tres botones. Prolijo, pese a todo. Por un momento bastante largo pareció que el tipo no iba a empezar a hablar nunca.

—Vos te encamaste con mi mujer —soltó de golpe mirándolo, ahora sí, al Sordo.

—¿Cómo? —el Sordo adelantó la cabeza con un sobresalto elástico del cuello, como un tero al caminar.

—Que vos te encamaste con mi mujer.

—¿Con tu mujer?

El otro había adelantado el maxilar inferior dejando un orificio circular entre sus labios, por donde el humo del cigarrillo escapaba y le nublaba los ojos. No dijo nada más y, por el casi imperceptible trepidar de la mesa, era notorio que oscilaba una pierna pivoteando sobre el pie flexionado como si cosiera a máquina.

—Esperá un cachito. . Esperá un cachito... —se rascó una ceja el Sordo amagando una sonrisa forzada—. Yo a vos... ¿te conozco?

—Sí, me conocés...

—Porque, vos acá aparecés —sobrevoló la información el Sordo —... me venís a buscar a la mesa, medio me presionás para que venga a hablar con vos... Me hacés levantar de la mesa donde...

—Sí me conocés...

—...yo estoy con mis amigos conversando lo más tranquilo y, de rompe y raja, me salís con esto de que...

—No te hagás el turro que me conocés...

El Sordo paró. Se quedó con la mano izquierda cerrada con la punta de los dedos hacia arriba, interrogante, junto al pecho.

—¿Que yo te conozco? ¿De dónde te conozco? A ver si nos volvimos todos locos.

—Me conoces de la puerta de la escuela Mariano Moreno, de Paraguay al 1200... Vos vas a buscar a tu piba ahí. Y yo también.

—¿Vos también?

—Sí señor... Y a veces voy yo y a veces va mi jermu. Y vos a veces chamuyás con mi jermu ahí y otras veces... —el tipo inclinó la cabeza como si quisiera apoyar una oreja en el nerolite de la mesa en tanto golpeaba con el índice—... chamuyás con ella acá, en este mismo boliche.

—¿Acá?

—Sí señor —el tono del tipo tenía un atisbo de grosería y un siseo remarcado.

—Y... ¿quién es tu mujer?

—No te hagás el boludo que vos sabés muy bien quién es mi mujer.

—No, mi viejo... —se enojó el Sordo—. No sé quién es tu mujer y tampoco tengo la más puta idea de quién sos vos... Vos me venís con eso de que vas a buscar a tus pibes a la escuela Mariano Moreno y yo también voy de vez en cuando a buscar a mi piba a esa escuela; pero te puedo asegurar que no me acuerdo ni en pedo ni de vos ni de tu cara ni de un carajo...

—No levantes la voz, no levantes la voz —pidió el otro, lo que en parte tranquilizó al Sordo. Al parecer, el inquisidor no buscaba un escándalo aunque su tono estaba más cerca de la amenaza que del paternalismo—. Y no te hagas el boludito —al decir *boludito* sacudió hacia ambos costados la cabeza acompañando

cada sílaba—. No te hagas el boludito —repitió— porque la semana pasada yo fui con mi mujer a buscar a los pibes al colegio y vos estabas ahí, y justo estabas al lado nuestro, y estuvimos hablando un rato bastante largo los tres juntos, estuvimos hablando, así que no me vengas con que no sabés quién mierda es el que tenés sentado enfrente.

El Sordo se tiró hacia atrás en su silla, en parte como asombrado, en parte para alejarse de ese par de ojos que amartillaban el reproche demasiado cerca suyo. Unió las manos en una palmada y se mordió el labio inferior.

—Esto es increíble —dijo como para sí—. Pero mirá las cosas que uno se tiene que bancar —observó hacia todos lados como buscando una explicación y, de paso, constató si los muchachos de la mesa seguían las alternativas del episodio y si llegado el momento, se hallaban dispuestos a entrar en acción en caso de que volara el primer tortazo.

—El que me la tendría que bancar soy yo —se señaló el pecho el otro—. Y no me la banco. Así que no me vengas con que no me conocés y tampoco conocés a mi mujer porque está muy claro que no es así. Y tampoco andés mirando para tu mesa porque ninguno de esos pelotudos va a venir a ayudarte. Esos son muy buenos para hablar al pedo pero a la hora de los bifés se borran todos.

—Pero ¿qué decís? ¡Pero escuchame! —quedó cortado el Sordo, enojado, no tanto por el análisis social que el intruso había esgrimido impunemente sobre sus amigos sino más bien porque aquel tipo se había dado cuenta de su mirada de auxilio hacia la base—. ¡Me pongo así para escucharte con el oído sano! ¿O por qué te pensás que me dicen el Sordo?

—Sí señor... —siguió el otro—. Porque en este boliche son muy de pajearse en charlas intelectuales, son muy del franeleo pajero todos ustedes y de hacerse los nórdicos, los suecos, en la cuestión de las minas. Pero en donde yo me crié, toda esa histeria no corre, mi querido. Allá estas cosas se resuelven sin tanto psicoanálisis, estas cosas se resuelven como se resuelven en el barrio. Y yo sabía, estaba seguro, que esto iba a pasar cuando mi mujer me dijo que venía a este boliche de mierda, lleno de trolos, de pichicateros y de pajeros.

—Para un cacho... para un cacho... —buscó aire el Sordo, sin saber muy bien cómo seguir.

—Y por eso vos me vas a explicar bien explicado cómo fue todo este fato con mi mujer, con la hija de puta de mi mujer...

—Pará un cacho... —continuó haciendo tiempo el Sordo—. Te digo una cosa... Te digo una cosa... Yo te estoy respondiendo, te estoy contestando por una elemental regla de cortesía. Por una... digamos... elemental norma de respeto —el otro lo miraba sin entender—. Pero la verdad es que no debería darte ni cinco de pelota, ni cinco de bola debería darte... Vos no sos mi viejo, ni sos cana, ni sos el fiscal de la

Nación para venir a apurarme con este asunto de...

—¿Sabés quién soy yo? ¿Sabés quién soy yo? —el otro volvió a echar el torso sobre la mesa—. Yo soy el esposo de Marcela..El marido de Marcela. Ese soy yo. El esposo de la mina con la que vos te encamaste. O te encamás. Eso lo tengo que averiguar todavía.

El Sordo lo miró un momentito.

—¿Quién es Marcela? ¿De qué Marcela me estás hablando?

—Marcela Tessone. ¿La ubicás ahora? —podía decirse que una sonrisa cínica merodeaba la boca del tipo.

—¿Tessone? Mira... —el Sordo adoptó un tono condescendiente, como si tuviese que explicarle a un niño un tema muy distante de su capacidad de razonamiento—. Acá todo el mundo se conoce por el nombre o por el apodo. Yo, hay muchachos de la mesa, esos que vos decís que son todos putos, que se borran todos, a los que conozco nada más que por el apodo ¡y los conozco desde hace años! Pero que no tengo ni la más puta idea de cómo se llaman, del nombre, del apellido, de nada. Por eso vos me decís Tessone y yo te digo... que sí... que puede ser... que por ahí la...

—La morocha, alta, medio narigona... Que vos le prestaste el libro de Soljenitsyn...

El Sordo se quedó mirándolo. No había mayores posibilidades de evadir el tema. Y el tipo había pronunciado el nombre de Soljenitsyn bastante bien.

—¿Un libro de Soljenitsyn? —caviló, sin embargo, frunciendo los labios—. Ah sí...

—Para iniciarla en lo intelectual... —de nuevo la sorna.

—Sí. . Ya sé cuál es...

—Y la boluda se deslumbra con cualquier cosa. Hasta con un Patoruzito se deslumbra...

—Marcela...

Se quedaron un momento callados, observándose. Filoso el tipo. Más a la defensiva el Sordo.

—¿Entonces? —sacudió el tipo.

—Entonces... ¿Qué?

El otro mantuvo la mirada fija.

—Y sí... —admitió el Sordo sin arriar demasiado sus banderas — A veces hablamos con tu mujer. Si es ésa que vos decís, a veces hablamos. Acá, en el boliche. Cuando ella viene. Pero te digo que viene muy de vez en cuando. Pero nada más. Yo a ella casi no la conozco. La conozco a la amiga.

—A la Patri.

—A ésa. A la Patricia. A ella la conozco más.

—¿Así que la conocés a la amiga? — de nuevo la ironía—. La conocés a la amiga

pero le prestás un libro a mi mujer.

—A tu mujer la conozco pero, oíme... la conozco como uno puede conocer a tanta gente en esta ciudad. Que la conoces de verla mil veces por la calle. Como... como vos me decías que yo te conocía a vos, de la puerta de la escuela. Pero eso no quiere decir que te conozco. Sí por ahí te veo y digo «Qué cara conocida», pero nada más... Rosario es una ciudad chica... Y hablo con ella como puedo hablar con tanta gente que viene acá, somos todos amigos. .

—Sí... Amigos... Amigos... Son todos muy amigos...

—Pero nada más...

El otro se pasó la mano por la cara como para modelarse de nuevo los pómulos.

—Mirá, mirá... —dijo—. No me vengas con versos, a mí ya no me caben los versos...

—Pero... —arremetió el Sordo—. ¿Y de dónde salió eso de que yo me encamo con tu mujer? ¿Quién te dijo eso de que yo me encamé con tu mujer? ¿Quién te fue con esa pelotudez?

—Ella. Ella me lo dijo.

El Sordo sintió el impacto. Se demudó. Miró hacia el techo, hacia la mampara de madera que separaba el salón del quiosquito que da a calle Sarmiento. Vio a Pedro riéndose con una mina. A Cari y a Querol hablando con una pendejita rubia. El mundo seguía andando y él no podía creer todavía que estaba sentado allí, en el banquillo de los acusados ante un inquisidor que manejaba más información de la tolerable.

—¿Ella te dijo eso? ¿Marcela?

—Sí señor. Marcela me lo dijo.

El Sordo meneó la cabeza.

—¿Ella te lo dijo?

—Ella.

—Mentira.

—Ah, claro... Aparte de cornudo, mentiroso.— se sonrió el tipo, inexplicablemente cordial.

—¡No! Digo, mentiras de ella. Mentiras, bolazos. Te está macaneando.

—Ah... Me está macaneando...

—¡Sí señor! Seguro. Por supuesto. Te esta macaneando Te está hablando al pedo. No puede decir esa barbaridad, esa pelotudez...

—¿Y para qué me lo dice? ¿A ver?

—Qué sé yo. Te querrá joder Te querrá cagar la vida. Anda a saber. Vos sabés cómo son las mujeres. Las mujeres suelen ser muy hijas, de puta, muy...

—Cuidado con lo que decís...

—Bueno... —el Sordo ya no sabía de donde podía venir el cachetazo, adonde

podía pisar sin que estallase una mina—. Te lo digo en un sentido muy...

—Tenés razón, tenés razón... —acordó el otro, sin embargo—. Mi mujer es una hija de puta, pero no es boluda. No es ninguna boluda. Y no va a venir a decirme una cosa así gratuitamente, para que yo la cague a trompadas. No me vino a decir que se le habían pasado los fideos o que se había olvidado un paraguas, querido. Me vino a decir que se había encamado con un tipo...

—Sí... ¡Y justo me viene a elegir a mí! ¡A meterme en un *quilombo* a mí!

—...y ella sabe que yo no soy un intelectual, mi viejo, ella sabe que yo la voy a cagar a trompadas, no se la va a llevar de arriba. Si me aparece con una cosa de ésas...

—Te querrá cagar la vida, viejo. Qué sé yo... Te sale con esas cosas porque te habrá dado la cana con alguna mina. Te conocerá alguna fulana y en esas cosas las mujeres son muy vengativas. Son capaces de inventar cualquier historia con tal de...

—¿Inventar cualquier historia? —embistió el otro—. ¿Inventar también el día en que se encamó con vos? ¿Y la hora? ¿Y el telo al que fueron?

—¿El telo? ¿Te dijo el telo? Pero...

—Además, querido... ¡Yo no soy de engañar a mi mujer, mi viejo! —el otro estiró una mano hacia adelante mostrando al Sordo la palma como si lo hubiesen herido en lo más profundo—. Yo podré tener mil *quilombos* con mi mujer, pero eso no hace que yo ande haciéndome el pelotudo con cualquier mina que se me cruce. Que ella sea una guacha no quiere decir que...

—¿También te dio el nombre de un telo? ¡Dios querido! Pero qué imaginación que tiene esta mina... —el Sordo volvió a estallar sus manos en una palmada.

—Nada de imaginación, mi viejo. Nada de imaginación— el tipo variaba el ángulo de sus ataques con una velocidad incontrolable—. No sigas haciéndote el boludo porque ella me lo dijo todo, me batió todo, me lo contó todo..

El Sordo lo observó, algo desarmado.

—...y ella será una guacha que podrá venir a joderme con muchas cosas, pero nunca con ese tema —siguió el tipo—. Y si me viene a contar una cosa así, es porque es cierto, es verdad. Eso que me dijo es cierto.

Otro silencio. El Sordo resopló, enarcó las cejas poblando su frente de arrugas paralelas y horizontales. Luego se encogió de hombros.

—Y bueno, —suspiró— ¿Qué querés que te diga?... Si ella te dijo eso... Si ella me manda al muere.

—El jueves pasado. A las siete de la tarde. En el Gato Negro con video porno y todos los chiches...

—Y dale, bueno.. Agrégale cama de agua también. Nunca hubiera imaginado que a Marcela se le podían ocurrir tantas cosas...

—Entonces, viejo —pisó firme el otro—... Yo quiero que arreglemos este asunto.

El Sordo lo miró, ceñudo, curioso.

—Afuera —señaló el tipo con el mentón—. Ahora. Aquí o donde quieras, donde vos digas...

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Lo que te digo. En donde se te ocurra. Los dos, vamos y...

—Pero... ¿de qué me hablas?

—Nos cagamos bien a trompadas.

—¿A trompadas? —el Sordo lo miraba con una expresión de infinito asombro—. ¿Pero vos estás en pedo?

—Sí señor. A trompadas.

El Sordo se recostó, relajado, sobre el respaldo de su silla.

—Yo no me cago a trompadas ni por mi vieja — aclaró.

—No la metas a tu vieja en este asunto.

—Yo a mi vieja la meto donde se me cantan las bolas. Ahora lo único que falta es que venga cualquiera a decirme lo que tengo que hacer con mi vieja.

—Lo que pasa es que acá —generalizó el otro— están muy acostumbrados a charlarla demasiado, querido. Acá, vos y todos estos pajeros están muy acostumbrados a charlarla lunga, de cualquier cosa. Resuelven el fato de la guita, de la política, de la Revolución, sin levantar el culo de la silla. Son revolucionarios de café ustedes. Idiotas útiles. Y vos te creés que conmigo va a ser lo mismo. Y que vas a poder explicarme como fue que re cojiste a la hija de puta de mi mujer en una charla, en una conferencia de prensa; que me vas a poder decir cómo fue que te la empomaste y yo te voy a decir «¡Pero mire qué bien, qué cosa más interesante!»! ¿Que diría Soljenitsyn a todo esto? O algún otro de esos escritores culorrotos que ustedes se pasan leyendo todo el día...

—Te equivocás, te equivocás... —dijo el Sordo, jugueteando con un tíquet viejo de consumición entre los dedos—. No nos pasamos leyendo. Vos estás confundido — más tranquilo al comprobar que, pese a esa encendida llamada a la acción directa, pese a esa invitación a la violencia, la cosa venía demasiado dialéctica como para derivar en un holocausto.

—Conmigo no corre ésa. Esa mano no corre conmigo...

—Tu mujer no se encamó conmigo —afirmó el Sordo—. Y te voy a decir una cosa, te voy a decir una cosa... Vos podés creer lo que se te canten las pelotas, después de todo es tu mujer. Pero te voy a decir una cosa, como para que vos me entiendas...

—No hay nada que entender, mi viejo... Esto está muy claro... Acá lo...

—¿Sabes por que no me encamé con tu mujer, ni me encamo, ni me encamaría nunca?

Ahí sí, el tipo lo miró, atento.

—¿Sabes por qué? —reafirmo el Sordo.

—¿Por qué?

—Porque tu mujer no me gusta.

—¿Cómo que... no te gusta?

—No me gusta. Muy simple. No me gusta.

—¿Por qué no te gusta?

—Es jovata viejo. Está muy achacada.

—¿Jovata? ¡No tiene 40 años, querido! ¡No seas pelotudo!

—Mirá, si no tiene 40 años los aparenta. Te digo más, yo le daba cerca de 45.

—37 pirulos tiene. Recién cumplidos.

—¡Y bueno!

—¿Qué? ¿Me vas a decir que alguna de estas pendejas que están por acá, aquella, por ejemplo, con esa pinta de muerta de hambre, están mejor que mi mujer? ¿Pero no ves la pinta de pichicateras que tienen todas, que parece que hace mil años que no toman sol, fumadas todas, sucias, los pelos roñosos? ¿Esas son las pendejas que te gustan a vos? ¡Por favor! Dejame de joder. Además, no me vengas con versos, mi viejo. Si vos tampoco sos ningún pendejo. ¿O me vas a venir con que a vos las pendejas todavía te dan pelota? No te dan ni cinco de pelota a vos, mi querido ¿O te pensás que yo no te veo? ¿O por qué te pasás, acaso, todas las tardes, sentado en la mesa de todos esos viejos chotos como me dice Marcela que te pasás? Porque te dan mucha pelota las pendejas, seguramente. Por eso. Viejos chotos haciéndose los galanes...

—A mí no me gusta...

—Además, mi mujer, será una hija de puta que se encama con el primer boludo que se le cruza, pero se rompe el culo haciendo gimnasia para mantenerse en forma, querido ¡Las veces que me he tenido que hacer la comida cuando vuelvo del trabajo porque ella está haciendo la gimnasia, tirada enfrente del televisor con la mina esa y el grone de la ESPN, que hacen gimnasia arriba de un portaaviones? Y te va al gimnasio, y te sale a correr...

—No me gusta. No me digas porque no me gusta...

—Más de una de estas pendejas querría tener el culo que tiene mi mujer. Las gomas que tiene mi mujer, mirá lo que te digo...

—A vos te parece porque sos el marido. Tenés que convencerte porque...

—¡No me tengo que convencer un carajo, querido! Yo no soy tan boludo, no me pongo ciego ante la realidad, yo no me engaño... Marcela será una guacha pero sigue estando buenísima... ¿O te crees que yo no veo cómo la miran los tipos por la calle?

—No me gusta.

—Tendrías que verla en bolas... Bueno... —saltó el tipo—. ¡Si vos la viste en bolas, hijo de puta! ¡Oíme, salgamos y...!

—No es eso, no es eso... Yo no te digo que no esté buena...

—¿Qué no va a estar buena! ¿Y qué me decís entonces?

—No sé... No es mi tipo de mujer... No... No... Qué sé yo... Vos no lo tomes a mal, pero... La nariz...

—¿Qué pasa con la nariz? ¡Ahora no me vengas con que no te gustan las narigonas! Al contrario. Eso es lo que hace interesante a una mujer... ¡Mirá la Barbara Streisand, por ejemplo, mirala a ella! Ahora me vas a salir con que te gustan estas pendejas que se hacen la estética y que quedan todas con la misma napia. Esas te gustan, seguro, esas narices de mierda que parecen caniches...

—No es eso...

—Además... A la Ley de Almada, mi viejo. Le tapas la cara con una almohada.

—No es eso...

—¡Por favor, mi viejo! ¿Qué me venís!

—Es que a mí me gusta la mujer más... ¿cómo decirte? Más...

—¿Más que?

—Más dulce ¿me entendés?... Más modosita... Más manuable... Tu mujer, Marcela, es muy grandota, muy agresiva. Demasiado...

—¿Agresiva? ¡Porque tiene personalidad, querido! Ella es así. Avasallante ¿O querés una boluda de ésas que se creen una muñequita de lujo?

—No te digo agresiva...

—¡Porque te sabe llevar una conversación! Eso es lo que te jode. Están todos acostumbrados a estar con minas que se callan la boca y le dicen que sí a todo, y no se bancan una mina que tenga los ovarios bien puestos como para copar una mesa y opinar de las cosas igual que los tipos. Eso es lo que pasa ¡Claro! Todos los piolas de tu mesa pueden decir mil boludeces de lo que se les cante pero si aparece una mina con ideas propias no se la aguantan...

—Será así... Será así... Por ahí tenés razón...

—Lo que pasa es que ella te sabe llevar una conversación y...

—Y te aclaro que ella no viene a la mesa nuestra.

—Porque ha estudiado, mi viejo ¡Y quién te dice que no ha estudiado más que cualquiera de todos estos intelectuales...! ¡Intelectuales de la poronga!

—Seré chapado a la antigua. Lo admito —enarcó las cejas el Sordo, casi como apesadumbrado,.

—Fijate que al final, yo... —no detuvo su arremetida el otro— que no soy lo que puede decirse un tipo de estudios, porque apenas si tengo el secundario, me banco una mina evolucionada. Pero ustedes no. Para ustedes una...

—¿Sabés lo que pasa? ¿Sabés lo que pasa? Yo seré un antiguo, pero me jode que una mina te interrumpa cuando estás hablando ¿viste? No te digo que me joda que hable. Pero que sepa respetar cuando el que habla es otro. Que no se meta. Y eso es lo

que hace Marcela. Se mete. En ese aspecto es desubicada... grosera...

—¡Por favor! ¡Mirá con lo que me salís!

—Te digo más... Más de una vez, pensé, te juro que pensé, sin conocerte, eh, sin conocerte... «¡Pobre tipo el marido de esta mina! ¡Lo que debe ser tener que aguantar a esta mina!».

—Pero... ¡Por favor!... Ella ... ¡Ella es una santa! Es incapaz de...

—Porque una cosa es charlar un ratito acá, todo muy bien, muy lindo, muy entretenido. Pero otra cosa es tenerla todo el día en tu casa y...

—¡No estás a su altura, querido! ¡No estás a su altura!... Es una señora.

—Te digo más. . Ahora que te conozco, ahora que te conozco y veo que sos un tipo honesto, frontal, un tipo que va de frente, como viniste de frente conmigo, un tipo que tiene la grandeza de plantear una cosa delicada como ésta, cara a cara merecerías otra mina. No sé.. Más dulce, menos agresiva, menos jodida.

—Por favor.. Ya quisieras vos encontrar una mina como Marcela. Ya quisieras vos...

—Puede ser. Puede ser. . —caviló el Sordo. La conversación parecía haberse agotado—. Puede ser...

El otro miró el reloj.

—Me voy —dijo—. Ya debe haber llegado —se paró. El Sordo también, las manos en los bolsillos.

—¿Tomamos algo? —frunció las cejas, mirando la mesa vacía y tratando de recordar. El tipo negó con la cabeza.

—Chau —dijo—. Pero la vamos a seguir —advirtió. Y se fue por la puerta de Sarmiento y Santa Fe. El Sordo se volvió para la Mesa de los Galanes. Cuando el tipo pasó junto a donde estaban Cary y Querol, hizo un gesto con el mentón, señalándole al Sordo la adolescente flaquita que charlaba con ellos.

—¡Seguro que una cosa así te gusta a vos! ¡Qué vas a comparar! —casi gritó, antes de continuar su retirada.

El Sordo admitió con un gesto ambiguo y siguió para su mesa. Esta se había poblado bastante. Habían llegado el Pitufu, el Peruca, Belmondo y Hernán. El Sordo tuvo que buscarse una silla de otra mesa y ubicarse en segunda fila, en un ángulo poco favorable.

—Mirá vos —se rió el Zorro—. Tenías *ringside* y te lo cagaron.

El Sordo iba a contestar cuando volvió el tipo, por el mismo lado que la vez anterior, por detrás de la misma columna. Era obvio que había salido por la esquina y había vuelto a entrar por Santa Fe. Le tocó el hombro al Sordo y se agachó para hablarle al oído.

—¿Sabés por qué vos decís eso? —le dijo. El Sordo esperó, fastidiado—. ¿Sabés por qué vos decís eso?

—¿Qué digo?

—Que no te gusta.

—¿Por qué?

—Porque Marcela no te da pelota. Por eso —el Sordo giró para mirarlo—. No te da bola.

—Sí... Seguro...

—Claro, querido. Como eso de la zorra y las uvas... «Estaban verdes...»

—Sí... Seguramente...

—Entonces decís que no te gusta, que es fea, que es un escracho... —El Sordo meneó la cabeza con disgusto, resoplando.

—Porque no te da bola, querido —sonrió el otro—. Por eso.

—Sí. Preguntale...

—Y... ¡No le va a dar bola a un tísico como vos, justamente!

—Claro... Preguntale... —repitió el Sordo, ya engranado.

El otro se irguió, siempre sonriendo y hasta se dio el lujo de palmearlo al Sordo en el hombro.

—«Estaban verdes» —casi reía.

—Sí. Seguro. Preguntale qué hizo el jueves a la tarde... A eso de las siete... Preguntale...

El otro le dio una última palmada de despedida y se alejó, contento.

—¡Preguntale! —alcanzó a gritar, airado, el Sordo—. ¡Qué hizo! ¡Preguntale!

Pero el otro había desaparecido por la puerta de la esquina. Y esta vez ya no regresó.

NOEMI PRANA DE TETUAN (1923-986)

UNA POETISA DE NUESTRO TIEMPO

Alguien dijo que cuando muere un poeta, una estrella se apaga. Pero alguien sostuvo asimismo, que cuando muere un poeta una estrella se enciende, porque el alma del artista sube hasta el firmamento y alimenta con su resplandor dicho cuerpo astral. También se afirma que una estrella, despojada del reflejo solar, constituye solo un meteoro inerte, una masa antropomorfa, un asterisco muerto. Se llegó a afirmar en el Quinto Congreso de Estudios Cósricos Comparados, en 1979, en Plymouth, Massachusetts, que una estrella supernova de la Nebulosa Trífida genera una reacción termonuclear que puede transformar el hidrógeno en helio. Pero abundar en esos detalles sería alejarnos del tema que hoy nos moviliza y que no es otro que el de recordar la memoria de Noemí Prana de Tetuán, la querida poetisa de Noetinger, Pcia. de Santa Fe, tempranamente desaparecida. Y qué mejor, para recordar un espíritu sensitivo, que hacerlo con sus poemas, aquellos poemas que nos regocijaron más de una vez y que hoy nos acerca (como siempre) nuestro amigo y colaborador, Ernesto Esteban Etchenique. Ambos trabajos han sido tomados por Etchenique del libro póstumo de Noemí, *Azaleas*, que ya desde el título nos remite a su entrañable amor por sus flores y sus plantas, a quienes dedicara largas horas de su tiempo en el amplio y fresco caserón de calle Uribe. Dos cariños signaron su existencia pródiga: el ya mencionado por la jardinería y el otro, profundo y sublime, por Blas Autarco Tetuán, su compañero de toda la vida. No era difícil suponer (amarga deducción) que desaparecido aquel severo y noble jefe de Correos que era Blas, corta sería la sobrevida de Noemí, privada ya de ese vínculo estrecho y simbiótico. Y así fue, lamentablemente. Muerto su esposo tras una fastidiosa y prolongada dolencia la lluviosa tarde de un 15 de enero de 1968, Noemí Prana también optó por apagarse, como la desvaída llama de un quinqué, el 23 de enero de 1986.

«Donde digo»

En mi tercer poema; aquel que titulara «Encuentro con Esteban»

En la segunda estrofa; allí donde yo digo con atildada prosa y tono sugestivo:

«en la esquina con alguien

apenas conocido»

habrá de recitarse:

«de engalanado porte
amable
y bien vestido».

En la segunda parte donde aludo al saludo y escribo puntillosa:

«la gracia de un
requiebro
quitándose el sombrero»

deberá interpretarse:

«un ósculo aguachento
de la mano en el dorso
donde termina el brazo
donde comienza
el cuello».

Y allí donde gozosa describiera el recuerdo del cauto caballero poniendo:

«una guedeja
tierna
un rulo
de su pelo
un bucle vaporoso
que inútilmente
intenta
proyectar una sombra
delgada
sobre el suelo»

ruego al lector que lea:

«un rizo oscuro

y terco
de la región más suya
la del rincón
umbroso
nacarado
sapiente
púbico
mágico
triangular
y
ajeno»

«Yo te hablo»
Begonia
iridiscente
de mi vieja maceta.
Yo te hablo
y tú
me escuchas
con silente belleza.
Te cuento
de mis penas
de mis horas
amargas
de mi rezo constante
por esa hermana enferma.
Te hablo de mis males
de mi dulce
tristeza
ante la vaga anemia
del crepúsculo
cerca.
Del permanente
llanto
por mi madre
ya muerta
que
quizás
desde el Cielo

mi soledad observa.
Te cuento
del trabajo
forzado
de la casa
del patio
la cocina
y las otras macetas.
Del frío
del rencor
el blanco azulejado
la verde enredadera
del agio
de la usura
la estafa
el peculado
la envidia
y la escalera.
Y de la amiga aquella
a quien el falso crup
llevara
por su senda.
Te hablo
fiel begonia
incluso de este riego
con que a ti
te bendigo
y del perro
que un día
partió
con su ladrido.
De la molesta tos
del dolor en mi oído
y de esta puntada
acá
que arruga
mi vestido.
Y te hablo de aquel hombre
que quise y no me quiso

aquél del primer beso
aquél del ansia vana y al que sigo esperando
pese a que hace ya
treinta años
de la tarde
famosa
en que
con voz canora
dijera
«Hasta mañana»
Y tú
bella begonia ufana
en tu maceta
me escuchas
me comprendes
recedes tu corola
te vences
te reclinas
te amustias
y te secas.

UNA MESA DE TRES PATAS

La mamá de Nico fue a la casa de los Galotto dos meses después de que muriera don Ítalo. Su visita no fue estrictamente una sorpresa para Urbana, la viuda, porque ya doña Emma (la mamá de Nico) había estado en el velorio. Aunque también era cierto que todo el barrio había estado en aquella ocasión. Pero, de cualquier forma, era notorio que a Urbana no le caía para nada bien doña Emma y aceptó su presencia en el velorio por una mínima condescendencia cristiana, lo doloroso del momento y una elemental cuota de educación (*Esa tipa*, solía decir Urbana refiriéndose a Emma). De todos modos, una cosa era que una vecina no querida acudiese a un velorio exitoso —como había sido el de don Ítalo— y otra que, pasados ya dos meses, y sin justificativo visible, tocara el timbre de la familia Galotto pidiendo hablar con Urbana. El rencor que Urbana sentía por doña Emma no era, precisamente, rencor. Era un cierto rechazo, prevención y tal vez temor por todo el clima poco claro que rodeaba a *esa tipa*. Se decía en el barrio que doña Emma era bruja. O bien que, en sus ratos libres, hacía brujerías. Leía la borra del café, interpretaba el agua, podía leer las manos, tiraba el tarot. Pero fundamentalmente era espiritista. Le habían contado a Urbana que Emma profesaba el culto de la mesa de tres patas, que concitaba a los espíritus o que junto con otros profesantes (*ignorantes* denostaba Urbana), practicaba ese extraño juego de la copa, en el que una copa observa un comportamiento errático sobre la mesa señalando personas, respondiendo preguntas, deteniéndose ante presuntos enfermos. Por supuesto, el aspecto exterior de doña Emma cuando andaba por la calle, por ejemplo, era común y corriente. Un ama de casa como las otras. Tal vez un poco más desarrapada que las demás, algo menos cuidadosa con el cabello o no tan meticulosa con los detalles. Al velorio, por ejemplo, había concurrido con un batón algo raído, tipo salida de baño, como si la noticia de la muerte de Ítalo (sorpresiva, por cierto) no le hubiese dado tiempo para acicalarse correctamente. Y cuando fue a lo de los Galotto, dos meses después de lo de Ítalo, lucía más o menos igual. Improvisada, digamos. Siempre aseada, decorosa. Pero con chinelas de pompón, abrigadas, para el invierno, dando la impresión de que había salido algo apurada de su casa, tal vez por un trámite que requería cierta urgencia.

—Sí. Está —solo atinó a decir Liliana (la hija de Urbana), tras abrir la puerta, toparse con la presencia de la supuesta bruja y escuchar que ésta, preguntaba por su madre. Después, volvió a cerrar la puerta de calle, desandó el pasillo largo y le avisó a Urbana que doña Emma estaba preguntando por ella. Urbana que cosía detuvo en el aire una puntada, dejó sobre la mesa el costurero, se puso de pie arreglándose un poco el cabello y, con rostro severo, se fue hacia la puerta sin articular palabra.

—¿La hiciste entrar? —preguntó a Liliana, en tono confidencial, antes de dejar la habitación.

—¡No! —deslindó responsabilidades su hija, entre alarmada y divertida.

Urbana fue hasta la puerta, la abrió nuevamente y se asomó un poco, dando a entender a su visitante (cruzada de brazos para ceñir aun más el saquito verde de lana a esa hora fresca del atardecer, preanuncio de una noche fría) que no iba a perder demasiado tiempo en atenderla.

—¿Sí? —fue la módica recepción de Urbana.

—Buenas noches, señora —sonó, cordial, doña Emma—. Quisiera hablar un par de palabritas con usted.

—Dígame.

Urbana no había abierto ni un centímetro más la puerta de calle. Seguía asomando solo la cabeza como un títere grande. Doña Emma vaciló, tal vez esperando que la hiciera pasar. Se originó un momento de cierta tirantez, donde era obvio que ambas mujeres habían iniciado una suerte de pulseada de voluntades en torno al definitivo acto de entrar o hablar en la calle.

—Es con respecto a su marido, don Ítalo —aportó, por fin, doña Emma, como si la frase fuese una llave maestra.

—Mi marido murió. Murió hace dos meses —cortó Urbana.

—Ya sé, ya sé. Por supuesto que lo sé...

—¿Entonces?

—Es otra cosa.

—Vea, señora —Urbana tomó aire, como alentando un tono de mayor severidad—. Entonces, si lo sabe, no hay mucho que hablar. No quiero entrar en ningún tipo de comentarios con respecto a mi marido, que ya ha muerto y que Dios lo tenga en su santa gloria.

—No es eso. Ocurre que...

—Yo conozco muy bien las cosas que suelen tejerse después de que muere alguien. Y las cosas que suelen comentarse en el barrio a espaldas de los fallecidos. Recuerdo perfectamente lo que ocurrió después de la muerte del señor Acosta —el de la ferretería— que al día siguiente de su muerte empezaron a correrse bolazos y estupideces de que tenía otra mujer y que andaba con cuanta chirusa se le cruzaba por el camino. ¡Al día siguiente de haberse muerto! O cuando murió Bevacqua —el de la casa de electricidad— que se empezó a decir que le debía plata a Dios y María Santísima...

Doña Emma la miraba, meneando levemente la cabeza, paciente, si se quiere.

—Por eso —continuó Urbana, lanzada—. Como sé muy bien que Ítalo nunca tuvo una relación muy cercana que digamos con usted ni con nadie de su familia, es que no puedo imaginarme cómo algo que usted venga a contarme pueda serme útil, cierto o interesante...

Emma seguía negando con la cabeza. Esperando con abnegación que Urbana

terminara.

—No es nada de eso —dijo luego, cuando se cercioró que Urbana le daba cierto espacio para contestarle.

—¿Qué es, entonces?

—Hace una hora, en una mesa de espiritismo donde estábamos invocando a Ceferino Namuncurá, se hizo presente la voz de su señor marido don Ítalo, y me pidió expresamente que viniera a decirle algo.

Sentada en uno de los sillones del living (los rojos, de felpilla) Urbana sostenía con una mano la taza de té que le había traído Liliana, mientras con la otra mano se oprimía levemente el pecho. No había recuperado aún el ritmo normal de su respiración.

Liliana le había traído otro té de boldo a doña Emma (sentada enfrente de Urbana) y ahora se ubicaba en el sillón restante.

—Reconocí enseguida la voz de su marido, señora —decía doña Emma—. No solo porque la había escuchado mil veces en el almacén de don Julio, discutiendo de fútbol con él, sino porque la voz, apenas comenzó a oírse sobre nuestra mesa, se presentó, muy educadamente, y nos dijo «Soy Ítalo Galotto, el vecino de la calle Pasco, el papá de Liliana». Usted decía muy bien: es cierto, yo no tuve trato directo con su señor esposo. Pero lo escuché muchas veces en el almacén y no tengo dudas de que la voz era la de él.

—¿Qué más le dijo? —tomó intervención Liliana, al observar el estado de conmoción de su madre.

—Nos dijo que necesitaba comunicarse de inmediato con alguna de ustedes. Que yo disculpara la molestia. Que sabía que mi casa estaba bastante distante de la suya, pero que le era sumamente imperioso, recuerdo que dijo así y lo recalcó, imperioso, hablar con mi señora, dijo, o con mi hija Liliana.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que me iba a contactar con ustedes a la brevedad, que haría lo imposible por ubicarlas. Entonces, él me dijo que muy bien, que se quedaba esperando.

—¿Cómo que se quedaba esperando?

—Claro. Él pensó que en ese mismo momento, yo iba a abandonar la mesa e iba a salir corriendo para acá, a buscarlas a ustedes. Y que las iba a llevar para allá, para que hablaran con él.

—Ajá.

—Pero, le explico, señora. Yo no dudaba de la importancia o de la urgencia que podía tener su señor esposo en ese momento, como para interferir o bien mezclarse en una mesa de espiritismo que no lo había convocado...

—¿No es común que eso ocurra? —preguntó Liliana.

—Para nada, señorita, para nada —Emma frunció la cara, casi con

condescendencia—. Comprenda usted que se trata de un contacto a una dimensión altamente emocional, con toda la energía puesta estrictamente en dirección a una persona desaparecida, ente o espíritu divagante. Es muy improbable ese tipo de interferencia.

—Es que nosotras no sabemos nada del tema —se mantuvo moderadamente agria, Urbana—. No es algo que para nada de nada nos haya interesado jamás.

—¿Entonces? —optó por suavizar, Liliana.

—Entonces yo le expliqué al señor Ítalo, con mi mejor buena voluntad y mi mejor disposición para el caso, que yo no estaba sola, que estaba en compañía de un grupo de personas, que estaban aquejadas por un problema muy delicado y que estas personas habían pagado para contactarse con el espíritu de Ceferino Namuncurá a través mío y que yo no podía abandonarlas en ese momento.

—Ítalo, por supuesto —dijo Urbana— no lo ha hecho con intención de incomodar. Él tampoco sabía. Él tampoco era adicto a este tipo de supercherías...

—Mamá... —se sonrió ácidamente Liliana—. Acordate que papá, a veces...

—Le garanto, señora —terció Emma— que contactarse con Ceferino Namuncurá no es para nada fácil. Usted debería conocerlo. De arranque es una persona que tiene la tradicional hosquedad del indígena. Cuando habla, si es que habla...

—¿Qué le contestó entonces usted a mi marido?

—...porque a veces, simplemente golpea en la mesa, señora. Una le reclama a Ceferino que, a modo de aceptación del contacto, golpee tres veces, y él le comienza con esos golpes propios de la percusión mapuche. Tum, tumtum, tum, tumtum, tum...

—Doña Emma, doña Emma... ¿Qué le dijo a mi padre?

—Que yo iba a hacer lo imposible para contactarlas a ustedes. Que él tuviera paciencia y confianza. Pero que me disculpara, que no podía hacerlo en ese momento. Que yo, de mil amores, venía y les decía. Y que él volviera a contactarse conmigo el jueves próximo..

—¿Mañana?

—¿El jueves? ¡Mañana!

—Mañana, efectivamente. Que yo le organizaba una mesa para eso de las nueve de la noche con ustedes. Y él me aseguró que iba a estar allí, sin falta. Que no tenía otra cosa que hacer. Pero me insistió y me insistió y me insistió para que yo no me fuera a olvidar. Que era algo urgente.

Urbana y Liliana se miraron.

—Vamos a ir, por supuesto —susurró Liliana. Urbana había reclinado su cabeza y se oprimía la frente, ahora, con su mano derecha. Hubo unos segundos de silencio.

—Yo les diría que no vayan solas —recomendó, al fin, Emma.

—¿Por qué? —levantó la cabeza, Urbana.

Doña Emma volvió a fruncir la cara, apretando los labios e inflando los cachetes.

Sacudió la cabeza.

—Es un poco... Para el que no está acostumbrado, es un poco...

—¿Impresiona? —dijo Liliana.

—Impresiona —aprobó Emma—. Es un poco impresionante. Dése cuenta. Está usted, de pronto, hablando con alguien a quien ya considera definitivamente muerto. Con una persona a quien ha visto enterrar usted hace no más de dos meses. Yo les diría...

Urbana miró a Liliana.

—¿A quién te parece?

Liliana se encogió de hombros.

—Tío Lucio —arriesgó.

—Si es un hombre, mejor —aceptó Emma— Si es un hombre, mejor.

—Bueno. Hombre... —Urbana enarcó las cejas, dubitativa.

—Usted, Liliana —Emma habló como una maestra puntillosa—. Dele la mano al señor. Y usted, Urbana, déme la mano a mí.

Liliana y Urbana obedecieron. Liliana experimentó una extraña sensación revulsiva cuando unió sus manos, primero con tío Lucio y luego con Emma. Advirtió que hacía mucho que nadie la tomaba de la mano. Así quedaron los cuatro, en torno a la mesa de tres patas, unidos por las manos. Se hizo un silencio prolongado bajo la tenue luz del comedor, solo alterado por el respirar pesado de Emma, quien, con los ojos cerrados, parecía haber empezado a concentrarse. Lejano, tras la puerta cerrada que daba a los dormitorios, llegaba el parloteo de un televisor encendido. Tampoco Urbana se hallaba muy sobrecogida por el momento. En verdad, el entorno no ayudaba demasiado. Un sencillo y habitual living comedor, con su trinchante, su bagueño y su pequeña araña de caireles, encendida —eso sí— en solo dos de sus cuatro lamparitas. Incluso desde el vestíbulo —al llegar— luego de subir la escalera (que torcía su rumbo en un descanso) habían entrevisto en la habitación de Nicolás, una computadora doméstica. Apagada, es cierto, pero que daba a la casa un carácter más cercano a la tecnología de punta que a la parapsicología.

Liliana percibió, en su mano derecha, un par de leves apretones de parte de doña Emma y comprobó, en su mano izquierda, que la palma de la mano de tío Lucio comenzaba a transpirar pese al frío.

La mesa, asimismo, aquella mesa de las transferencias espirituales, no difería en nada de una mesa común. Y hasta Emma, cuando los hizo entrar a la habitación le quitó de encima una suerte de mantel de paño verde pesado, parecido al de las mesas de billar, tras apartar un centro de mesa ampuloso, de dudoso baño de plata, repleto de frutas de plástico.

De repente doña Emma alzó la cabeza, abrió los ojos y clavó la vista en Urbana que también la miró, algo confusa, o alarmada, sin saber si le estaba reclamando que

hablara o, simplemente, le estaba anunciando algo. Cuando Urbana iba a preguntarle sobre qué debía hacer, se escuchó la voz de Ítalo.

—Urbana —dijo, y todos, menos Emma, pegaron un respingo. Era, sin duda, la voz de Ítalo. Y llegaba desde lo alto, apenas un poco más apagada, pero clara, nítida. Se hizo, esta vez sí, un silencio profundo y atemorizado, en donde se escuchó filtrándose por detrás de la puerta que daba a los dormitorios con más nitidez, la saltarina musiquita de los dibujos animados.

—Urbana —repitió la voz, ahora casi interrogante, como si, ante el silencio, Ítalo dudara de que su viuda estuviese realmente allí.

—Ítalo —articuló Urbana, procurando dar a los demás una sensación de firmeza.

—Urbana —repitió Ítalo—. ¿Qué pasó?

—¿Cómo *qué* pasó?

—Sí ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

—Qué pasó... ¿Con qué?

—Conmigo, Urbana. Qué pasó conmigo. Conmigo qué pasó.

—Bueno... Te... ¿Por qué me...?

—Yo estaba bien, Urbana. Yo estaba de lo más bien. Andaba fenómeno, yo. ¿O no es así?

—Ah sí... Claro, sí, por supuesto, estabas bien...

—Entonces... ¿qué pasó? Habíamos ido a lo del doctor Palazzi hacía muy poco. ¿O no habíamos ido a lo del doctor Palazzi?

—Sí, habíamos ido.

—Y yo estaba diez puntos, vos estabas presente. Me encontró mejor que nunca, me dijo que nunca me había encontrado así.

La voz de Ítalo sonaba airada, como la de un hombre defraudado, estafado, quizás.

—Es verdad, me lo dijo a mí también —admitió Urbana.

—¿Y entonces? ¿Y entonces? —ahora Ítalo ya sonaba casi agresivo, como exigiéndole a su viuda una explicación convincente.

—No... no sé. Te juro que a nosotros también nos cayó como un balde de agua fría. Fue una sorpresa... terrible...

—¿Y a mí? —ahora Ítalo, su voz, ya gritaba—. Resulta que yo me voy a dormir lo más tranquilamente y, cuando me despierto, me encuentro con esto. Así nomás, sin una explicación, sin un motivo...

—Es verdad. Yo...

—Sin siquiera saber por qué carajo se produjo. ¡Me fui a dormir lo más tranquilo, lo más pancho me fui! ¡Si hasta el Bisineral me había suprimido el doctor después de que me revisó, hasta el Bisineral me había cortado porque me dijo que andaba de lo más bien con el colesterol!

—El médico dijo que fue un infarto masivo —se defendió Urbana, soltando, pese a la mirada severa de Emma, su mano derecha de la mano de Lucio y poniéndosela sobre el pecho, en gesto de franqueza.

—Que a veces eso es...

—¡Qué infarto masivo ni infarto masivo! ¡Los médicos dicen cualquier cosa cuando no saben qué corno decir!

—Bueno —se encogió de hombros, Urbana—. Ellos son los que saben. Así dijo él...

—¡Y lo que más bronca me da es que los imbéciles se lo creen, se creen cualquier cosa que digan los médicos!

—Papá —terció Liliana—. Ni digás imbéciles, ni digás que... Te imaginás que...

—¿Quién está ahí? —cortó Ítalo.

—Liliana, tu hija —dijo Liliana.

—No sé para qué viniste, Liliana. Yo pedí hablar con tu madre.

—Bueno, pero vine...

—Dijiste con las dos —puntualizó Urbana.

—Te imaginás que, si el médico... —retomó Liliana.

—¿Quién quedó con la abuela? —preguntó, la voz.

—Quedó sola —Urbana pareció perder la paciencia—. No le va a pasar nada por media hora.

—¡Claro! ¡Así es muy fácil! Salen todas y la dejan a la pobre vieja sola.

—Papá, papá... Te imaginás que si el médico dijo que era un infarto masivo es porque...

—¡Me había ido a revisar dos días antes! ¡Dos días antes me había ido a hacer ver! ¡Con tu madre habíamos ido!

—Eso no quiere decir nada, Ítalo —meneó la cabeza, Urbana—. No tiene nada que ver. Acordate de Octavio. Estaba bien y...

—Fumaba como un caballo, Octavio.

—Pero estaba bien y un ...

—Me voy a dormir una noche lo más campante y... —la voz de Ítalo pareció quebrarse—. Porque si uno sabe que está mal, uno ya se va preparando, anímicamente, emocionalmente...

—De acuerdo, Ítalo. Pero... —empezó Urbana.

—Acá lo que pasa es que hay otra cosa.

Esta última frase de Ítalo, cargada de intencionalidad, congeló el diálogo. Urbana fue la primera en reaccionar.

—¿Qué cosa, Ítalo? ¿A qué te referís?

—Yo estaba bien y a mí me dieron algo.

—¿Cómo *algo*? ¿Quién te dio algo?

—Algo, me dieron algo ¿Quién me dio de comer esa noche?

—¡Yo! Yo te di de comer —saltó Liliana.

—Liliana te dio de comer.

—Y... te la hago corta —anunció Ítalo—. Ahí había algo raro. Yo le sentí un gusto extraño a esa comida. A la sopa, especialmente.

—¿Cómo? —se ofuscó Liliana.

—Pero... pero... —Urbana abría desmesuradamente los ojos— ¿qué querés sugerir?

—Vos no podés decir una cosa así, Ítalo —por primera vez dejó oír su voz Lucio.

—¿Quién habló? ¿Quién más está ahí?

—Yo, Ítalo. Tu hermano. Vos no podés...

—Vos no te metás. Yo con vos no estoy hablando ¡Yo digo que esa sopa que me dieron la noche esa tenía algo raro, yo le sentí un gusto extraño! ¡Lo digo y lo reafirmo!

Liliana soltó las manos de su madre y su tío, se puso los diez dedos sobre el pecho y se irguió en la silla.

—¡Vos insinúas, papá, que yo...?

—¡Vos, o tu madre, le pusieron algo a la sopa, ese gusto no era el natural!

—Usted no puede decir algo así, señor Galotto —intercedió, cauta pero aplomada, doña Emma.

—Usted no se meta. Yo con usted no estoy hablando.

—Ítalo, Ítalo... —llamó, componedor, Lucio—. Tal vez vos ya te sentías mal, como cuando uno tiene fiebre, que a todo le encuentra mal gusto...

—Le recuerdo que está usted en mi casa —puntualizó, áspera, doña Emma. Ítalo ignoró el comentario y arremetió contra su hermano.

—Te dije que con vos no estaba hablando. No sé para qué te dijeron que vinieras. Vos vení a hablarme cuando tengas que pedirme dinero, como lo has hecho toda tu vida.

—Mirá, Ítalo —lo de Urbana fue drástico—. Haceme el señalado favor de aclararnos bien las cosas. Vos estás diciendo cosas muy graves.

—¡Ustedes me pusieron insecticida en la sopa, Urbana! —articuló prolijamente, como para evitar malentendidos, Ítalo—. Insecticida o cualquier otra porquería, algún veneno para ratas. Eso me pusieron en la sopa aquella noche. Me mataron, Urbana. Vos y tu hija me mataron.

Se solidificó un silencio tenso. Urbana volvió a tomar la mano de su hija, y ésta la mano de Lucio, pero esta vez parecía obedecer a un reclamo solidario, más que a un requisito de comunicación.

—Y... —Lucio, incluso postergado, buscó las palabras para seguir.— ¿Por qué habrían de hacerlo, Ítalo? ¿Por qué? Aun suponiendo, suponiendo que hubiesen

querido eliminarte. ¿Para qué podrían querer haberlo hecho?

—La herencia, querido —contestó Ítalo tras una pausa, y el *querido* sonó sarcástico—. Mi pensión.

—¿Tu pensión? —lo de Urbana fue casi una risotada nerviosa.

—Mi pensión, el auto, la casa.

—¡Tu pensión son trescientos pesos miserables, Ítalo! —ululó Urbana—. ¡Mirá la fortuna que nos dejaste! ¡Trescientos pesos miserables!

—Y no podés, papá —Liliana lucía más calmada— hablar seriamente del auto. Un Renault Gordini del tiempo de ñaupa que...

—¡Esa casa cuesta una fortuna! —la voz no se arredró.

—¡Si se cae a pedazos, Lucio!

—¡Y está el terrenito que tenemos en La Florida, también! ¿O no cuentan ese terreno?

—Está en una villa, Ítalo —desestimó Lucio.

—¡Toda una vida manteniéndote, Urbana... —pareció lloriquear la voz—, para tenerte como una reina y dejarles un buen pasar cuando yo me fuera... y no pudieron esperar un par de años más hasta que...

—¿Como una reina? ¿Pero cómo podes decir eso?

—¡Rompiéndome el culo para que te dieras todos los gustos!

—¡Pero cómo podes ser tan hijo de puta, *como una reina*!

—¡Y el terrenito, y el terrenito! —gritó Liliana, roja de ira—. ¡Bien que yo te di la mitad de mi sueldo como tres años seguidos para que pagaras las cuotas porque vos nos decías que las cosas andaban mal en el negocio!

—¿Las cuotas...? ¡Pero callate, porquería, que nunca te pudiste enganchar ni un macho como la gente para casarte y no representar una carga más para la casa, pelotuda!

—¡Y que quién sabe qué habrás hecho vos con esa plata... —tomó la posta, Urbana, ante el acceso de llanto de su hija—... porque los recibos bien que nunca los vimos! ¡Bien que nunca los vimos los recibos!

—Y... ¿cuándo me prestaste plata vos, Ítalo, cuando me la prestaste? —se anotó Lucio.

—¿Querés que te diga? ¿Querés que te diga? Cuando me apareciste por la oficina llorando, llorando te apareciste, porque le habías hecho un hijo a aquella polaca y necesitabas la plata para hacerle un aborto. Mirá si me acuerdo cuándo me la pediste.

—¡Te pedí que me la devolvieras, hijo de mil putas! —estalló Lucio—. ¡Te pedí que me devolvieras de la otra vuelta que me la habías pedido con el cuento de que ibas a alquilar un depósito para la mercadería!

—¡Que ni sé cómo hiciste para embarazar a esa mina porque de vos siempre se dijo que eras medio puto!

—¡Alquilar un depósito! Qué mierda ibas a alquilar vos si siempre fuiste un fracasado.

—¡Por algo no te casaste nunca!

—¡Porque vos siempre me corriste los novios! — barbotó, entre sollozos, Liliana, como si el ataque de Ítalo fuese para ella y no para su tío—. ¡Y preferí quedarme en casa a cuidar a mamá, al ver la vida de mierda que vos le diste!

—¡Me mataron, me asesinaron, me envenenaron como a un perro!

—¡Lo hubiéramos tenido que hacer! —rugió Urbana—. ¡Lo hubiéramos tenido que hacer y ahora me doy cuenta de que fui una imbécil de no hacerlo y esperar que a que te murieras solo!

—¡Siempre supe que eras una hija de puta y andabas detrás de mi fortuna!

—¡Una mierda fuiste! ¡Una reverenda mierda!

—¡Y no me extrañaría que el otro marica de mi hermano también haya estado metido en el asunto, para no tener que pagarme las deudas!

—¡Anda a la concha de tu madre, Ítalo, ojalá te pudras ahí adonde estás! —gritó Lucio, inopinadamente duro.

—¡Y vos, y vos...! —amenazó la voz, cortándose de un tajo, de repente. El silencio que ganó la habitación pareció ser más profundo que nunca.

—¿Qué pasó? —preguntó Urbana a doña Emma, en un hilo de voz. Emma agitó su cabeza.

—No sé. No sé. Se cortó. Se retiró el contacto.

Lucio se pasaba un pañuelo por la calva. Tenía los cachetes rojos y parecía un tanto avergonzado. Liliana había apoyado la frente sobre el puño derecho y trataba de recomponer su ritmo respiratorio.

—¿Quiere que intentemos de nuevo? —preguntó doña Emma, sin entusiasmo.

—No, deje. Deje. Vamos, Liliana —se puso de pie Urbana. Antes de salir de la habitación, giró hacia Emma—. ¿Cuánto le debo?

—Son... No tomé los minutos... —calculó Emma. Luego, negó rápidamente con la cabeza—. No. Deje. No es nada. Ya bastantes gastos habrá tenido usted con todo esto —no especificó, con precisión, a qué se refería cuando decía *esto*—. Lo tomo como una emergencia.

Urbana le puso una mano en el antebrazo.

—Se lo agradezco... —frunció el entrecejo y parecía presa de una gran aflicción—. Parece mentira las cosas que una tiene que aguantar...

—Se sentirá más aliviada, ahora —calculó cómplice doña Emma—. Vivirá más tranquila.

—Ni se imagina —casi sonrió Urbana—. Ni se imagina.

—¿Qué hago? —preguntó Emma, casi ya de última, cuando sus tres visitantes se encaminaban hacia la escalera—. Digo, si se contacta de nuevo...

- Que no estamos— negó ostensiblemente con el dedo Liliana.
- Dígale que salimos —sumó Urbana—. Mejor, que nos mudamos.
- Que nos fuimos del barrio —concluyó Liliana. Y bajaron todos por la escalera.

UN CONFUSO EPISODIO

La idea es francamente fuerte. Es, como dirían los publicitarios, una *idea fuerza*. Imaginemos la situación. Es casi de noche, en una ciudad de los Estados Unidos, supongamos que Tampa. Serán las cinco, seis de la tarde pero es invierno y allí oscurece muy temprano. Incluso en el estado de Florida. Aunque bien podría ser en Boston. Dejemos Tampa. Mejor el frío. Hace frío, lo que da imagen de ropas abrigadas, telas gruesas, pesadas, uniformes de paño, calles brillantes por la llovizna, nubes de aliento frente a las bocas de los protagonistas. Y hay una luz roja y otra amarilla girando lentamente desde el techo de un coche policial. No se escuchan sirenas por ahora, todavía no. Ni tampoco se advierten muchos policías. Ya irán llegando. Es una calle ancha, una avenida elegante porque la zona es elegante. Y hay una mansión, algo recedida de la línea de construcción, muy señorial, con gran parque al frente y una verja de hierro artísticamente forjado. Frente a ella está detenido el coche policial.

¿Qué ha sucedido? Por el momento, admitámoslo, la situación no dice demasiado. No genera la misma expectativa que podría crear una situación en la que un tipo común y silvestre vuelve de su rutinario trabajo como empleado en una empresa de informática y advierte, desde unas dos o tres cuadras antes, que sobre su casa, donde habitan su mujer y sus cuatro pequeños hijos, oscila un helicóptero de la Cruz Roja con todos sus faros de localización apuntando hacia abajo. No es lo mismo.

Pero el conflicto irá creciendo, si ustedes me ayudan. Se irá convirtiendo en un relato atrapante que no podrán dejar de leer ni por un instante. ¿Qué ha pasado?

Una media hora antes de que el móvil policial llegara al lugar de los hechos, Emory McElligott, miembro de la custodia del congresal Wetmore, ha hecho su recorrido de rutina por la cuadra. Ha llegado hasta la esquina, ha curioseado por el negocio de alta costura de la línea *Levenia Biganzoli*, ha saludado con una mano en alto a Melvin, manager del restaurant tailandés *Sukhothai* y se ha detenido un momento frente al escaparate de la agencia de coches italianos *Carpo Imperatricce*.

Siempre le gustaron los sedanes, especialmente, los de diseño deportivo Luiggi Lucca. Luego, llegando ya a la reja del frente de la mansión del congresal Wetmore, ve el bolso azul oscuro. Está casi oculto bajo los mustios helechos que reclinan sus hojas desde el cantero que hace de base a la reja y es de un tamaño considerable. Un bolso deportivo, de uso horizontal, casi cilíndrico. McElligott observa hacia todos lados buscando a alguien que pueda haberlo dejado allí. Luego se agacha para estudiarlo. El bolso luce viejo y raído, es de la ignota línea *Sportworld Famina* y su cremallera está cerrada, salvo en los últimos dos centímetros de recorrido. McElligott va a abrirlo pero su mano se contiene y una oleada de calor, una sofocación, le recorre el cuerpo desde los pies hasta el cuello. Desde hace dos meses el congresal

Wetmore está recibiendo amenazas por el enojoso caso de la habilitación del motel *Gardenia*.

Habrán observado ustedes que ya la cosa adquiere otro matiz. Ya no es, apenas, un móvil policial estacionado a mitad de una cuadra, que podría estar indicando solo una estúpida infracción de tránsito o cualquier otro procedimiento de rutina, sino que ya entra en escena una incógnita y un riesgo cierto ¿Habrán dentro del bolso realmente una bomba? ¿Se cumplirán las amenazas contra el polémico congresal?

Ahora ustedes, que han tenido en más de una ocasión —deben confesarlo— el impulso rebelde de abandonar definitivamente el relato, acceden a concederle una nueva chance, le abren un crédito que no es para siempre, lo sé, pero que los compromete seriamente con la narración. ¿Por qué? La curiosidad, amigos míos. La curiosidad que ha llevado al hombre a los mayores descubrimientos está actuando sobre sus psiquis y los impulsa a permanecer junto a estas páginas descuidando, incluso, deberes laborales y/o familiares.

McElligott, ya puesto de pie, sopesa en su mano el teléfono celular. Duda en llamar a su superior, el comisario retirado Conrad Sanborne. McElligott por ejemplo, ha sufrido ya un par de reveses gracias a su celo profesional. Hacía no más de tres meses que había denunciado a un sujeto sospechoso, ataviado en forma rústica, sujeta la melena en una coleta, disimuladas sus facciones tras un par de lentes oscuros, revoloteando preocupantemente cerca del Mercedes Benz 330 del congresal en la propia cochera privada de éste. El sujeto resultó ser Margaret, la esposa del congresal, que retornaba de un día campestre, lo que cubrió de escarnio a McElligott.

Sin embargo, la duda de McElligott dura poco. Es un hombre valiente que sabe vencer la más terrible de las amenazas: la de la vergüenza. Conrad Sanborne se muerde el labio inferior y le contesta: «Espere». Como una exhalación baja desde su oficina instalada en la misma mansión de Wetmore y en dos minutos está junto a su colaborador. Ambos observan el bolso entonces, con minuciosa atención. Sanborne hace un gesto enérgico al portero que observa la escena desde la puerta de ingreso al edificio, unos quince metros más allá, cruzando el parque, para que encienda las luces de la reja.

Ya es casi de noche y oscurece sobre Boston. Pero la mayor claridad no ayuda en mucho a la pesquisa. Sanborne saca su linterna y recorre con el haz de luz la superficie del bolso. Éste tiene pequeños orificios de ventilación pero nada puede verse a través de ellos.

—Quisiera poder calcular su peso —masculla el ex policía. Habla para sí mismo, pero lo suficientemente alto como para que ustedes lo escuchen. E imaginen su voz. Ustedes están poniendo su parte del relato. Adivinan la voz cavernosa del jefe de la custodia. Imaginan también cuál es su contextura física y los rasgos fisonómicos. Componen un personaje como bien podría hacerlo el mejor de los actores de teatro.

Tal vez ustedes no se den cuenta, pero ya están involucrados, ya están atrapados por la narración. Han corporizado al custodio Sanborne, le han dado voz y físico. Es ya casi un hijo vuestro. Y nadie abandona a su suerte a un hijo, cerrando un libro y dejándolo solo frente a un bulto sospechoso.

—Levantémoslo— transpira McElligott, irresponsable. Sanborne lo mira duramente y bufa.

—El más mínimo contacto y puede estallar —enseña—. Conozco explosivos que estallan ante el mero cambio en la contaminación del aire en su derredor. Ante la mínima oscilación de la temperatura rectal de un curioso que se le acerque.

McElligott contiene el aliento, aterrado. Casi podríamos afirmar ya que es un pusilánime sobre quien se depositarán las pequeñas cuotas de humor que destila este cuento. Pónganle ustedes un rostro sin temor a que, páginas más adelante, aparezca una ilustración del tema donde puedan verse a McElligott y Sanborne escudriñando el bolso y allí sus rostros nada tengan que ver con los que ustedes pergeñaron. No habrá ese tipo de traiciones, pese a ser un relato de intereses enfrentados, ambiciones desmedidas y hombres en pugna, después de todo. El comportamiento semirridículo, semipatético de McElligott volverá cada tanto, aflojando un poco la tensión que amenaza convertirse en insoportable y que puede precipitar por tanto un resultado opuesto al buscado: que usted, en definitiva, deje este asunto y se dedique a otra cosa.

Ahora es Sanborne quien esgrime su teléfono celular. Dentro de la mansión, en su amplísimo despacho alfombrado, el congresal Wetmore se resiste a admitir la gravedad de la situación. Deja por un momento el cúmulo de papeles comprometedores y sonrío, amargo quizás, ante la información de su custodio. El congresal es así, un negador de situaciones comprometidas. Desestima el hecho, no colabora con el relato. Lo mismo hizo cuando el confuso episodio con Carleton Gómez, su secretario privado; cuando el enojoso conflicto en torno al motel Gardenia; o cuando el escandaloso permiso de la venta de armas a los *Contras*.

Pero Sanborne insiste con lo suyo. Ha estado en Vietnam cuatro años. Nunca en el frente, siempre en una calurosa oficina de Saigón escribiendo a máquina. No obstante, cuando volvió de allá nadie accedió a brindarle trabajo con la remanida excusa de la demencial violencia, del posible desequilibrio nervioso, de la latente locura. Su foja, además, registra una lesión de guerra algo severa: una escoliosis de columna, producto de la mala posición adquirida durante las horas de tipeo. El frío, la llovizna que comienza a caer y abrillanta las calles como lo describiéramos al principio, acentúan la molestia ósea, pero Sanborne se arquea e insiste frente a su jefe.

—Por el tamaño —informa— el bolso podría contener explosivos como para volar toda la reja y el jardín mismo. Incluso parte de la puerta de entrada.

—Llame a la policía —concede el congresal—. Bajo de inmediato.

Hace un manojito con los papeles y los arroja a la chimenea de leños. Es éste un gesto desmesurado, quizás, pero eficiente. No se aparta, si se quiere, de la desmesura del relato pese a que éste muestra hasta el momento un perfil bajo, como nunca ha podido mostrarlo ni siquiera el mismo congresal.

Cinco minutos después, Wetmore se ha unido al jefe de su custodia y a McElligott. Ha llegado también, extrañamente silencioso, el patrullero policial. Sus ocupantes, sin abandonar el auto, observan la escena.

—Comuníquese con la Brigada de Explosivos, Sanborne —ordena Wetmore, expeditivo. Sanborne, imprevisible, consulta su reloj pulsera. Menea la cabeza.

—Son las seis menos cinco, congresal —asesora—. Puede ser una bomba de tiempo programada para estallar a las seis.

—¿Qué le hace pensar eso? —desconfía Wetmore.

—A las seis llegan sus hijos de la escuela.

Un ramalazo de angustia cruza el rostro del congresal. Se había olvidado de sus hijos. Esas criaturas, supeditadas a los devaneos de su carrera, abandonadas tantas veces en sus continuas giras por diferentes estados, por Europa, por el sudeste asiático.

—Ordene a los policías que corten el tráfico —reacciona Wetmore. McElligott, comedido, corre hacia el móvil policial, grita, ordena, gesticula.

Cinco minutos después la escena se ha tornado más tensa. A la propia expectación que, aun a regañadientes, los mantiene a ustedes pegados a la lectura, se suma ahora la de los desprevenidos viandantes que circulan por la avenida Charlestown, la de los sorprendidos y/o furiosos conductores de los coches que ven impedido su paso por las barreras policiales, la de los entrometidos que nunca faltan y se amontonan tras los otros cuatro patrulleros llegados desde el Precinto 36 capitaneados, lógicamente, por el capitán Drake.

El congresal Wetmore observa —algo molesto, algo fastidiado—, el circo que se ha ido montando en derredor suyo. Una nueva irregularidad en su ya azarosa carrera. Rechina los dientes.

—Le advierto, Sanborne, que todo esto puede terminar en una payasada.

—Hay vidas en juego, congresal.

—¿Revisó bien el bolso? ¿Procuró levantarlo?

Sin esperar respuesta, Wetmore amaga con aplicarle al bulto sospechoso una patadita corta, de comprobación. Sanborne salta sobre él y lo aparta sujetándolo por los antebrazos. Sanborne transpira.

—¡No haga eso! —recrimina—. Podría estallar al mínimo impacto. Puede tener una espoleta conectada a la cremallera. O lista a explotar por el mismo peso del bolso, al ser levantado.

—Llamemos entonces a la División Explosivos —ordena, otra vez práctico, el

congresal Wetmore, algo amoscado por la reprimenda recibida.

—No hay tiempo —se planta Sanborne, volviendo a consultar su reloj—. Faltan tres minutos para las seis.

—Mis hijos serán detenidos por las barreras policiales.

—Pero lo mismo explotará la bomba —urge Sanborne—, alejémonos.

Los dos hombres, seguidos por McElligott, cruzan la avenida y se alejan hacia uno de los coches policiales. La gente se inquieta aun más. Hay quienes preguntan a los gritos qué es lo que pasa. Hay otros que reclaman que se les permita circular por esa calle. No faltan quienes reconocen a Wetmore y le exigen, estentóreamente, la reducción de las tasas impositivas. Wetmore, impertérrito, ordena a los policías que se cubran tras los coches y a la gente que se aleje hacia cualquier parte. Nadie le hace caso. Pero se genera un silencio opresivo, de expectativa general, donde todos miran fijamente hacia el bolso distante sin saber a ciencia cierta qué es lo que puede llegar a suceder.

Es otro momento fuerte, admitámoslo. Uno de esos picos emocionales donde las cosas no están sucediendo, pero ocurre algo mucho mejor: están por suceder. Sin embargo, pasa un minuto y nada ocurre. Sanborne consulta su reloj y se mordisqueea el labio superior. Wetmore mira a Sanborne, como culpándolo de la decepción. Sanborne torna a mirar el bolso haciéndole al congresal una señal de espera. De pronto, un murmullo de espanto recorre la multitud. Desde un camino lateral, aquel que bordea la mansión y conecta el jardín del frente con el parque trasero y la piscina, aparece un perro dálmata. Un manchón blanco con puntos oscuros trotando, vital, sobre el césped.

—¡Dixie! —gime Wetmore.

—¡Dixie! —gritan al unísono Bart y Rosalie, los dos hijos más pequeños del congresal que de esta forma dan cuenta de su llegada. Rosalie, impuesta del problema, intenta incluso correr hacia la casa, pero el fornido capitán Drake la atrapa por un brazo. Dixie, en tanto, tras un formidable y ágil arranque hacia la puerta misma de la verja, donde se entrevé el bolso, ha girado sobre sí mismo, eléctrico, desandando el camino hacia el fondo, con la conocida enjundia de los perros cuando salen a un espacio verde luego de largas horas de encerrona.

—¡Volverá! —advierde, a los gritos, el congresal Wetmore a Sanborne—. ¡El perro volverá! ¡Morderá ese maldito bolso y volará en pedazos!

Sanborne mira hacia la reja, hay un brillo de obcecada determinación en sus ojos. Admitirán que la situación es, en este punto del relato, óptima. Cualquiera de ustedes habrá tenido un perro y está al tanto de la inefable conducta curiosa de estos animales. Un dálmata, por si fuera poco, con ese espíritu juguetón y revoltoso.

Podrán imaginar fácilmente, entonces, una de las posibles vertientes de la narración, ya anunciada por la clarividencia política del congresal: el retorno

vertiginoso del perro, su descubrimiento del bolso, su exploración del mismo, la posibilidad cierta de que lo atrape entre sus dientes y lo sacuda de un lado al otro como bien podría hacerlo con un gato o con un conejo. La idea es fuerte. Sería bueno saber si alguno de ustedes, ahora, se siente con voluntad suficiente como para abandonar el relato para retomarlo luego, después de cenar, por ejemplo.

Sanborne, aceptando convertirse en el eje de la situación, admitiendo el papel protagónico del momento, abandona el refugio precario de los patrulleros y se adelanta dos pasos sobre el pavimento mojado. Las luces rojas y amarillas varían intermitentemente la palidez de su rostro y pintan brillos esporádicos sobre el metal bruñido del revólver que ahora enarbola a la altura de su cabeza. Hay otro rumor perturbador entre la gente.

—¿Qué va a hacer, Sanborne? —ruge el congresal, que detesta el riesgo de las armas de fuego.

—¡Dixie! —solloza Rosalie, anticipando la muerte de su adorada mascota.

Sanborne no contesta. Se adelanta dos pasos y se planta firme sobre sus dos piernas abiertas, como tantas veces lo hizo en el polígono de tiro. Asume la responsabilidad. Recuerda Vietnam, cuando una colilla de cigarrillo cayó en uno de los cestos de papeles y él tomó para sí el compromiso de agotar un extinguidor de incendios sobre el escritorio del Teniente Coronel Petrone, aun a riesgo de arruinar definitivamente documentos secretos del Pentágono.

—No podemos arriesgarnos a que ese perro retorne —musita Sanborne, en una explicación inaudible, mientras precisa la mira de su Lawman MK III 357 Magnum en el centro mismo del bolso sospechoso.

Mil pares de ojos acompañan la mirada escrutadora del custodio que se fija, obsesa, sobre la segunda y circular letra «O» de *Sportworld Femina*. Es cuando, atención, de pronto, desde la multitud se eleva un alarido de mujer, desgarrador.

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

Alocada, con la fuerza que da la desesperación, una mujer flaca y desgreñada corre hacia la puerta de rejas, cruzándose ante la línea de tiro de Sanborne, quien baja bruscamente su arma mientras maldice.

—¿Quién es ella? —escupe.

—¡Deténganla, deténganla! —grita el capitán Drake, menos curioso pero más drástico. Dos policías se abalanzan sobre la mujer, mas es inútil. Ella, los ojos enrojecidos, desencajada, en dos largos trancos llega junto al bolso deportivo.

—¡Hijo! —vuelve a gritar, cayendo de rodillas. Cuando Sanborne, McElligott y el capitán Drake, a toda carrera, llegan junto a ella, ya la mujer ha abierto el bolso con un tirón enérgico de la cremallera y saca de su interior a un bebé de no más de cuatro meses. El niño, ni siquiera ante la sacudida despierta de su sueño. Los policías, Sanborne y el propio congresal Wetmore la rodean y la ayudan a ponerse de pie con

el pequeño en brazos, sin atinar a decir palabra.

—¡Dejé a mi hijo aquí... —explica la mujer, a borbotones—... porque ya no podía alimentarlo! ¡Soy extremadamente miserable y no tengo trabajo! ¡Pensé que en una mansión opulenta, en una familia millonaria, podría encontrar el confort y la educación que yo no podré darle!

Wetmore aparta un tanto a Sanborne y pasa uno de sus brazos sobre los hombros de la mujer. Atisba, entre tanto, si está en el objetivo de las cámaras de televisión que, un tanto tarde dado la rapidez de los acontecimientos, ya han llegado.

—Señora... —el congresal inicia su párrafo, solemne.

—¡Pero mi amor de madre pudo más! —lo interrumpe la desaseada mujer—. ¡Por eso volví, para buscarlo! ¡De alguna manera me las arreglaré para criarlo!

—Hizo muy bien, señora —asiente con la cabeza, Wetmore—. Acá, con mis asesores —señala— con mis colaboradores y todo el grupo de asistentes que me rodea, ya estábamos a punto de adoptarlo.

Y nos vamos alejando de la escena, elevándonos, cada vez más, hasta que las balizas giratorias de los patrulleros se convierten, simplemente, en apenas minúsculos destellos dentro de las miles y miles de luces de la gran ciudad.

SIXTO FIGAZZA

Siempre recordaré a Sixto Figazza como el ejemplo del futbolista chacarero, hecho en el campo. Llegó a Rosario Central de Murphy, provincia de Santa Fe y su introspección, su mutismo, sorprendieron incluso al cuerpo técnico, ducho y habituado a enfrentarse con muchachos que venían del interior.

A Sixto —el más chico de una familia numerosa— sus hermanos mayores parecían haberle quitado las palabras de la misma forma en que lo hicieran, alguna vez, con los juguetes. Tanto es así, recuerdo, que para conocerle la voz, sus compañeros debieron esperar pacientemente a que marcara un gol y lo gritara a voz en cuello frente a la tribuna partidaria.

Alto, grandote, colorado, llevaba impreso en la piel el sol de la campiña que lo vio crecer. Lo observé cambiarse un día, en los vestuarios (cuando aún a mí me dejaban entrar a los vestuarios) y me emocionaron las marcas que tenía sobre el cuerpo, las zonas blancas y casi lampiñas adonde el sol de Murphy no había llegado a oscurecerlo mientras araba el campo o alimentaba los pollos. La vasta región abarcada por la camiseta de tiras (la vulgar *musculosa* como se la conocería después), la línea pura y bien definida de la gorra sobre la frente y la pulsera alba de la correa del reloj en la muñeca.

También, incluso me asombró la marca de una fina cadenita de oro que colgaba de su cuello robusto, como así también la moneda pálida que señalaba en el pecho amplio el sitio donde solía reposar la medallita de San Efigenio de los Toldos, su santo protector.

Todo aquello demostraba la conducta de una persona morosa, de movimientos lentos, casi inmóvil, que daba chance al astro rey de bordear con su luz los contornos de las alhajas. Conducta, si se quiere, opuesta a la que mostrara luego en el campo de juego, pues pronto se evidenció como un jugador de trajinar incansable, que humedecía con su sudor todos los rincones de la cancha.

Pero lo que más me sorprendió en él, en Sixto Figazza, a fuer sincero, fue su inocencia, su notable ingenuidad, su candor por momentos preocupante.

Llegó a Central, por ejemplo, esgrimiendo entre sus manos grandes y algo torpes (había sido criado para manifestarse con los pies, después de todo) un diploma de futbolista. Un diploma que le fuera entregado por una escuelita de fútbol de su ciudad natal y adonde, según él, había recibido ese título habilitante tras cursar cinco años de aprendizaje intensivo.

De más está decir que el cuerpo técnico del club desestimó aquel rollo de papel algo ajado e intentó someterlo a una prueba de destreza sobre el verde césped, que es el único sitio donde se revela toda la verdad, como bien decía el inolvidable uruguayo Roberto Matosas.

Mucho hubo que insistirle al muchacho venido de Murphy para que aceptara la prueba dado que repetía hasta el cansancio que a él le habían asegurado que la sola presentación de aquel diploma le permitía el acceso, lisa y llanamente, a un equipo de primera. Finalmente aceptó someterse a prueba y superó ésta sin mayores inconvenientes, refrendando ampliamente los excelentes antecedentes de los que venía precedido. Por otra parte —y como para completar el cuadro referido a la campechana personalidad de este muchacho— estaba el hecho de que a Figazza, con apenas 17 años, lo atemorizaba ciertamente el fárrago urbano de la ciudad de Rosario. Y eso que estamos hablando de una Rosario de antaño, quieta y silenciosa, y no de este monstruo de cemento que hoy por hoy todos conocemos.

Para Figazza, pensar que debía salir de la pensión e ir a hablar por teléfono a su ciudad natal debiendo enfrentarse con los temidos trolebuses, lo llenaba de pavor y aversión. Yo lo acompañé más de una vez al puerto, donde porfiaba en contemplar los cargueros de bandera liberiana, y en el trayecto solía detenerse como un niño asustado ante el paso raudo y silente de los trolebuses.

No manifestaba abiertamente su pánico, pero me confesó una noche, después de un partido contra Chacarita, que soñaba con ellos y se despertaba bañado en transpiración.

Recuerdo que incluso un día, llegué a tomarlo de la mano en las inmediaciones de la plaza Santa Rosa, tanta fue la conmiseración que me despertó ese comportamiento medroso y dubitativo.

Pese a todo, pese a esa personalidad introvertida y poco dada a la explosión temperamental, la bulliciosa hinchada de Rosario Central lo adoptó prontamente como uno de sus ídolos predilectos, por su entrega sin doblez en la puja, por el desmesurado esfuerzo que demostraba en la cancha. Fuerte, noble, transparente podría decirse pese a su físico exuberante, nada hacía pensar que el destino le reservaba un final equívoco, tendiéndole una trampa en la cual cayó, quizás, por su ingenuidad o su falta de previsión.

Me lamenté siempre, eso sí, por no haberlo advertido a tiempo, cuando fui testigo del comienzo de los sucesos quizás un tanto casualmente.

Porque aquel partido fue, quizás, uno de los últimos en que a mí se me permitió la entrada al vestuario *canalla* antes del encuentro, y allí pude ver y oír (por partes, fragmentada) la conversación entre Figazza y el doctor Woodward, facultativo del club del barrio de Arroyito por aquellos tiempos.

Y quisiera aclarar el motivo por el cual a mí no se me permitiría, más adelante, entrar a los vestuarios de los locales por expresa indicación de sus directivos, aunque esto no haga en demasía a la historia propiamente dicha que estoy relatando.

Yo nunca he sido un periodista deportivo de los mal llamados *polémicos* y que no pasan de ser, en la mayoría de los casos, simples mal educados que confunden el

micrófono con un arma de mano. Yo siempre he mantenido una línea de conducta, de ética profesional, que me ha marcado los límites de la confianza y me ha impedido denostar o agredir impunemente a ningún miembro, importante o no, de una comisión directiva.

Para sobrevivir, nunca he tenido que recurrir al bajo recurso de la diatriba ni tampoco al fácil camino del escandaleta para mantener mis espacios en la radio.

Pero se dio la malhadada casualidad de que en aquel partido al cual estoy haciendo referencia, Central perdiera 7 a 1 luego de una impresionante serie invicta de 28 partidos y hubo algunos malintencionados que atribuyeron aquella debacle (que tendría más de una razón técnica y táctica para justificarse) a mi casual presencia en los vestuarios adjudicando todo a una supuesta condición mía de *mufa*, odiosa palabreja con que se puede discriminar y marginar de por vida a un hombre bueno.

Coincidió el episodio, también, amargamente, con el lamentable hecho de que uno de los *players* locales a quien yo entrevisté a poco de salir a la cancha se quebrara en tres partes la tibia y el peroné antes de los cinco minutos de juego en una desgracia a todas luces incomprensible.

Algunos malintencionados que nunca faltan, recordaban luego que yo le había predicho al malogrado jugador una tarde de triunfo y algazara, más la conversión de no menos de dos goles para la divisa local. Esa maléfica combinación de desdichas, sumada a lo ocurrido con Sixto Figazza, descargaron sobre mi persona la maledicencia y, de ahí en más, se me cerraron las puertas a los vestuarios auriazules.

Lo cierto es que aquella triste noche del partido contra Tigre, yo estaba cubriendo para la emisora los prolegómenos del encuentro, realizando las entrevistas habituales. Y vi al Gringo (como le decían a Figazza en otra demostración de lo certeros que suelen ser los futbolistas para los apodos) realizando el precalentamiento con sus compañeros.

Su cara y su nariz estaban más rojas que nunca y temí (juro que lo pensé en aquel instante) que el pibe hubiese caído en las temibles garras del alcohol. Yo sabía que era el muchacho más sano del mundo, pero es sabido cuántas y variadas son las tentaciones para un hombre joven en una ciudad como Rosario, que no por nada ostenta el dudoso privilegio de haber sido, en algún momento, capital mundial de la prostitución.

Sin embargo, muy pronto me tranquilicé. Lo que tenía Figazza era tan solo un fuerte resfrío que coloreaba aun más su cara redonda de italiano del norte. Vi, entonces, como el doctor Woodward se le acercaba y, al parecer, le proponía algo, animadamente. Pude apreciar, desde el rincón donde llevaba adelante la transmisión, cómo Sixto dudaba largamente ante aquella propuesta. Aprecié cómo el doctor le mostraba un pequeño frasquito conteniendo un líquido traslúcido en tanto sostenía, en la otra mano una jeringa con su correspondiente aguja hipodérmica.

Quizás (y tal vez sea solo una de las excusas con las que deseo disminuir mi culpa) me contuve de acercarme al sitio donde el médico y el muchacho conversaban, debido a que yo estaba promediando un reportaje a uno de los futbolistas locales y hubiese sido francamente descortés dejarlo con la palabra en la boca. Con el rabo del ojo observé que el facultativo se llevaba a Sixto tras un biombo y ambos permanecían allí ocultos por un buen rato.

Recuerdo que no podía concentrar mi atención en el reportaje que estaba haciendo, hasta el punto de preguntarle a mi entrevistado cuántos goles pensaba convertir aquella tarde siendo, como era, el *goalkeeper* del primer equipo (éste fue otro siniestro dato que alguien recogió y enarboló, como una bandera, cuando llegó el momento en que se me catalogó de agente de la mala suerte. Recordemos que el *goalkeeper* recibió la friolera de 7 goles aquella tarde, nada más que por su propia ineficacia).

Pensé por un momento en abandonar todo y correr hacia donde se hallaba Figazza para consultarlo sobre la confusa escena con el doctor. Pero me frenó el hecho de que no quería alimentar ciertas perversas habladurías (éstas de otro cariz) sobre mi relación con el muchacho proveniente de Murphy, ya que alguien nos había visto, tiempo atrás, tomados de la mano en las inmediaciones de la plaza Santa Rosa ¡Qué tonto es el ser humano, en ocasiones! Pues yo estaba perfectamente seguro sobre lo cristalino y diáfano de mi relación con el rubio medio volante y quizás debería haber enfrentado la situación con espontaneidad y decisión.

Pero el lógico temor a la opinión pública (¡dura paradoja, ya que yo mismo era uno de los manipuladores, en definitiva, de esa opinión!) contuvo mi afán. Esperé que todo no fuera más allá de un mal pensamiento, de una oscura presunción que había cruzado por mi mente poco dada a cavilar de ese modo. Pero, si se quiere, el demencial desvelo por atrapar resultados deportivos dentro de un profesionalismo ateo, me habían enseñado a desconfiar de todo y de todos.

En el partido de aquel viernes por la noche (había quedado diferido de una fecha anterior) Figazza hizo un primer tiempo estupendo, pese al resultado adverso. Corrió, metió, desplegó íntegramente su reconocido y amplio bagaje de voluntad y hombría de bien. Yo no alcancé, desde la cabina de transmisión, a detectar nada anormal en su conducta. Que subiera y bajara como una locomotora, que corriera a cuanto rival pasara por su lado, que ayudara a todo compañero que se encontrara en aprietos, no era un comportamiento que pudiese sorprender a nadie. Era aquél el mismo despliegue que lo había consagrado en el equipo de primera y era aquélla la entrega que lo había metido en el corazón de la fervorosa parcialidad auriazul.

Quizás... quizás, un desmedido brillo en el blanco de sus ojos, que podía apreciarse desde la tribuna, me inquietó por un instante. Pero nada más. E incluso eso podía ser atribuible a la gripe que lo aquejaba. Por otra parte, en el segundo tiempo

dejé de observar esa particular fosforescencia.

De pronto algunos densos nubarrones amenazantes se dibujaron en el cielo. Pero todo no pasó de un amago de tormenta y, sobre los diez minutos del segundo tiempo, la luna relucía sobre el cercano río y el estadio. La verdadera tormenta estaba ocurriendo en el campo de juego, ya que los ágiles del equipo de Victoria habían, a esa altura del partido, perforado cuatro veces las redes del local.

Fue entonces cuando comencé a detectar una conducta extraña en Sixto Figazza. De más está decir que yo seguía meticulosamente sus evoluciones en el campo de juego dada la amistad que nos unía y, también, es obvio, porque me inquietaba lo que había presenciado en los vestuarios. Lo noté alterado, más de lo que podía suponerse en un jugador que está perdiendo por goleada. Y respiraba con enorme dificultad. Hacía con los brazos gestos confusos y ampulosos que nadie entendía demasiado bien y sacudía la cabeza como tratando de desprenderse de un dolor repentino.

Abandoné la cabina de transmisión a la carrera y bajé, a escape, hasta los distantes vestuarios. De allí encaré hacia el túnel y por el túnel me asomé al campo. Desde ese lugar, semioculto, pude apreciar la espantosa transformación que se originó entonces.

Los ojos se le desorbitaron y comenzó a escupir una baba blanca y espesa, jadeaba y giraba sobre sí mismo como un trompo. Sin duda lo agitaba un desasosiego general y maléfico.

Pronto el arbitro se percató de su extraña condición, y comenzó a seguirlo con la mirada, al igual que yo. Figazza, de repente, tras arrojarle en forma salvaje a los pies de un rival, quedó caído de bruces sobre el césped. Cuando se incorporó, a medias, su rostro mostraba una contracción espantosa. Le habían crecido enormemente las cejas, como así también las patillas y el cabello de la nuca (habitualmente corto y prolijo) se encrespaba ahora, haciéndose más largo e indócil. Los asistentes, que habían corrido hasta su lado temiendo alguna lesión dieron un paso atrás, espantados, y lo propio hizo el árbitro.

Figazza, ya de pie, se cubrió el rostro con las manos y las manos eran peludas como las de un mono. El partido se había detenido y un remolino de hombres lo rodeaba, pero el muchacho de Murphy se abrió paso, súbitamente, entre los impresionados rivales y compañeros y corrió con saltos desacompañados y animalescos hacia el costado de la cancha. Un ulular se elevó desde las tribunas.

Figazza pasó muy cerca mío, a unos diez metros, y comenzó a treparse al alambrado olímpico. Sin embargo, dos enormes perros de la policía que se hallaban dentro del campo, se arrojaron sobre él con determinación homicida. Figazza, desencajado, saltó desde la altura en que se hallaba y en otros dos brincos, se metió bajo el refugio (una suerte de techito a dos aguas) que le brindaba un cartel publicitario de doble faz, detrás del banderín demarcatorio de media cancha.

Hasta allí vi correr al doctor Woodward, varios jugadores recuperados de la primera impresión y el arbitro, mientras en el otro extremo los dos perros, contenidos a duras penas por la policía, pugnaban por atrapar al fugitivo. Pero fue el técnico de los locales quien encontró la solución al álgido momento.

Se levantó como un resorte de su banqueta notificando al referí que Figazza no volvería a la cancha.

Enseguida el partido continuó, olvidándose el publico del extraño suceso que tanto lo alterara. Los policías pudieron alejar a los perros del improvisado refugio que ocultaba al muchacho de Murphy y solo hubo oportunidad de acordarse nuevamente de él, casi sobre el final del encuentro, cuando, desde abajo del refugio de la publicidad estática, se elevó un aullido desgarrador, de animal herido. Pero incluso aquel estremecedor lamento pasó casi desapercibido, pues lo sofocó el prolongado ulular de mi colega Roberto Reyna cantando el fatídico séptimo gol de los visitantes.

No pude estar en los vestuarios, por las causas por todos conocidas (es notorio que la maldición sobre el presunto mufa es fulminante) pero me enteré de que el control antidoping (precario, en aquel entonces) realizado sobre Figazza, no había dado absolutamente nada. Me informé, asimismo, que el pibe no había sido salido elegido en el sorteo pero un veedor de la AFA que presenciaba el encuentro, consideró pertinente —dada la peculiar conducta del muchacho— someterlo a la prueba.

La explicación final la daría un día después un pariente que vino a buscar a Sixto a la pensión del club, donde permanecía retenido.

El muchacho era séptimo hijo varón y, se sabe en el campo, que esa condición es propicia para que un hombre se convierta en lobo. El viernes de luna llena había hecho el resto.

De cualquier forma (perdonen si insisto), yo sigo sospechando del doctor Woodward, a quien se acusó, tontamente (o para desviar la atención) de no haber detectado desde el primer examen físico aquella rara anomalía que aquejaba a Figazza. No soy muy dado a creer en esas leyendas camperas. Como tampoco acepto, bajo ningún aspecto, que a un hombre se le endilgue una fama de mufoso o *jetattore* por el simple hecho de haber coincidido su presencia con un par de resultados negativos y/o desgraciados.

UNA NOCHE EN PHU BAI

Lester Whitaker no es muy alto, pero luce corpulento. Tiene 46 años y la mirada inquieta de quien ha convivido con el peligro. Aún conserva el pelo muy corto, como cuando estaba en el servicio activo, lo que le disimula en parte una calvicie incipiente en la coronilla. Lleva puesta una camiseta de mangas muy cortas, cuyos bordes parecen haber sido cortados a mordiscos y los brazos muestran una musculatura acolchada, propia de quien ha hecho mucha gimnasia y ya no la frecuente tanto. Está acodado sobre la mesa plástica de la cafetería, los pies cruzados bajo su asiento y oscila permanentemente uno de sus muslos como si estuviera aguardando, nervioso, el momento de largarse a correr.

Lo he citado para preguntarle su opinión, como ex combatiente, de la aceptación gubernamental al ingreso de homosexuales en el ejército. Lester mira fijamente el líquido contenido en su vaso de cerveza y entrecierra a veces los ojos claros, como intentando ver algo más allá dentro. Aprieta por momentos la mandíbula y se le marcan dos protuberancias móviles bajo las orejas.

Me dice que no ha superado, hasta el día de hoy, las secuelas de la guerra. Que no se lo permiten. Le pregunto quién o quiénes, no se lo permiten. Me dice que recibe amenazas telefónicas del ejército norvietnamita. «*Los Charlie*» puntualiza, refiriéndose a los norvietnamitas. Aún hoy. Lo llaman por teléfono y lo insultan. Gente de Giap, afirma. O bien lo llaman y cuando él atiende, nadie contesta a su saludo. «Se quedan en silencio. Los maldigo por el aparato y no me contestan. Pero yo sé que son ellos. Ese silencio es el mismo silencio que yo y mis compañeros oíamos en la selva. Cuando sabíamos que estaban allí pero no los veíamos ni los escuchábamos. Hasta los pájaros y los monos se callaban».

Le pregunto que cómo sabe que la llamada es desde el exterior. «Lo sé —afirma—. Son llamadas desde Saigón. Puedo escuchar como un pitido apagado al inicio, lo que indica las llamadas desde el exterior. Otras veces —ayer, por ejemplo— descolgué el teléfono y escuché los sonidos de la jungla. Nadie hablaba ni decía una palabra pero yo oía, a lo lejos, los gritos de los monos y los papagayos, como cuando estaba en *Nam Hang*».

Le pregunto que por qué piensa que los norvietnamitas lo han elegido a él para martirizarlo con esas llamadas, con esas pesadas bromas telefónicas. «Fui muy duro con ellos», responde. Al parecer, a ninguno de sus compañeros de guerra le sucede lo mismo.

Lester hace girar el pesado vaso de cerveza entre sus manos. Controla a veces, con vistazos cortos, los movimientos de otros parroquianos y vigila los desplazamientos de los jóvenes que despachan detrás de la barra. Me inquieta un tanto un bolso deportivo que ha dejado en una silla vacía, justo a su lado.

Decido comenzar con la nota. Entiendo que, para hombres como Lester Whitaker, la espera es mucho más insoportable que la acción.

P: ¿Cuál es su opinión, como ex combatiente, sobre la decisión de Bill Clinton de aceptar a los homosexuales en el ejército?

Por primera vez desde que nos encontramos, Whitaker me mira fijamente a los ojos. No me dice nada pero escucho cómo el cristal de su vaso de cerveza cruje bajo la presión de sus manos.

Esa actitud me deja entrever, al menos, una postura clara frente a la problemática. Prefiero continuar.

P: Es que, tengo entendido, Whitaker, que un *gay* le salvó a usted la vida, en Vietnam.

W: ¿Quién te contó eso?

P: Me documenté antes de venir a verlo. Es común asesorarse sobre las personas a las que uno va a entrevistar. Alguien me dijo también que un tal Kelli Seggerman fue el compañero que lo sacó a usted del peligro, en medio de un ataque enemigo.

W: ¿Te dijeron algo más sobre Seggerman?

P: Nada más. Pero lo vi casualmente días atrás por televisión, con motivo del gran desfile *gay* de San Francisco. Marchaba tomado de la mano de un oficial de bomberos de bigotes, con su uniforme de combate. Mencionaban allí su nombre. Lo resaltaban como a un héroe de la guerra y hasta le hacían un reportaje. Hacía poco que me lo habían mencionado en relación con su caso, Lester, por eso recordé su nombre inmediatamente ¿Podría contarme como fue aquel episodio?

Lester pide otra cerveza. Y controla la entrada y salida de los parroquianos. Es muy raro que me mire. Al levantar uno de sus brazos para pedir la cerveza, advierto parte de un gran tatuaje asomando bajo la manga derecha de su camiseta. Le pregunto qué es eso. Me dice que es el dibujo de una cosechadora de trigo. No es un motivo muy usual en tatuajes, me atrevo a opinar. Me dice que en su pueblo, Topeka, tenía un amigo que trabajaba en una empresa diseñando máquinas agrícolas. Dibujaba arados, trilladoras y esas cosas. Pero se cansó de aquello y, por los 60, se volvió *hippie*. Comenzó a hacer tatuajes y se inició con lo único que hasta ese momento conocía. Podría decirse que experimentó con Lester y le estampó casi en el hombro aquel diseño. Según Lester, el tatuaje le acarreó algún problema en el ejército. Un sargento supuso que estaba transportando, en forma subcutánea, un nuevo proyecto de caza interceptor. Y lo supuso pese a que el amigo de Lester le había dibujado al pie del motivo —y para ablandar su tecnicismo— una cinta enlazada encerrando las palabras *Gracias, madre*. Lester tuvo que explicar el asunto más de una vez a gente del Pentágono y rogar a Dios no caer nunca en manos de los Charlie.

Ante el silencio en que se sume mi entrevistado, opto por insistir.

P: Parece contrario a la admisión de homosexuales en el ejército. Sin embargo,

reconocidos o no, siempre los hubo entre las filas.

W: Si deciden aceptarlos, que los junten al menos en un mismo regimiento ¿O no ha habido regimientos de negros, acaso? ¿O de hispanoparlantes? ¿No ha habido regimientos de pieles rojas, sin ir más lejos?

P: ¿Regimientos de pieles rojas? No sabía eso.

W: Porque no estás enterado. Todos los periodistas creen saber mucho más de lo que saben, pero no saben nada. De nada te vale tu asesoramiento ¿No fue muerto Custer por un regimiento de pieles rojas?

P: Bueno. Pero eran irregulares. Eran los guerreros de Crazy Horse. Es como si me dijera que los japoneses tenían regimientos de amarillos.

Whitaker me mira por segunda vez en la tarde, con fulgurante intensidad. Juzgo que tal vez no sea demasiado conveniente volver a demostrarle un error. Y ya él vuelve a la carga.

W: Los mismos franceses tuvieron un regimiento de homosexuales, hace ya tiempo. Los franceses, nuestros aliados. Tú bien sabes como son los franceses.

P: ¿En qué guerra? ¿Podría darme más precisiones?

W: No has estudiado nada. Fue en los Dardanelos. Los comandaba un general homosexual, Martin-Janet Villacelse, a quien los ingleses llamaban *El Napoleón de Lyon* y los australianos llamaban *Lulu, le fusil*.

P: Vuelvo a repetirle. A usted le salvó la vida un *gay*.

W: No me lo recuerdes. Toda la culpa fue del hijo de puta del capitán Murray. Cecil J. Murray, un bastardo de Oregón, que me odiaba. Sabía que yo no podía soportar a Seggerman y siempre me mandaba de patrulla con él.

P: ¿Era un buen soldado?

W: ¿Murray?

P: No. Seggerman.

W: Hasta ese momento no lo sabíamos. Parecía serlo. Pero nunca puedes confiarte de una mariquita.

P: ¿Sabían ustedes que lo era?

W: ¿Un buen soldado?

P: No. Una mariquita.

W: Tú te das cuenta. No sé. Siempre hay algo que los vende. Nunca se había manifestado con ninguno de nosotros. Era muy sobrio, para serte sincero. Pero había algo a flor de piel que a mí me lo indicaba. A mí y a mis compañeros.

P: ¿Como ser?

W: La fruición con que disfrutaba ponerse las pinturas de enmascaramiento. Tardaba horas en prepararse para una patrulla nocturna. Procuraba combinar los colores. Los que iba a llevar sobre las mejillas con los que le rodearían los ojos. Incluso con los colores del uniforme.

P: ¿Lo notaban ustedes?

W: Yo, por lo pronto. Se pasaba las horas mirándose al espejo. Comparaba los colores de su rostro con los de sus ropas. Más de una vez llegamos tarde a una emboscada porque él no encontraba el morado exacto para sus arcos superciliares. O, por ejemplo, le encantaba zurcir los paracaídas. Dos por tres llegaban tropas de paracaidistas y Seggerman se ofrecía a coserles los paracaídas. Él simulaba protestar o quejarse porque la tarea era muy dura y se llenaba los dedos de pinchazos, pero en realidad estaba encantado. El capitán Murray siempre lo elegía para tender las redes de *camouflage* sobre los helicópteros. Seggerman las enganchaba en los árboles, las pasaba sobre las paletas de los Chinook, y luego las iba cubriendo con ramas. Buscaba plantas, juncos, cañas de bambú. Sabía mucho de vegetación, pero en realidad hacía un tratamiento escenográfico. Solía colgar sedas de colores de algunas redes, farolitos chinos, tapas de *long-plays*. Tardaba años en tapar esos podridos helicópteros ¡Y los *vietcong* no tenían fuerza aérea!

P: ¿Qué decían tus compañeros?

W: Se reían. Se burlaban de mí los bastardos. Porque Seggerman siempre era designado en las patrullas conmigo. A ellos no les molestaba en lo más mínimo. Te repito que Seggerman era sobrio. No era una mariposa. Incluso había quienes dudaban de las habladurías. Pero a mí, a nosotros, a Seggerman y a mí, llegaron a llamarnos *los Whitaker* como puede decirse de un matrimonio, *los Smith*.

P: ¿Había quienes dudaban de las habladurías?

W: Sí. Se decía incluso que Seggerman había violado a un oficial de *vietcongs* que cayó prisionero en M Ngoi.

P: ¿Un oficial?

W: No recuerdo el grado. Te informo que los *vietcong* eran muy duros para hacerlos hablar. Te conté mis episodios con el teléfono. Y entonces, es probable que Seggerman haya tomado el silencio de este oficial como una aceptación. El que calla, otorga. Pero nunca hubo nada concreto. Ni sumario ni nada. Simplemente se rumoreaba. Pero aquello nos hizo dudar de que fuera homosexual.

P: ¿Los hizo dudar?

W: Es que yo en ese entonces pensaba que homosexual era solo la persona que recibía, no la que daba. Luego, cartas de mi madre, conversaciones con mis superiores, y especialmente con el sacerdote del regimiento, me pusieron las cosas en claro.

P: Y, entonces ¿cómo fue aquel episodio en que él te salvó la vida?

Puedo escuchar como Lester Whitaker rechina los dientes. Mira hacia todos lados y comprueba, cada vez con más asiduidad, si el bolso deportivo que lo acompaña sigue a su lado. Me inquieta un poco. He cubierto ya un par de episodios en donde veteranos de Vietnam han irrumpido en restaurantes ametrallando a cuanto se le

cruzara a su paso. No parece ser éste el caso. La cafetería no llega a tener el rango de restaurant.

W: Estábamos en Phu Bai y el imbécil del capitán Murray nos destinó, a Seggerman y a mí, a una avanzada de observación cerca de un sendero transitado por el enemigo. Cinco días estuvimos allí, enterrados en un pozo que hicimos con Kelli y al que cubrimos parcialmente con paja, esperando ver pasar a esos hijos de puta vietnamitas. Cuatro larguísimas noches en que no pude siquiera pegar los ojos.

P: ¿Por qué? ¿No se turnaban en las guardias?

W: Nos turnábamos. Pero... ¿te dormirías tú estando acompañado en un sucio e infecto pozo de dos por dos por un hombre probadamente marica? ¿Podrías hacerlo? Mientras yo vigilaba aquel sendero, Seggerman dormía como un ángel enrollado en el suelo. Pero cuando él tomaba su turno de guardia, yo me veía atacado por el desasosiego que me producía saber que ese degenerado podía tocarme, aprovechando mi sueño. Para colmo, no parecía haber peligro. Ni un podrido vietnamita, ni un animal, ni un mono, ni un carabao, dieron señales de vida, ni de día ni de noche, por aquel sendero durante todo ese tiempo. Bien podía entonces el enfermo de Seggerman abandonar su vigilia para manosearme con sus regordetas manos de marica.

P: ¿Sucedió eso?

W: Oye. Yo lo tenía expresamente amenazado. Había decidido terminar con las medias palabras o con las frases intencionadas. Le dije muy claramente, la primera noche que debimos pasar juntos en ese pozo, mostrándole mi cuchillo de combate: «Tan solo me pones un dedo encima y te corto ambos brazos». Él no me dijo nada. Ni me contestó, ni protestó, ni nada. Sabía perfectamente que yo podía hacer eso y cosas mucho más terribles porque me había visto interrogando a un labriego una vez, cerca del río Perfume. «Un dedo encima y te corto ambos brazos». Así de simple. Pero no pude dormir en las cuatro noches. A veces caía en una especie de sopor, producto del cansancio y la tensión propia del momento, pero enseguida me despertaba sobresaltado. Me desvelaba más el peligro de la lujuria de Seggerman que la amenaza de un ataque de los vietnamitas. Yo era un manojo de nervios. No había forma de poder descansar o relajarme. Hasta que la quinta noche, cuando me tocó la guardia, no pude resistir el cansancio y me quedé dormido.

P: Una falta grave, tengo entendido.

W: Lo sé. Lo sé. Pero Seggerman no lo consignó en el informe. Reconozco que lo suyo, en ese aspecto, fue conmovedoramente digno.

P: ¿Hubo un informe posterior? ¿Por qué?

Whitaker se palpa y acaricia la mandíbula, la sombra de la barba, como cerciorándose de que todos los huesos, nervios y músculos se encuentran en su lugar. Pero hay una intensidad en su actitud, que sobrecoge.

W: Los *vietcong* cayeron sobre nosotros, esa noche.

P: Mientras usted dormía.

W: Así es.

P: Acaso ellos sabían la existencia de aquel puesto o ya los habían estado vigilando con anterioridad.

W: Nada de eso. Estimo que nos descubrieron por mis ronquidos.

P: ¿Ronca usted mucho?

Whitaker aprueba con la cabeza, mientras sigue con la mirada el paso de un jovencito negro hacia el baño.

W: Sí. Otra cosa que Seggerman no puso en el informe.

P: ¿Cómo hacía él para dormir? ¿Estaba acostumbrado?

W: A todo te acostumbras en el frente. Además, tengo como la idea de que Kelli soportaba todo lo que proviniese de mi persona. Había una suerte de tolerancia en él hacia mí que me sacaba de quicio. Lo cierto es que muy posiblemente aquella noche mis ronquidos alertaron al enemigo, no porque fuesen demasiado estruendosos sino porque incluso —y esto luego me lo contaba Seggerman— ante ellos se acallaron los otros sonidos de la jungla, los de los animales depredadores más que nada.

P: ¿Por qué?

W: Mi ronquido tiene un registro grave debido a unos problemas nasales que sufro desde pequeño y que casi me dejan marginado del ejército. Vegetaciones creo que les llaman. Ese registro hace que, en la profundidad de la noche, pueda confundirse con el rugido del leopardo. Por lo tanto los animales más pequeños callan.

P: ¿Cómo fue el ataque?

W: Es muy poco lo que puedo contarte. Me despertó una luz intensísima y una explosión estremecedora. Reaccioné volando por los aires. Creo que caí a unos siete u ocho metros de nuestra trinchera, totalmente aturdido. En un segundo todo se convirtió en un infierno. Vi surgir, a la luz de nuevas explosiones, una multitud de sombras entre la espesura corriendo, saltando, agitándose. Supe que eran los Charlie y que no tenía ninguna chance de salir con vida. Mi M-16 había quedado por alguna parte, muy lejos de mí. Sentía que la sangre me corría desde la ingle derecha hacia abajo, por mi pierna.

Lester hace una pausa. Oprime peligrosamente fuerte con su mano derecha el vaso de cerveza. En el bíceps, al crisparse sus músculos, parece echar a andar la máquina cosechadora del tatuaje. Mira con fijeza casi demencial la superficie de la mesa. Juzgo prudente no apurarlo. El solo continúa.

W: Entonces vi saltar a Seggerman desde la trinchera, milagrosamente ileso, sin su casco puesto. Allí actuó como un verdadero demonio. No sé cómo lo hizo. Disparaba a diestra y siniestra su Creener Remington como si fuera un lanzallamas, al

tiempo que corría hacia mí, desesperado. Me ayudó a levantarme, prácticamente me cargó sobre su hombro, siempre sin dejar de disparar. Vi caer a varios de los *vietcongs*, tal vez sorprendidos por la respuesta. Y luego no supe más nada. Hubo otra explosión, demasiado cerca y perdí el conocimiento.

Whitaker calla nuevamente. Ejemplifica, quizás, con su silencio, aquel período de desvanecimiento, de pérdida de la lucidez. Paradójicamente, su silencio es más elocuente que su relato. Veo que ha comenzado a transpirar, pese al aire acondicionado de la cafetería.

W: Me desperté en un *pozo de zorro*. Una trinchera que no era la misma en la que habíamos estado de guardia durante días. A mi lado estaba Seggerman, siempre ridículo con sus anteojos de nodriza. En calzoncillos y camiseta de tiras. Mirándome. Me contó cómo había logrado sacarme de ese infierno. Cómo habíamos logrado escabullimos de la emboscada. Pero, eso sí, yo había estado casi 20 horas inconsciente, incluyendo una noche entera dentro de aquel nuevo e inmundado pozo que Seggerman halló casualmente en nuestra huida y que nos sirvió de refugio.

P: Cuando usted dice: «Eso sí...» Advierto un tono como de prevención, de...

W: Estuve toda una noche, una larga y oscura noche, inconsciente, inerme, en manos de ese dudoso compañero de combate que salvó mi vida...

P: Justamente, que salvó su vida.

W: ...y que, según su versión de los hechos, trabajó minuto a minuto sobre mi cuerpo exánime, tratando de curar mis heridas, procurando solucionar aquel tajo mío sobre la ingle...

P: Procurando que usted volviera en sí.

W: No lo sé. No lo sé.

P: ¿Cómo que no lo sabe?

W: ¡Por Dios! No estoy seguro de que Seggerman quisiera, honestamente, que yo recuperara el sentido ¡El me tenía allí a su merced, inmóvil, fuera de combate, casi desnudo porque la onda expansiva de la explosión había desgarrado mis ropas! ¡Me dijo que yo había delirado aquella noche, que solía dar gritos, que había tenido que cubrir mi boca, que me había volcado boca abajo para impedir mis alaridos!

Whitaker esta prácticamente gritando. Nos miran desde algunas mesas vecinas. Whitaker se da cuenta y baja la voz, pero su mirada sobre los curiosos circundantes es homicida. Las aletas de la nariz se le ensanchan ostensiblemente, como las de un animal. Sigue contando, pero en voz baja, contenida, presionada.

W: Yo lo único que sé es que me sentía raro, extraño. Tenía la particular placidez de quien ha estado muy mal y ha sufrido mucho por la fiebre. Por la tarde nos recogió un helicóptero de la Marina. Eso fue todo.

P: ¿Eso fue todo?

Whitaker se ha echado ahora algo hacia atrás en su asiento. Continúa mirando

reconcentradamente su vaso de cerveza y vuelve a sacudir rítmicamente un muslo transmitiendo una casi imperceptible vibración a toda la mesa e incluso a la espumosa superficie de su bebida.

W: Desde ese día, o mejor dicho desde esa noche, muy pocas veces logro conciliar el sueño. Me pregunto una y mil veces si ese pervertido de Seggerman habrá abusado de mí o no. Si habrá tomado ventaja de mi inconsciencia o me habrá respetado, como hombre y como compañero de armas. Es una idea que gira y gira en mi cabeza y amenaza con volverme loco. Estoy con mujeres y me atormento pensando si en los mismos sectores de mi piel donde ellas depositan sus labios y sus manos, habrán circulado las manos de Seggerman.

Hago un silencio de prevención. Lester se está mordiendo uno de los nudillos de la mano izquierda. Avanzo en el reportaje, como quien lo hace por un sendero minado.

P: ¿No lo hablaron de nuevo, pasado ya todo, en las barracas?

W: No. Apenas llegué a la base, me enviaron a la enfermería. Sé que Seggerman habló con el capitán Murray y lo trasladaron de inmediato a retaguardia.

Otra vez la pausa. Whitaker pierde su vista a lo lejos. Pero no por mucho tiempo. De inmediato vuelve a una vigilia más terrenal y tantea, controlando, su bolso deportivo.

W: Es un martirio vivir de esta manera. Con esa duda permanente. Pero algún día lo encontraré. Lo encontraré y voy a torturarlo hasta que me diga toda la verdad. Aunque duela.

P: No le sería demasiado difícil. Ya le conté que vi a Kelli Seggerman en el gran desfile anual *gay* de San Francisco, de la mano con un bombero.

W: No es de gran ayuda tu informe. Sabes que a ese desfile llegan *gays* de todas partes del país.

Hago memoria, procurando detectar algún otro detalle que pueda conocer sobre Seggerman y que le sea útil a mi entrevistado. Rescato uno y, confieso, no sé hasta qué punto será sano confiárselo a Whitaker. Entiendo que, en definitiva, la tarea básica del periodismo es ésa, informar.

P: También le conté que le habían hecho un reportaje a Seggermann, por la televisión, en el desfile.

Whitaker me mira, interrogativamente.

P: Tras defender su condición de homosexual, lógicamente, anunció que estaba a punto de salir un libro, donde cuenta con lujo de detalles sus experiencias de la guerra.

Lester me clava la mirada. Estoy en un punto de no retorno. Puedo concluir allí mismo mi informe o completarlo definitivamente.

P: El libro se llama *Una noche en Phu Bai*. Así dijo Seggerman.

Lester Whitaker hace solo un movimiento lento, con su mano derecha, hasta taparse la nariz y casi los ojos. Se queda así y cada tanto un estremecimiento le recorre el cuerpo.

Aprovecho para recoger mi block, mis papeles, mi grabador y salir presurosamente de la cafetería.

NO SE PUEDE TENER TODO

En un momento dado, Eduardo se quedó mirando hacia un costado.

—¿Che? —preguntó—. Aquel que está sentado en la mesa contra la ventana ¿no es Rearte?

—Sí. Es Rearte —dijo Adolfo sin darse vuelta a constatarlo—. Lo vi al entrar. Creo que no me reconoció.

—Pero... —Eduardo frunció la frente—. Está hecho bolsa ese muchacho. Se le cayeron todos los años encima.

—Sí —admitió Adolfo.

—Uhhh... —Eduardo seguía consternado—. ¡Pero si parece que tuviera setenta años! ¡Qué avejentado que está!

—Anduvo jodido.

—Tiene mi edad Rearte. Fuimos compañeros en la secundaria.

—Parece que tuviera veinte años más.

—¿O nosotros estaremos igual? —se alarmó Eduardo, volviendo a mirar a su acompañante de mesa luego del estudio exhaustivo de la precaria actualidad de su ex compañero de estudio. Adolfo soltó una risotada sorda.

—No jodas —aconsejó.

—¿Estaremos igual, che? ¿Él nos verá igual a nosotros?

—No. Es que no anduvo bien ese muchacho — insistió Adolfo. Eduardo no pareció oírlo. Se había metido por otra vertiente de la conversación.

—Porque a veces es un poco la forma de vestirse ¿No es cierto? La actitud — arriesgó—. Yo veo tipos que siempre han sido muy formales para vestir. Pero muy formales. Siempre de traje y corbata... Ropa oscura...

—En la puta vida los ves de sport...

—Claro... Y eso los avejenta un poco.

—Sí, pero en este caso...

—Sí... —Eduardo sacudió la cabeza, reflexivo—. Pero en este caso no es así. Éste se viste de traje y todo eso pero además está achacado. Pelado, con lentes...

—Te decía que...

—Medio panzón —arremetió Eduardo, ensañado—. Eso es lo que te caga. Porque uno no puede evitar quedarse pelado. O tener que usar lentes. Pero se puede evitar engordar como un chanco. Eso es cuestión de voluntad.

—Tampoco éste está gordo como un chanco, Edu.

—Te digo en forma genérica. Panzón está. Claro, que yo recuerde, éste no hizo deporte en su puta vida.

—Te digo que anduvo para la mierda —Adolfo golpeó con los nudillos suavemente sobre la mesa como para reafirmar su conocimiento y, de paso, llamar la

atención de su amigo.

—Y eso con el tiempo se siente —Eduardo desechó el reclamo—. Cuando no tenés los músculos abdominales más o menos trabajados, después de los cuarenta se te relaja todo.

Adolfo lo miraba. Eduardo detuvo su discurso y lo miró también.

—¿Cómo que anduvo para la mierda? —rebobinó, volviendo a fruncir la frente.

—Estuvo loco.

—¿Loco?

—Sí. Pero loco loco. Loco del bocho. Demente.

—No jodas.

—Sí. No loco lindo o loco divertido. Estuvo internado y todo, este muchacho.

Eduardo volvió a depositar la mirada sobre su medianamente lejano ex compañero de estudios. Ahora con otro interés, con otra óptica.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque hará un año o dos lo encontré en El Savoy. Bah, lo encontré... Es un decir. Yo estaba tomando un café, tenía que hacer tiempo o algo así... ¡Tenía que ir a lo del escribano, ahora me acuerdo! Que está ahí nomás, a media cuadra, vos viste... Y en eso, lo veo a este tipo, al Rearte, en otra mesa. Como si fuera ahora, que también está sentado en otra mesa. También contra la ventana...

—Se ve que la locura le da por ahí —apretó una sonrisa, Eduardo.

—No seas hijo de puta. Pero yo no lo veía muy bien, porque lo tenía medio tapado por una columna. Digamos que lo veía a él pero no veía al tipo que estaba con él. Porque yo lo veía hablando. Muy animadamente. Meta hablar y hablar, dale que dale...

—No era un tipo muy conversador, por lo que me acuerdo.

—Se notaba que era una conversación muy interesante. Yo no escuchaba lo que decía, pero lo veía gesticular, así ¿viste? —Adolfo dibujó algunos gestos con sus manos, en el aire, ampulosos—. Y se reía. Se reía mucho. Ahí sí, fuerte. Yo lo escuchaba reírse. Pero, bueno, no le di mayor bola al asunto. «Estará con algún amigo» me acuerdo que pensé.

—O con alguna mina.

—También. Con alguna mina. Pero me olvidé de la cosa. Tampoco yo soy un amigo demasiado cercano de este muchacho, después de todo. Y no sé qué mierda empecé a hacer, aprovechando el tiempo, con unas facturas, algún trabajo atrasado. Pero me acuerdo que lo volví a mirar porque escuché que se reía de nuevo, muy fuerte, una risa muy sonora, muy estentórea. Digo «ahora cuando me levanto voy a ver con quién está este tipo», más que nada por esa curiosidad de chusma que tiene uno.

—Es que acá en Rosario uno es chusma a la fuerza, Adolfito. Si uno conoce a

todo el mundo — puntualizó Eduardo, profundo.

—Me levanto, me pongo el sobretodo —era invierno— miro como para saludarlo, y veo que este tipo estaba solo. Estaba solo en la mesa.

—Estaba hablando solo —Eduardo asimiló el golpe.

—Completamente solo. Yo medio que miré para todos lados, porque por ahí había estado con alguien y el otro tipo, o la tipa, se había ido recién. O se había levantado para ir al baño. Pero no parecía ser así y aparte en la mesa de él había un solo café, un solo vasito de agua.

—Qué jodido...

—Jodido ¿viste? Porque la cosa te descoloca. Yo no sabía muy bien qué hacer...

—Te piraste...

—¡No! Porque él me había visto. Cuando yo me levanté para ponerme el sobretodo y miré como para saludarlo, él también me vio. Me vio y me saludó muy efusivamente con la mano: «¡Qué haces, Adolfo!»

—Te dejó pegado.

—Me tuve que acercar, te imaginás. Y ahí corroboré que el hombre no andaba demasiado bien de la azotea. Primero, que caí en la cuenta que desde otras mesas también lo estaban mirando. Un poco con interés, otro poco con inquietud ¿viste? Uno nunca puede saber demasiado bien qué carajo puede hacer un loco. Algunos otros tipos que estaban en otras mesas me miraban haciéndose los boludos como diciendo...

—Otro loco de mierda.

—No. Pero... ¿viste? Qué sé yo... Como diciendo, «Este tipo no se apioló, este tipo no se dio cuenta...». Una cosa así.

—Y... ¿qué pasó? ¿Te sentaste?

—Me tuve que sentar. Medio en el filo de la silla como para irme, pero me senté. Y ahí me contó. Dentro de su incoherencia me contó cómo venía la mano con él...

—¿Se lo notaba muy alterado?

—Ah... Eso es lo que te había empezado a contar, aparte del hecho de que la otra gente lo mirara. Sí... Hacía gestos raros con la cara. Rictus ¿viste? Visajes. Fruncía la cara. Replegaba los labios y mostraba los dientes apretados, como si le doliera algo. No siempre, por supuesto, de vez en cuando. Pero eran como tics. Y transpiraba, además. Y te estoy hablando de pleno invierno. Un frío de cagarse.

—¿Y qué te contó?

—Que se le había matado en un accidente un amigo muy querido, y que era...

—A la pucha.

—Y que era con ese amigo con el que había estado hablando. Que se encontraban muy seguido. Que tenían muchas cosas para contarse. Que el accidente había sido como dos años atrás, pero que se seguían viendo...

—Mira qué extraño. Iba y venía de la locura — diagramó Eduardo—. Sabía que su amigo se había muerto pero lo mismo te contaba que hablaba frecuentemente con él.

—Eso mismo. Con total naturalidad. Por momentos, te juro, parecía que estaba completamente lúcido y normal...

—Era un tipo agradable, recuerdo.

—Un tipo agradable. Pero también me dijo que cuando su amigo no aparecía —o mejor, el fantasma de su amigo no aparecía—, él se angustiaba mucho, que sufría, que se deprimía, que a veces lloraba...

—La mierda.

—Entonces yo le dije... te imaginás... ¿Qué carajo le iba a decir en un momento así? Le dije que por qué no iba a ver a un psicoanalista...

—Lógico...

—Y me dijo que había empezado a ir hacía poco. Que su mismo amigo se lo había aconsejado...

—¿Su amigo? ¿El muerto?

—Y otra gente, también. Familiares, supongo. Y que estaba muy satisfecho con la terapia, que le estaba yendo muy bien...

—¡Ya veo!— rió, asombrado, Eduardo.

Adolfo se quedó callado. Torció su cabeza para mirar a Rearte que, algo encorvado, les daba la espalda desde la mesa de la ventana.

—Después me fui —completó—. De ahí conozco este asunto de la historia ésa. De lo que me contó él.

—Fijate vos —bamboleó la cabeza hacia adelante y hacia atrás Eduardo, abstraído. También él observó a Rearte entonces—. Y ahora, cuando entraste —preguntó a Adolfo—. ¿No viste si estaba hablando solo, o si gesticulaba, o algo así?

—No... No...

—¿No viste o no hablaba solo?

—No hablaba solo. Ni gesticulaba. Al menos en los momentitos que yo lo miré. Porque lo miré para saludarlo cuando lo reconocí pero él no me vio entrar.

—Yo tampoco lo vi hacer nada raro —murmuró Eduardo.

—Por ahí está bien. Quién te dice.

—Como suelto, anda suelto.

—Por ahí se curó con la terapia, Edu —Adolfo estaba recogiendo sus cosas de una silla contigua, como para irse.

—Lo voy a ir a saludar, a ver qué pasa —afirmó decidido Eduardo también poniéndose de pie.

—Andá, andá y después me contás —lo alentó Adolfo, acomodándose la bufanda.

Se separaron. Adolfo se fue por la puerta de la esquina de Santa Fe y Sarmiento y Eduardo, abrochándose el saco, se aproximó a Rearte. Rearte lo recibió con algo de sorpresa y una medida alegría. De cerca se lo veía más avejentado aún, pero calmo, con cierta transparencia en la mirada y un leve temblequeo en el labio inferior. Rearte invitó a compartir la mesa a Eduardo y éste, igual que Adolfo en aquella ocasión, se dejó caer casi en el borde de la silla, la agenda apoyada sobre sus muslos, como para partir en cualquier momento. Eduardo, piadoso, mintió que lo encontraba bien, casi igual que siempre, lo que dio lugar para que Rearte, casi culposamente, lo contradijera efusivamente y le explicara las causas de su estado de deterioro físico ligeramente prematuro. En tanto le contaba la historia que Eduardo ya sabía a través de Adolfo, Rearte se fue entusiasmando, adquiriendo confianza, como si al principio desconfiara de que Eduardo fuera realmente quien decía ser. Le habló de su amigo, del terrible accidente, del shock emocional que aquel suceso le había provocado, de su desequilibrio nervioso, de sus largas y animadas charlas con el espíritu («o lo que fuere» aventuró) de su amigo muerto, de su terapia y de su sostenida mejoría.

—Me hizo muy bien, Lejarza —sonrió, tristemente, rescatando el apellido de Eduardo, que la cotidiana lista de asistencia escolar había grabado en su memoria—. Pude hablar el asunto. Pude, como dicen ellos los psicólogos, elaborar el duelo. Pude asumir que mi amigo había muerto. Convivir con eso. Incorporarlo...

—¿Terminaste la terapia? —preguntó Eduardo.

—Terminé. Terminé. Bah... Voy de vez en cuando. Controles más que nada.

—Esas cosas nunca terminan del todo —precisó Eduardo como si supiera.

—Nunca estás sano —la sonrisa de Rearte era desvaída.

—¿Y ahora cómo andas, cómo te sentís?

—Peor, Lejarza. Peor —dijo Rearte, al punto. Eduardo se echó un poco hacia atrás, sin mudar de expresión, impactado—. Antes al menos tenía con quien conversar. Me pasaba horas hablando con el espíritu, o lo que sea —se encogió de hombros— de Aldo. Te aseguro que me iba a algún café, lo encontraba allí y estábamos horas charlando. Claro, ya no nos veíamos tan seguido como cuando él estaba vivo —que estábamos juntos todo el santo día, éramos culo y camisa te juro—, y entonces cuando nos encontrábamos teníamos un montón de cosas para contarnos. Pero ahora... —Rearte lentificó su relato—. Ahora me siento muy solo. Muy solo, Lejarza. Vos sabes que yo no me casé, mi vieja está muy viejita...

Eduardo amagó ponerse de pie. Sentía la incomodidad propia de quien sospecha que su interlocutor puede ponerse a llorar en público en cualquier momento. Intuyó que debía hallar una frase de cierre, antes de irse.

—No se puede tener todo —barbotó, mirando hacia el nerolite de la mesa. Y suspiró profundo.

—¿No querés tomar un café? —Rearte lo tocó en el brazo, adivinando su

intención y retomando, incluso, un tono de voz más festivo. Eduardo se puso de pie, ligeramente espantado.

—No, Rearte. Me tengo que ir.

—Quédate. ¿Tenés mucho que hacer?

—Sí. La verdad que sí. Me alegro de verte bien, Rearte.

—Un café nomás —Rearte elevó su dedo índice en el aire—. Contame si viste a alguno de los muchachos. ¿Lo ves a alguno?

—A Ferrer, a veces... A Spiño... pero mejor otro día, Rearte. La verdad es que ando a los rajes. Discúlpame pero nos vemos en cualquier momentito.

Apretó la agenda sobre su pecho y salió hacia Sarmiento. Rearte miró hacia la barra e hizo la seña de un cortado.

EL EXPERIMENTO DE HERMES KOLOBRZEG

En realidad, yo fui a Pueblo Muñiz a cubrir la nota del *niño-carancho*. Pueblo Muñiz es un pueblo de no más de 4.000 habitantes y uno de ellos es, justamente, Hermes Kolobrzeg. Pero eso lo descubriríamos Ignacio y yo el último día previsto para quedarnos, cuando ya la nota del *niño-carancho* parecía haberse pinchado definitivamente.

Ignacio era el fotógrafo que me acompañó en la ocasión. Me había impresionado, sí, la ansiedad casi desesperada que demostraba todo el pueblo para señalarme el comportamiento particular de ese chico. E incluso la actitud desolada del intendente al comprobar que el pequeño, con su inercia, con su apatía, con su falta de colaboración, estaba tirando abajo toda la expectativa que había puesto a Pueblo Muñiz por fin en las noticias de los diarios nacionales al menos durante unos días.

Ignacio y yo nos habíamos pasado dos jornadas enteras al pie de aquella acacia, apuntando él con su cámara para arriba, esperando que Raulito (así se llamaba el *niño-carancho*) iniciara alguna acción digna de ser reflejada por la prensa. Alternativamente, la gente del pueblo (repito, aferrándose al acontecimiento como quien lo hace a un bote de salvataje) rodeaba junto a nosotros la base del árbol o se alejaba bajo la consigna de «Déjenlo solo, déjenlo solo, que sino se cohíbe». Nos recomendaban, asimismo, acercarnos o escondernos; enfocarlo con un teleobjetivo desde el campanario de la iglesia o despertar su curiosidad manipulando grabadores y cámaras fotográficas junto a la acacia; adoptar una conducta prescindente o hablarle con palabras afectuosas pero precisas.

Su hermana mayor (que era quien nos llamara a la redacción del diario) procurando que el chico bajara, llegó incluso a llevarle un trozo de carne podrida, algunas entrañas que donó la carnicería y hasta un gato muerto que halló rastreando junto a las vías.

Pero todo fue inútil.

En resumen, tras algunas fotos más o menos felices del pequeño, tras algunas entrevistas no demasiado jugosas con sus familiares más cercanos, su maestra y algunos compañeritos de escuela, decidimos con Ignacio que el asunto no daba para más y que solo restaba meter las cosas en el auto y regresar a Buenos Aires.

El propio intendente vino a hablarnos, tratando de convencernos de que nos quedáramos, pero ya me había telefonado Zambrano desde la redacción diciéndome que nos necesitaban por allá. Pueblo Muñiz, al parecer, veía desvanecerse su momento de gloria y la posibilidad de ser, al menos por una vez, el centro de atención del país. Como graciosa concesión a las fuerzas vivas de la localidad optamos con Ignacio por no irnos esa tarde, sino pasar allí otra noche y marcharnos a la mañana temprano, descansados, porque el tirón en auto era largo. Durante la cena en el más

que austero comedor del hotel *Nueva Roma* vino otra vez el intendente, otra vez la hermana del *niño-carancho* (reiteró que se trataba de un malcriado) y el prosecretario del Club Social y Biblioteca General San Martín, de Pueblo Muñiz, quien nos regaló un plato impreso con el escudo de la institución y un banderín.

Ya en la sobremesa, solos con Ignacio, fumando un cigarrillo, apareció Hermes Kolobrzeg. Era un hombre de unos setenta y pico de años, pelado, no muy alto pero corpulento, con las mejillas rojas como si lo hubiesen abofeteado momentos antes. Se presentó como ingeniero físico.

—Estoy trabajando fundamentalmente en el aprovechamiento integral de la energía —nos dijo.

Tenía un leve acento extranjero y ante sus palabras, yo pensé si no estaríamos frente a otro intento solapado del intendente para retenernos allí. Ya a Ignacio, un día antes, se le había acercado una joven presumiblemente tísica jurándole haber visto en las cercanías de la parroquia la imagen de una virgen que tosía.

—Usted sabe —Kolobrzeg se dirigía ahora solamente a mí, detectando, agudo, que Ignacio era apenas un fotógrafo— que la reserva de petróleo en el mundo se está agotando apresuradamente.

Lo dijo con un tono admonitorio e Ignacio, al igual que yo, sentimos como que los culpables éramos nosotros.

—¿Y sobre qué tipo de energía está trabajando usted? —preguntó Ignacio.

—La nuestra. La energía humana.

—Pienso que ésa ya está muy trabajada —sonrió Ignacio, malo—. Las pirámides, la Gran Muralla China, tantas otras cosas que se han hecho en base a energía humana...

Kolobrzeg lo miró con infinita conmiseración. Y volvió a dirigirse a mí para explicar.

—Todo ser humano tiene una energía —puntualizó—. Es más, esa energía ha podido ser fotografiada —ahora sí, incluyó en su mirada a Ignacio—. Lo que se llama comúnmente el *aura*.

—Recuerdo, recuerdo —acordé— todo eso de Lobsang Rampa. *El tercer ojo*.

Kolobrzeg apretó una sonrisa, enarcando las cejas y haciendo un oscilatorio movimiento con su nudosa mano derecha.

—Bueno, usted sabe... Lobsang Rampa...

—Poco serio ¿no?

—Eh... No está bien que uno hable así de un colega, pero... Lo mío es otra cosa. Se trata fundamentalmente de aprovechar al máximo la energía que se desprende del cuerpo cuando el ser humano muere. Lo miramos.

—¿No era el alma eso? —volvió a la carga Ignacio.

—Usted sabe que apenas el ser humano muere —lo ignoró Kolobrzeg— se

desprende de él el ectoplasma, una emanación natural, la parte externa de la célula para explicárselo en términos accesibles. Muy bien, eso es energía pura, potencia pura que se diluye... ¿Adonde va el ectoplasma?

—Eso... ¿adónde va? —se preguntó Ignacio, que estaba modelando una palomita con un papel plateado, sin mirarlo.

—No sabemos a donde va. Lo más factible es que se diluya en el infinito. En el espacio. En una palabra, se pierde, se malogra, se malgasta.

—Como el gas que se ventea en el sur —dije yo.

—Exactamente —estalló Kolobrzeg—, es un fantástico ejemplo. La humanidad ha estado desperdiciando cantidades impresionantes de energía sin darse cuenta. Nos hemos desangrado cavando pozos petrolíferos, perforando hoyas submarinas, mandando a morir niños, mire lo que le digo, niños, en las minas de carbón. Estudiando la mejor manera, desde hace poco, de aprovechar la fuerza del sol o de los vientos, o del mar, sin reparar que la máxima fuerza de energía estaba dentro nuestro. Dentro de cada uno de nosotros. Y solo basta aguardar hasta la muerte natural del ser humano para tomarla y convertirla en potencia, en megaciclos, en electricidad...

Nos quedamos en silencio. Kolobrzeg con una actitud expectante, como aguardando nuestra respuesta. Ignacio, al parecer, abstraído en la configuración de su muñequito de papel. Yo, esperando algo más del visitante. El silencio se fue estirando de forma molesta.

—Vea, señor Kolobrzeg —dije por fin—. Aquí con el compañero estamos un poco cansados. Mañana tenemos que arrancar más bien temprano para Buenos Aires...

—Lo sé, lo sé, lo sé... —recitó, maníaco, Kolobrzeg, agitando la cabeza y las manos, como una disculpa.

—¿Qué es lo que nos quería decir, qué es lo... ?

—De eso justamente quería hablarles. Usted me dice que se van mañana por la mañana. Yo quería pedirles, en nombre de la ciencia y en el mío propio, que se queden hasta el mediodía. Porque mañana yo voy a realizar una prueba, digamos, final, sobre mi teoría, y pienso que para ustedes sería una nota de enorme importancia, debido más que nada a que serían los únicos periodistas del mundo presentes en el experimento.

—Gentil de su parte —ceñudo, Ignacio acicalaba su palomita de papel, con dedicación de entomólogo.

—No soy muy afecto al periodismo —admitió Kolobrzeg—. Pero tampoco desconozco las ventajas de la difusión. Y sería muy tonto y muy egoísta de mi parte desaprovechar la visita de dos periodistas de un medio tan importante, no invitándolos a concurrir.

Yo resoplé.

—¿A qué hora tendrá lugar ese experimento y en qué consiste?

—Lamentablemente, lamentablemente —Kolobrzeg elegía las palabras— no puedo precisarle con exactitud la hora por las mismas causas que pasaré a explicarle y que atañen a la segunda parte de su pregunta, en lo que respecta a en qué consiste. Estoy esperando que muera mi amigo Barbato.

Ignacio abandonó su atención sobre la papirola y clavó la mirada en Kolobrzeg.

—Le explico —siguió éste—. Obviamente, para testear un experimento sobre el aprovechamiento de la energía vital que se desprende de un ser humano al morir, se necesita un ser humano que esté por morirse —sonrió bonachonamente, como quien hubiese expuesto una verdad de Perogrullo—. Hay un gran amigo mío, Dardo Barbato, que, pobrecito, se está muriendo. Es cosa de horas. Pero el médico me aseguró que duraría hasta mañana. No más del mediodía. Un cuadro irreversible, pobre Dardo.

—¿Él le permitió el experimento? —preguntó Ignacio que, como buen fotógrafo, había olfateado la sangre.

—No... —alargó un tanto la palabra, Kolobrzeg—. No. En realidad no. Pero hemos sido íntimos amigos. Nos criamos juntos. Y estoy seguro que, de estar consciente, Dardo no hubiese tenido ningún problema en prestarse a este adelanto. Un hombre sensible a todos los problemas del ser humano. Inquieto. Curioso. Dispuesto a experimentar los avatares de la vida.

—¿Por qué no se lo propuso usted?

—Un derrame cerebral —Kolobrzeg se señaló la cabeza—. Una cosa repentina. Hasta injusta, le diría.

—¿Hombre grande?

—Mi edad, más o menos. Un par de años más. Pero estaba fenómeno.

—¿Y la familia? ¿Lo aceptó la familia?

—Es solo, pobre Dardo. Solo. Su esposa murió hace ya quince años. No tuvieron hijos. Le digo más, lo está cuidando ahora un enfermero. Y a la noche, ya, dentro de un rato, va a ir un miembro de los Bomberos Voluntarios de Pueblo Muñiz. Si no, no hay nadie que lo cuide.

—¿A qué hora piensa que tendríamos que estar allá? —pregunté, operativo.

—Vénganse a eso de las diez. Por cualquier cosa. El médico me dijo que para las doce seguramente ya se podría desocupar la casa.

A la mañana siguiente nos despertamos más tarde de lo previsto.

Cargamos el auto rápidamente con los bolsos, pagamos el hotel y nos fuimos hacia la dirección que nos había dado el ingeniero físico.

Cuando llegamos estaba en la puerta, retando a un pibe que jugaba a la pelota. Se le iluminó la cara en cuanto nos vio. Sin duda no confiaba demasiado en nuestra palabra. La casa del agonizante Dardo era modesta pero amplia, como suelen ser las casas de los pueblos.

Y adentro nos encontramos con una señora, quien nos saludó con austeridad y nos hizo pasar a la cocina.

—Es Clara, mi esposa —indicó Kolobrzeg— nos va a ayudar un poco. Ella es muy dispuesta y en estos casos es bueno el respaldo de una mujer. Serviles café, Clarita, mientras esperamos.

No nos sentamos. Queríamos transmitirle de alguna manera a Kolobrzeg que estábamos de paso.

—¿Y habrá que esperar mucho? —preguntó Ignacio, respetuoso a pesar suyo, bajando la voz. Kolobrzeg, mientras se iba hacia otra habitación, disminuyó el volumen del televisor (que pasaba dibujitos animados) y nos invitó a seguirlo.

—Muy poco —bisbiseó— ya casi no tiene signos vitales. Pueden mirarlo desde acá.

Nos asomamos a la puerta. En una cama de una plaza yacía un hombre viejo con la lejana placidez de los moribundos. Solo alteraban la pacífica imagen algunos cables que partían de sus sienes, fijados allí con cinta adhesiva y otro que se introducían en sus fosas nasales y en sus oídos.

—Vayan a tomar un café —nos indicó Kolobrzeg, ya al comando de la operación—. Clarita se los prepara. Yo voy a verificar las conexiones.

—¿Puedo sacar fotos? —consultó Ignacio.

—Las que quiera. Eso sí. Sin flash por favor.

—No hay problemas —dijo Ignacio, manipulando sus lentes.

—Se habla de que los moribundos, en el momento preciso de la muerte —explicó Kolobrzeg— ven como un enceguedor destello de luz. Si usted con el flash produce el mismo efecto, eso puede llevar a Dardo a una gran confusión. Y es mejor no arriesgar.

Yo me senté a la mesa de la cocina. Clara sirvió el café murmurando por lo bajo, ceñuda.

—Van a perdonar el estado de la vajilla —musitó, agria—. Es lo que pasa en las casas de los hombres solos. Hay que ver cómo está todo esto. Una dejadez, una desidia.

—Suele ocurrir, señora —admití—. Yo vivo solo y a veces no puedo evitar que... O no hay tiempo para...

—No es solo eso, señor —profundizó la mujer—. Cuando Dardo estaba casado con Ruth, su esposa que murió hace ya mucho, pobrecita, ya era así. Indolente, abandonado. No sé como Ruth podía soportarlo.

Ignacio volvió, animado, y se sentó a mi lado. Tomó un trago de café largo y enérgico. Recorrió con la mirada la cocina.

—¿Tendría algunas galletitas, señora? —preguntó. Siempre me ha admirado el caradurismo de los fotógrafos—. Salimos corriendo para aquí y no tuvimos tiempo de

desayunar.

—No nos despertaron los del hotel —traté de disculparlo. Clarita pasaba un trapo húmedo sobre la mesa.

—Tendría que fijarme —seguía meneando la cabeza, contrariada. Y hablando en murmullos—. Pero qué puede tener este hombre, pan duro podrá tener. Ahora me fijo.

—No. Deje, deje —mintió Ignacio—. ¿Tostadas no tiene?

Había una tostadora eléctrica sobre la mesada, conectada y sin duda puesta allí para que entrara en funciones. Clarita miró la tostadora.

—Eso tienen que preguntárselo a Hermes —respondió, cortante. Y Hermes apareció nuevamente, más animado.

—Creo que ya estamos —comunicó, casi alegre y poniendo el dedo índice de la mano derecha sobre sus labios—, ya estamos. No tardará más de quince minutos.

—Je... —farfulló como para sí Clarita acomodando ahora la alacena—. Como si se pudiera confiar en la puntualidad de Dardo...

—Clarita... —abrió los brazos Kolobrzeg implorando algo de flexibilidad.

—Acordate a la hora que llegaban cuando iban al club...

—Clarita...,

—Dígame, señor Kolobrzeg —decidí interrumpir para evitar una situación algo tirante—. ¿En qué consiste más o menos este experimento? ¿Cómo podremos nosotros, legos en la materia, advertir si la prueba ha dado resultado o no?

—Trataré de explicarles lo más sencillamente posible —dijo Kolobrzeg— aunque el experimento en sí es muy sencillo. El sistema en sí es sencillo —se entusiasmó—. Y eso es lo que lo hará práctico, económico y accesible. Ustedes habrán visto los cables que están conectados a mi amigo Dardo, pobre Dardo. Muy bien, esos cables son receptores que captarán la energía despedida en el ectoplasma de Dardo apenas éste se haya... este... eh... retirado, fallecido. Esa energía pasa luego a una suerte de transformador, muy simple, que está en el garage y que no les he mostrado hasta ahora por falta de tiempo. De allí la energía vendrá hasta aquí y llegará hasta esa tostadora eléctrica —señaló hacia la tostadora que ya habíamos observado—. Dentro de la tostadora hay, como cualquiera puede imaginarlo, dos rebanadas de pan lactal.

—Lo único que encontramos —meneó la cabeza, Clarita—. De milagro. Vaya a saber desde cuándo lo tenía en el aparador...

—Y será todo muy simple, como suelen serlo estos primeros pasos en un camino si se quiere desconocido —continuó Hermes—. La energía activará la tostadora y saltarán las tostadas.

—Medio verde estaba —sumó Clarita—. Con hongos.

—Usted podrá comprobar —me dijo Kolobrzeg— que la tostadora está conectada al transformador. Que no está unida a ningún enchufe eléctrico ni cosa parecida.

Perdónenme. Voy a ver a Dardo —miró el reloj— no creo que tarde mucho más.

—Cuando estén las tostadas... —intervino Clarita, trayendo una azucarera—. Usted me había pedido ¿no?

Ignacio negó con la cabeza.

—Le agradezco. Por ahí paramos a comer algo en el camino.

—Si es que funciona —dudó Clarita—. Porque Hermes, con estas cosas... Miles le he conocido y nunca han...

—¡Ya está! ¡Ya está! —Kolobrzeg apareció de pronto, desde la habitación, grave y a la vez entusiasta—. Ya está, pobre Dardo...

—¿Ya...? —Clarita se acongojó de pronto, tapándose la boca con el mismo trapo rejilla con que repasaba la mesada.

—Pobrecito... —murmuró Hermes. Se sentó a la mesa, perfilado como para vigilar la tostadora. Ignacio tomó la cámara. Yo me quedé algo perplejo, con esa inquietud reverencial que siempre provoca una muerte cercana.

—No deberían ser más de tres minutos —calculó Kolobrzeg, controlando su reloj. El tiempo se nos hizo insoportablemente largo, los cuatro con la vista clavada en la tostadora.

—Ya. Ahora debería ser —advirtió, trémulo, Kolobrzeg. Cerró un puño, frustrado—. Vamos, vamos... ahora...

Pero nada sucedió. Ignacio me pegó una ojeada. Yo fruncí los labios.

—¡Vamos! —urgió de nuevo, Kolobrzeg.

—¿No habrás...? —comenzó a preguntar Clarita, y en eso saltaron las tostadas. Todos pegamos un respingo. Pero lo que cayó sobre la mesada fueron dos pedazos de pan carbonizado, irreconocible, humeante.

—Pero... —barbotó Kolobrzeg, dudando si tocar las tostadas calientes con sus dedos temblorosos—. Están... están... absolutamente quemadas... No... no sirven para nada...

—No importa —procuró Ignacio, ser solidario—. Comemos cualquier cosa en el camino...

—¿Qué falló? ¿Qué falló, Dios mío? —se preguntaba convulso Kolobrzeg.

—¿Sabés qué pasa, Hermes? —Clarita había salido de su acongojado mutismo—. Que Dardo, y que Dios me perdone, nunca hizo nada bien, Hermes... Nunca... Seamos sinceros... Nunca sirvió para nada Dardo.

Recogimos los bolsos, las cámaras y salimos. Afuera nos encontramos con la hermana del *niño-carancho* que nos andaba buscando, frenética. Nos dijo que el niño se había movido durante la noche. Que estaba ahora en un sauce muy cerca de donde nos encontrábamos. Que algo sin duda lo había espantado o lo había atraído. No le hicimos caso. Cargamos las cosas en el auto y nos volvimos a Buenos Aires.

En Acebal paramos a desayunar.

YO TUVE UN NIÑO ASÍ

«Los hijos constituyen la región más sensible del ser humano». Recuerdo que esta frase encabezaba una carta de los lectores que envié al diario La Capital de Rosario y que se publicó el 2 de setiembre de 1989. Me la comentaron favorablemente muchos amigos míos (el doctor Boffa, entre ellos) e incluso, en el programa radial *Un alero en la senda*, de don Evaristo Clérico, alguien me dijo que la habían repetido.

Esto viene a cuento por lo que nos sucedió en una oportunidad a mi esposa Nora y a mí, volviendo de Europa, en una escala en el aeropuerto de San Pablo. La frase esa, además, me la pidió la pedagoga Estela Di Caprio, ahora recuerdo, para incluirla en un libro sobre educación infantil que iba a editar junto a Alma Maritaño.

Y es verdad lo que digo. Todos aquellos problemas, y más que nada, temores, que uno puede tener antes de ser padre, toman otra dimensión, pasan a un segundo plano cuando llegan los hijos. Allí es a mi entender, cuando aparecen los verdaderos temores. Mi madre, pobrecita, me solía repetir, «Una nunca más vuelve a dormir con entera tranquilidad después de tener un hijo». Se está con un ojo cerrado y el otro abierto. Con un oído puesto permanentemente en la habitación de al lado — especialmente si se trata de un bebé— tratando de escuchar si llora o no llora, si se queja o si no se queja.

Y habíamos viajado a Oporto, Portugal, a un congreso sobre *Comportamiento del noyo ante la metalización por termorrociado* donde Nora debía dictar una conferencia.

Alfredo era muy chiquito por entonces y decidimos que era muy prematuro dejarlo solo. No tendría más de cuatro años. Yo, por otra parte, siempre fui reacio a dejar que Nora viajase sola. Siempre para una mujer es más difícil viajar sin compañía. Por lo tanto decidimos llevar a Alfie.

Habíamos probado ya una vez —un fin de semana— dejarlo con los padres de Nora, pero la cosa no resultó. Cuando volvimos, parece mentira, encontramos signos inequívocos de golpes, de malos tratos. Moretones, cardenales en los brazos y piernas del abuelo, por ejemplo. Y un corte de unos dos centímetros en la ceja derecha de Alicia, la madre de Norita. No es un chico de adaptarse demasiado bien, Alfredo.

Lo llevamos, entonces, y tuve que tenerlo a mi cargo en tanto Nora daba sus charlas y conferencias. Es cierto que Alfie molestó bastante, interrumpiendo cada rato a su madre o cayéndose por las gradas de la sala de conferencias —una hermosa sala de conferencias allá en Oporto— pero en general puede decirse que se portó bastante bien. El regreso se hizo un poco más pesado, sobre todo por los temores de mi esposa.

Y vuelvo a la frase con que empecé esta conversación. Nora, por ejemplo, no vacila en enfrentar a una delegación de obreros metalúrgicos —lo hizo varias veces

en Villa Constitución— o no la atemoriza meterse dentro de un alto horno de fundición, pero en todo lo que sea referente a Alfremito se pone tonta.

Se le había metido en la cabeza en aquel viaje el asunto de los secuestros de niños en el Brasil. Una noticia, lo admito, aterradora para cualquiera, que se había difundido mucho por ese tiempo. Que se robaban los chicos en Río de Janeiro, en Copacabana. Que había bandas organizadas que elegían ni más ni menos a los pibitos rubios y de ojos celestes para el tráfico de órganos.

No puede haber versión más pavorosa que ésa. ¡Para el tráfico de órganos!

Para colmo, Alfie ahora está medio castaño, castañón pero de chiquito era rubio como un trival. Muy vistoso, atrayente. Y siempre movedizo, siempre activo, un demonio. Se comentaban historias siniestras de chicos robados ante el más mínimo descuido de sus padres. De chicos robados en la playa, en supermercados, en espetos corridos, que nunca más habían vuelto a ser vistos. O mucho peor, una amiga de Nora le había contado del hijo de otra amiga que apareció a las tres horas, pero con un riñón menos. Algo terrible.

Yo traté de explicarle a Nora —que además estaba nerviosa por una controversia que había surgido en una charla con un ingeniero canadiense sobre el asunto de los noyos— que íbamos a estar sólo una hora y media en el aeropuerto de San Pablo. Y en tránsito. O sea, bastante aislados y controlados como para sufrir ese tipo de amenazas. Pero nada la convencía. Me dijo y repitió mil veces que debíamos tener un cuidado infinito con Alfie y que no debíamos quitarle la vista de encima.

Llegamos por fin —un viaje matador— al aeropuerto de Viracopos. Allí no hay muchas cosas para ver o hacer, pero anduvimos detrás de Alfredo de un lado para otro, subiendo y bajando escaleras mecánicas, haciendo pasar el tiempo, o sentándonos un rato a tomar café —es gratis el café en algunos aeropuertos brasileños — confiados en que el movimiento, sumado a las horas en el avión, cansaría a nuestro hijo.

Pero el café tuvo la virtud de despejarlo y debí coincidir con Nora en que mejor hubiese sido darle una Coca Cola, pese a que llena de gases a las criaturas. Por último, milagrosamente, Alfredo se quedó jugando en el suelo con no sé qué cosa y nosotros pudimos sentarnos en uno de esos largos bancos que tiene la zona de tránsito. Siempre a pocos metros de Alfremito, como para mantenerlo vigilado.

Nos fuimos a sentar casualmente junto a un hombre, un señor grande, que llevaba un sobretodo oscuro —aún lo recuerdo— un poco raído, de mucho uso. Yo no le di mayor importancia. Pensaba en las horas que todavía nos faltaban para llegar a Buenos Aires y aparte la otra espera para tomar la conexión hasta Rosario, siempre con Alfremito a cuestas. Alfie cada tanto se acercaba hasta Nora y le daba algo, no recuerdo qué. Unas bolitas, quizás, una especie de confites de colores que había encontrado por el suelo y que yo no quería que se llevara a la boca porque son esas

cositas chiquitas las que pueden provocar que una criatura se atragante.

El hombre, este hombre que estaba sentado junto a nosotros del lado de Nora, lo seguía a Alfredo con la mirada, las manos metidas en los bolsillos del sobretodo, la vista un tanto perdida. En una de éstas, en un momento en que Alfie se acercó a entregarle otro confite a Nora para luego salir corriendo de nuevo hasta el lugar donde estaba jugando, este hombre la mira a Nora y le dice en un dificultoso castellano; «¿Ese niño es su hijo?». Nora le dijo que sí con la cabeza. El hombre entonces se quedó un momento como mirando hacia el vacío y dijo, recuerdo que dijo: «Yo también tuve un niño así». Y se le llenaron los ojos de lágrimas. Fue automático. Dijo eso y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Yo me considero una persona sensible. El mismo hecho de que haya escrito una frase como aquélla con que empecé esta conversación le está diciendo a usted bastante a las claras, que yo soy una persona sensible. No es que quiera con esto vanagloriarme ni considerarme un literato, pero hay cosas, pensamientos, reflexiones, que a veces se le dan a uno casualmente, por puro azar, y que son, digamos, brillantes. Lo que no quiere decir que uno sea un iluminado. Nada de eso. Pero sí una persona sensible, acordemos mínimamente esto. Sin embargo, mire qué notable, en ese momento no me emocioné por la emoción de ese hombre. Me mantuve frío, supongo que debido a las prevenciones que me había estado haciendo permanentemente mi esposa.

Como el diálogo no había ido más allá cuando el hombre volvió a mirar hacia adelante, posiblemente hacia donde Alfredo ya jugaba en el suelo de nuevo, yo le susurré a Nora medio entredientes: «¿No te parece sospechoso?». Nora me miró con dureza. Yo, en verdad —uno nunca llegará a entender a las mujeres— pensé que de aquella forma ganaría puntos, que a Nora le iba a complacer darse cuenta de mi permanente vigilia, de mi permanente custodia con respecto a nuestro hijo.

Sin embargo ocurrió todo lo contrario. Ella también tenía lágrimas en los ojos. «Sospechoso... ¿qué, Eduardo?» me dijo. Le señalé con el mentón al tipo de al lado que justo en ese momento se levantaba. Pero es cierto que yo ya estaba dudando de mi actitud. «Este hombre sin duda ha sufrido una tragedia enorme, Eduardo», arrancó diciéndome Nora, más suave de pronto, casi comprensiva, tanto que me puso una de sus manos sobre mi brazo, como para tranquilizarme. «A este hombre le ha pasado algo gravísimo que lo ha envuelto en la desolación» continuó en voz baja, aunque ya el desconocido se había alejado un tanto.

Mi esposa vale consignarlo, también es una mujer de enorme sensibilidad. «¿Sabés de qué me da la impresión, Eduardo?» me dijo «¿Sabés de que me da la impresión? De que se trata de un refugiado político, un hombre que ha tenido que huir de su patria, algo de eso». «Es verdad» acepté, tratando de sintonizar la misma cuerda.

«Tiene el aspecto de provenir de algún país de Europa Central. Así, rubio, de ojos claros, tez blanca. Tiene el aspecto de quien ha sufrido mucho» siguió Nora «uno que ha tenido que abandonar apresuradamente todo. Su casa, su familia, su ropa. Vos viste como está vestido. Desprolijo, con los puños de la camisa raída. Es el típico caso del hombre que ha huido con lo puesto. Fijate si no, en el sobretodo. Un sobretodo oscuro para un clima como éste, Eduardo. Y la sombra de barba. Las ojeras. El sufrimiento marcado en la cara». «Tal vez haya salido de Yugoslavia» arriesgué yo. «Eso», me alentó Nora, «puede ser un bosnio, que ha visto su hogar destrozado, su casa bombardeada, su familia muerta, el hijo ese del cual hablaba».

Quedamos un instante en silencio, casi simbolizando un homenaje. «Y uno dice un bosnio» prosiguió Nora «porque es lo que más conoce a través de la prensa. Pero quizás sea un chechenio, un afgano, o un serbio mismo ¿por qué la guerra va a elegir sus víctimas de un solo lado?». «Da la impresión de no estar muy bien de la cabeza» marqué. «¿Es que acaso estarías vos muy bien de la cabeza de haberte pasado eso, Eduardo?» de nuevo el tono de Norita era duro. «¿Acaso estarías vos bien de la cabeza si hubieses perdido un hijo bajo el fuego de los francotiradores serbios? Sé razonable, Eduardo. Estarías tan loco como él». «Eso explica aquello de *loco de la guerra* tan usado en una época y sobre cuyo significado nunca me detuve a pensar», dije yo. «Por supuesto, Eduardo. La gente que por un dolor insoportable, durante la guerra se volvió loca. Gente que perdió toda su familia, todos sus seres queridos, de un día para otro, de una noche para otra, como este hombre. O que se vio obligadamente separada de su familia, de sus hijos de repente, en la vorágine del conflicto y nunca más supo nada de ellos».

Volvimos a quedar en silencio. «Tal vez sea salvadoreño», tenté yo. «Allí también se ha vivido una guerra civil muy cruenta». «¿Viniendo de Portugal, Alfredo?» Norita me miró con esa cara que ella pone cuando algo le parece absurdo. «Digo por lo bien que habla el castellano». «Bosnio, Alfredo» insistió Nora «Serbio, a lo sumo. Pero no descarto lo de Rwanda». «¿Rwanda?». «Rwanda, o Somalia», dijo Norita. «Es terrible la situación en esos países africanos. El hambre, las pestes, la violencia étnica». «Pero son todos negros, Norita», le dije.

A veces mi esposa me mira con una cara que me hace dudar seriamente si me respeta. Por supuesto que lo hace, pero hay momentos en que su enorme vitalidad la traiciona. «Hay asentamientos blancos, Eduardo» recuerdo que me dijo con el mismo tono que hubiese usado con Alfredo. «Hay grandes colonias de blancos, los colonizadores. Tal vez este hombre sea un francés, o ¿por qué no? un portugués», se maravilló de su acierto, señalándome con el dedo. «De allí venimos ¿no es así? Y ha tenido que salir huyendo de esos países ante la revuelta negra. He leído mucho sobre eso y las atrocidades que cometen los nativos con los blancos. El resentimiento de esos nativos».

Yo me había quedado pensativo observando fijamente a Alfredito, que seguía jugando en el piso, ahora con unos restos de cigarrillos, esas colillas muy aplastadas por los zapatos de la gente, que están casi planas, a las que les sacaba los restos de tabaco. Estoy muy de acuerdo con la disposición norteamericana de no dejar fumar más en los aeropuertos. «Tal vez» recuerdo que le dije entonces a Norita, y acá, sí, bajé la voz por lo doloroso del tema «Tal vez le hayan secuestrado al hijo en Copacabana». Fue automático. Los dos nos pusimos de pie. Alfredo, inquieto, se había alejado unos metros hacia los baños, siguiendo un vasito de papel que rodaba por el piso. Entonces —no lo vimos juro que no lo vimos—, el hombre apareció de nuevo casi a nuestro lado.

El motivo central de nuestra conversación, podría decirse. Se paró delante de nosotros y estiró una sonrisa triste que más semejaba una mueca. Seguía con los ojos vidriosos. Abrió la boca como para hablar pero permaneció así unos segundos. Yo, inquieto, espí por sobre su hombro mirando como Alfredito parecía querer meterse en el baño de hombres. «¿Se acuerda, señora» dijo al fin el hombre «que yo le dije que también había tenido un hijo como el suyo?». Nora asintió con la cabeza, absorta. Yo también pero más apurado, como instándolo a terminar rápido. «Bueno», dijo el tipo «Acá está, mire lo que es ahora» y señaló hacia el costado. Ahí, a un metro escaso, respiraba aguadamente un adolescente obeso, que comía, bestial, una hamburguesa completa, chorreándosele la mayonesa por la comisura de unos labios obscenos y brillantes.

No era más alto que el padre, tenía los costados de la cabeza rapada y un mechón de pelo sucio, tipo mohicano, teñido de verde, que le salía aquí, en la parte de arriba. Un arito en una oreja, la piel grasosa, cubierta la nariz y la cara de granos purulentos. Llevaba puesta una remera blanca sin mangas abajo de un chaleco de cuero. En uno de los brazos tenía un tatuaje y la remera mostraba una inscripción que decía, usted perdone la crudeza de la expresión, *Fuck you, man*. La panza le salía por sobre el cinturón como un globo. El pantalón vaquero estaba lleno de tajos y desflecado. Tenía unas cejas que se le unían sobre la nariz, hirsutas, con unos pelos negros que sobresalían como alambres. Recuerdo que nos miró y a instancias del padre que esperaba algún gesto humano de su parte, hizo un movimiento brusco de la cabeza hacia atrás y hacia adelante, como un caballo, a título de saludo.

Con un gruñido también. Un pedazo de hamburguesa o cosa parecida, se le escapó de la boca entreabierta y voló por el aire. De inmediato, ya cumplido, siguió mirando hacia otro lado, rumiando como una vaca. Yo corrí detrás de Alfredito, que seguía intentando entrar en el baño, lo agarré del pelo —y vea que soy una persona sensible— le grité «¡Vení para acá, caramba!». Y usted me disculpará mi vocabulario, pero le pegué una patada en el culo.

Cuando volví, ya el hombre y su hijo se alejaban. Ellos esperaban otro vuelo. Me

acuerdo que iban discutiendo. O, al menos, el hombre gritaba y gesticulaba y el chico se encogía de hombros, sin dejar de comer. Nora estaba abismada. «Era una cosa mucho peor, Eduardo» recuerdo que me dijo. «Mucho peor». Después, ella también le gritó algo, muy enojada a nuestro Alfie, y nos fuimos para el embarque.

LA MESA DE LOS GALANES

Al Francés lo volvieron a ver en la vereda de enfrente de *El Cairo*, la tarde en que Ricardo le estaba contando al Zorro sobre el día aquel en que Moreyra corrió a los putos del baño con el trapo rejilla.

—Hace mucho que no aparecía ese naípe —interrumpió su relato Ricardo, estudiando la figura del Francés que estaba conversando animadamente con otro tipo, justo en la esquina del Banco Italiano—. Andaba desaparecido.

—Dejalo —se desinteresó el Zorro mientras se mordisqueaba una uña—. ¿Y, che? —apuró después, pegándole una palmadita a Ricardo en el brazo—. ¿Cómo fue lo del Negro con los trolos?

—No —insistió Ricardo—, Porque antes caía tupido por acá.

—Dejalo, boludo. No le hagas fiestas que por ahí se viene. Contame lo de los trolos.

—Venía siempre.

—Ya sé, gil. Si yo también venía. ¿O no venía yo?

—Claro, antes de que te fueras a Buenos Aires.

—¿Para qué lo querés? —murmuró despectivo el Zorro, y volvió a palmearlo a Ricardo en el brazo—. Contame la del Negro que ésa es mundial.

Estaban los dos sentados en la Mesa de los Galanes pero un poco antes de la hora habitual de la tertulia (las siete, las siete y media de la tarde) los dos dando la espalda a los baños, del mismo lado de la mesa, mirando hacia calle Sarmiento. Una muy buena ubicación para tener controlada la entrada de la ochava, aunque el Zorro quedaba medio tapado por la columna que estaba a su derecha. La columna donde se había colgado la foto enmarcada de la visita del Nano Serrat, foto tras la cual (hasta hacía algún tiempo) había estado oculto el Pequeño Larousse Ilustrado que trajera Malena después de la severa discusión armada una noche en derredor del significado de la palabra *frontispicio*.

—¿Vos no estabas, boludo? —retomó Ricardo—. ¿O ya te habías ido para esa época?

—Ya me había ido —siguió mordisqueándose una cutícula el Zorro.

—Uy, yo creí que ya la sabías. Te acordás que el baño era una convención de putos...

El Zorro se encogió de hombros, enarcando las cejas, en una muda afirmación de su conocimiento del tema.

—Había horas en que no se podía ir. Horas pico —recordó Ricardo—. En cualquier momento te manoteaban el ganso...

—O había tipos con los lienzos bajados hasta los tobillos. Con el culo al aire... ¡Para mear! ¡Oíme!

—Por eso mismo, por eso mismo... Y un día el Negro Moreyra se calentó, se ve que vino alguno a protestarle y el Negro se calentó y entro en el baño a los gritos: «¡Fuera degenerados, que vienen criaturas acá!». Y entró a darles chicotazos con el trapo rejilla...

—¡No me jodás! —se rió el Zorro.

—Meta chicotazos en el culo. Húmedo el trapo rejilla ¿viste?

—El Negro es un sueño. El Negro es maravilloso, es para llevárselo a la casa.

—¡La desbandada de los trolos! —Ricardo se sacudía de la risa. ¡Piraron todos para la calle!

Se rieron un rato más. Ricardo volvió a estudiar al Francés, que seguía en la vereda de enfrente hablando con un señor bastante más grande que él.

—¿Sigue hablando pelotudeces aquél? —reflexionó, en voz alta—. Siempre bien vestido. Buenas pilchas.

—¿Sigue en *playboy*, che? —preguntó el Zorro—, ¿sigue en lindo?

Ricardo frunció la nariz y tardó en contestar, cavilando.

—No sé... —dijo al fin—. Hace bastante que no lo veo. Andaba medio perdido, te digo. Antes lo solía ver más a menudo en lo del Pitu, en *Barcelona*. O siempre caía por aquí con alguna minita.

—Coge para la tribuna, hermano —El Zorro retomó el tono despectivo.

—Ah, eso sí. Coge para los muchachos.

—Siempre te traía alguna minita para mostrártela, para que la vieran ¿eh? ¿Es así o no es así? La vareaba. Te la mostraba.

—En una de ésas, hasta por ahí te la ofrecía...

—¡Sí, sí! — enfatizó el Zorro—. Te la presentaba y después te decía: «En una de ésas, en un tiempito, te la enganchás vos...»

—Te abría una puerta, generoso...

—Te enseñaba el *know how*... ¿eh? ¿eh? El *know how* te enseñaba...

—Pero, ojo... —reivindicó, Ricardo—. Que el hombre ha enganchado sus buenas lomas, eh, no nos olvidemos de eso. Te cuento que la ha puesto donde no la pusieron muchos...

—Puede ser, puede ser...

—Cuando se volteó a la Graciela, me acuerdo que el Turco le decía «Francés, vení que te beso la verga...» No.. Hay que reconocerle sus méritos al hombre...

—Para la tribuna, Ricardo...

—Es que tiene su pinta, Zorro, decí la verdad. El Francés tiene su pintita, es agradable —porque no es un burro— es agradable, tiene su auto...

—Ya está medio achacado, Ricardo ¿Cuántos años tendrá el Francés?

Ricardo miró al Francés, que ya se estaba despidiendo, a través de las ventanas que dan a Santa Fe, estudiándolo.

—Y... tendrá 45, 46...

—¡Más Ricardo! ¿O te creés que nosotros solos cumplimos años? El Francés debe estar casi por los 51, 52...

—No creo. Pero miralo... Está bien el hijo de puta. Además, siempre bronceado, no se le han volado demasiado las chapas... Yo te digo, es verdad que, de última, lo he visto poco, y las dos o tres veces que lo he visto en Barcelona, lo he visto solo, solari estaba, pero el hombre tiene su chapa. Y con las minas, gana, gana tupido. Porque no es mal tipo, porque es educado con ellas...

—No sabe hacer la «O» ni con el culo de un vaso.

—No es un pensador, de acuerdo... No es un Marcuse... pero...

—Y está al pedo, querido. Ha estado siempre al reverendísimo pedo —casi estalló el Zorro—. Y eso es fundamental. Para las minas tenés que tener tiempo, hermano. Podés tener un coche, un depto, una lancha, una casa en la isla, pero si no tenés tiempo cagaste, hermano.

—Eso es verdad.

—Y este tipo no ha laburado en su puta vida.

—Creo que manejaba una fábrica del padre, algo así.

—Pero de taquito la manejaba, Ricardo. Nunca hizo un sorete, hermano. Se la pasaba en el Augustus tomando copetines. Lo he visto yo.

—Ahora trabaja. Ahora alguien me dijo que, desde que se le murió el viejo, se ha tenido que poner más en serio.

—Será una exigencia del Fondo Monetario Internacional, Ricardo —se rió el Zorro—. Le dijeron al Presi, «Les abrimos las líneas de crédito si labura el Francés». Eso habrá sido. Hay que tener tiempo para dedicarse *full time* a las minas, Ricardito ¿O no? ¿O no?

—Vos de envidia.

El Zorro frunció la frente, honesto.

—Puede ser, puede ser. Se ha cogido algunas minas que hacían mucho ruido, lo reconozco.

—La Flaca Viviana ¿te acordás? Ésa que era modelo de Canal 3...

Ricardo miró para afuera.

—Ahí viene —anunció. El Francés cruzaba la calle entrecerrando los ojos, escrutando si adentro del boliche los muchachos estaban en la mesa de siempre.

—Miralo —dijo el Zorro—. No ve un carajo ¿No te digo? Está achacado. Dentro de dos meses lo vemos con un bastón blanco. No va a poder cruzar solo —y se puso de pie—. Me voy.

—Vos de envidia, Zorro ¿Te vas? Quédate boludo.

—No, no me lo banco. Que te cuente a vos a qué mina se cogió esta semana. Yo me voy.

Sin embargo, el Francés ya entraba por la puerta de la esquina y se dirigía directamente hacia la mesa, radiante, sonriente, con un traje liviano clarito, camisa a rayitas y corbata al tono. El Zorro no pudo menos que esperarlo, cambiar un par de saludos de rigor, decirle que lo encontraba muy bien, preguntarle si había hecho un pacto con el Diablo y luego irse por la puerta que da a Santa Fe.

—Te dejo la silla —le dijo de última, como justificando su huída, aunque había más de cinco sillas libres. El Francés se sentó frente a Ricardo, no sin antes, prolijo, levantarse levemente los pantalones sobre los muslos, cosa de no arrugarlos demasiado. También hubo otro intercambio mínimo de salutación y un recorrido rápido de la vista del Francés por el recinto, como para comprobar que todo seguía igual pese a su ausencia. Estaba sentado casi en la punta de su silla, la silla un tanto alejada de la mesa, acodado en el nerolite y sin soltar de su mano izquierda un par de carpetas y una agenda. Recién cuando le informó a Ricardo, «Mirá, quería hacerte una pregunta», acercó la silla y se acomodó bien de frente a él, como para quedarse. En ese mismo momento, y al igual que en las comedias livianas del teatro de entretenimiento —casi simultáneamente con la salida del Zorro por Santa Fe—, entraba el Pitufito por la puerta de la esquina. El Pitufito venía con ganas de joder y se sentó en la silla en que había estado el Zorro. Se alegró de ver al Francés pero era notorio que su intención era hincharle las bolas.

—¿Qué haces, Francés? —le dijo—. ¿Es cierto que te hiciste puto?

El Francés se rió.

—Algo de eso hay, Pitu —afirmó con la cabeza, siguiéndole el juego.

—Que te habías hecho trolo... —continuó el Pitu lentificando el ritmo de sus palabras, irónicamente serio—... que ya no se te paraba... no sé... Bah, son cosas que dicen los muchachos...

—Y... —explicó el Francés, más previsible, de buen grado pero con menos manejo del humor—. Hay que probar de todo en la vida.

—Que andabas de novio con un muchacho.

—Estoy buscando nuevas experiencias, ¿viste?

—Que te habían visto tirándole la goma a un tipo en el Parque Urquiza...

El Francés se rió y, volviendo a Ricardo, dio por terminado el momento de la joda.

—Oíme Ricardo —dijo—. ¿Vos no sabes quién es el fotógrafo de la revista de Cablemundo?

Ricardo sacó la mandíbula inferior hacia adelante, en signo de ignorancia.

—¿De Cablemundo?

—Sí.

—Ni idea. No. No sé... ¿Qué? ¿Tiene una revista Cablemundo?

—Sí. Tiene una de esas revistas de la farándula —asesoró el Francés—. Que saca

un montón de pelotudeces. Fotos de la noche rosarina, los boliches, esas cosas...

—Sí —corroboró el Pitufó—. A mi boliche vinieron. A sacar fotos.

—De esas fotos que ponen —siguió el Francés—. «Menganito, Fulanito y Perenganito en la Taberna del Parque» por ejemplo.

—Ah —se enteró Ricardo—. Pero no sé quién es el fotógrafo, Francés. Deberías preguntarle a Carrión.

—¿A qué Carrión? ¿El Negro, el fotógrafo?

—Sí. Él debe saber. Acá se conocen todos.

—¿No sabés dónde lo puedo conseguir a Carrión? —el Francés aparecía ahora inopinadamente serio.

—¿Para qué querés un fotógrafo de esa revista, Francés? —el Pitufó se estiró hacia adelante en la mesa y quedó casi con el mentón sobre el nerolite—. A vos te convendría salir ahí, en una de éstas. Para hacerte un poco de promoción. Dicen los muchachos que en los últimos tiempos no cazas una mina ni de casualidad.

—Sí. Seguro —contestó el Francés, serio, sin dar a entender si continuaba con la broma, aprobaba o la rechazaba de plano—, ¿Carrión viene por acá?

—Suele venir. Suele venir —dijo Ricardo—. Pero no viene siempre, no te puedo asegurar.

El Francés buscó en un bolsillo interior del saco, sacó una billetera, de la billetera tomó una tarjeta y se la dio a Ricardo.

—Mirá, te dejo mi tarjeta. Ahí está mi fono. Si lo ves a Carrión decile por favor que me llame. El debe saber quién es el fotógrafo de la revista— Ricardo asintió con la cabeza—. Que me llame urgente.

Ricardo y el Pitufó miraron al Francés.

—¿Es algo jodido? —se atrevió Ricardo.

—No. No —vaciló el Francés—. Un laburo que necesito darle.

—¿Para qué querés un fotógrafo, Francés? — retomó su tono zumbón el Pitu—. ¿Para sacarte una foto porno? ¿O te agarraron en un renuncio fulero? Decime... ¿Te agarraron sentándote en el pelado? Decime... ¿Te plancharon la escarapela?

—Hablando de fotos porno —se sonrió el Francés, como aprovechando lo dicho por el Pitu para cambiar el rumbo de la charla—. El otro día, me voy con una mina al mueble...

El Pitufó se revolvió en su asiento y pareció acercar aun más su cara hacia el Francés.

—Contá, contá —alentó—. Contá que me encantan esas cosas ¿Quién era la mina?

—Una mina —el Francés espantó una imaginaria mosca con su mano izquierda, amparándose en una discreción quizás real—. Me voy con una mina al mueble...

—Tenés que contarnos esas cosas —lo reprendió, también irónico, Ricardo—.

Acá los muchachos vivimos de tus hazañas. A nosotros las minas ya no nos dan más bola. Nosotros ya fuimos, Francés.

—Una mina a la que reencontré después de como diez años —siguió el Francés—. O sea que era como si fuera una mina nueva ¿Viste? Habíamos tenido nuestros tiroteos en otro tiempo, pero hacía mucho. Entonces, íbamos en auto para el mueble, pero en un plan muy ¿cómo decirte? muy civilizado. Pura charla, pura conversación...

—Nada de manoteos —aportó Ricardo.

—Ningún chupón en los semáforos —completó el Pitu.

—Nada. Nada. Como si fuéramos a hacer un trámite judicial, a pedir un crédito a un banco. Una cosa así. Hasta te diría que uno está como tímido en esos trances. Bueno. Digamos que hasta que llegamos al mueble yo no le había tocado un pelo a la mina ni ella a mí. Había una especie de respeto mutuo, digamos. Una cosa elegante. Cuando ya vamos a entrar a la pieza, viene el punto ése que te cobra la habitación, le pago y yo no me doy cuenta pero el tipo, antes de irse, enciende el aparato de televisión...

—De esos telos con video.

—De éstos. Bueno... —el Francés se apretó los ojos con la punta de los dedos como queriendo hundirse las órbitas dentro del cráneo. —Mirá... Cuando entramos, en la televisión una mina se estaba chupando una poronga... —el Francés observó la superficie de la mesa, miró las sillas, con el ceño fruncido, como buscando algo—. Mirá no te miento —midió con las manos abiertas el ancho de la mesa—. Más o menos de este tamaño. De este tamaño, te juro. Unos 50 centímetros, no te miento...

—Ehhh... —se asombró Ricardo—. No puede ser ¿No sería una porno de Spielberg? Eso no es posible. Esos son efectos especiales.

—Son trucos. Ahora se hace cualquier cosa con la fibra de vidrio —dijo el Pitufito.

—Una cosa increíble —el Francés se comenzó a reír—. ¡Te imaginás, yo! Y la mina. Después de tanta consideración del uno hacia el otro, de tanto respeto... Entrás y te encontrás con una cosa así...

—Además —opinó Ricardo—. Las comparaciones. Ahí cagaste. Porque después, cuando uno se baja los lienzos ahí la mina empieza a comparar y vos perdés como en la guerra.

—Se te cagan de risa en la cara —se rió el Pitufito.

—Llaman por teléfono al conserje para pedir al de la película —siguió Ricardo.

—Pero te digo —adoptó un tono suficiente el Francés— que, al final, es mejor. Porque las minas se hacen las que se escandalizan pero esas películas las vuelven locas...

—Che —presionó el Pitufito—. Contá ¿quién era la mina?

—Vos no la conocés —dijo el Francés, guiñándole un ojo a Ricardo—, ¿te vas a

acordar, Ricardo, de decirle eso a Carrión?

—Le digo, le digo.

—Es importante ¿sabés? —El Francés tomó sus carpetas y la agenda como para levantarse. Lo detuvo nuevamente la requisitoria del Pitufu.

—Para, Francés. Ahora en serio, fuera de joda — el Pitu había adoptado un rostro de severidad, aunque Ricardo detectó que su afán de acicatearlo al Francés continuaba intacto—. Lo que yo te decía antes, eso de que se comentaba de que te habías vuelto marica y todo eso, era en joda.

—No me había dado cuenta —mintió el Francés mirándolo con atención.

—Pero ahora de veras. No te veo más con minas, pelotudo ¿Qué pasa? ¿Te retiraste de la actividad? ¿Tenés más trabajo? ¿Las minas están muy cagadas con el asunto del Sida? ¿Qué pasa?

Una sombra de molestia atravesó la cara del Francés.

—Me muestro menos, Pitufu. Eso es todo.

—Fuera de joda, Francés. Vos sabés que acá en Rosario todo trasciende. Y me dijeron que se te ve mucho solo. Que te patearon un par de minas...

—¿Quién me pateó? —se enojó el Francés.

—Me dijeron que la Marisa. Que después la Negra Fraquea te paró la chata... — esto último lo dijo el Pitufu en un hilo de voz, como con temor a decirlo.

—Se habla mucho al pedo, Pitufu.

—Vos perdóname si te lo pregunto. Pero es un poco el comentario de los muchachos, de la noche — agregó compungido el Pitufu. Ricardo lo miraba con los labios apretados, seguro de que el Pitufu estaba disfrutando intensamente el momento.

—Se habla mucho al pedo —repitió el Francés, como si no tuviera demasiados argumentos—. Lo de Marisa ya te lo voy a contar bien algún día, cuando tenga más tiempo. En cuanto a lo de la Negra Fraquea...

—Yo pensaba que tal vez, cuando se llega a cierta edad...

El Francés bufó y se revolvió en el asiento, nervioso. Se hizo un momento de silencio y pareció que la cosa iba a quedar así. Pero el Francés se inclinó hacia adelante, entrecerró los ojos y clavó la mirada en el Pitufu.

—¿Querés que te cuente por qué ando buscando a este fotógrafo? —le dijo adoptando un tono de voz confidencial.

—Contame. Contame.

Ricardo también se aprestó a escuchar.

—Porque me escrachó con una mina con la que yo no tenía que ser visto. Por eso lo ando buscando. Y eso fue antes de anoche.

—¿Cómo te escrachó?

—Yo estaba en un boliche. Un boliche medio de trampa que está allá por Alem al

fondo. Tomando un trago con una mina. Y no me di cuenta de que al lado mío, adelante, habían otra mina con algunas pendejas y algunos pendejos, muy chetos todos. Y era temprano, serían las once de la noche, las doce. Y en eso veo un relampagueo, un flashazo, de una foto. Primero no le di pelota pero después, calculando, me di cuenta de que desde el lugar donde estaba parado el fotógrafo la mesa mía también había salido. Y que yo y la mina estábamos ahí en la foto, seguro. Seguro. En un segundo plano, pero estábamos. Cuando me di cuenta salí a buscar al fotógrafo pero ya se había ido. Le pregunté al pibe dueño del boliche y me dijo que era un fotógrafo de la revista de Cablemundo. Hablé a Cablemundo y no supieron decirme. Empecé a buscarlo por todos lados...

—Pero Francés —titubeó el Pitufu—. ¿Y a vos qué te calienta salir en una foto? ¿Estás casado, vos?

—No, boludo. Pero la mina sí.

—Ah. El problema es la mina.

—No solo la mina, Ricardo —se puso grave, el Francés—. El marido de la mina. El marido de la mina. Es un pesado de aquellos. Estaba mezclado en el sindicalismo. Imaginate que salga la foto publicada en la revista. Que aparezca la foto con «Fulanito y el Pendorcho García en el boliche tal, con Susanita y Menganita». Y atrás, en la penumbra, esta mina y yo de bruto atraque tomando una copa. Este tipo me caga a balazos.

—Es jodida la mano —acordó Ricardo.

—Aparte —retomó cierto aire ufano el Francés—. Ese tipo me la tiene jurada porque yo ya un par de veces le afané alguna novia. Ya me dijo que me iba a matar. Y a esta mina de ahora, que es su esposa legal, la marca bien de cerca porque es una potra de novela.

—Ah...Es así la cosa —musitó el Pitufu, algo apabullado. Se hizo un silencio. El Francés se puso de pie.

—Si viene el Negro Carrión —advirtió, por última vez—. Decile que me busque, que necesito saber quién es ese fotógrafo. Que le compro la foto. El negativo le compro. Pero, oíme... que no comente mucho el asunto —la advertencia destinada al Negro Carrión iba, implícitamente, para el Pitufu y Ricardo.

El Francés se fue. Dos minutos después, como repitiendo el fácil recurso de las comedias de enredos, apareció Carrión con su pesado bolso del equipo fotográfico a cuestas. Pitufu no pudo menos que reírse.

—Esto parece esas obras de títeres —apuntó— donde aparece un policía y le pregunta a los chicos «¿Hacia dónde fue el ladrón, chicos?»

—Y todos gritan «¡Para allá! ¡Para allá!» —completó Ricardo, mientras Carrión se sentaba.

—Entonces el policía se va por un costadito del teatro —siguió el Pitufu,

conocedor— y por el otro, enseguida, entra el ladrón...

—¿Qué pasa, che? — preguntó Carrión, divertido.

Pitufo y Ricardo le contaron. Un poco a borbotones, un poco desordenadamente, pero lo impusieron del problema.

—Soy yo el fotógrafo de Cablemundo —subrayó Carrión finalmente.

—¿Sos vos? —El Pitufo se tiró hacia atrás en su silla, a las carcajadas.

—Entonces... ¿Tenés la foto? —Ricardo no podía con su ansiedad.

—Si se la saqué, debo tenerla —Carrión levantó el bolso que habían dejado en el suelo y lo puso en una silla libre al lado suyo—. Pero yo no me acuerdo de este tipo, el Francés.

—Uno alto, boludo —lo retó el Pitufo—. Medio rubio, siempre bien vestido, que venía hace mucho.

Carrión lo miró desconcertado.

—No me acuerdo —dijo después. Y sacó un sobre de papel manila del bolso—. Acá tengo las fotos.

—Mostrámelas que nosotros te decimos quién es —apuró Ricardo.

—Pásalas, pásalas —el Pitufo, excitadísimo, prácticamente saltaba sobre su asiento. Fueron pasando las fotos de mano en mano, ansiosamente. Carrión, de tanto en tanto, les deslizaba el nombre del lugar en el que habían sido tomadas.

—Hay boliches donde suele estar muy oscuro — advirtió—. Y a veces el flash no alcanza para las mesas de más atrás. Por ahí este tipo piensa que yo lo escraché y no salió absolutamente nada.

Las fotos eran una cantidad considerable y tardaron bastante en pasarlas. Restaban solo dos o tres y, ante las puteadas del Pitufo, el Francés no aparecía en ninguna.

—¡Aquí está! —estallaron Ricardo y el Pitufo, de pronto y al unísono—. ¡Aquí está el hijo de puta, aquí está!

Carrión torció su cuerpo como una víbora sobre la mesa, para ver la foto.

—Ah sí. Eso era en *La Bordalesa* —detalló, profesional—. A ver, déjame verlo al punto. A ver si lo conozco.

Pitufo le mostró la foto. Mostraba, efectivamente, un grupo juvenil, tomado de cerca, lleno de sonrisas y pelos largos. Atrás, sobre la derecha de la foto y no suficientemente cubiertos por los protagonistas del enfoque, se veía al Francés nítido, de perfil y a una mujer que había mirado frontalmente a la cámara en el momento de la toma.

—Ah sí —pareció reprocharse a sí mismo, Carrión—. Más bien que lo conozco a este tipo. Un flaco que venía acá.

—Pero la mina, boludo —urgió Ricardo—. Trae para ver quién es la mina —y le arrebató la foto. La colocó frente a él sobre la mesa y el Pitufo se le montó

prácticamente en un hombro. La expectativa duró siete segundos. Luego el Pitufu abrió grande los ojos, se puso de pie y gritó, señalando hacia abajo: «¡Esa es la gorda Recupero, Ricardo! ¡Ésa es la Gorda Recupero!»

—¡No! —gritó Ricardo, estupefacto pero ya al borde de la carcajada.

—¡Es la gorda Recupero, boludo, la gorda! —al Pitufu le dio un ataque de algo. Saltaba, giraba como un trompo y se reía al mismo tiempo, con la voz transfigurada por la emoción.

—¡La gorda Recupero! —confirmó Ricardo, empezando también a reírse ante la mirada entre atenta y divertida de los escasos parroquianos de las otras mesas—. ¡Loco, esto no se puede creer! ¡Claro, es la gorda, está un poco distinta con el pelo corto pero es la gorda!

—¿Quién es la gorda? —Carrión contemplaba la escena con algún desconcierto. Pitufu se había vuelto a sentar pero no cesaba de rascarse la cabeza y acomodarse el pelo, como cuando estaba muy nervioso. Se tiró hacia adelante sobre la mesa, hacia Carrión.

—Es una gorda espantosa, Negro —lo asesoró—. Una gorda que no vale un carajo.

—¡Fea! —puntualizó Ricardo, ensañado—. Y mal bicho. Caía siempre cuando yo tenía la peña y a veces enganchaba a algún borracho, de última.

—De bigotes, Negro —continuaba, encarnizado, el Pitufu—. Te juro que tiene unos bigotitos, acá, sobre el labio. Peluda.

—Así —gráfico Ricardo, extendiendo su mano derecha, aproximadamente a un metro con cuarenta centímetros del piso—. Una enana...

—¿Y cómo se enganchó este tipo con esta mina? —preguntó, con criterio, Carrión.

—Estaría en pedo —dijo Ricardo.

—¿Que va a estar en pedo Ricardo? —se soliviantó, airado, el Pitufu—. Miralo, no parece en pedo. Además, él mismo dijo que era temprano, que no eran las doce de la noche...

—Es increíble —meneó la cabeza Ricardo mirando la foto. Flotó un silencio absorto.

—Por eso quería recuperar el negativo Ricardo —el Pitufu, más calmo, reconstruía ahora el suceso casi recostado sobre la mesa—. Era todo un verso eso de la mina casada y del esposo que lo quería matar.

—Todo verso. Todo verso. Lo que no quería era que le diéramos la cana o que alguien le diera la cana con ese bagre.

—¿Te imaginás si esto... —Pitufu elevó la foto como una hostia consagrada— sale publicado en esa revista? A la mierda con la fama de cogedor del Francés. Yo no pensaba que era tan macaneador este hijo de puta.

—Lo que pasa es que vos lo pinchaste, Pitu. Vos lo pinchaste...

—Con la gorda Recupero... —seguía repitiendo Pitufu, sin poder admitirlo.

—¿Y qué vas a hacer, Negro? —preguntó Ricardo a Carrión, que estaba guardando las fotos—. ¿Vas a publicarla?

—Nooo. Por supuesto que no. Total, tengo un montón. No lo vamos a cagar al hombre justamente con ésta.

—Claro, sería una maldad. Sería destruir la imagen del *playboy*, el ídolo de la mesa.

—No —aprobó el Pitufu—. Rompela. Sería una guachada publicarle ésa.

Carrión se levantó, echándose el bolso al hombro. Ricardo le alcanzó la tarjeta del Francés.

—Pero llámalo, Negro —le advirtió—. Decile que yo te di la tarjeta.

—Y no le digas que nosotros vimos las fotos —rogó el Pitufu—. Por favor no le digas.

—No. Ni loco —prometió Carrión. Y era un tipo confiable.

Ricardo y el Pitufu se quedaron en silencio. De cuando en cuando Ricardo meneaba la cabeza, se mordía los labios. Al Pitufu, cada tanto, se le dibujaba una sonrisa.

—¡Qué decadencia, Ricardo! ¡Qué fulero, pobre Francés!

—¿Será así nomás, che? ¿También nosotros caeremos tan bajo?

—A mí ya me habían dicho algo, te juro. Que venía medio herido el hombre...

—Sí, pero hay que estar muy necesitado para engancharse la gorda esa.

—Un ídolo con pies de barro, Ricardo.

—No lo comentes en el boliche, hijo de puta.

—No, Ricardo. Vos sabés que yo, en esas cosas, soy muy discreto.

—Esperá que se lo cuente al Zorro ¡Uy cómo se va a poner el Zorro!

—¡A Pedrito, boludo, a Pedrito se lo tenemos que decir!

UN HÉROE OLVIDADO: CADETE LUCIO ALCIDES ALZAMENDI

El 7 de agosto de 1814 se realiza, por fin, el secreto encuentro entre el coronel Eladio Conesa y el general Gervasio Arredondo.

Absolutamente nada trasciende de lo que allí se habla. Tan secreto es el carácter de la reunión que el mismo Arredondo abandona la Posta de Macachines sin tener la más mínima idea de lo que se ha conversado. Así y todo, regresa a Salar del Grueso (donde se asienta su ejército) y despacha a su mejor chasque, Atanasio Leanes, hacia el Buenos Aires. Urgente, a revientacaballos. Y en efecto, a pocos metros del punto de partida, el noble animal de Leanes estalla, dando muerte a su jinete. Nunca se sabrá si el hecho obedece a un atentado o a una simple fermentación de las pasturas.

Pero así comienza una serie de situaciones fortuitas que decidirá extrañamente el futuro de un novel militar (de solo 16 años) que aguardaba para esa misma época directivas precisas del gobierno central en los poco propicios llanos de Mentoliptus, 44 leguas más abajo de la ciudad de Tartagal.

El joven militar se llama Lucio Alcides Alzamendi, es nacido en Las Monjitas (miserio villorrio del partido de Los Postizos) y su nombre crece en las conversaciones de los casinos de oficiales y los mentideros políticos hasta convertirse casi en una leyenda. Ha tomado en el norte un ejército vencido y desmoralizado de manos del coronel Hilarión Montoya, tras las derrotas de Caseríos, Talar del Tala y Mirador del Cuís.

Buenos Aires le ha confiado tal fuerza al por entonces cadete Lucio Alzamendi, porque nadie quiso empuñar esa brasa ardiente. Miguel de Torrecillas ha aducido tener que trasladarse a Oruro, en viaje de negocios. El capitán Timoteo Arana antepone sus estudios de guitarra para eludir el compromiso y hasta el coronel Emiliano Cepeda se excusa de hacerse cargo del castigado ejército argumentando estar comprometido ya con un batallón de mulatos portugueses en el sur del Brasil.

Lucio Alzamendi, quizás con el fervor de la juventud, tal vez con el arrebatado de su inexperiencia, se hace cargo de aquellos tres deshilachados regimientos y logra el milagro. El 14 de mayo de 1813 derrota a los españoles en Melones del Tajo, repite la victoria en La Escondida y alcanza una asombrosa paridad en Palomitas, enfrentando ni más ni menos que al 7° Regimiento Dragones del general Alfonso Salmerón de Lafarruca.

*Ay cielo, cielito, cielo,
cielo de las Palomitas
donde triunfara Alzamendi
con Pancho y Mariano Pita.*

Si bien el cielito de Serapio Cejas rescata para la posteridad los nombres de Francisco *Pancho* Corvalán y Mariano Pita (segundos de Alzamendi), el combate de Palomitas, sostenido en increíble inferioridad de condiciones (670 criollos contra 7000 realistas) imprime en la historia otro nombre que se irá consolidando junto al de su jefe adolescente: el sargento Nazareno Argota, que enlaza seis piezas de artillería españolas, provocando el aplauso de los mismos enemigos.

«Pienso —escribe a pocos días de ese triunfo el general Desiderio Novoa a Domingo Matheu— que no debemos apurar la carrera de este muchacho. Es casi un niño, pero está forjado con el bronce de los grandes. Hace mucho, pero mucho tiempo, mi querido Domingo, que no sale de nuestros colegios militares una promesa como la que configura ahora el capitán Lucio Alcides Alzamendi».

Pero Matheu confronta esa opinión con otra, mucho más apasionada, la del fogoso Cornelio Balcarce, a la sazón periodista de *La Volanta* de Buenos Aires. Balcarce exige prácticamente con el respaldo que le confiere su emporio de la noticia, que Lucio Alzamendi sea puesto al frente del Ejército de los Andes, unidad militar que se dispone, por entonces, a cruzar el macizo andino. Avala su pedido el bajo rendimiento de las tropas que se preparan en Cuyo. Un mes antes han practicado el trascendental cruce en las cercanías de Tandil. Han tardado más de 26 días en llegar desde Abra de la Ventana hasta Roca Vieja y 48 soldados se han perdido en las inmediaciones de El Zapato.

Matheu duda y dilata el momento de la decisión. Balcarce se enfurece, como así también Emilio Andrade (primo de Olegario Víctor Andrade, el inspirado poeta) quien ha escuchado hablar de Alzamendi en los escaños del Tercer Triunvirato e incluso en la Segunda Casa de Tucumán, que ha alcanzado nivel internacional.

Sin embargo, el 23 de marzo de 1813 las tropas de Alzamendi, desplegadas en los llanos de Cerrillos, enfrentan y baten por completo al invicto Regimiento de Cazadores del general español Luis Alcalá de la Cornaleta. Como prueba de la victoria el joven estratega envía al Buenos Aires una calesa transportando el trofeo de guerra: la bandera del regimiento derrotado donde se lee, bordado en hilos de tragacanto: «Por las buenas, siempre. Por las malas, nunca. Viva Almería. Sardana o muerte».

La calesa no llegará jamás a la capital. Un terremoto la sorprende en San Luis y confunde su rumbo, lo que la lleva a terminar su accidentado viaje en Brocal del Inca, Perú. Sin embargo, la noticia de la sorpresiva victoria ha corrido como un reguero de pólvora. Más que nada de boca en boca de los troveros criollos, nuevamente a partir de un cielito de Serapio Cejas.

*Ay cielo, cielito, cielo
cielo de los cerrilleros*

*Alzamendi dijo basta
a los fieros extranjeros.*

El tema prende rápido en la juventud. Lo cantan los escolares en los colegios de La Rioja y San Luis. Pronto lo harán en Misiones y Santa Fe. Y llegará luego al Buenos Aires. El cardenal Primado Monseñor Gregorio Etcheguren, obispo de Ciudadela, lo escucha cantar a los concurrentes de las riñas de gallos en lo de Cresencio Zapata. Lo comenta con Matheu.

Matheu duda. Se siente presionado. Su propio hijo Merceditos canturrea la simple melodía en el patio de su casa, pletórico de naranjos. Llama entonces urgente al general Juan Cruz Cangallo para que baje a la Capital. Cangallo está en Jujuy, algo retirado de la guerra, atendiendo un saladero de carne minorista. Pero deja todo ante el pedido de su superior y amigo y vuela a Buenos Aires. Cuatro meses después está allí.

Su consejo sin embargo, sigue siendo el mismo. «No nos apresuremos con Alzamendi. Es un militar con un futuro enorme. Podría el día de mañana conducir un ejército en Europa o ¿por qué no? en la misma Rusia de los Zares, cuna de grandes estrategas. Pero hoy, es apenas un adolescente. Podríamos equivocarnos. Podría tratarse solo de un deslumbramiento, o de una racha favorable... ¿Cuántas veces nos ha ocurrido, con anterioridad?».

Matheu consulta con Valentín Obligado, con Goyo Fotheringham, con Sandalio Peña. Lo que sostiene Cangallo es cierto. Les ha sucedido con el coronel Ignacio de Corredera, con el alférez Torcuato Fisherton, con el mismo Carmen René Quintana quien, tras la batalla de Las Chistosas, se perfilara como el héroe esperado, para defeccionar estrepitosamente en Corrales de los Chiqueros (Tucumán) perdiendo lastimosamente el Quinto Regimiento de Blandengues de Lomas de Zamora en una escaramuza contra una patrulla de Exploradores Gaditanos. O con el cadete Eleuterio Barragán quien, luego de tres notables victorias en el noroeste del país, decidió abandonar la carrera militar para dedicarse por entero al juego del pato, con esa inconstancia propia de los adolescentes. Peor fue lo del capitán Gaspar Nicasio Del Viso —le recuerda Cangallo— quien perdiera dos brillantes brigadas de Coraceros Sanjuaninos en un monte de espinillos, ni siquiera en batalla. Los extravió en aquel vivac y nunca más volvió a dar con ellos.

Matheu duda. No sabe, no intuye o no quiere darse cuenta de que ya la envidia ha comenzado a circular en algunos estratos militares. El mismo Cangallo no es ajeno a ella. Se siente relegado, sufriendo una postergación injusta a manos de un mozalbete que aún no sabe ajustarse los correajes por sí solo. Él, Cangallo, o quizás su gran amigo y consejero, el capitán de artilleros Marcelo Muñoz, podrían hacerse cargo del Ejército de los Andes.

Muñoz, un esteta de la guerra, se ha anotado poco tiempo atrás (a comienzos de 1812) un punto importante en su carrera por la notoriedad: ha diseñado el nuevo tipo de morrión para que luzca el Regimiento de Húsares de Monte Caseros. En lugar del viejo y deslucido penacho de plumas de codorniz pampeana, gracias a su impronta creativa, los vencedores de Toco Mocho habrán de lucir ahora un desafiante manojito de plumas de avestruz colorado (de allí en más este cuerpo de ejército sería denominado con justicia *Los Zancudos de Urbini*).

Matheu vacila. Pero luego, tajante, manda una carta a don Amílcar Di Fulvio, procurador de Cajamarca. «Confirme al brillante hombre de armas don Lucio Alzamendi, en el cargo del Ejército del Norte. Invístalo del rango de Coronel con provisión de casa y pitanza. Y que el Señor, con su Infinita Bondad, alumbre a vuestra Merced en este difícil encargo».

La respuesta de Di Fulvio no se hace esperar. Seis meses después llega una carta rajante al despacho de Bernardino Rivadavia. Con sorprendente lucidez, Di Fulvio dice: «Nuestra patria necesita de héroes. Es corto el camino que hemos desandado desde nuestro grito de independencia y aún no contamos con prócer alguno. Países hermanos y limítrofes, con menos merecimientos y honores, ya cuentan en su acervo con apellidos señeros a quienes reverenciar y halagar. Lucio Alzamendi es, en mi humilde saber, el único argentino que se halla en condiciones de aspirar a tan gallardo título. Permítale usted demostrarlo en los grandes eventos y no solo en estas regiones periféricas que, vale Dios si lo sabré yo, lejanas están de la promoción y de la fama».

Matheu duda. Pero hay rumores inquietantes que llegan de la frontera con Perú. El general español Francisco Jovellar Prim está reagrupando sus fuerzas y se dispone a caer sobre Aguaray, Tartagal y la misma Salta, si el tiempo se lo permite. Envía por lo tanto una carta virulenta a Di Fulvio.

Ocho meses después, al recibirla, el procurador de Cajamarca lee: «Una gran batalla está por darse en sus dominios. Allí tendrá oportunidad el bravío Lucio Alcides Alzamendi de refrendar todo lo que de él ha sido dicho. Si supera esta prueba será, sin duda, serio candidato para ocupar la jefatura del Ejército de los Andes».

Las tropas que se preparan en Mendoza mientras, continúan preocupando al Gobierno de Buenos Aires. En marzo del 1814 han intensificado su preparación en las sierras de Córdoba, extraviándose dos batallones de negros en el laberinto de Los Cocos.

En Pampa de los Palotes, en agosto del mismo año, Lucio Alzamendi dispone sus hombres. Ha reunido lo mejor que pudo encontrar. Con él está el capitán Clemencio Casabastianes con sus Lanceros del Chaco. Está el teniente Horacio Aguarán Bermúdez con sus Húsares de Pomona. Está Felicio Ascasubi. Los Infernales del Monte. Están Los Chilaqueros, Las Voces de Orán, Ismael Ávila y su Chamaquita Cantora, Los Silbadores del Cerro. Y está también Serapio Cejas, el trovador que ha

cantado puntualmente los cielitos que cuentan de sus victorias.

El enemigo se reúne (como siempre antes de cada batalla) en la pulpería del Chino en Simoca, solar semiárido, arcilloso, de vegetación achaparrada y más bien seco que desalienta el monocultivo. Son cuatro batallones muy bien montados y con toda la experiencia del mundo. Francisco Jovellar Prim tiene sed de revancha. Viene de una serie de contrastes y de una gripe.

Pero el joven Alzamendi diseña su estrategia en compañía de sus laderos históricos. Aquellos mismos bravos que estuvieron con él en El Paspado, Pirquitas, Parpar del Pato, Aljiberío, Indio Zonzo, Utensilios Altos, Caldén, Melón del Pocho y Aguas Menores. Hombres de mil batallas que lucen sus pechos cubiertos de medallas. Está como siempre el sargento Argota, quien ha rechazado un ascenso a teniente coronel argumentando que no desea marearse con los efluvios del poder. Está el correntino Itsaco Madreselva, quien en la batalla de Los Jijenes fuera ternado (junto con Abdón Paredes y Parmeneón Costilla) a la condecoración *Carancho de Plata al Valor en Combate*, medalla que finalmente tuviera como destino el pecho de Costilla, debiéndose conformar el correntino con la mención de *Soldado Simpatía*.

Y está también el trovador Serapio Cejas. Este entrelaza una particular relación con Alzamendi. Lo apoya y aconseja desde su visión de trovero solitario. «En la última victoria de Campichuelo —le recuerda— usted le permitió a sus hombres repartirse el botín de la victoria, todo aquello que pudieran encontrar en los caseríos de Los Borrachos y Cachimba Grande. Pero sus hombres eran muchos, tenía usted en su regimiento más de 1200 valientes. Por lo tanto, lo que pudo retener cada uno luego de la repartija, fue muy poco. Debería pensar en cuerpos menos numerosos. Batallones con menos hombres. De esa forma no solo tendrían mucho más para repartirse luego de las victorias, sino que sería más fácil su traslado».

Alzamendi lo piensa. Rememora que no hace mucho, un año atrás, su ejército recibió una propuesta de trasladarse a Clorinda, en Paraguay, para aplastar una sedición de los indios maticos. Y Alzamendi debió rechazarla pues el intendente de Asunción se negó a pagar las costas del traslado de aquellos 4000 valientes.

«Mire a Güemes», le recomienda el trovero. Y es allí donde Alzamendi se equivoca. Es allí cuando da el mal paso. Piensa quizás en las posibles riquezas que puede hallar en Las Braguitas, en Posadas, en Foz de Iguazú, si bate a los realistas de Francisco Jovellar Prim. Y licencia a la mitad de su ejército antes de la batalla. Nadie se sorprende. Son tropas que vienen con el cansancio de una larga campaña. Y nadie por otra parte imagina a un Alzamendi perdidoso.

La batalla de Las Cabritas tiene lugar el 14 de octubre de 1815 y dura cuatro días. Alzamendi obtiene una completa victoria pero a un costo estremecedor: pierde 1786 hombres, casi la totalidad de su tropa. Entre ellos sucumbe, nada menos, Nazareno Argota, el sargento que lo acompañara desde el inicio de sus aventuras militares.

Alzamendi, superando el dolor que le causa la pérdida, envía urgentemente hacia Salta al trovador Cejas. Debe avisar a los salteños que la ciudad está salvada. El peligro de la ocupación goda ha desaparecido.

El español Jovellar Prim ha visto morir prácticamente a todo su ejército. El resto, una minúscula caterva de desesperados, se desbanda por las serranías de Calcañar y Moco del Pavo.

Alzamendi sabe, tiene la certeza, íntimamente de que esa victoria lo hará trascender ya, más allá de la mera promesa. De allí en adelante será casi un prócer, un nombre venerado y reverenciado por todos.

Serapio Cejas, viajando a marcha forzada hacia Salta, sabe también que tiene en sus manos la noticia del año y quizás de la historia. Intuye asimismo que baraja entre sus dedos un seguro éxito. Advierte que no puede dejar pasar la oportunidad.

Hace ya mucho del impacto alcanzado con su *Cielito de los Cerrilleros* (que inmortalizara aquella victoria) y aún siente en la boca el regusto amargo que le dejara la escasa repercusión de su *Zambita del Cascarudo*, para los niños de los parvularios. Apenas un inesperado eco en el mercado de Montevideo, en los puestos de frutas y de pescados, pero una notable indiferencia en las peñas y los corrillos de Buenos Aires, que es lo que él ansía.

Decide, mientras exige a su cabalgadura, lanzar un producto mejor acabado, de dos estrofas, con más posibilidades de narración, atento quizás al éxito que está obteniendo en la Gran Aldea un libro de poemas interminable, el *Martín Fierro*.

Serapio Cejas llega a Salta y esa noche, en la peña de Jacobo Regen, canta.

*Ay cielo, cielito, cielo
cielo del sargento Argota
donde florece la gloria
y despunta la derrota.*

La premura, sin duda, la ansiedad por comunicar la noticia, lleva al trovador Cejas a tergiversar así el relato de los hechos. Privilegia la primicia antes que la verdad y no encuentra, ostensiblemente, la palabra exacta que rime con *Victoria*. La malhadada fonética de *Argota* por otra parte, parece conducirlo artera e indefectiblemente hasta el tramposo final.

Nadie le da tiempo para la corrección del mensaje. Las miles de personas reunidas esa noche en la peña de Jacobo Regen huyen despavoridas al escuchar el cielito. Hay escenas de locura y terror, de desesperación y espanto.

No más de una hora después, cientos de familias salteñas abandonan en carro, a pie o a caballo, la ciudad norteña ante la inexistente amenaza de la invasión española. Amílcar Di Fulvio incluso divulga la consigna de *tierra arrasada*. Se queman las

casas y los negocios, se da muerte a los perros y a los conejos. Lo que no se puede llevar es incendiado y se arroja sal gruesa, cal y arroyo sobre los plantíos.

Desconociendo todo esto, Lucio Alzamendi, en Gomerillas, da licencia a los pocos hombres que le quedan. Están agotados y quieren volver a sus casas. Se desperdigarán, entonces, entre los cerros. No son más de quince hombres, conscientes de que la guerra ha terminado y que ya el ejército no necesitará de ellos.

Alzamendi se quedará aguardando nuevas órdenes, un nuevo cargo, un nuevo destino. Y lo hará quizás por años. Nadie sabe más nada de él.

¿Fue acaso casual el inoportuno consejo del trovador Serapio Cejas, para que disminuyera la cantidad de hombres a su mando, procurando obtener mayor beneficio de los botines de la victoria? ¿Fue incluso involuntario, el desgraciado error de Cejas al cantar en Salta el cielito como relato de derrota en lugar de victoria al no encontrar la rima adecuada para el apellido *Argota*? Lo cierto es que todo esto quedará como uno de los tantos misterios de nuestra historia.

Es 1815 y Domingo Matheu duda. Escribe a Domingo Faustino Sarmiento, en San Juan y le recomienda: «Confirme por ahora a don José de San Martín en el Ejército de Cuyo. Han llegado pésimas noticias desde el Norte. Las batallas las ganan los jóvenes. Pero las guerras, mi querido maestro, las ganan los hombres».

LA OBSERVACIÓN DE LOS PÁJAROS

Uno abre la puerta y sale a la calle con un infierno escarbándole las entrañas. Afuera, la siesta del domingo transcurre silenciosa y quieta, como si no pasara nada. Y no pasa nada, hermano, no pasa nada. Si después de todo, es apenas un partido más. Un partido más entre los miles de partidos que han jugado los clásicos equipos rosarinos. ¿O acaso uno piensa o alguien se acuerda de cómo salieron en el primer partido del año '75? ¿O en el segundo? Ni uno mismo lo sabe. Ni se acuerda. Son emociones momentáneas, pasajeras. Intensas pero fugaces. Un dolor profundo, una alegría enceguedora pero que al día siguiente ya se va, desaparece sin dejar huellas físicas visibles, como la varicela. Seguro que no hay casi nadie en la cancha. Casi vacío el Parque.

Mañana dirá el diario que el partido concitó poco público. Que la campaña irregular de los sempiternos rivales, la promesa de un mal partido y la amenaza de un nuevo empate alejó a las parcialidades, por supuesto. No tiene importancia el partido. Si se pierde, habrá un chisporroteo urticante durante un rato, alguna cargada extemporánea, una mirada sobradora, pero nada más. Nada más. Pero será un empate. Quedan 45 minutos apenas, si es que ya ha empezado el segundo tiempo. 45 minutos. Pero ¿cómo es posible que tarden tanto en pasar 45 minutos? ¿Cómo puede ser que se transformen en una eternidad inacabable? La cosa es no mirar el reloj. No mirarlo nunca. Entonces, de pronto, cuando uno en un reflejo natural y entendible de animal urbano mira el cuadrante, ya han pasado 40 minutos o 43, no queda nada. Dos minutos apenas, un suspiro, una minucia de tiempo, un preámbulo mísero al gesto altivo del árbitro que levanta la mano derecha y muestra a los jugadores, a la tribuna y al mundo, que adiciona dos minutos solamente, que le importa un carajo que haya habido ocho de demora por choques y turbamultas y que está dispuesto a cortar el clásico lo antes posible con la tranquilidad de haber sacado el partido sin problemas mayores ni expulsiones injustas. Es así. Pero lo más jodido son los primeros 20 del segundo tiempo, eso es lo jodido, uno cavila. Allí todavía los equipos quieren llevarse los dos puntos y el local especialmente, carajo, se lanzará al ataque obligado por su condición de dueño de casa. ¡Y los nuestros son tan boludos que siempre se desconcentran en los primeros minutos! Entran dormidos, no encuentran las marcas, les meten goles imbéciles tras un rebote. Goles boludos... ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡Un bocinazo! ¡Hay un gol! ¡Alguien festeja! Si se escucha otra bocina no quedan dudas, ya se celebra... Pero no hay nada. Vuelve el silencio.

Uno camina y percibe un golpeteo sordo, un tam-tam opresivo desde el lado de adentro del pecho. La boca pastosa ¿cómo mierda pueden tardar tanto en pasar 45 minutos? Si uno va a comer por ejemplo, o a tomar un café y esta allí, al pedo, charlando, mirando a la gente, distraído y de pronto cuando mira el reloj, ya se le ha

pasado más de una hora ¿Cómo es posible esa diferencia de densidad en el tiempo? Es más, hace muy poco, digamos ayer sin ir más lejos, uno estaba en el patio de su casa jugando a los soldaditos y ahora, de golpe y porrazo, ya tiene la edad que tiene y se le ha caído el pelo de la cabeza. Hace horas prácticamente, se reunía con los compañeros de la secundaria festejando la finalización del quinto año, estrechaba la mano de Podestá, jodía con Carelli y de pronto, en un soplo, está aquí, caminando por las calles del barrio como un prófugo, como un linyera, como un fugitivo, tratando de que pase de una buena vez por todas ese putito clásico con el resultado que sea. Eso mismo. El resultado que sea. Victoria, empate o derrota. Incluso derrota. Porque la derrota, cuando se acepta, cuando se instala, invade el cuerpo como una medicina amarga pero relajante, resignada. Lo que a uno lo destruye es la ansiedad. Dos semanas, tres semanas, cuatro, esperando que llegue el día preanunciado. Séptima fecha de las revanchas. Y lo inapelable de lo indefectible. Esa bola en el estómago que se va formando en los comentarios previos, durante el partido con Vélez, durante el partido con Ferro, durante el partido con Boca, en torno al clásico que se acerca. La fiesta de la ciudad... ¡justamente! Se van a la concha de su madre con la fiesta de la ciudad. Feliz es ese perro que cruza la calle. Se oyen incluso las pisadas acolchadas de sus patas sobre el empedrado, tal es el silencio de la siesta. No sabe nada del fútbol, no sabe nada del clásico, no le importa un sorete el resultado ¿Y eso? Alguien gritó. Sí. Alguien gritó. En una casa cercana se elevó un grito. ¿Hombre o mujer? Si es mujer puede que no haya pasado nada. Un reproche a su hijo tal vez. Si es de un hombre puede ser un gol. Aunque hay mujeres terriblemente fanáticas también. Es más. Son las peores con las cosas que les gritan a los jugadores en la cancha. La casa es humilde. Puede ser gol de Central, entonces. El barrio es un reducto canalla. Pero ahora está todo muy mezclado. Antes los verduleros eran de Central y los oligarcas leprosos. Pero ahora uno ve conchetos que son canallas y unos grones impresionantes que son leprosos. Se ven incluso niños con la rojinegra muchas veces. No hay seguridad por lo tanto de que ese grito de alborozo provenga de un centralista. De todos modos, no se repite. Uno mira hacia el entorno como un indio. Olfatea el aire, para las orejas, gira la cabeza buscando indicios en el aire. No se puede sufrir tanto. Tal vez sea mejor ir a la cancha. Uno está allí *in situ*, en el lugar propiamente dicho de los hechos. Enclavado en medio de la popu, mirando lo que pasa, sin necesidad de adivinar nada ni de que se lo cuenten. Pero hay que ir muy temprano, cuando empieza la reserva. Y pararse y sentarse, y pararse y sentarse y pararse y sentarse cada vez que hay una situación de gol hasta que al fin se paran todos para siempre y se termina esa historia. Hay que estar más entrenado que los jugadores, carajo. Estrujado, además, por la sudorosa multitud bajo el sol inclemente del estío. Y ver el insufrible espectáculo de los lepras cubiertos de banderas gigantescas, saltando y gritando como demonios en la bandeja de enfrente. Porque no se puede ir a las plateas y correr el

riesgo de quedar sentado junto al enemigo.

Y después, la otra, la verdad: de visitante, sea en la Bombonera, en el Gasómetro o en el Monumental, es muy pero muy probable que te rompan el culo. Históricamente ha sido así. Y el regreso es duro. Pero lo peor es la radio. Es mucho peor que ir a la cancha. Es como pelearse con un tipo en una habitación a oscuras. Los relatores asumen la responsabilidad frente a sus oyentes, y más que nada frente a sus anunciantes, de dotar de dramatismo al espectáculo, esa verdadera fiesta del fútbol rosarino. Por lo tanto, los remates siempre salen rozando los maderos, las atajadas siempre revisten la condición de milagrosas y los ataques en profundidad despiden invariablemente un definitivo aroma a gol. Hay que guiarse entonces por el estallido de la tribuna, allá, en el fondo. El rumoreo de la indiana como telón de fondo del tipo que transmite. Uno escucha el *Uhhh* que se transforma en *Ahhh* cuando todavía el relator no ha alcanzado a gritar que esa pelota se viene como balazo para el marco, y uno ya entiende que nos salvamos de pedo o que volvimos a perder una ocasión irrepetible. Uno escucha el estallido lejano cuando el tipo aún está anunciando que llega el centro y ya sabe que el grandote de ellos saltó y te la mandó a guardar. En la cancha al menos, uno ve dónde está el *wing*, dónde se fue esa pelota y a qué distancia real del arco se desarrolla la jugada. Aunque también está el recurso de escuchar otro partido y esperar la conexión con Rosario. River-San Lorenzo por ejemplo, que conectará a cada momento con la emoción que se vive en el Parque Independencia en otra edición de uno de los clásicos más antiguos de nuestro fútbol. Pero allí la cosa suele ser peor. El corazón está inerme ante el sablazo fatal de la noticia. Antes por lo menos, con Fioravanti —un caballero de la radiofonía deportiva— alguien te anunciaba: *Atento Fioravanti. ¡Atento Fioravanti!* llamaba un tipo. Entonces uno se agarraba de las almohadas, por ejemplo —si estaba tirado en la catrera— daba una vuelta carnero sobre el lecho, mordía la sábana y aguardaba, como un pelotudo, como un cordero ante la destreza final del matarife, el golpe artero. Podía ser que llamaran desde otra parte, supongamos, desde Platense en Manuela Pedraza y Cramer, después de todo. O bien desde el coqueto estadio de Atlanta, para anunciar un gol de un ignoto puntero izquierdo. A veces uno, antes, un segundo antes, percibía detrás de aquel llamado cobardemente anónimo el corto e inusual estallido del público, de algún público, más parecido al sonoro griterío de los locales que al apagado de los visitantes y entonces intuía, detectaba, temía, que el llamado fuese desde Rosario. Y para colmo, Fioravanti demoraba la conexión comentando, preciso y atildado, que en esos momentos, los bravos muchachos azulgranas estaban armando la barrera, la empalizada, el valladar, el muro de contención... Pero aquel anuncio, el *¡Atento Fioravanti!*, alertaba el espíritu, prevenía la psiquis y disponía el terreno para recibir el dolor supremo o la alegría enceguedora. En cambio ahora no. Ahora, de buenas a primeras descaradamente, crudamente, ferozmente, un desaforado se mete

en la transmisión vociferando ¡Gol de Boca! y a la mierda. Uno queda aterido, trémulo, abofeteado, pensando que en esas tres palabras pudo haber cambiado el sentido de la vida, el eje del movimiento del mundo y el sentido mismo de nuestra existencia sobre la Tierra. Por eso, por preservación tal vez, uno puede decidir que no quiere saber absolutamente nada sobre el partido. No quiere verlo ni escucharlo, ni siquiera enterarse del resultado hasta el momento exacto del pitazo final. ¿Por qué? Porque uno sabe que todo sufrimiento tiene un límite, que su cansado corazón no podrá aguantar el trámite, que la angustiada transmisión radial se sumará a la tensión propia hasta alcanzar ribetes intolerables y que prefiere, en suma, conocer el marcador ya puesto de un impacto seco, un manotazo duro, un golpe helado. Sin embargo encerrarse en un ropero, en la piecita chica de la terraza, puede ser ocioso. El sonido radial es finito, incisivo, líquido y se filtra por las paredes. Usted conoce que su vecino suele estallar en un mugido estremecedor ante los goles. Y están también las lejanas bombas de estruendo. Y las bocinas... El cine puede ser. El cine es una opción. Pero siempre habrá en la platea casi desierta del domingo a la siesta, filas más atrás, otro cobarde con una radio portátil incrustada en el oído. Uno, sensibilizado como un animal en carne viva, pese a las tinieblas lo ha visto y asume desde ese mismo momento, que Sharon Stone podrá ponerse en bolas una y mil veces, que Michael Douglas podrá agarrarse los huevos contra una puerta en repetidas ocasiones, pero que, a uno solo lo tendrá sobre ascuas ese mínimo canturreo oscilante y rápido que más que escuchar, adivina y que proviene de la radio del hijo de mil putas de la fila de atrás que hubiese podido elegir otro cine para refugiarse. Por eso, ahora uno está en la calle. Intentó ver televisión y fue lo mismo. Tomó café, dio vueltas por la cocina pero el tiempo se había detenido en la casa como aquel tiempo que diseñara Bioy Casares en *La invención de Morel*.

De pronto hubo una explosión, clara, inequívoca. Una bomba de estruendo. ¡Aquello era un gol, sin duda alguna! Se levantó de la silla y giró varias veces en torno a la mesa, cautivo del infernal desasosiego. En la cocina la radio, apagada, muda, lo esperaba ¡Podía ser un gol de Central y uno estaba ahí, como un boludo, sufriendo al pedo! Y si era gol de Newells mala suerte. La resignación, sabía, habría de invadirlo como una melaza reparadora. Hubo que correr hasta la radio y encenderla. El dial capturaba un programa musical, insensible a los problemas medulares de la sociedad. Uno buscó locamente con el dial. Apareció una propaganda gritona y vertiginosa ¡Era allí! «Vamos a la boca del túnel» indicó un tipo. Atrás, el rumoreo. No había excitación en los comentaristas, no había exaltación ni clamoreo. «El empate está bien, hasta el momento» sentenció otro. Era el entretiempe y cero a cero. Algún pelotudo descerebrado había hecho explotar aquella bomba perturbando a la gente en su descanso, atentando contra la vecindad inocente. Uno apagó la radio, casi con rabia ante su ataque de debilidad. Cuarenta y cinco minutos nomás para el

final del suplicio. No se podría aguantar allí adentro. La adrenalina recorría el cuerpo como uno de esos carritos multicolores que suben y bajan, endemoniados, por las Montañas Rusas. Había que salir. Caminar. Hacer algo. Ya deben ir como 20 del segundo. Ya seguro los equipos se conforman con el empate. Más vale no arriesgar, quedarse en el molde, cuidar atrás. Un punto es negocio para los dos, ni vencedores ni vencidos, la ciudad tranquila. Todos contentos.

Pasa, veloz, un auto. Su conductor lleva el gesto adusto ¡Puede ser otro hincha de Central que está escuchando el resultado tan temido! Sí, a uno le parece haber visto el péndulo de un escarpín azul y amarillo colgando del espejito... ¡Suena una bocina varias veces! Puede ser el inicio de un festejo u, ojalá, el anuncio fatal de un accidente... ¡Ladra un perro! Tal vez se alarmó ante el salto gozoso de su amo, lepra insigne... ¡Atruenan el escape abierto de una moto! ¿O son petardos? ¿Hay gol de alguien? ¿Será alborozo ajeno o fuego propio? Uno recupera, de pronto, aquel instinto primario y animal que infructuosamente trataran de legarnos nuestros ancestros aborígenes. Comienza a rastrear señales en la copa de los árboles, a adivinar conductas en la actitud de los animales, a bucear respuestas en los indicios de la naturaleza, en la interpretación del vuelo de los pájaros. Desde una persiana cerrada llega la bocanada fugaz de un relator de radio. Uno apura el paso pero la voz lo persigue como un misil de cabeza inteligente. ¿Qué inflexión ignota había en su voz? ¿La entusiasta y exitista del cronista ante la vibración de una victoria? ¿La cadencia monótona y desilusionada ante la mediocridad de un nuevo empate? Uno es un radar, es una antena, es el cervatillo frágil que eleva el morro húmedo en la espesura, el oráculo que adivina el destino en la lectura sutil de los guijarros. Recuerda sin duda la última tarde en que se perdió —catastróficamente— un clásico. Aquella mañana previa al hecho los perros ladraron alocados, las aves enmudecieron y los gatos tuvieron un comportamiento errático y equívoco revolcándose, aparatosos, sobre sus propias heces. Deben ir, uno calcula, 30 minutos, media hora. Que todo siga así, en calma chicha, que no cambie ¡Otra vez una explosión, otra de estruendo! ¡Que la corten con eso, pelotudos! Ya se la hicieron correr una vez y era mentira. Tiran por tirar. Para hacerlo cagar a uno en las patas, nada más. Aunque sabe que si se confirma un gol de Central lo va a gritar. Solo y en la calle, como un pavote, seguro que pega un salto y se lo grita. Sí señor. Es toda una avalancha de presión que tiene acá, en la boca de la garganta, esperando salir, atragantada. Dobla lentamente un auto, el conductor lo mira y va hacia uno. Es el Negro Mario. ¿Qué quiere este boludo? ¿Por qué aminora la marcha, por qué lo mira? Mario saca media cabeza por la ventana, la menean y sonrío con una mueca triste. «¡Qué verga que somos, hermano!» dice. Un estilete de hielo le baja a uno desde el pecho hasta la entrepierna. «¿Qué pasa? ¿Perdemos?» pregunta. «Uno a cero». «¿Qué va a hacer» dice uno, supuestamente filosófico, medio como si no le importara, como si hubiera salido a caminar porque

quiere reflexionar tranquilo sobre el devenir humano en el próximo milenio. Mario acelera y se va.

Uno está destruido, pulverizado. Un hachazo feroz lo ha partido por el medio. «Qué va a hacer» se repite ¡Una mierda «Qué va a hacer»! ¡Mañana y pasado y toda la semana viendo en la televisión ese gol puto! Y el festejo, y el salto interminable de los lepra, y la pila de jugadores rojinegros celebrando. Y eso si es un solo gol, después de todo. Porque por ahí Central se va a la desesperada a buscar el empate y se come cuatro. Decí que falta poco... Y aguantarse la cargada de Marini. La cara de sobrador del pelado Vega. Los mil chistes malos que brotan como hongos después de cada derrota. El «¿Sabes cómo le dicen a Central?». Hay que meterse en la cama y no salir por 20 días. Eso hay que hacer, la puta madre que lo reparió ¿Para qué carajo uno se pone esa remera mugrienta, la blanca con el dibujo del oso panda, que lo acompañara en tres victorias? ¿Para qué mierda se la pone uno? De ahora en adelante, no los ayuda más, así de claro. No los ayuda más. Después de todo ¿qué tiene que ver uno con ellos, con el equipo? ¿Juega acaso? ¿Uno entra a la cancha y juega, acaso? Son once muchachos medianamente conocidos y a la mierda. Nada más. Apenas eso. Hay cosas más importantes en la vida. Si a uno se le estuviera muriendo la madre en este momento, poco y nada de bola le daría al clásico. Un clásico que no pasará a la historia, de eso no hay duda. Uno de tantos. ¿Cuánto va? Ya debe estar por terminar, casi seguro. Ahora sí, que pase algo. Alguna otra explosión, algún otro dato que permita aferrarse a una ilusión momentánea por lo menos. Aunque después resulte otro gol de Ñuls, mirá lo que te digo. Un dos a cero no es goleada, un dos a cero... ¡Hay otra explosión, otra bomba de estruendo! ¡Y ahora otra, y otra más! Terminó. No cabe duda. Se acabó el clásico y nos ganaron. La reputísima madre que lo reparió. Y bueno, ya pasó. Hay cosas peores. Seguimos arriba, de todos modos, en la estadística. Se oscureció la tarde, está nublado. Ojalá que llueva y se arruine todo. Que nadie ande por la calle. Sale un chico de una casa y después otro. El primero, en cueros grita «¡Vamos Central, todavía!». Un relampagueo de flash lo ilumina a uno por dentro. Se le seca la garganta. Balbuceante alcanza a preguntar, «¿Terminó?». «Uno a uno» dice el chico, «empató Central sobre la hora». Uno camina, ahora aterido, por inercia, por instrumental. ¡Central sobre la hora, carajo! ¡Central sobre la hora! No grita. No hace un gesto. No levanta la mano. El grito le explota adentro como una bomba de profundidad ¡Vamos los canallas, todavía! Parece mentira. Uno hubiese pensado que iba a saltar, desencajado; brincar sobre una verja, treparse a un árbol como un simio, escalar por un balcón hasta una terraza. Pero no. No es para tanto. No era tan terrible, después de todo. Tal vez no tan importante. Pero una sensación de lasitud, de calidez, de infinita paz interior lo va invadiendo cordialmente. Ya está a una cuadra de su casa. Tiene hambre, tiene ganas de ver a su madre, de estar con sus amigos, de acariciar la cabeza de los niños que juegan en la

vereda, futuro de la Patria. La tarde está clara, plena de sol y hasta más fresca. Uno se detiene un momento antes de entrar a abrir la puerta y cruza un par de frases con su vecina. Le pregunta por las flores que está regando, por la dimensión insólita que ha alcanzado la enamorada del muro. Comprende, de pronto que esa vieja hinchapelotas y mal llevada, no es tan mala. Por lo contrario, es muy simpática. Entra por fin y va hasta el baño, antes de prender la radio para oír, de punta a punta, los comentarios finales. Orina. Se lava las manos, se mira en el espejo. Tiene más de mil nuevas canas en las sienes. Hay dos arrugas novedosas y profundas en la frente. Las ojeras se han tornado más oscuras. Uno ha envejecido cinco años otra vez, igual que siempre. Todo por un clásico, apenas. Un partido de fútbol, simplemente.

¿QUÉ QUIERES TÚ DE MI?

Anoche estuvo bien. O estuvo divertido, que es más o menos lo mismo. Lo que pasa es que la idea de Cary era buena. Abrir un boliche para nosotros, para los tipos que andamos rondando los cuarenta o más de cuarenta si me apuran. Un boliche donde uno pueda tomarse una copa con los amigos y escuchar algo de música sin que la música te haga mierda los oídos como en los boliches para los pendejos. O que, llegado el caso, se pueda bailar un poco, algo tranquilo, como para mayores. No sé si boleros, pero algo así. Uno ya no está para el *breakdance*, por ejemplo, o alguno de esos otros ritmos en los que hay que girar sobre la cabeza, patas arribas en medio de la pista. Y anoche estuvo bien. Por lo que me acuerdo, estuvo bien. Digo por lo que me acuerdo porque a veces, cuando uno se toma unos copetines, o más que nada, mezcla bebidas, ya entra en un territorio donde la memoria se pone difusa, es como si esa misma bebida se hubiese caído sobre el papel donde están anotadas las cosas que pasaron y hubiera borroneado todas las letras. En verdad, hay partes que no recuerdo. Tipos que dicen haberme visto y yo no recuerdo haberlos encontrado. Gente que jura haberme dicho cosas de las cuales yo no registré un carajo. Me acuerdo de Marisa, del Cary, por supuesto, de Ricardo, de toda la banda de *El Cairo*, pero no mucho más. Y no es que yo esté en la del Tubo. El Tubo se pone en pedo y al día siguiente aparece diciendo que no se acuerda de nada. Dice no acordarse de dónde estuvo, ni con quién estuvo ni qué hizo. Pero claro, el Tubo se chupa y se pone a bailar arriba de una mesa y hace cagar todos los vasos, por ejemplo. O le toca el culo a tu mujer, sin ir más lejos. Le agarra una teta a la esposa del intendente, en una de esas. Y al día siguiente te jura que no se acuerda de nada. Claro, le conviene no acordarse porque si la va de lúcido lo cagan a trompadas. Yo no le creo un carajo al Tubo. Pienso que es borracho pero no boludo y se hace el olvidadizo para zafar de la situación. Lo mío no es para tanto. Me olvido de algunas cosas, de algunas caras, pero me acuerdo siempre de pagar, por ejemplo, si ése es el punto. La cagada es que antes me fui a cenar, entonces ahí acumulé unos vinos, blanco para colmo, y después se me mezcló con el champú que me tomé en lo de Cary. Y mezclar es lo peor. Debí haber seguido con el vino blanco en lo de Cary.

Pero como era la inauguración había champú a rolete y la cosa me tentó, eso es humano. Me cayó para la mierda porque por ahí se mezcló algún whisky, no lo niego. Pero en la oscuridad uno no puede andar fijándose en esas cosas. Por suerte no se me ocurrió irme a dormir después de la cena. Habíamos ido a comer con el *Peruca* y a los dos, porque la verdad es que a los dos, nos pasó lo mismo. Nos agarró una especie de modorra. Máxime que entre la hora en que terminamos de comer y la hora en que la cosa podía empezar a ponerse bien en lo de Cary —digamos las dos, dos y media de la mañana—, todavía quedaba un rato largo y tuvimos que estirar muchísimo la

sobremesa. Tanto es así que el *Peruca* se piró a la mierda. Pero yo me quedé. Se acercó a charlar Ricardo y, café va café viene, se me hizo más o menos la hora de rajarme para el boliche.

A mí me entusiasmaba el tema de Marisa, por supuesto. Porque eso es lo bueno de un lugar como el de Cary. Una cosa es charlar un rato con una mina como Marisa en *El Cairo*, y otra tener el rebusque de poder chamuyar más tranquilito, más reposado, en un lugar con menos luces, con más ambiente de joda, con buena música detrás, como me habían dicho que iba a ser el boliche del Cary. Y yo sabía que Marisa iba a ir, porque todo el grupo de la flaca Dora ya me había anunciado en *El Cairo* que iban a ir para la inauguración del Cary. Y el punto era ése: un sitio donde poder hablar un rato mejilla a mejilla. Nosotros pertenecemos a la generación del verso, de eso no hay duda. A la aguerrida generación del chamuyo. Somos de la etapa oral, no de la etapa anal. Hoy por hoy estamos en la etapa anal. Para triunfar hay que tener, más que nada, un buen culo. ¡Incluso los tipos! ¿Cómo puede ser? Tiempo atrás, sincerándonos con el grupo de la Flaca, les pregunté cuáles eran las cosas de los hombres en que más se fijan las mujeres ¡Y casi todas contestaron que en el culo! Eso no pasaba en mis tiempos. A las minas les cagó la cabeza toda esa televisión verdad donde muestran a esos negros brasileños bailando en carnaval, semi en bolas. Y los negros tienen esos culos parados, vibrantes, prominentes. Y ya ellas suponen que todo el mundo tiene que ser así. ¡Y uno que se la ha pasado cultivando la modulación exacta de la voz y el ángulo más convincente de la mirada! ¡Cultivando el espíritu con los poemas de Pablo Neruda! Pero Marisa es de las mías. Al menos así me lo demostró en las conversaciones preliminares en *El Cairo*. Mina preocupada por el intelecto, que se fija en los ojos, en las manos, en el patrimonio cultural de su interlocutor. Pero que de cualquier forma necesitaba un golpe de horno. Necesitaba del hábitat correspondiente. Necesitaba del lugar para el machuque —como decía el Indio— donde uno pueda hacer un poco de manito, rozar un brazo, presionar con una rodilla, hasta que llegue la ayuda indispensable de Altemar Dutra. Y eso quería ser el boliche del Cary. Aunque se hacía medio el pendejo con el asunto de largar la diversión a las dos de la mañana. Casi que me voy a dormir y pongo el despertador para salir de nuevo. Pero la sobremesa larga con el Ricardo en el Dory me permitió seguir de largo y arrancar para lo de Cary a la hora exacta. Cuando llegué ya era un *quilombo*. Pese a la gente, pese al despelote, pese a que la luz no era la mejor para mis ojos ya cansados y vencidos por la presbicia, pude advertir que el boliche aún conservaba vestigios de lo que había sido antes: un lugar para pendejos. Fundamentalmente —aparte de algunas luces de neón celeste o rosa, o algún efecto estroboscópico— lo que quedaba de pasados horrores era la cabina del *discjockey*, una especie de burbuja de cristal, casi pegada al techo, medio suspendida sobre las cabezas de todos nosotros y a la cual se accedía a través de una suerte de puentecito

metálico que iba a unirse a otros corredores sobreelevados y que corrían, altos y adosados a las paredes, como si fueran pasarelas de alguna vieja fábrica o industria. Y también tuve la inquietante impresión cuando bajaba las escaleras hacia el amplio sótano de que no solo había quedado aquella burbuja vidriada del *discjockey*, sino que también había quedado el *discjockey*. Al menos, me recibió una estruendosa música de rock pesado o alguna de esas otras porquerías y no el esperado bálsamo de James Taylor o Carole King, como yo suponía. Pensé que era más que nada una música introductoria y me aboqué a localizar a los muchachos (ya estaban Pedro, el Zorro y el Colo, bastante pasadito) antes de ponerme a rastrear a Marisa, cosa de no parecer demasiado desesperado. Después sí, pegué una trabajosa vuelta por el boliche buscándola. No era fácil entre la multitud y con la luz escasa, pero la encontré, por supuesto, junto al grupo de la Dora, todas amontonadas en un rincón, en unos sillones sobre los cuales se habían hecho fuertes, explotando la ventaja de llegar temprano. Y ya estaban hinchando las pelotas con salir a bailar. Es increíble cómo les gusta bailar a las mujeres. Y bailar por el solo hecho de bailar. Son capaces de salir a la pista a bailar solas o de bailar entre ellas si se da el caso. Yo siempre he entendido el baile en función de ataque, y creo que el 95 por ciento de los hombres piensa lo mismo. Si no hay un proyecto de seducción no tiene sentido. Hay que entender que no somos cubanos, panameños o colombianos. Esos tipos escuchan el ruido de una licuadora y ya se menean. Están sentados a una mesa, oyen música y empiezan a zarandearse. No es mi caso, me apresuro a dejarlo bien claro. Y es lo que tuve que tratar de hacerle entender a la Dora que insistía, ahí mismo en arrastrarme para la pista. Y estoy seguro de que en la actitud de la Dora no había ningún tipo de calentura especial —ella se la tiene jurada al Narigón— sino que simplemente tenía ganas de bailar. Yo traté de explicarle que no, que después, que estaba esperando la música lenta, la melódica. Que estaba ansioso aguardando a los Bee Gees y, por supuesto, ella no me entendió un sorete por el *quilombo* que armaba esa misma música puta que seguía poniendo el guacho del *discjockey* al que seguramente no le habían explicado cómo venía la mano. Además yo me estaba reservando para Marisa, a la que ya había visto, a la que ya le había dado un beso —en la mejilla— y a la que le había prometido volver un momentito después para estar juntos. Pienso que ella no me había entendido un carajo bajo el estruendo del *hard rock* porque fruncía la cara como si le estuviese dando el sol de lleno en los ojos. Pero había entre los dos, aun inmersos en ese tumulto, una energía poderosa y promisoría que nos decía al oído que la de anoche era nuestra noche. Le grité que volvería por ella apenas apareciera Altemar Dutra y su inestimable colaboración. Tal vez cuando Altemar se preguntara aquello de «¿Qué quieres tú de mí?» yo podría darle a Marisa un par de explicaciones convincentes. Cuando me iba para la barra para buscar dos tragos (atento, le había preguntado a Marisa qué quería tomar) me choqué con el Cary que venía medio exaltado porque se

había peleado con un mozo. A los gritos le pregunté por el asunto de la música. «Es para que no se me duerman algunos veteranos» me contestó, recuperando su humor. Pero después me explicó que, tal como yo temía, el *discjockey* había quedado del boliche anterior dado que él no había tenido tiempo de buscar uno nuevo. «Pero ahora subo y le digo» me tranquilizó. «Yo no te digo que pongas a Los Plateros —le grité al oído— pero si quiere, que ponga algo mucho más moderno, pero melódico, como Joe Cocker». Me solicitó calma con la mano, señalándome luego hacia arriba. «Ahora voy, ahora voy» me repitió, cómplice.

Sin embargo, media hora después, ya estando yo instalado al lado de Marisa (que me había concedido un extremo altamente erótico de su propio sillón) tratando de chamuyar algo entendible, el hijo de puta del *discjockey* seguía en la suya, inclemente. Ahora se le había dado con algo que debía ser de los Guns'n Roses o de alguno de esos otros grupos que uno no sabe cómo se llaman pero que escucharlos es peor que agarrarse los huevos con una morsa. Ya muchos de los muchachos miraban para arriba y señalaban hacia lo alto con cierta efervescencia. Entonces vi, aliviado, cómo la figura alta y desgarbada del Cary transitaba por los altos corredores metálicos dirigiéndose hacia la translúcida cápsula donde estaba la consola. A través de los vidrios lo vi dar un par de órdenes al flaco que se adivinaba adentro. Vi cómo el flaco (enormes auriculares, ruliento y algo narigón) aprobaba con la cabeza. Después Cary volvió a salir por el puentecito metálico. Entonces pasó algo inquietante: tras Cary se asomó un poco el flaco y de un tirón enérgico a las baranditas, elevó una sección del puentecito (que se rebatía hacia la cabina) y dejó aislada su consola del resto del mundo. Luego volvió a refugiarse adentro como diciendo «A mí no me rompan las pelotas». Y dos minutos después, la amenaza se cumplía. Metió unos encadenados de música *heavy* que te partían el balero. Hasta creo que aumentó el volumen de los parlantes. Fue casi media hora de tortura, de una música espesa, martilleante, que te afectaba desde la base de la nuca y amenazaba con hacerte saltar sangre por la nariz. Todos mirábamos hacia arriba como si estuviéramos esperando una lluvia de centellas incandescentes. Sobre las tres y media ya la situación era insostenible. Yo no había logrado transmitirle a Marisa ni el más mínimo de mis bajos sentimientos y habíamos optado por un mutismo catatónico donde mirábamos a los demás o seguíamos con la mirada los efectos de luces. Hasta que acertó a pasar de nuevo el Cary y la Turca se paró para putearlo. Cary se encogió de hombros, molesto y meneó la cabeza como quien no sabe qué pasa. Miró hacia arriba y empezó a hacer gestos hacia las tinieblas del techo, hacia la azulada luz interior de la cabina. Yo y varios más también nos paramos a mirar hacia lo alto. Detrás de la consola se recortaba la silueta del *discjockey* con sus inmensos auriculares, como un insecto. Parecía el piloto de un helicóptero suspendido sobre el boliche, estudiándonos como si fuéramos una especie o subraza desconocida. O bien

lucía como el conductor de un pequeño plato volador que se hubiese estacionado allí, elevado, con sus extrañas luces multicolores y los reflejos caprichosos que se quebraban en los ángulos metálicos de la construcción ahora aislada al elevarse el puentecito. Nunca podré entender por qué el arquitecto había provisto a la cabina de música de aquella posibilidad de cortar todo contacto con el resto de la humanidad, pero lo cierto es que ya no había posibilidad alguna de que Cary o algún otro exaltado se llegase hasta allí y lo cagara bien a patadas a ese mocosito hijo de mil putas. Sin duda el pibe se dio cuenta de nuestra expectativa y nuestro enojo. Impertérrito, largó con una nueva tanda de esa música espantosa, tal vez la misma con la que los norteamericanos arrancaron a Noriega de su escondrijo. Y eso ya fue demasiado. Cary giró sobre sí mismo como buscando algo para tirarle intentando atraer su atención, aunque nosotros estábamos seguros de que el flaco nos estaba mirando. Incluso algunos pocos insensatos que se balanceaban mecánicamente en la pista, detuvieron sus ondulaciones y comenzaron a mirar también hacia la cabina, espantados ante la actitud desafiante del muchacho. Cary, luego de empujar aparatosamente a los que se hallaban a su alrededor, desistió de encontrar algún proyectil apropiado y sacó a relucir su propio encendedor para luego arrojarlo contra lo alto. Todos vimos cómo el encendedor sacudió los vidrios frente mismo a los ojos del *discjockey*, pero éste no se inmutó. Ahora nos estremecía con restallantes temas de Metallica según el informe especializado de otro concurrente, bastante más pendejo que nosotros, quien —pese a su condición de infiltrado— también abrazaba nuestra causa. Ya la guerra estaba declarada.

La música diabólica alcanzaba volúmenes nunca registrados por el oído humano. Ya nadie (y éramos cientos) hacía otra cosa que mirar hacia arriba y putear a ese mocosito irreverente. Sólo debajo mismo de la consola, sobre la pista de baile y desde donde no podía advertirse el bulto oscuro del *discjockey*, había quedado un claro no cubierto por la gente. Todos trataban de verlo entre las tinieblas y las trazadoras de los focos; todos trataban de gritarle, de pedirle, de rogarle, de exigirle, que la cortara con esa música. Alguien llegó a insinuar que Cary no lo había provisto de la música adecuada. «¡Si yo le traje todo lo de Carpenter!» juraba Cary, a modo de ejemplo, tratando de deslindar responsabilidades y casi al borde de un ataque de nervios. Alguien tenía que hacer algo y el Colo, ya muy en pedo a esa altura de la noche, fue quien lo hizo. «Permiso» solicitó, apartando a quienes lo circundaban, y lanzó, como un balazo, una botella de champán vacía hacia la burbuja vidriada. Sobre el escándalo de la música sonó el estampido de los vidrios rotos y hubo un griterío triunfal entre nosotros. Pero el de arriba no se arredró, parecía tener ojos solamente para el girar de sus bandejas maléficas. Sin embargo, el certero botellazo del Colorado había abierto una brecha importante en el reducto del *discjockey* y nos sentimos alentados a comenzar a arrojarle todo tipo de cosas, desde ceniceros hasta restos de sandwiches

que quedaban en las mesitas ratonas. El boliche se convirtió en un pandemónium y se veían rebotar en los cristales de la consola cucharitas y cubos de hielo que cortaban el aire en elipses brillantes y diríamos, bellas. De pronto, como un resorte, el *discjockey* se puso de pie, se asomó por su ventanal destrozado y arrojó algo hacia nosotros. Cortó el aire un óvalo negro a la velocidad del rayo y vi caer a una mujer (que no era Marisa) con la frente sangrante. «¡Un disco! —gritó alguien—, ¡tiró con un disco!» Y no sería el único. Pronto arrojó, en estremecedora seguidilla, unos diez más, que dibujaron en el espacio líneas filosas. «¡Al suelo, al suelo!» grité, realmente asustado, como quien anuncia que ha comenzado la orgía. No todos me hicieron caso, pero los que aceptaron la sugerencia zambulléndose sobre la pista, armaron un montón informe de cuerpos y extremidades que aumentaba el caos considerablemente. «¡Son los de Rosamel Araya!» documentó alguien, desde abajo de la pila humana. «¡Son los que trajo Cary!» chilló otra mina, aún parada pese a que se cubría la cabeza y le corría un hilo de sangre por detrás de la oreja. El riesgo de morir degollado por esa lluvia de discos criminales era considerablemente alto y comprendí, quizás con el coraje que brinda el alcohol, que había que hacer algo ya que el combate entre los de abajo y aquel maligno *discjockey* de las alturas casi llevaba 20 minutos. Mientras me ponía de pie, decidido, escuché al Ruso decir algo sobre Masada, que no entendí bien del todo. Pasé sobre varios que todavía permanecían cuerpo a tierra y alcancé una botella de whisky que había quedado sobre una de las mesitas. Por suerte, estaba casi llena. Le arranqué con los dientes la tapa plástica. Luego me arrodillé para concentrarme en mi labor y evitar los *long-play* que seguían surcando el aire como alfanjes. Entonces saque mi pañuelo y lo sumergí hecho un bollo dentro de un vaso alto que estaba medio lleno de un líquido translúcido que supuse *gin-tonic*. Introduje una de las puntas del pañuelo en la botella de whisky hasta que alcanzara el líquido que aún contenía. «¡Otro pañuelo, otro pañuelo!» pedí a los gritos a una despavorida mujer que a mi lado, contemplaba mi frenética conducta sin saber que estaba viendo en acción, a quien fuera el mayor experto en bombas Molotov en aquellos tiempos de los *quilombos* estudiantiles. Deseosa de cooperar la mujer me alcanzó su pañuelo. Yo lo apretujé, lo hice un guiñapo y con él obturé el pico de la botella dejando salir el otro extremo de mi pañuelo, embebido en alcohol, unos centímetros hacia afuera. Me puse de pie al grito de «¡Fuego! ¿Quién tiene fuego?». A pesar de que el combate contra la burbuja vidriada de la consola continuaba con una virulencia notable, a pesar de que el guacho del *discjockey* nos castigaba entonces con lo más despiadado del rock duro, a pesar de que los discos del Cary seguían cortando el espacio como letales rodajas mutiladoras, hubo varios exaltados que me acercaron fuego. Con mano temblorosa encendí la improvisada mecha. «¡Háganse a un lado!» vociferé «¡Háganse a un lado!». Sin duda el épico espectáculo de mi figura desmelenada con la botella llameante en la mano logró el milagro. Se abrió la multitud a mi paso permitiéndome

llegar hasta bien abajo de la cabina. Apunté hacia los vidrios rotos por el anterior botellazo temeroso de que mi Molotov rebotara en los cristales sanos y volviese a caer sobre nosotros como una bomba. Y allá fue mi obra, entrando limpieta por la rotura y perdiéndose en la negrura interior de la cabina. Todos siguieron el reguero de chispas con que dibujó su trayectoria y por último estallaron en un alarido de júbilo cuando la Molotov encontró su destino. Hubo apenas un momento de tensa espera. Luego, una explosión impresionante conmovió el boliche. Los vidrios de la burbuja —y eran muchos— reventaron hacia los costados y cayeron sobre nosotros como una lluvia. Una inmensa voluta de fuego amarillento, como una flor del mal, creció (igual que en las películas) abrazando la consola para reducirse luego a llamas dispersas y rojizas tras resbalar por el techo. Pese a todo (y eso parecía una burla del destino) no cesó la música. Pero entonces ocurrió algo estremecedor. Vimos la figura del *discjockey* que se ponía de pie, envuelta en fuego. Dio unos pasos vacilantes hacia el abismo y se abatió sobre nosotros destruyendo los pocos cristales que quedaban, convertido en una tea humana y ante nuestros alaridos de pavor y alegría. Cayó muy cerca mío, casi en el centro de la pista y como si hubiese sido cosa de magia, al mismo tiempo que su cuerpo llameante se estrellaba contra el piso, cesó la música, obediente.

Hubo aplausos, saltos de festejo, algarabía y una inenarrable sensación de paz, de tranquilidad, ante la ausencia del sonido. Ahora podíamos oírnos, podíamos transmitir nuestras sensaciones, podíamos comunicarnos. Para mejor, la explosión con su onda expansiva había devuelto el puente levadizo a su posición original, de un solo golpe. Por él fue entonces Cary a grandes zancadas, a investigar cómo había quedado la consola luego del estallido. En verdad, desde abajo ya casi no podía apreciarse fuego y solo se veía un humo espeso y blanquecino saliendo de la burbuja. En la pista nadie prestó demasiada atención al cuerpo del *discjockey*, que aún humeaba. Alguien, creo que Chelo, le arrojó un vaso de naranjada, pero no hubo ningún otro atisbo de ayuda, agresividad o encono. Y de pronto, la maravilla, lo inesperado y celestial: la música del bolero invadió el boliche. Un *Ahhh* de extasiada satisfacción nos atravesó de lado a lado cuando Altemar Dutra volvió a preguntarse aquello de «¿Qué quieres tú de mí, por qué estás junto a mí, si todo está perdido, amor?». Busqué a Marisa con los ojos... y me estaba mirando. Nos enlazamos en un abrazo cadencioso y oscilamos lentamente, con cuidado, para no tropezar con el cuerpo del *discjockey*, que exhalaba un perfume de sahumero. Pronto las parejas cubrieron la pista y todo fue como era entonces. Después... después el recuerdo se me hace un poco confuso, me olvido de ciertas partes, confundo nombres, tergiverso sensaciones, como siempre me pasa cuando mezclo bebidas.

RENZO Y ROSSANO

Corría el año 1904 y las compañías del pequeño Renzo habían cambiado de forma sustancial. Ya no estaba junto a él su madre, Nicoletta, muerta en Padova durante la epidemia de cólera china, ni tampoco su tía Anna —a quien tanto quería— desaparecida en alta mar, rumbo a la América. Asimismo sus primos Oreste y Pasquale, con quienes había compartido los primeros juegos y los inicios escolares, se habían perdido en la retirada de las tropas de Garibaldi de la devastada Castelvetro. De Oreste decían que se había ahogado en el Arno, procurando cruzarlo a horcajadas de una mecedora, pero no era seguro. De Pasquale, nada se sabía. De todos modos el pequeño Renzo había crecido y sus siete años lo mostraban como un chicuelo vivaz y despierto, pese a que sus ojos tenían el sello incontrastable del dolor. Su única compañía era su abuelo Berto y un pequeño perro alsaciano, de pelaje intrincado y ladrido austero, a quien había bautizado *Rossano* en memoria de un tío suyo de la Toscana. Renzo y Berto no tenían casa y aquel invierno de 1904 los sorprendió vagando por las calles de Milán en procura de un techo. En tanto lo encontrarán, se refugiaban por las noches en un cobertizo para carros azotados por el céfiro inclemente, tiritando, apoyados uno contra el otro para darse algo de calor y aguardando la llegada de Rossano. Paradójicamente el pequeño y fiel animalillo era el único que aportaba algo de dinero para el sustento del peculiar trío. Tenía nociones avanzadas de perro lazarillo y gastaba las tardes conduciendo a un rico médico milanés que había perdido la vista al saltarle a los ojos un salpicón de jugo gástrico en medio de una operación de abdomen. No era mucho lo que ganaba Rossano en su trabajo, pero alcanzaba para que noche a noche, Renzo pudiera comprar media docena de castañas calientes con las que o bien se alimentaban, o bien se calentaban restregándolas contra sus cuerpos hasta que las castañas perdían el calor que les había brindado el infiernillo. Pero aquella noche del 14 de enero, vísperas de Santo Imbroglia di Como, Rossano no llegó al cobertizo. Cerca ya de las nueve Renzo, muy inquieto, abandonó su sitio debajo de un tilbury, se cubrió torpemente con paja y afrechillo para atemperar el latigazo del frío y salió a atisbar la calle.

—Puede haberle ocurrido algún accidente —lo alentó, desde adentro, con voz cascada, su abuelo.

—Rossano es muy inteligente —dijo Renzo procurando alejar de su cabeza la idea de una desgracia—. Algún imprevisto debe haberlo retrasado. Tal vez una intervención quirúrgica de urgencia.

Renzo sabía que el doctor milanés, quien confiaba ciegamente en su perro lazarillo, se había hecho conducir más de una vez por éste hasta el quirófano para realizar algunas de sus complicadas cirugías guiándose tan solo por el tacto y la experiencia acumulada. Los ayudantes del doctor contaban que Rossano en aquellas

ocasiones, conducía la mano del doctor con cortos tirones al pretal, llevando el agudo filo del bisturí por las vísceras afectadas.

A las once de la noche la angustia del pequeño Renzo pudo más que el frío. Se calzó los rústicos mitones, llenó de papeles sus botas y salió por las calles en busca del perro. Para colmo de males no conocía la dirección del facultativo milanés, por lo que debió vagar por la ciudad sin ton ni son, preguntando a los pocos viandantes que encontraba si no habían visto a Rossano.

—Vi un perro como el que tú me describes —le contestó una señora elegante que se apiadó de la desesperación del muchacho—. Pero fue hace unos cinco años en casa de mi hermana Fulvia, en Caltagirone de Maula, al sur de Sicilia,.

—No he visto un solo perro por estas calles desde que terminó la guerra contra los berberiscos, muchacho —le mintió un trabajador portuario antes de escupir un salivazo de tabaco.

—Si yo hubiese visto a ese perro, te lo diría — fue más contemplativo un hombre alto y delgado vestido totalmente de negro—. No tengo por qué ocultarte una información de esa naturaleza. Pero me extraña que vengas justamente a preguntarme a mí ese tipo de cosas ¿Sugieres acaso que te estoy ocultando algo? ¡Tú quieres complicarme en asuntos poco claros! —gritó por fin el hombre y le tiró a Renzo una piedra.

Sobre la medianoche Renzo ya no podía con el cansancio de sus piernas ni con el desconsuelo de su alma. Lloraba y casi había desistido de preguntar a los pocos transeúntes que podía hallar. Entonces se le acercó una anciana mal entrazada y con aliento a aguardiente de ajo.

—A tu perro se lo llevó la perrera —le dijo—. Lo vi yo con estos mismos ojos que están ahora mirándote a ti. Ve por él antes de que lo arrojen al fuego de las calderas.

Una oleada de espanto sacudió a Renzo ¡Su perro atrapado por la perrera! ¡Su fiel amigo y única fuente de ingresos en manos de aquellos infames! Corrió entonces hasta el cobertizo adonde llegó cubierto de transpiración pese a que había comenzado a nevar.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —gritó. El anciano, arrancado de su sueño tan brutalmente se incorporó con violencia, dando con su cabeza contra el eje de hierro del tilbury.

—¿Qué ocurre, Renzo? —atinó a decir, palpando con su mano temblorosa la larga herida roja que se había abierto en su cráneo casi calvo—. ¿Es que ha aparecido Rossano?

—¡No! —sollozó Renzo—. ¡Ha caído en manos de la perrera! ¡Me lo ha dicho una señora con aliento a aguardiente! ¡Lo vio con sus propios ojos que me miraban de la misma forma con que mis ojos te están mirando a ti ahora!

—¡Debemos ir por él! —dijo el viejo, sin reparar en el manantial de sangre que

caía a borbotones por sus enjutas mejillas—. ¡Antes de que lo ejecuten!

—No —lo contuvo Renzo en un raptó de lucidez—. Poco podremos hacer solos tú y yo frente al poder enorme de la perrera. Ni siquiera se dignarán abrirnos las puertas para escuchar nuestro reclamo. Es más, montarán seguramente en cólera si un anciano desarrapado y un chiquillo interrumpen sus sueños... ¡Debemos ir en busca del doctor Ravoni para quien trabaja Rossano! Él es un hombre importante y será atendido de inmediato.

—Pero... —vaciló el anciano, quizás pensando en la propuesta, quizás debilitado al extremo por la pérdida de sangre—. ¡Si no sabemos dónde vive, mi pequeño Renzo!

El valiente niño hizo caso omiso a la objeción de su abuelo y ambos salieron a paso vivo a las calles cubiertas de nieve. No les resultó tan difícil obtener la dirección del célebre médico. Preguntaron en las tabernas, en las fondas y hasta en los prostíbulos. Por fin, un sargento de alpinos que estaba de licencia les indicó el camino.

Dos horas después, la crispada mano de Renzo alzaba con esfuerzo el aldabón de bronce y lo dejaba caer repetidas veces sobre la sólida puerta de la mansión del doctor Ravoni. Pasaron casi quince minutos hasta que se encendió una luz en las habitaciones del piso superior y una voz imperiosa clamó desde una ventana.

—¿Quién molesta a estas horas en la casa de un importante facultativo?

—Mi nombre es Renzo —no se amilanó el pequeño—. Soy el dueño de Rossano, el perro lazarillo del doctor Ravoni, y necesito hablar urgentemente con el doctor.

—El doctor está durmiendo —rugió la voz y Renzo pudo apreciar el medio cuerpo de un hombretón asomándose por el alféizar de la ventana, tocada su cabeza con un gorro de cama—. Y no se levantará a estas horas para atender un miserable tajo en la cabeza.

Renzo miró a su abuelo. Sin duda el sirviente del doctor había advertido el reguero de sangre que se dibujaba tras ellos, sobre la nieve.

—No es por eso —imploró Renzo—. Es por Rossano, mi perro... ¡Ha sido atrapado por la perrera!

El hombre los miró un instante, en silencio, luego giró la cabeza hacia adentro y comunicó algo.

—Y... ¿qué necesitan? —preguntó después, volviendo a dirigirse a Renzo y a su abuelo.

—Queremos que el doctor nos acompañe hasta la perrera a pedir por Rossano. A nosotros no nos harán caso alguno.

El hombre volvió a transmitir el mensaje hacia adentro y luego aguardó una respuesta. Se volvió a asomar por la ventana.

—El doctor no está dispuesto a ir a la perrera a pedir por ese animal —gritó—. Si

la perrera ha llevado a Rossano, por algo será. Nadie es encerrado si se comporta correctamente...

—¡El no ha hecho nada, lo juro! —lloró Renzo—. ¡Mañana el doctor no tendrá quien lo guíe por la ciudad!

El hombre, esta vez, ni se dignó a comunicar a su patrón lo dicho por el niño.

—¡El doctor no pone las manos en el fuego por nadie! —dijo—. ¡Y prefiere caminar a tuestas por las calles antes que ser guiado por un delincuente que puede conducirlo al escándalo, la vergüenza y el escarnio!

Y sin más, el sirviente cerró la ventana de un golpe. Segundos después y ante las miradas angustiadas de Renzo y su abuelo, la luz se apagaba. Aquella inmisericorde negativa, que podría haber amilanado a un titán, obró sin embargo como un acicate para Renzo.

—¡Vamos! —ordenó, tonante, a su abuelo—. ¡Nosotros solos sacaremos a Rossano de allí dentro!

Una hora más tarde, la desigual pareja del niño y el anciano, detuvo su marcha frente al sobrio edificio de la perrera del municipio. No parecía haber vida alguna allí dentro, pero Renzo pudo advertir entre la oscuridad de la noche y la nevisca, que un hilo de humo negro huía cielo arriba, por la chimenea.

—¡Abran! ¡Abran! —clamó, golpeando el enorme y sólido portalón de dos hojas, angustiado por el recuerdo de los hornos de sacrificio—, ¡abran por amor de Dios!

Esta vez no tuvieron que aguardar tanto tiempo. De inmediato, y ante un tirón violento, se abrió una de las puertas y emergió una cabeza enorme de aspecto horrendo, cubierta por un capuchón oscuro.

—¿Quién osa molestar a estas horas? —rugió el guardia mostrando en su rostro patibulario los rastros ignominiosos del sueño interrumpido y del abuso del alcohol. Atrás de él con un gruñido animaloide, otro guardia de peor catadura insultaba por lo bajo.

Renzo tragó saliva y se armó de coraje para contestar.

—Mi nombre es Renzo —explicó—. Y esta persona que sangra es mi abuelo. Nuestro perro Rossano fue capturado por ustedes y venimos a pedir su libertad...

Sin abrir del todo la puerta el bestial guardián los contempló durante un minuto con real asombro.

—Podrán individualizarlo fácilmente —continuó Renzo, atosigándose con las palabras— ya que se trata de un perro alsaciano de color indefinido. Sus orejas...

Iba a continuar la descripción pero la grosera carcajada del guardia lo interrumpió.

—¿Un perro? —alcanzó a articular el sujeto cuando pudo reprimir sus risas perversas y convulsas—. ¿Has interrumpido el sueño sagrado de los guardias por un perro?

—Sí... —vaciló Renzo— ¿por qué otra cosa, si no, podría...?

—¡Largo de acá! —estalló de pronto el centinela, abriendo la puerta y saltando a la calle seguido por su secuaz—. ¡Largo de acá, tú y el miserable de tu abuelo!

A duras penas logró Renzo eludir el puntapié criminal que le arrojó el sujeto. Pero su abuelo tuvo menos suerte: el otro guardia se lanzó sobre él y lo empujó con una violencia aterradora. El pobre anciano cayó sobre la calle y allí quedó, inmóvil. Los dos energúmenos, satisfechos con su hazaña, volvieron a entrar al lúgubre edificio y cerraron el portalón con estruendo. Renzo, temblando, buscó entre la nieve su sombrero caído y procuró mitigar el ritmo de los latidos de su pequeño corazón. Luego observó la figura de su abuelo, caído cuan largo era sobre la acera. La nieve comenzaba a cubrirlo con sus copos.

—¡Abuelo! —llamó—. ¿Está usted bien? ¡Ese cobarde lo empujó sin contemplación alguna!

Pero el anciano no contestaba. Renzo corrió hacia él. El viejo parecía dormir, pero no reaccionó antes los recios sacudones del nieto.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —volvió a llamar Renzo con desesperación, ya adivinando la tragedia. Se quitó uno de los mitones y tocó la noble frente del anciano. Estaba helado como el mármol. Había muerto súbitamente al golpear su nuca contra el cordón de la vereda. Renzo solo atinó a ponerse de pie y taparse la boca con la misma mano con que había tocado el cadáver.

Han pasado cinco años. Renzo, ya convertido en un muchachito con rizos dorados, ágil y fibroso, es el lazarillo del doctor Ravoni. Ha debido ocupar el lugar del malogrado Rossano ante la imperiosa necesidad de alimentarse. Tomar aquella decisión le resultó muy duro, pues debió vencer el oscuro resentimiento que albergaba hacia el célebre médico tras la negativa de éste a salvar al leal perro. Pero el hambre, el frío y la siniestra perspectiva de continuar pasando las noches a la intemperie lo empujaron a ofrecerse como sustituto. Tampoco fue fácil para Renzo habituarse al pretal, el mismo que usara Rossano, para guiar al doctor. Si bien lo emocionaba y le acercaba el recuerdo de su fiel amigo el hecho de sentir sobre su pecho las correas tachonadas, la diferencia de medidas antropométricas comprimía el pecho del niño hasta casi privarlo de la respiración. El doctor Ravoni, sin embargo, se había negado a comprar un nuevo pretal, más amplio, alegando que sus ingresos por la medicina habían disminuido, terminada la epidemia de tifus.

Un domingo luminoso de marzo, en el año 1909, el doctor ordenó a Renzo que se pusiese los avíos de lazarillo para salir a dar un paseo. Aquello no disgustaba a Renzo. Los paseos eran casi siempre por la plaza del Militi Ignoto y sus parques y rosaledas se poblaban de gente elegante que salía también a lucir sus mejores ropas y a saludarse con gestos educados. El doctor se ufanaba de ser reconocido; gastaba también, de vez en cuando, algún chascarrillo con los colegas que hallaba en el paseo

y comparaba, con ventaja, a Renzo con otros perros que eran paseados por sus amos.

Aquella tarde, tras una hora de caminata por la plaza, el doctor ordenó a Renzo conducirlo hasta un banco, para descansar y oír el paso de los viandantes y sus carruajes. Había en el aire un aroma donde se mezclaba la fragancia de las flores con el reclamo dulzón de las confituras y golosinas que diferentes pregoneros anunciaban con monotonía grave. Renzo se sentó también en el otro extremo del banco de piedra, divertido por el movimiento dominguero. En ese instante vio que se desataba una algarabía del otro lado de la avenida, sobre la acera de la fuente de La Concordata. Un carro de humilde aspecto se había detenido allí, pero el precario escenario montado en su furgón atraía la atención de la gente y en especial de los niños. Muy pronto apareció un mago que comenzó a realizar toda suerte de artes de birlibirloque. Renzo estuvo tentado de invitar a su amo a cruzar la avenida para ver de cerca el espectáculo, pero se contuvo ante la evidencia de que ambos estaban considerablemente cansados y de que aquella no podía ser una atracción demasiado seductora para el doctor, ya que su vista era notoriamente menos rápida que las manos del mago. De pronto, el ilusionista anunció que cerraría su exhibición transformando a su paloma, Tiziana, en un ser inimaginable. Ante la entendible curiosidad del público, el prestidigitador dibujó un par de gestos ampulosos en el aire, ocultó la paloma en su lustrosa chistera, realizó otro par de pases misteriosos y luego mostró la chistera totalmente vacía. Después repitió una fórmula mágica —que dijo haber aprendido en Oriente— y sacó de la chistera un pequeño perro. Hubo risas, exclamaciones y palabras de asombro, pero Renzo, desde la vereda de enfrente, se levantó de su asiento como sacudido por un rayo ¡Ese perro era Rossano! Pese a la distancia que lo separaba del carro del mago, el muchacho creyó reconocer la mirada familiar del alsaciano, su pelaje de color indefinido y la particular implantación de sus bigotes.

¡Rossano! —gritó, estremecido su cuerpo por las palpitaciones— ¡Rossano!

Sin pensarlo siquiera, pegó un salto y se lanzó por entre la multitud en procura del carro del mago, gritando el nombre de su noble amigo. ¡Rossano! ¡Rossano!. Pocos se percataron de que, en su arranque enloquecido, Renzo arrastraba al azorado doctor Ravoni quien, sujeto por la correa del pretal que le circundaba la muñeca derecha, había ido a golpear malamente contra el suelo y ahora rodaba por la calle como un muñeco desarticulado, entre gritos de dolor y estupefacción. Hubo un moderado revuelo entre la gente y pudo verse cómo el ilusionista, con expresión preocupada ante el escándalo, guardaba a prisa en un arcón sus cajas, cilindros, palomas y pañuelos. De inmediato, y cuando ya Renzo se lanzaba como un aluvión cruzando la calle, el carro del mago partió a escape, azuzados sus caballos por la esposa del mago. La desgreñada mujer, traspuesta de fastidio, descargaba sobre las grupas de los sufridos corceles una lluvia de latigazos. Fue entonces cuando Renzo se vio, de

pronto, retenido y detenido por un brutal tirón de su arnés. El cimbronazo pareció quebrarle los huesos del pecho y de los brazos pero más que nada, lo paralizó de espanto el griterío horrorizado que escuchó a sus espaldas. Aturdido y confuso, giró lentamente para encontrarse ante el lúgubre espectáculo: en su descontrolada carrera había arrastrado al doctor Ravoni y éste había sido aplastado por una berlina. Su cuerpo exánime se encontraba ahora, grotesco, sobre la calle y un reguero de sangre fluía por su cuello roto.

—¡Fue él! ¡Fue él! —gritaron al unísono varias mujeres desencajadas. Y señalaban a Renzo.

Han pasado 44 años. Las puertas de la prisión de Predappio dei Mazzo se abren y dejan paso a una figura de aspecto frágil y menesteroso. Es Renzo. Tiene ya 57 años, pero las privaciones y sufrimientos del encierro lo hacen aparecer como un anciano de 70. Sus ojos, otrora claros y luminosos, lucen hoy opacos y mortecinos. Una rala barba amarillenta le cubre las mandíbulas apretadas. Pobre es también el contenido del hatillo que sostiene bajo el brazo: apenas una escudilla de latón que ha hecho las veces de vajilla durante los interminables años en la celda y una imagen de San Francesco Della Vedova tallada sobre el minúsculo hueso del fémur de una rata que le obsequiara antes de morir, su último compañero de celda, un asesino de Malamocco, Venecia.

El recién liberado camina como un autómatas por la acera, acostumbrándose poco a poco a la nueva dimensión del espacio libre y a la deslumbrante brillantez del sol. De repente, un ladrido lejano concita su atención. Mira hacia la vereda de enfrente y no puede dar crédito a lo que ven sus ojos ¡Es él, Rossano, su amado perro el que corre hacia Renzo como una exhalación pletórica de alegría! El fiel animal está delgado y con muestras ineludibles de haber sufrido el azote de la sarna, pero es aún el Rossano activo y emprendedor que todos conocieran en los buenos tiempos.

—¡Rossano! —sólo atina a decir Renzo, cayendo de rodillas para recibir el impacto de aquel cuerpecillo menudo que huele a rayos y que golpea contra su pecho—. ¡Rossano! ¿Cómo has hecho para localizarme? ¿Cómo has hecho para saber el día exacto en que yo sería liberado? ¿Cómo has podido reconocerme luego de tanto tiempo de vida aciaga y tormentosa?

Luego, no atina a decir nada más. Le basta recibir sobre sus mejillas magras los lengüetazos torpes y repetidos del perro, el golpeteo incesante de la cola frenética que festeja, a su modo, el reencuentro.

—La vida me castigó muy duramente, noble amigo mío —balbucea Renzo, abrazando al animal sin reparar en el áspero tacto de su piel enferma—. Dios quiso que pagara con el cautiverio mi error de juventud... Pero ahora sé que el cariño de un solo ser viviente puede redimir tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta estulticia... Ahora que he pagado mi culpa descubro que el destino tenía reservado para mí este

momento... Y soy feliz, mi fiel amigo, muy feliz...

Y luego ambos, el reconfortado Renzo y el gozoso Rossano, se marchan lentamente hacia las luces de la mañana.

LA SAGA DE LOS LEDRÚ-ROLLIN [1]

El pequeño Ferdinand miraba hacia la ventana. Desde su escasa estatura sólo percibía la copa de los lejanos alerces, levemente doblados por el viento que llegaba desde las montañas de Baluzac, encrespando las aguas del río Garona y esparciendo los penachos de humo que se elevaban desde las chimeneas de la villa de Aix-la-Chapelle, de donde habían partido más de 36 jóvenes hacia el frente de los Dardanelos. Corría el año 1854 y el fantasma de la guerra se agitaba, una vez más, sobre la lacerada Europa.

—¿Puedes alzarme? —pidió el niño a su padre. Maurice Ledrú-Rollin, vizconde de Caussidière, levantó a Ferdinand con un resoplar esforzado. Ferdinand tenía solo 7 años y era leve como un edredón, pero el dueño y señor del viejo castillo de Vallandraud ya no era el mismo tras su regreso de África.

—Aún no vienen —tranquilizó Ledrú-Rollin a su hijo, sosteniéndolo junto a la ventana del primer piso. Ferdinand aguzó su vista recorriendo el parque hasta pasearla por detrás de la larga avenida de álamos que llegaba serpenteando desde Vouillé. Pero no se advertía ningún movimiento, salvo el lejano laborar de algunos labradores en el vecino campo de *monsieur* Portalis o el paso inseguro de la señora Elisa, en el prado cercano, llevando comida para los gansos. Ledrú-Rollin depositó a su hijo nuevamente sobre el piso.

—¿Está ya listo Adolphe? —gritó luego hacia una de las amplísimas habitaciones contiguas, desinteresándose del pequeño. La señora Barthou llegó un tanto confusa y atribulada.

—En un momento —prometió—. Octavie lo está ayudando a vestirse.

—Brigitte —ordenó el vizconde a su antigua y fiel criada— dile a Adolphe que se apure. Por más confianza y estima que haya con Théophile no podemos hacerlo esperar.

En ese momento irrumpió en el cuarto Hortensia, la esposa del señor Maurice.

—¿Han llegado ya? —preguntó alarmada.

—No aún —dijo el vizconde—, lo notarás cuando lo hagan.

Ferdinand miraba la escena con ojos curiosos y levemente desorbitados. En su corazón de niño advertía que estaba viviendo una jornada muy especial. Lo habían vestido con sus mejores ropas, le habían hecho prometer que no habría de ensuciarlas y en toda la enorme mansión se respiraba un hálito tenso, mayor aun que el que se vivía en las fiestas de fin de año o en los días de parición en el establo de los caballos. De una forma u otra, el pequeño Ferdinand percibía que esta vez él había quedado fuera del centro de la atención. En su condición de más pequeño de toda la familia Lebrú-Rollin, nunca había sufrido una sensación similar. Oyó revuelo en las habitaciones contiguas y los gritos exaltados de su hermana Octavie.

—Ahí viene Adolphe —dijo Hortensia de Ledrú-Rollin.

De inmediato Adolphe, el hermano mayor de Ferdinand, un esbelto adolescente de 16 años, entró en el salón. Lucía el rojo uniforme de los húsares de la caballería francesa y el pequeño Ferdinand supo de inmediato que nunca había visto algo tan hermoso. Con sus ojos de niño recorrió embelesado el alto morrión oscuro, los corrajes lustrosos, el brillo deslumbrante del peto acorazado, el grueso cordón dorado que le cruzaba varias veces el pecho, los guantes labrados, la curva armoniosa del sable corto. Ferdinand entendió por un instante el motivo por el cual él no era ese día el centro de atracción de todo el mundo.

Maurice Ledrú-Rollin contempló con severidad y conocimiento a su hijo mayor. Tosió un par de veces. Lo hacía a menudo desde su regreso del Senegal. Luego indicó: «Marchemos a despedirnos de tu abuelo».

—No me gusta cómo le queda esa chaquetilla —dijo no obstante Hortensia, una mano sobre la boca. De inmediato, Octavie —solo dos años menor que su hermano Adolphe— recorrió nerviosa con sus manos la espalda aún angosta del soldado, buscando alguna imperfección.

—Pero, mamá... —arguyó, luego — si está hermoso. Ya quisiera yo tener un novio como él —y rió entonces cantarinamente, con esa risa sonora que solía contagiar tanto a Ferdinand.

—Le hace un pliegue acá —Hortensia señaló su propia cintura, el ceño fruncido y molesta.

—No tiene importancia —desestimó el señor Ledrú-Rollin—. Vamos a saludar a tu abuelo.

—¡Sí tiene importancia, Maurice! —insistió Hortensia—. En el frente habrá mucha gente. Gente importante. Generales, incluso. Habrá cronistas de los diarios. Tu hijo no puede ir vestido así. Recuerda que tú tienes un nombre bien ganado en el ejército.

—La patria no repara en esos detalles —murmuró Maurice, y se encaminó hacia la escalera que llevaba a la tercer planta, rengueando más que nunca.

—¡Estarán los hijos de los Dupont, Maurice! — casi gritó Hortensia—. ¡Ellos se fijan en estas cosas! ¡Aún hay tiempo de cambiarle esa chaqueta!

De repente, la fiel criada Elisa entró en el recinto.

—Ya vienen —anunció. El señor Ledrú-Rollin pareció atrapado por una extraña excitación. Miró hacia los amplios ventanales. En efecto, a lo lejos se escuchaban los ladridos de los lebreles y llegaba a intervalos con el viento, el reclamo brillante de los bronce y el retumbar marcial de los tambores.

—¡De prisa, Adolphe, a saludar a tu abuelo! — ordenó.

Salieron rápidamente hacia las escaleras, desestimando los últimos reproches de Hortensia que lagrimeaba y maldecía el azote de las guerras. Maurice iba adelante,

caminando con aquella dificultad que se le había acentuado tras su destino en el África Ecuatorial. Atrás Adolphe, aún algo torpe con sus atavíos militares. Y más atrás Ferdinand, casi trotando, distanciado y quizás herido porque nadie lo había invitado a unirse al grupo. Ninguna mujer los siguió pues en definitiva el conflicto de los Balcanes era solo cosa de hombres. Treparon las escaleras, recorrieron larguísimos corredores adonde casi no accedía la luz del sol, hasta llegar a la habitación del conde de Caussidière, postrado en cama desde hacía quince largos años. Entraron todos a la pieza pero Ferdinand se mantuvo un tanto retrasado, como dudando de cruzar el marco de la puerta. El pesado perfume que rodeaba al yacente o que quizás escapaba de él —cierto tufo a orines, a mercurio, a láudano— lo rechazaba un tanto. No obstante debía vencer la repulsa, pues necesitaba imperiosamente preguntarle algo a su padre.

—Padre, padre... —llamaba en ese instante Maurice a su progenitor, que parecía dormido. El anciano abrió trabajosamente sus ojos de mirada acuosa— Adolphe ha venido a despedirse.

El viejo entrecerró los ojos, como si le costara comprender. Pero luego de un instante que pareció una eternidad, elevó una mano flaca y venosa señalando a Adolphe.

—Abuelo... —se adelantó éste.

El anciano giró la cabeza hacia Maurice, interrogante.

—Es Adolphe, papá —dijo Maurice— Adolphe —el viejo miraba alternativamente, confuso, a Maurice y al soldado— se va a la guerra, padre. Con el mismo regimiento en el que sirvió usted.

—¿Octavie? —preguntó el conde, con voz cavernosa, sin dejar de señalar a Adolphe. Maurice resopló.

—Adolphe, padre —repitió— Adolphe. Continuando con la línea heroica de la familia, marcha al frente de Kumanovo junto con el mariscal Fallieres.

El anciano se incorporó un tanto sobre la almohada en un esfuerzo inaudito que le tornó el rostro de un matiz purpúreo. Dijo algo que no se le entendió. Maurice y Adolphe se inclinaron para escucharlo.

—¿Mariscal? —se exigió el conde—. ¿Tan joven... y ya... mariscal?

Maurice abatió un tanto sus hombros. En ese momento Ferdinand le tironeó el saco. El vizconde no le prestó atención, por lo que el niño volvió a hacerlo.

—¿Qué quieres, Ferdinand? —giró por fin Maurice, molesto. Ferdinand estiró su mano hacia arriba.

—Un secreto —murmuró.

—Rápido —se inclinó el padre.

—¿Podré tener yo un uniforme como el de Adolphe? —bisbiseó el pequeño a la oreja de su progenitor.

—Sí, sin duda —se desembarazó éste prestamente del abrazo.

—Debo marcharme, abuelo —decía en ese instante Adolphe.

—¿Por qué...? —el anciano se dirigió nuevamente a Maurice—... ¿Por qué está vestida así?

—Es Adolphe, papá, es Adolphe —se ofuscó Maurice. Ferdinand de nuevo le tironeaba las faldas del saco.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Sin esa arruga que le hace en la cintura? —preguntó el niño, otra vez en secreto.

Maurice lo empujó suavemente.

—Ve a mirar el papagayo —le dijo—. Ve a mirarlo. Lo traje desde el África.

Recién entonces, Ferdinand descubrió que en uno de los rincones de la habitación había una enorme jaula de hierro forjado. Dentro, inmóvil, relucía levemente en la penumbra un papagayo blanco.

—No, padre, —decía ahora Maurice— no es el médico... Es Adolphe, mi hijo...

—¿El hijo del médico?

—Vamos Adolphe —ordenó Maurice, desalentado—. Ya estarán llegando.

En efecto, los pífanos y los timbales sonaban notoriamente más cerca.

Bajaron presurosos las escaleras hasta llegar a la planta baja. Se unieron allí con las mujeres algunos criados y salieron al radiante sol de la tarde provenzal. Cruzaron el parque. Ferdinand trotaba junto a su padre, que volvía a toser.

—Padre —clamó— ¿podré tener...?

—Hijo, mi pequeño demonio... —dijo Maurice en tono dulce, pero sin dejar de caminar, consciente de que había sido un tanto duro con su pequeño— ¿has visto ese papagayo blanco en la habitación de tu abuelo? Bueno, lo traje para ti. Por ahora lo tendrá el abuelo, para que le haga compañía. Pero luego será tuyo. ¿Sabes que esas hermosas aves hablan?

—¿Qué dicen? ¿Pueden contarme de su tierra?

—No —Maurice esbozó una sonrisa—. Debes enseñarle. Solo imitan la voz humana.

El vizconde aceleró el paso. Por detrás de la alameda el maravilloso colorido del Quinto Regimiento de Húsares de Languedoc, doblaba ya hacia la entrada de la mansión.

—¿Por qué debo enseñarle yo... —gritó Ferdinand, ya retrasado, y procurando superar con su voz el estrépito de la fanfarria militar—... que aún estoy aprendiendo a leer y a escribir? ¿Piensas que puedo encarar semejante tarea?

Pero su padre ya estaba conversando, tras un abrazo cálido y varonil, con el mariscal Fallieres, su antiguo camarada de armas. Fallieres, espléndido bajo su capa azul, había bajado del caballo, ordenando apenas con un gesto el silencio de la

fanfarria. Se escuchaban entonces solamente los apagados sonidos de la campiña, el piafar de los corceles, el entrechocar de los aceros y el familiar crujido de los correajes de cuero.

—Lamento que no puedas acompañarnos —decía el mariscal Fallieres a su viejo compañero de la Escuela Militar de Burdeos.

—Más lo siento yo —bajó la vista, Maurice—. Es que volví algo enfermo del África. Una de esas malditas pestes de los nativos. Se me ha llenado el cuerpo de unas repugnantes pústulas, Théophile.

Maurice tornó una vez más a mirar hacia atrás. Ferdinand le tironeaba del saco.

—¿Por qué no puede ocuparse de eso mi institutriz, madame Colbert... —preguntó el pequeño, obviamente ofuscado—... que sabe del tema y podrá hacerlo mucho mejor que yo, que no tengo ni el más mínimo conocimiento de esas estúpidas aves?

—Largo de aquí, Ferdinand —se ofuscó Maurice, apartándolo del grupo.

—¿Qué le ocurre? —sonrió el mariscal Fallieres.

—Está celoso por la atención que se le brinda hoy a su hermano mayor.

—¿Quieres que le deje un regalo?

—¡Oh, no! Ya le traje yo un exótico pajarraco desde el África. Tendrá para divertirse con él. Son aves que viven muchísimos años.

—Puedo dejarle mi caballo, Maurice. Sería un gusto para mí y me vendrá bien andar.

El mariscal hizo el gesto de volverse hacia su cabalgadura, pero Maurice lo contuvo.

—De ninguna manera, Théophile. Lo necesitarás en el frente. Ferdinand es un pequeño consentido. Ya pronto se le pasará. Sabes bien tú cómo son los niños. Admiro tu proverbial generosidad y aun debo agradecerte otra cosa... —el mariscal miró a Maurice con curiosidad—. Te agradezco que hayan pasado a buscar a Adolphe...

—Por amor de Dios, Maurice. Nos quedaba de paso...

—No es tan así, Théophile. Debieron desviarse casi diez leguas en el camino hacia el puerto de Arles.

—Los aproveché para adiestrar a la tropa en la marcha. Son novatos Maurice, y muchos de ellos no saben aún ni caminar. No es como en nuestros tiempos.

—Lo admito Théophile, y aprecio tu gentileza. Pero Adolphe hubiese podido ir a unirse al regimiento en su asentamiento de Limoges, como todos.

—Es lo menos que puedo hacer por el hijo de un amigo, Maurice —Fallieres echó enérgicamente hacia atrás su capote, disponiéndose a partir—. El hijo de un amigo que pertenece a una familia de brillantes militares, además.

Se despidieron. Fallieres pidió al señor Ledrú-Rollin que cuidara su salud. Luego,

ya al pie de su cabalgadura, cuchicheó un instante con uno de sus asistentes. Por último montó, saludó a los Ledrú-Rollin —que se habían agrupado en medio del parque— y ordenó a la tropa (a la cual ya se había integrado Adolphe) continuar la marcha. Poco tiempo después, el brioso regimiento, al influjo de sus marchas militares, se perdía tras las ondulaciones que ocultaban de la vista la villa de Cahors. Ferdinand tragó saliva repetidamente. Su hermano mayor se había ido y él fluctuaba entre la tristeza y la confusión. De pronto escuchó gritos. Era Elisa, la vieja y fiel criada que, desde los alerces, agitaba una mano hacia el grupo.

—¡Se han olvidado un cañón, acá! —gritaba. Ferdinand corrió con su padre hacia el lugar. Y en efecto allí, bajo los árboles, entre unos pastos altos, relucía la sólida estructura de una pieza de artillería liviana. Maurice, más familiarizado con las armas, se acercó, asombrado por el inusual olvido. Mas de pronto sus ojos descubrieron una nota prendida junto al orificio de la mecha. La sacó del sobre de papel telado y, tras leerla, miró a su pequeño hijo. «Para Ferdinand» —decía la nota, con una letra que denotaba el trazo enérgico de una persona acostumbrada a mandar—. «De parte de su amigo, el mariscal Fallieres».

Corre ahora 1915. "Han pasado 61 años" calculaba Ferdinand Ledrú-Rollin, escuchando cómo las ruedas del carruaje que lo había traído se alejaban por el sendero de grava. Elevó su nariz en el aire y olfateó profundamente. «Bien decía mi padre que los olores son lo que más se recuerda» pensó, detectando el aroma fresco de los retoños de lavanda, la lozana fragancia de la menta. Si su instinto no lo engañaba, debía encontrarse frente a la entrada de la alameda, cerca del recodo que iba a Dijon. Al menos en ese sitio había pedido al conductor de la ambulancia militar que lo dejase. Le emocionaba estar por fin de nuevo allí, en la campiña aldeaña a la mansión a la que nunca había vuelto. Era la primera hora de la tarde, el sol entibiaba amablemente el aire, una leve brisa despeinaba el cuello de piel de marta cibelina de su sacón militar y él estimaba que en una media hora podría estar frente a las amplias puertas de su casa paterna. El chillido intempestivo de un vencejo le indicó que debía iniciar la marcha, pese a sus dificultades. Le había pedido justamente al conductor de la ambulancia que lo dejara allí, alejado de la vista de las ventanas de la mansión, para evitar que la presencia del vehículo alarmara a su madre. Octavie, su hermana mayor, ahora en la Guyana Francesa casada con el rector de la cárcel de Cayena, lo había llamado luego de la gran batalla para interesarse por su salud, informándole, además, que su madre aún vivía, aunque un tanto enferma y aquejada de gota. Ferdinand reconoció el terraplén que descendía al estanque de los gansos cuando tropezó con una laja y rodó por él, camino abajo, hasta detenerse mareado y confuso, al pie de las altas parvas de grano. Mientras intentaba levantarse, le entibió las mejillas el aliento de un perro. Escuchó sus jadeos y, al manotear el aire, palpó su

pelaje.

—¡Etienne! —llamó— ¡Etienne! —hasta recapacitar que no era posible que su fiel compañero de infancia estuviese aún vivo. Pero tal vez era un hijo o un nieto de aquel viejo pastor normando y respondiendo a una orden genética impresa en su memoria podía conducirlo hasta la casa.

—¡Ven! ¡No te alejes! ¡Condúceme! —ordenó al perro. Y fue tras él, atento al sonido muelle de sus pisadas y al jadeo constante. Más de cinco veces cayó Ferdinand en el camino, tropezando con raíces y lajas puntiagudas. Confiado en el instinto del noble animal, no se preocupó por adivinar el sendero y así fue que debió vadear bañados no muy profundos o trepar escarpados cercos de piedra. Por último oyó que el perro se detenía. Palpando el aire con las manos buscó el portal, halló la gruesa puerta de madera y golpeó enérgico. Aguardó, impaciente. De pronto, un relincho poderoso perforó sus oídos. Estaba en las caballerizas, muy alejado de la casa. Debió haberlo imaginado por el olor a pienso, a forraje y a estiércol.

—¿Quién es usted? —escuchó, de pronto, a sus espaldas. Era una voz de mujer joven y Ferdinand se volvió hacia ella.

—Soy Ferdinand Ledrú-Rollin —contestó, airado. Y caminó hacia el origen de la voz, tomando a la mujer por el brazo—. Y usted es la hija de Elisa.

—¿Cómo lo supo?

—Por el abrigo que usa. El mismo tacto áspero de la ropa basta de sarga. El mismo tipo de ropa que usaba Elisa.

—Es el mismo sacón que ella usara, señor Ferdinand. Me lo dejó al morir.

—¿Murió Elisa?

—Hace ya 27 años.

—Es increíble...

—Es cierto. Pero la sarga se conserva si uno la cuida.

—¿Está mi madre? —Ferdinand cambió abruptamente de conversación.

Media hora después, frente a su anciana madre, Ferdinand aguardaba pacientemente que ella terminara su inspección ocular. Había advertido un tono duro en su voz al recibirlo.

—Quise evitaros la alarma de llegar en una ambulancia, madre —dijo Ferdinand al fin—. Por eso me bajé un poco lejos y debí caminar. Caí varias veces. No sabía que habían modificado el sendero de los gansos.

—Ese pantalón, todo mojado, el capote lleno de tierra... —enumeró Hortensia, amarga— las botas, sucias... ¿Qué dirá tu padre cuando te vea?

—Es que... —se irguió Ferdinand en su asiento—. ¿Vive él?

Hortensia asintió con la cabeza.

—Si se puede llamar a eso vivir —musitó— veinte años postrado por aquella peste que contrajo en el África.

—¿Aquella misma peste? No puedo creerlo.

—Tiene un período de incubación prolongado. Requiere cuidados permanentes. Lavajes, abluciones. Cayó definitivamente en cama cuando la muerte de tu hermano en la Carga de la Brigada Ligera. El general Cardigan en persona vino a notificársela. Ahora sólo le anima escuchar la lectura del diario, el *Le Crapouillot*, que le lee Letizia, la hija de la vieja Brigitte.

—Quisiera verlo.

—Debe tenerlo Letizia, en su habitación. Se lo lleva allí luego de leerlo. Recorta las recetas.

—A mi padre. Quisiera verlo.

—¿Podrás? —dudó Hortensia.

—Oh, es cierto —se puso de pie Ferdinand tocando la venda que cubría sus ojos con las manos—. Es una forma de decir. Pero... —se animó—... espero que, en breve, sea una realidad. El doctor Delcasse me ha dicho que puede operarme. Que quitará de mi cerebro esa granada de gas mostaza que se alojara allí, obturando mi nervio óptico.

—¿Permanece aún dentro de tu cabeza? —se horrorizó la madre.

—Y sin estallar. Es lo más complicado de la operación. Pero es mi única esperanza, madre, y quiero recuperar mi vista ¿Podremos visitar a mi padre?

—Podemos intentarlo — Hortensia miró hacia lo alto, dubitativa—. Sígueme... ¿Recuerdas el camino?

—¿Cómo podría olvidarlo, madre? Aún recuerdo cuando subimos acompañando a Adolphe en su despedida del abuelo.

Hortensia se detuvo en medio de la escalera.

—Murió antes Adolphe que tu abuelo —murmuró.

—¿Se acuerda de mí, mi padre? —preguntó Ferdinand, ya jadeante.

—Habla muy poco. Apenas unas palabras con ese estúpido pajarraco.

Quien ahora se detuvo fue Ferdinand.

—¿El papagayo? ¿Es que aún vive?

—Son animales longevos, hijo. Pero ya está casi ciego y no emite sonido alguno.

—He viajado cientos de kilómetros para verlo...

—No vale la pena, hijo. Se le han caído las plumas, se golpea contra los barrotes de su jaula...

—A papá, madre.

Se detuvieron frente a la puerta de la habitación y Hortensia pidió a su hijo que aguardara afuera. Ferdinand elevó sus ojos como si pudiese ver a través de la gruesa venda. Hubiese querido apreciar las molduras del techo, el dibujo de los mosaicos del piso, los bordados de las cortinas, esos pequeños detalles, en suma, que atrapasen su atención cuando pequeño. Oyó a su madre cuchicheando con su padre y se aceleraron

los latidos de su corazón. Con la hipersensibilidad propia de aquellos que no tienen vista, experimentó una oleada de calor en todo el cuerpo.

—¿Quién? ¿Quién viene a verme? —escuchó un rugido iracundo a través de la alta puerta entreabierta. Reconoció la voz de su padre, algo más cascada y dificultosa. Imaginaba, ansioso, una franja del interior de la habitación, penumbrosa, algo de la cama, una mesita de luz con medicamentos.

—Ferdinand —escuchó Ferdinand el susurro de su madre o, tal vez, lo imaginó.

—¿Ese cobarde? —el nuevo rugido de su padre paralizó a Ferdinand—. ¿Ese cobarde que permitió la derrota de Verdún? ¡No quiero verlo! ¡Que ni siquiera se atreva a acercarse a mi lecho de dolor! ¡Es una vergüenza para el honor de los Ledrú-Rollin!

—Él no tuvo la culpa —se escuchaba muy queda la voz de la madre—. No fue el único responsable. Había miles más junto a él.

—¡Pero tuvieron la dignidad de morir! —otra vez el rugido. Ferdinand fue retrocediendo hacia la escalera—. ¡Tuvieron el orgullo suficiente como para no volver a sus hogares burdamente derrotados! —Está ciego, Maurice...

—¡Muerto debería estar! ¡Leí las noticias sobre el desastre! ¡Una conducta vergonzosa de nuestras tropas! ¡Ni yo, ni mi padre, ni Adolphe, pobrecito, caído en Crimea, hubiésemos tenido el descaro de presentarnos ante nuestra familia tras una derrota parecida, como si nada hubiese pasado!

—Oye, Maurice, escucha... —baluceaba Hortensia. Pero su hijo menor ya no la escuchaba. Tanteando torpemente por la escalera, rodando a veces por los peldaños, huía de la casa con el corazón hecho jirones.

—Detente aquí, René —pidió Ferdinand Ledrú-Rollin a su chofer. El bruñido coche de germánica línea se detuvo a poco de ingresar en la gran circunferencia de grava, bordeando la fuente de los querubes, enfrente de la entrada principal de la casa. Ferdinand lucía aún erecto y elegante, pero tenía ya 104 años y el médico le había recomendado que no manejase. Su vista incluso no era todo lo confiable que fuese antes de la guerra luego de la operación en que le habían extirpado la granada de gas mostaza alojada en el cerebelo. Sus ojos le respondían en general bien, pero cada tanto —los días de mucha humedad por precisar un momento—, sus pupilas se cubrían de una suerte de bruma que le molestaba mucho al leer a Spinoza, por ejemplo. «Residuos del gas, quizás» —le había confiado el doctor Delcasse, tras la intervención quirúrgica—. «Que puede haberse desprendido de la carcasa del letal proyectil y vaga, errático, por el recinto craneano».

Junto al coche Ferdinand, igual que hacía 36 años, permanecía inmóvil, recepcionando los mil aromas diferentes de la campiña.

Esta vez había olor a humo también, proveniente de una fogata alimentada por

viejas maderas y muebles en desuso que un operario con mameluco arrojaba de tanto en tanto. Los ojos de Ferdinand recorrieron el entorno, ávidos y sorprendidos, dado que todo, completamente todo, le parecía más pequeño que lo que su recuerdo de niño le dictaba. «Es cierto» —reflexionó— «desde mis ocho años, cuando marché a París huyendo del falso crup, no he vuelto a la casa. Solo aquella malhadada tarde cuando, ciego, regresé para visitar a mi padre». Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Se siente usted bien, señor Ledrú-Rollin? —Rene se había bajado a su vez del coche y lo observaba con cierta preocupación.

—El humo, René —Ferdinand señaló con vaguedad—. No es nada... Es notable —se apresuró a cambiar de tema—... cómo todo me parece más pequeño que lo que yo veía con mis ojos de niño.

Los álamos se le antojaban bajitos. La dimensión de la explanada circular con la fuente le parecía apenas más amplia que un patio interno. El horizonte mismo lucía como más cercano. Hasta las hormigas que descubrió correteando junto a sus pies eran minúsculas.

En ese instante, cuatro hombres con ropas de trabajo sacaban por la puerta principal un piano cubierto con un lienzo.

—Oh Dios —balbuceó Ferdinand—. El piano que fuera de mi madre.

Los hombres dejaron el piano junto a la fuente de los querubes, vociferando que allí quedaría hasta que vinieran por él. Ferdinand caminó lentamente hacia el piano en tanto se quitaba los guantes. Levantó luego con suavidad el lienzo descubriendo el marfil de las teclas. Oprimió dos o tres, con el corazón procurando salir de su pecho y entonces observó algo que le hizo enjugar una lágrima: en una de las teclas laterales blancas aún se apreciaba, sobre el marfil, cierta rugosidad áspera, pegajosa.

Mis dedos de niño, impregnados de mermelada de rosa mosqueta... —susurró, para sí.

—¿Es usted el señor Ledrú-Rollin? —preguntó sorprendidamente alguien a su lado. Ferdinand se recompuso, girando hacia el joven de bigotito fino y sobrio traje que le hablaba. Asintió con la cabeza, temeroso de que su voz le flaqueara—. El señor Ollivier, de la empresa de bienes raíces, lo aguarda en el primer piso para firmar el contrato de venta de la casa.

Ferdinand entró en la vieja mansión, sin que lo abandonase aquella sensación de que todo se había encogido misteriosamente. La puerta, que ya no era tan alta; las ventanas, que no eran tan grandes; los pasillos, que no eran tan largos. Dedujo que, quizás por esas misteriosas reducciones, el precio de venta no había alcanzado la suma por él y por su hermana ambicionada. La vieja escalera de madera parecía esperarle. Y fue allí que Ferdinand no supo si podría treparla. Desde arriba parecían llegarle, nítidamente aún, aquellas terribles palabras de su padre que lo perseguían desde aquel día, impiadosas. El desprecio de su padre. El rechazo de su padre. Subió

lentamente los peldaños, uno a uno hasta alcanzar el primer piso. Sobre la galería, a su derecha, vio la puerta abierta de una habitación que ahora los empleados de la empresa de bienes raíces ocupaban a título de oficina. Desde allí llegaban voces y ruidos de pasos. Pero todo había desaparecido para Ferdinand. Se encontraba solo frente a su pasado. La puerta de la que fuera la habitación póstuma de su padre se elevaba frente a él, cerrada. Vaciló un instante, dudando si debía escarbar una vez más en esa herida sangrante de su vida. Finalmente, con mano temblorosa empujó la puerta y comenzó a abrirla. Por un instante temió vivamente hallarse de nuevo frente a la presencia de su padre moribundo, tendido sobre el lecho. Pero allí dentro, bajo una luz algodonosa que penetraba por el ventanal, todo parecía estar embalsamado: la araña de caireles enfundada en tela blanca, las pocas sillas que quedaban y la cama; vencidos fantasmas cubiertos por raídas sábanas fuera de uso. Ferdinand avanzó un par de pasos, como no pudiera hacerlo tantos años atrás, con la congoja taladrándole el pecho. Bajó la cabeza y cerró los ojos, meditabundo. De pronto, un mísero sonido, tal vez proveniente de afuera, lo rescató de su abstracción. Y entonces observó, en uno de los rincones de la pieza, una suerte de elevado cilindro cubierto también por lienzos, en el cual no había reparado antes. «Un vestidor» pensó. «O quizás algún artefacto médico que mi padre haya necesitado en sus últimos días. Un respirador, tal vez». Se acercó lentamente, curioso. También podía ser, dedujo, uno de aquellos extraños y bellos aparatos de aluminio que usaban los barberos para mantener calientes las compresas faciales, como también sus tijeras y navajas de rasurar. Su padre había sido siempre cuidadoso con su cabello y no habría dudado en hacer traer una de aquellas novedades a su pieza, de ser necesaria. Ferdinand se detuvo frente al cilíndrico envoltorio, casi de su estatura. Un ruido prácticamente inaudible bajo el lienzo, atrajo su atención. Un ruido como el del roce de la seda, similar al que le había hecho abrir los ojos momentos antes. Descorrió el lienzo y vio la jaula. Adentro, inmóvil, se hallaba el papagayo que su padre trajese de África, junto con la peste que lo arrastrara a la muerte. Ferdinand lo contempló, abismado. La inmovilidad del ave le hizo suponer que se hallaba disecado. Pero de pronto el pájaro, alarmado quizás por la presencia de un extraño, torció apenas su cabeza, mirando sin ver con uno de sus opacos ojos ciegos. Ferdinand no se atrevió a volver a taparlo. Conmocionado, dio media vuelta y se alejó lentamente hacia la puerta. Tomado del picaporte, lanzó una última mirada hacia la habitación que perteneciera a la persona que más lo había herido en la vida, aparte del desconocido artillero alemán que le perforara el cráneo con una granada. Iba a cerrar, con un suspiro, cuando un mínimo parloteo lo detuvo. Creyó haber escuchado mal, pero al repetirse el sonido, no tuvo dudas; el papagayo estaba emitiendo un débil susurro. Casi — Ferdinand podía afirmarlo— unas palabras. Con paso firme volvió junto a la jaula inclinándose hacia la cabeza del pájaro. Pasaron unos instantes y el ave no dijo nada. Al contrario,

parecía haber vuelto a su inmovilidad de estatua. Ya Ferdinand decidía marcharse, cuando otra vez, el extraño parloteo. Ferdinand volvió a inclinarse acercando su oreja a los barrotes, ansioso.

—Ferdinand... Ferdinand... Mi pequeño demonio... Te perdono... —articuló el papagayo, muy quedo. Ferdinand frunció el ceño, oprimió aun más su oreja sobre los barrotes, jadeando profundamente. Esperó.

—Ferdinand... Ferdinand... Mi pequeño demonio... Te perdono... —repitió el ave, monótona. Ferdinand se incorporó pero tuvo que aferrarse a los barrotes para no caer. Allí, en el pico torpe y ajado de ese loro, estaban las últimas palabras de su padre, las finales, las de despedida, las que cerraban su paso por la vida. Algo fresco y saltarín ensanchó entonces el pecho de Ferdinand. La luz que provenía de la ventana era ahora más clara y resplandeciente. El aroma que llegaba desde afuera, más puro y revitalizador. Salió de la habitación cerrando la puerta y se encaminó, trémulo, hacia donde lo esperaba el señor Ollivier.

TÍO ENRIQUE

Me gusta Rosario cuando llega el invierno. Cuando caen las primeras nevadas y por el Paraná bajan los grandes bloques de hielo. De chico, yo subía a la terraza de mi casa, me trepaba a un pilar y desde allí veía, entre algunos edificios, pedazos del río y el rayón verde de la isla. Y también divisaba los hielos, derivando aguas abajo de la misma forma en que lo hacían los camalotes durante el verano. Quintina decía haber visto animales sobre aquellos témpanos. Monos, pecaríes y hasta víboras, pero no se le podía creer mucho porque ella era muy fantasiosa pese a su simpleza. Lo cierto es que yo había visto una familia de paraguayos bajando en un camalote y Eduardito contaba que una vez venía una lampalagua comiéndose un chanco arriba de uno de esos hielos.

Lo que a mí me encantaba mirar era la llegada del hidroavión. Yo sabía que llegaba a Rosario a eso de las cinco de la tarde y me escapaba hacia la terraza. Acuatzaba muy cerca de la zona donde yo vivía (Catamarca y Corrientes, el Edificio Dominicis) y entonces se lo podía ver, próximo y brillante, metálico, como si ya viniera mojado. Era un aparato panzón, hermoso, y se divisaba bajo las alas —y entre los dos inmensos flotadores— la fila de ventanitas. Incluso a veces llegaban a verse los rostros levemente despavoridos de los pasajeros, aún no muy acostumbrados a aquellas aventuras. El hidroavión descendía y yo no lo veía tocar el agua porque ya me lo tapaban los edificios. Y eso que acuatzaba bastante antes de la Estación Fluvial porque, en aquellos tiempos, toda la zona frente a la estación estaba copada por la actividad increíble de las dársenas. Estoy hablando, por supuesto, de antes de que los porteños nos robaran el puerto. Mi viejo me llevaba muchas veces a visitar el puerto. No se permitía entrar. Siempre había un marinero de guardia pero mi viejo le decía un par de cosas, muy suelto, canchero y el marinero nos facilitaba la entrada. De allí en más crecía un bosque de mástiles y de torretas de los barcos y, dejando el auto (un Fiat Balilla, negro), empezábamos a recorrer los depósitos y los galpones entre la multitud de gente. Aquello era una sinfonía de razas y colores. Había marinos rubios y colorados, de pelo casi blanco algunos, muy atildados que llegaban de los vapores de ultramar europeos. Había hindúes, con sus turbantes y taparrabos. Chinos, malayos, que bajaban de sus praos procurando conseguir perros para comer (decía Quintina que tía Lilia les había vendido el *Batuque* cuando ya estaba viejo). Había árabes que siempre parecían pelearse por su forma aparatosa de conversar. Y había negros, gigantescos algunos, llegados desde África en galeones o esquifes que, en ocasiones, procuraban escapar solicitando trabajo en la construcción del Monumento a la Bandera (el primero, el que no se terminó). Todo eso le daba al lugar una algarabía, una vitalidad y una atmósfera formidable. Los gritos, las órdenes, el azote de las velas al desplegarse, los mil idiomas diferentes, las corridas de los marineros

franceses cruzando el boulevard costanero para cambiar divisas en el Sunderland o en el Wembley. El rezongar de los animales, que también los había. Estaban los enormes caballos de la Policía Montada con sus jinetes de uniforme azul que los hacían caracolear entre los bultos y los cajones descargados procurando evitar robos y fundamentalmente peleas, entre los balleneros nórdicos y los atuneros de El Callao, que bajaban siempre absolutamente borrachos con agua de alcanfor. Y había chivos, camélidos, jaulas repletas de loros, guacamayos y monos amazónicos. Hasta una jirafa vi un día, algo absorta, como espantada por todo aquel caótico mundo que la rodeaba. Y los jueves (porque aquel día fue un jueves) se cruzaban desde la isla los charrúas a vender sus pieles de nutria y de manatí. Llegaban con sus chalupas gambeteando la multitud de falúas, bajeles, balsas y monitores hasta amarrar bien enfrente del espigón de madera del Náutico, donde ya los esperaban grupos de comerciantes, ávidos por adquirirles de todo, incluso artesanías. Antes, me contaba mi viejo, los charrúas venían casi desde la zona de Victoria (carpincheros, más que nada) pero habían sido muy corridos por los *ajeros*, vendedores de ajo, rosarinos que recorrían los esteros en pequeños grupos trashumantes, muy agresivos y rencorosos desde que fueran expulsados del Circo Criollo. Después, con los años, lamentablemente los charrúas fueron cada vez más y más hostigados hasta que terminaron, unos pocos, fundando un club de fútbol, en la zona de Tablada. Pero aquel jueves volví a recuperar, por sobre todas las cosas, la impresión que me causaban los olores de esos indios. Relucían sus pieles curtidas bajo el baño de sudor (venían remando desde El Embudo) y resaltaban, nítidos, los tatuajes primitivos que reproducían sábalos, mandubíes y viejas del agua sobre pechos y muslos. Había uno de ellos, recuerdo, que me impresionó porque lucía en la espalda el esquema completo del sistema nervioso de un surubí, lo que demostraba hasta qué punto conocían aquellos salvajes la fauna del territorio. Pero el aroma era fuerte. Ellos embadurnaban sus cuerpos con grasa de boga macho para adquirir un olor familiar al de su presa predilecta (*bogueros* solían llamarlos antiguamente los querandíes), o bien con la sustancia que sacaban de una glándula suprarrenal que tienen las tarariras tras las agallas y que (según los zoólogos) les trae buena suerte a dichos peces. Era un olor penetrante, que aún hoy llevo instalado en las narices y que prevalecía sobre las mixturas a sorgo híbrido, a canela, a coco, pimentón, almizcle, alcanfor, láudano, bosta de caballo y goma quemada. Yo nunca me había acercado mucho a los charrúas, en parte porque de inmediato se arremolinaban en torno a ellos docenas de comerciantes procurando esquilmarlos y en parte porque mi padre tenía cierto recelo hacia esas criaturas (se hablaba de que habían dado muerte en la isla a fines de la centuria, a un abuelo de Candiotti, el famoso nadador de aguas abiertas). Pero ese día estaba tío Enrique con nosotros y tío Enrique era policía. No policía de uniforme, sino detective, lo que lo hacía más interesante. Era un par de días antes de Navidad,

fecha que siempre me ponía muy alegre y expectante, y yo con mi viejo y con mi tío, nos estábamos encargando de las compras para las fiestas. El tío incluso me había prometido que si había llegado algún vapor desde el Kuomintang (Pekín) podría comprarme petardos y fuegos de artificio dado que en eso los chinos eran verdaderos maestros. Pero el real motivo de nuestra visita al puerto era muy otro. Ya mi viejo había apalabrado a los charrúas para que nos trajeran un chanco jabalí, cosa de hacerlo al horno para la Nochebuena. Tío Enrique era un personaje casi mitológico en mi casa, especialmente porque aparecía muy de vez en cuando. Cuando venía, al llegar nomás, sacaba de abajo del saco un revólver que se me antojaba gigantesco y se lo entregaba a mi madre, casi oculto, para que lo mantuviera alejado de los chicos. Vestía siempre camisa blanca abierta, sin corbata, saco marrón y bombachas grises. Botas también, porque andaba mucho por zonas rurales y solía ocuparse de casos de abigeato. Manejaba un antiguo Ford —de los llamados *a bigote*— y en él ese día nos fuimos para el puerto a buscar el chanco, programa que me encantaba compartir. Aquel jueves, sin embargo, tío Enrique me sorprendió al llegar a casa, no solo porque no le entregó el revólver a mi vieja, sino porque me preguntó algo.

—¿Tenés una lupa, Negrito? —me dijo. Yo, sin decir nada, fui a buscar mi lupa, la de la escuela, de plástico, que se prolongaba en una reglita de diez centímetros y, como tenía punta, podía hacer las veces de cortapapeles.

—¿Y la tuya, Enrique? —escuché que preguntaba mi viejo.

—¿La de la repartición? Sabes qué pasa, Berto... la llevé a arreglar a Lutz Ferrando. Se descalibran, las lupas. Y más con este clima puto de Rosario. Húmedo. Pierden balance. Uno empieza a ver cualquier cosa.

—¿No será que andás mal de la vista, Enrique?

—Tu abuela, che. ¿Encontraste o no encontraste esa porquería, m'hijito? —me gritó.

Yo ya llegaba con la lupa, que había quedado debajo de la mesa del patio, donde la había instalado procurando incinerar un cascarudo con ayuda de los rayos del sol. Tío Enrique se guardó la lupa sin decir ni gracias en un bolsillo interno del saco. Tenía al cuello un pañuelo rojo, me acuerdo.

Rato después estábamos en su auto —capota de lona blanca, muy maltrecha, ventanillas de mica— rumbo al puerto. Me gustaba salir con mi viejo. Y él, cuando podía, me llevaba. «La vida está en la calle» repetía, justificando tal vez su escasa afición a quedarse en casa. Bajando por Laprida, rumbo a la Aduana, aquello ya era un caos de gente, coches y carromatos. No solo era el día de Navidad, sino que además, se hallaba surto en el puerto el acorazado norteamericano Maine (que tiempo después hallara trágico final en La Habana) escoltado por los avisos argentinos King y Murature, que ya desde esa época insistían con sus visitas a la Capital de los Cereales. A veinte, treinta cuadras del puerto podía verse a los jóvenes marinos

yankis, con el vivo rojo y blanco ribeteando sus gorras, erráticos por las calles, averiguando dónde quedaba el barrio de Pichincha, comprando empanadas turcas, preguntando por el Parque Independencia con la intención de ir a conocer la Isla de los Monos. Una multitud de curiosos, mujeres alborotadas por la presencia de los embarcados extranjeros con sus vistosos uniformes, desocupados, quinieleros y vendedores ambulantes, circulaba también por la bajada de calle Buenos Aires, dificultando el andar de nuestro coche que prácticamente debía marchar a paso de hombre ante las puteadas torrenciales de tío Enrique, que alardeaba de mal hablado. Primero compramos unas barras de hielo que, envueltas en arpillera, metimos en el baúl. Sidra, también. Vino blanco. Frutas, a los isleros que llegaban desde El Puntazo, el villorrio lacustre que se levantaba donde ahora están las Cuatro Bocas y que se llevó entero la gran crecida del año 52. Después ubicamos a nuestros charrúas y cargamos el chancho jabalí (envuelto en papel de diario) en el asiento de atrás del auto, lo que me dejaba apenas un resquicio para sentarme. Resoplando por el esfuerzo, tratando de disimular la agitación, tío Enrique se metió en el coche y preguntó a mi viejo.

—¿Ya tenemos todo?

—Tenemos que pasar por lo de Mecha.

—¿Por lo de Mecha y Celita?

—Sí. Hacen el vitel tonn . El que hacen siempre.

Enrique mir  a mi padre, frunciendo el ceño más de lo habitual.

—¿El turrón y esas cosas? —se interesó.

—Las trae Elvira.

—¿Viene Elvira? ¿No estaba peleada con la Eloy?

—Vos sabes cómo son.

—Puter os de mujeres.

Enrique empezó trabajosamente a maniobrar el auto para sacarlo de aquel marasmo de gente y carromatos. Había en la rada un vapor belga, recuerdo, que venía cargado de guano, desde las islas guaneras del Perú, en el Pacífico. Ese olor, mezclado con todas las otras esencias fuertes de fruta y pescado podrido, hacían el aire levemente irrespirable. Personas grandes o los mismos marinos orientales, circulaban con la nariz y la boca tapadas por un barbijo.

—Lo que hace el sitio más peligroso —puntualizó t o Enrique, recuperando quizás su espíritu de policía—, jodido cuando la gente no anda a cara descubierta. Es como en los corsos, que deberían prohibirse. Antes de ayer nomás, acá, un filipino taje  a otro, por una cuestión de monedas. Y nadie pudo verle la cara.

Se prendió a la bocina, un poco harto sin duda por la multitud.

—Me va a venir bien pasar por lo de Mecha — dijo como para sí.

—¿Por qué? —pregunt  mi viejo, que le gustaba charlarlo.

—¿Eso queda por Callao y Urquiza, no?

—Sí.

—Ando en un caso... —anunció en su estilo un poco misterioso Enrique.

—¿Un caso? —se asombró mi viejo —¿Mecha y Celita están metidas en un caso?

—¡Qué van a estar metidas esas viejas chotas! —se rió el tío—. En lo único que pueden estar metidas es en la búsqueda de algún negro que les saque las telarañas — se fue frenando en su ímpetu, tal vez consciente de mi presencia—... de la cotorra.

Mi viejo, su brazo izquierdo extendido por detrás de la espalda de Enrique, se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

Enrique hizo un vaivén con la cabeza hacia atrás, sin apartar los ojos de la calle.

—Acá... el Negrito... —indagó.

—No... —sonrió mi viejo— el Negrito ya sabe todo— volvió a guiñarme un ojo.

—¿Ya sabe, no?

—En la escuela... ¿viste? Los pibes de ahora...

Sentí en ellos la complicidad para conmigo y volvió a inundarme un sentimiento de felicidad. Estaba compartiendo un programa de hombres.

—¿Qué caso? —la siguió mi viejo —. ¿Seguís con el asunto del robo del puerto?

—Me sacaron, Berto —sonó serio lo de Enrique—. Me sacaron. Y... era claro. Yo ya tenía todas las conclusiones al alcance de mi mano. Son los porteños, Berto ¿quién no lo sabe? Los porteños que nos están robando el puerto.

Se quedó un momento en silencio, incluso pareció que no iba a hablar más del asunto, protegiéndose en la reserva profesional.

—El mes pasado descubrí un galpón —continuó, sin embargo—. Un galpón, en Dársena 8, con un silo entero, desarmado, que se lo estaban por llevar en ferrocarril para Buenos Aires. Mira vos. Un silo entero. Y las grúas, bueno... las grúas están desapareciendo de a poco. Viste que tienen rieles, se desplazan sobre rieles de barco en barco. Bueno. De noche, empalman esos rieles con los de *El Porteño* y allá van las grúas, rumbo al puerto de Buenos Aires. Yo las vi, Berto. Y ahí fue donde me sacaron, me pasaron a otro caso—. Esta vez, sí, tío Enrique se llamó a silencio. Seguimos un rato sin que nadie hablara. Solo Enrique silbaba entre dientes.

—Che —preguntó de pronto— ¿pacú no compramos?

—No llega, Enrique. No sé por qué ya no baja desde Santa Fe. Dicen que se asusta con el ruido del puente colgante.

—La puta madre que lo reparió. Están haciendo cagar todo con este asunto de los adelantos técnicos y todas esas pelotudeces.

—Te confieso que a mí mucho no me gusta. Muy grasoso.

—Eso sí. Pesado. Después te tiras unos pedos que te queman la puerta del ojete. Los pelos del culo se te chamuscan.

Era el mejor tío Enrique. El mal hablado. El que había originado una diversión

entre mis primos y yo: jugar al tío Enrique. Nos escondíamos tras alguna pared lejana y decíamos malas palabras. Pero el tema del pacú era cierto, se estaba acabando. Aquel pescado casi circular, chato y oscuro, al que llamaban por la virtud de su carne *el conejo de río*, ya no llegaba a nuestras aguas, poniendo fin a la costumbre navideña de servirlo en la fuente central, acompañado con moras calientes, mamón y batata. El tradicional *Pacú de Navidad* que publicitaba en el diario la Casa Pompeo, tocaba ya a su fin.

A la casa de Mecha y Celita se accedía por un largo pasillo luego de pasar una puerta estrecha de metal pintada de verde. Tras tocar un par de timbrazos anunciando nuestra presencia caminamos por el pasillo con Enrique a la cabeza, golpeando las manos, ruidoso, al estilo campo. Nos abrieron la puerta un par de viejas, no mucho más viejas que Enrique, que hicieron el consabido escándalo de fingido asombro y de reproches.

—¡Qué milagro que vengan por acá! —graznó Celita, toda de negro, por supuesto—. Parece que al fin se acuerdan de las viejas.

—¡Qué bien te veo, Celia! —mintió ostensiblemente tío Enrique—, ¡siempre guapa, carajo!

—Si no es para estas fechas, ni por teléfono la llaman a una ¡Mecha, vení, mira quién vino!

Por la galería llena de plantas llegó Mercedes, rengueando.

—Va a caer piedra, Celita —se anotó Mecha— nos vienen a visitar.

—Puede ser que cuando Dios nos lleve se acerquen para el velorio —Celia era ácida.

—Si ustedes dos nos van a enterrar a todos —dijo mi viejo, riendo.

—Vos también estás muy bien —Enrique le dio un beso a Mercedes—. No me extrañaría que tengas algún bombero correntino que te caliente los pies.

Mecha se escandalizó, o fingió hacerlo, pero de inmediato la actitud de ambas cambió al descubrirme. Tuve que soportar los habituales apretujones, los aromas a polvo para la cara, a perfume dulzón, una reminiscencia a orines. Celia se volvió hacia la cocina. La casa era en un centro de manzana, amplia, con un gran jardín bastante descuidado, con árboles frutales, quinotos, damascos, y una fuente ornamental chiquita, revestida con pedacitos de azulejos blancos y azules. Mientras, Mercedes nos contó su última operación, un alto apenas en su paciente espera a que el Señor se la llevase consigo. Pronto volvió Celia con una gran bandeja cubierta prolijamente con papel manteca. Se la dio a mi viejo y mi viejo la llevó hasta el auto, por el largo pasillo.

—Decime, Mecha... —Enrique frunció los labios como degustando algo y entrecerró los ojos— ¿tiempo atrás vos me dijiste que habías encontrado algo en el jardín?

—Ah sí. El túnel. Pero hace mucho.

—Cuando te llamé por lo de Victorio.

—Cuando me llamaste por lo de Victorio, pobrecito.

—Porque si no es por una desgracia a nosotras no nos llama nadie, Enrique, es como si no existiéramos para la familia— terció vindicatoria Mecha.

—¿Cómo fue eso? —no le dio bola Enrique.

—Le dijimos a don Campos que nos enterrara el tero— siguió Celia—. ¿Te acordás de don Campos? El señor que nos mantiene esto más o menos en orden — señaló el jardín.

—Porque nosotras ya no podemos hacer nada— volvió a la carga, Mecha—. Yo estoy loca con lo de mi cadera.

—¿Y te acordás que teníamos un tero? —dijo Celia. Enrique aprobó con la cabeza.

—Te lo traje yo.

—Nos lo trajiste vos. Muy guardián. Hasta a los gatos los sacaba cortitos — informó Mecha.

—Bueno, se nos murió. Y le dijimos a don Campos que lo enterrara. En este mismo jardín también hay enterrados un par de perros. No sé si te acordás del Capitán. Y un gallo, el Heráclito, que se murió de moquillo.

—Me acuerdo.

—Bueno. Y cuando don Campos va a enterrar el tero, hace un pozo y se encuentra con algo duro. Sigue cavando y no va y encuentra la bóveda de un túnel. La rompió y entró al túnel y todo.

—Con los años que tiene, fijate vos, Enrique. Si vieras que ágil, este hombre — añadió Mecha.

—Y era nomás un túnel —siguió Celia—. Vaya a saber a dónde iba. Yo le dije inmediatamente que lo tapara. No fuera a ser que se entere la Municipalidad y por ahí lo quieren declarar lugar histórico y te expropian el Jardín.

—Además —Celia no aflojaba—, no te permiten construir nada, Enrique. Vos querés sembrar coliflores y por ahí te lo prohíben.

—O hacer de nuevo el gallinero, sin ir más lejos.

—¿Y lo taparon nomás? —preguntó Enrique.

—Por arriba, apenas —Celia señaló hacia el fondo y se encaminó hacia allí—. Le pusimos unas chapas para taparlo. Porque quedó el pozo. No vaya a ser que pase alguno, se caiga y se quiebre una pierna.

—Yo, por ejemplo —se condolió Mecha—. Que casi no veo. No veo, Enrique.

—¿Vamos a verlo? —propuso Enrique.

—Le habíamos dicho a don Campos que lo tapara con tierra —explicó Celia mientras caminábamos sobre un césped bastante alto—. Pero el pobre no sé qué peste

se agarró y hace como dos meses que no aparece.

Llegamos atrás de un mandarino, casi junto a la medianera y vimos las chapas sobre el piso. Y tierra removida. Enrique, con la decisión propia de su oficio, apartó las chapas y quedó a la vista el pozo, la bóveda rota de ladrillos y la oscuridad.

—Vení, Berto —ordenó Enrique—, acompañame.

Mi viejo dudó un instante.

—¿Tenés algo que hacer? —insistió Enrique.

—No. Nada.

—Vamos, entonces. Vení, Negrito.

Nos descolgamos adentro del pozo guiados por la luz de una linterna que sacó Enrique de quién sabe dónde. Era un túnel casi cilíndrico, de ladrillos, muy oscuro, donde el aire estaba fresco y olía terriblemente a humedad.

—¡Cierren nomás, Celita! —gritó Enrique hacia arriba—. ¡Cierren que nosotros salimos por el otro lado!

Ni esperó a recibir alguna respuesta. Muy decidido empezó a caminar por el túnel, iluminándose con la linterna, con nosotros atrás, como si estuviera en la calle Córdoba.

—Ojo abajo —me alertó mi viejo, dándose vuelta—. Sacate las manos de los bolsillos. El hombre que anda en la calle no puede ir con las manos en los bolsillos. Siempre una por lo menos afuera. Por si uno se cae, se tropieza. Ponés la mano y te protegés la cara, no te cagás de un golpe. Hay que saber caer. Hay que estar siempre atento.

—Está lleno de estos túneles, Berto —llegó la voz de tío Enrique desde adelante, su silueta recortada por el haz de luz de la linterna—. No se puede creer la cantidad que hay. Toda la base de la ciudad está perforada por un laberinto de túneles que viene del puerto. Algún día se va a derrumbar todo, te garanto.

—Había sentido hablar. Pero no creía que era tanto —dijo mi viejo.

—El contrabando, ¿sabés? Han hecho túneles para todos lados. Algunos salen en Funes, fijate lo que te digo. Y éste, estoy casi seguro, es el que empalma con el que viene desde el Palacio de Justicia.

—¿Y adónde va? —dijo mi viejo, posiblemente algo inquieto.

—A Pichincha, querido, ¿adónde va a ir? Te imaginás que los jueces no pueden mostrarse muy públicamente yendo al *quilombo*. Hay otro túnel, incluso, que termina debajo del escenario del teatro Colón, el de Corrientes y Urquiza. Lo usó el gran Caruso, cuando llegó en la balsa desde Paraná, para rajarle a la gente.

Habremos caminado unos veinte minutos. Aparecieron luego unas pequeñas luces en el techo del túnel y finalmente, en uno de sus costados, una puerta pequeña metálica, herrumbrada. Enrique se apoyó en ella, trató de abrirla y luego, ante la imposibilidad de hacerlo, golpeó un par de veces.

—Ya vas a ver —lo tranquilizó a mi viejo, mientras esperábamos. Por fin nos abrió la puerta una señora gorda, cincuentona, muy pintada.

—Qué hacés, Norma, cómo te va —dijo Enrique mientras pasábamos.

—Subcomisario, que sorpresa —se sonrió forzosamente la mujer mientras se ponía una mano en el pecho—. Los escuché de casualidad, porque bajé a buscar una botella de agua de Jane. Si no, no los escuchaba. No es horario habitual para que venga gente.

Estábamos en un sótano escasamente iluminado. Por una banderola minúscula entraba la luz del mediodía.

—¿Está la Polaca? —preguntó Enrique mientras subíamos por una escalera de cemento.

—Está durmiendo. Terminó tarde anoche.

—¿Por qué no le decís que se despierte? Quisiera hablar un par de cosas con ella. Norma se volvió para mirarlo.

—¿Es por lo del abogado?

Enrique no contestó. Habíamos llegado arriba y estábamos en un vestíbulo amplio, bastante bien puesto, con sillones. Enrique se derrumbó en uno de ellos. Yo me apoyé en el posabrazos de otro. Mi viejo imitó al tío.

—Andá a buscarla. Haceme la caridad, Normita —repitió Enrique. La mujer desapareció por una puerta. Había olor a guiso. Enrique se tocó la punta de una bota, con esfuerzo.

—La puta que lo parió con esta humedad de mierda —dijo—. Cuando se pone así, tengo un sobrehueso que vos no sabes lo que me jode, Berto. Tendría que operarme.

—Y operate —aconsejó mi viejo, con el tono de voz bajo clásico de quien está en una casa que no conoce.

—Tu abuela me voy a operar. A mí no me agarran esos matarifes.

Apareció la polaca, precedida por el cacheteo acompasado de sus pantuflas sobre el mosaico. Era notorio que se había puesto encima un vestidito liviano a las disparadas y todavía se seguía arreglando con las manos el pelo casi rojo. Era grandota y muy blanca. No podía decirse que fuera linda. Impresionaba, más bien. No esbozó ni una sonrisa al saludar.

—¿Qué hacés, Susana? —Enrique, en un impensado gesto caballeresco, se puso de pie y mi viejo lo acompañó—. Se me hace que recién te levantás.

—Así es —la que se sentó ahora fue Susana, sin mucho estilo, casi zanguanga—. Estuve cantando hasta tarde anoche, casi las cinco.

Enrique se volvió a sentar.

—¿Siempre acá? —señaló con el pulgar—. ¿En el Panamerican?

—Siempre ahí —Susana había sacado un cigarrillo con velocidad de

prestidigitador y agitó la cabeza un par de veces más acomodando el cabello—. Me hablaron de otras partes. Me quisieron llevar a Buenos Aires. Desde Asunción también. Pero prefiero quedarme. Estoy cansada.

—También, acordate, no podes salir del país.

—¿Por lo del abogado?

Enrique asintió con la cabeza. Susana exhaló humo por la nariz.

—Se va a solucionar pronto —dijo.

—De eso quería hablarte.

—¿De eso? —Susana se quedó mirando a Enrique—. Vamos a mi pieza —invitó.

Otra vez todos de pie.

—Vengan —dijo Susana. Mi viejo se retrajo un tanto, negó con la cabeza.

—Nosotros te esperamos acá, Enrique —dijo.

—No, vení. Vení Negrito, —me incluyó— es cosa de un minuto.

Seguimos a la polaca y a Enrique. Pasamos por un patio largo y estrecho. Subimos a un altillo. Susana tenía una habitación grande, arreglada minuciosamente con muchos mantelitos bordados y muñecas de porcelana. Ella se tiró en la cama, tío Enrique se sentó en la única silla. Mi viejo y yo nos apoyamos en una alacena. Enrique no perdió tiempo.

—¿Sabés que al abogado lo mató un tal Genovese?

—Leí. Leí en el diario —dijo Susana.

—¿Lo conocías? ¿Conocías a ese Genovese?

Susana, casi recostada en la almohada alta, negó con la cabeza.

—No. No lo conocía.

—¿No lo habías visto nunca con el abogado?

—No. No lo había visto —pensó un momento, pellizcándose el labio inferior—.

O creo que no lo había visto. Se imagina que después de tantos años, cuatro años... Eugenio me presentó a tanta gente que... es difícil acordarse de todos.

—Me imagino.

—Es como si me acordara de todos los que pasan por el Panamerican. O de todos los que vienen a saludarme al camarín.

—Este es un morochón, alto, de Venado Tuerto, un comisionista de bolsa, de bigotes, buen pelotari.

Susana se encogió de hombros.

—Por ahí lo conocí, no recuerdo.

—¿El abogado nunca lo trajo acá?

—¿Acá? No. Acá incluso veníamos muy poco con Eugenio. Usted sabe que Norma es muy celosa en esas cosas, con el prestigio de la pensión. Con Eugenio me permitía, porque sentía una gran admiración por él. Un hombre de leyes, decía. Y aparte porque Eugenio podía llegar a ayudarla en algún momento. Usted sabe que

siempre hay problemas con los impuestos. Pero ya que Eugenio viniera con otro, muy difícil.

—Sin embargo... —tío Enrique hizo una pausa, algo teatral— supe que antes de anoche vino alguien a visitarte. Y era un hombre.

Susana se sobresaltó. Luego afirmó con la cabeza.

—Mi hermano —dijo—. Vino mi hermano desde Las Varillas. Cuando supo lo de Eugenio vino a verme para saber cómo estaba —hizo un silencio—. Yo había ido un par de veces con Eugenio a mi casa, a visitar a mis padres. Lo querían mucho.

Tío Enrique miraba hacia abajo. Había sacado de un bolsillo un pedazo de papel y lo hacía girar entre sus dedos. Advertí que era uno de esos formularios policiales donde se registran las huellas digitales. Lo volvió a guardar en un bolsillo.

—Tengo que hacer una comprobación, Susana —dijo de pronto, cortante, poniéndose de pie. Susana lo miró, seria.

—Por favor, parate —ordenó tío Enrique— y ponete acá adelante, debajo la luz.

Susana obedeció, levemente demudada. Caminó hasta Enrique y se detuvo a solo veinte centímetros de él, bajo el haz de luz de la lámpara que colgaba del techo. Enrique comenzó a estudiarle la piel de la frente, entrecerrando los ojos, silbando entre dientes, las manos en los bolsillos, balanceándose apenas hacia atrás y hacia adelante. Estudió las mejillas de Susana, la piel blanca y tirante a los costados de la nariz. De pronto, Enrique sacó mi lupa, la limpió con la falda de su saco y comenzó a escrutar el rostro de Susana a través del lente de aumento. Fruncía los labios y canturreaba. Detuvo un instante la inspección sobre el largo cuello de la mujer.

—Por aquí anduvo gente —musitó.

—¿Co... cómo? —vaciló Susana, la mirada en alto, en algún punto del empapelado floreado.

—Se notan claramente las huellas dactilares —dijo Enrique.

—Serán mías. Estuve algo afónica. Me cuido para cantar.

Enrique dobló un poco las rodillas y depositó su atención sobre la zona de las clavículas. Chistó dos o tres veces, como quien azuza a un caballo, negando.

—No son huellas tuyas, querida. Es huella de hombre. Se acumulan en esta parte. Y bajan.

Susana tragó saliva.

—Hará cosa de dos días —murmuro tío Enrique—. Un hombre solo. Dedo de yema ancha. Las huellas se pierden hacia abajo...

Los hombros de la polaca se sacudieron. Meneó la cabeza. Parecía que se desarmaba.

—No puede ser —lloriqueó—, no puede ser.

—Y fijate vos... —Enrique, sin dejar de sostener la lupa con su mano derecha, sacó el papel con el que había estado jugueteando minutos antes y lo elevó en el aire,

a la luz, con la izquierda—. Son las mismas huellas que me dieron en la Jefatura, de Genovese.

—¡No! —estalló Susana, dando un paso hacia atrás—. ¡No es verdad! Usted miente.

—¿Querés verlas? —Enrique le estiró el papel. Susana negó con la cabeza—. Son idénticas. Y seguro que encuentro más, más abajo, si me dejas seguir mirando.

—¡Yo me bañé! ¡Me froté bien —lloró, ahora sí, desenfadada, Susana.

—Las huellas de un hombre sobre la piel —asesoró doctoral tío Enrique, guardando lupa y papel en un bolsillo y dando unos pasos junto a la cama— pueden durar de veinte a treintaicinco días. Y si es un hombre de cutis graso, casi cuarenta.

Susana lloraba quedamente, de pie, ocultando su cara con las manos.

—Le dije que se pusiera guantes —musitaba—. Le dije que se pusiera guantes.

—¿Fue Genovese el que vino el martes, no es así? —preguntó tío Enrique. Susana no dijo nada. Mantenía las puntas de sus diez dedos sobre la boca y miraba hacia la nada, los ojos llorosos. Asintió levemente con la cabeza. Tío Enrique nos miró a mi viejo y a mí.

—Vamos yendo —nos dijo. Luego se volvió hacia Susana— después nos vemos — saludó.

Bajamos las escaleras y cruzamos el patio en silencio. El olor a guiso recrudecía y desde la cocina apareció Norma, presurosa, limpiándose las manos con un repasador, masticando algo. La saludamos y nos fuimos. Afuera el sol daba vertical y hacia calor.

—¿A cuánto estamos de lo de Mecha y Celita? — preguntó Enrique.

—Serán ocho, diez cuadras —estimó mi viejo.

—Vamos caminando. ¡Qué vamos a tomar tranvía!

—Oíme, Enrique... —dijo mi viejo, lanzado a caminar—. Vos bien sabes que las huellas digitales no se detectan en la piel.

Enrique hizo un visaje.

—Pero ella no lo sabía, Berto. A veces el asunto no es saber más cosas que los demás. A veces el asunto es encontrar gente que sepa menos que uno.

—Lo que ya es decir —aseveró mi viejo.

—Putá. Lo que ya es decir.

—Sacate las manos de los bolsillos —mi viejo se volvió para reconvenirme—. El hombre que anda por la calle no debe andar nunca con las dos manos en los bolsillos. Siempre una, por lo menos, afuera. Se cae, se tropieza, y siempre tiene una mano libre para apoyarse.

MEDIEVAL TIMES

No, dejame explicarte. No porque me haya ido a los Estados Unidos quiere decir que ande derecho. Quiero aclarártelo bien porque vos bien sabés que yo nunca cagué a nadie. Ahora, si vos me das quince minutos te explico bien qué fue lo que me pasó porque te juro que si alguien te lo cuenta no se lo podés creer. Solamente a mí me pasan este tipo de cosas, será porque soy un pelotudo o porque soy de esa clase de tipos que no se la bancan ¿me entendés? Hay otra gente que se queda más en el molde y se aguanta lo que le tiren pero yo en ese aspecto, no sé si para bien o para mal, siempre fui medio retobado ¿me explico? Pero lo que quiero es dejar la cosa bien clarito con vos como para que entiendas cómo viene la mano y que no estoy tratando, de ninguna manera, de pasarte. Es verdad que yo me fui a los Estados Unidos, es verdad. Yo te admito que habíamos quedado en vernos el 14 de febrero y yo me piré y no te avisé absolutamente nada. Pero no te avisé porque no tuve tiempo y vos sabés cómo es el Pancho. Dijo «vamos, vamos» y a mí me pareció interesante la mano y agarré viaje. En parte también para ver si se enderezaba la cosa y empezaba a verle las patas a la sota de una buena vez por todas. Porque yo fui a laburar a los Estados Unidos, Horacio, fui a poner la giba, no me fui de joda cómo es posible que te hayan batido por ahí. El Pancho y Rulo —porque el Rulo también fue— hace como cuatro años que hacen este tipo de viajes a Miami a comprar pilchas para las vaquerías y han hecho su buena diferencia. Y vos lo sabés bien, Horacio, a mí se me estaba cayendo el negocio, especialmente después del *quilombo* con la Negra. Entonces agarré, junté los pocos pesos que tenía y me fui con Pancho y el Rulo, no solo para ver el asunto de los vaqueros —porque el mercado del *jean* ya está un poco emputecido— sino también lo de los muñecos de peluche, que allá están a un precio que es joda, verdadera joda, y son unos muñecos con una confección de la puta madre y que acá los fabricantes no pueden competir en precios ni que se caguen. Porque allá los *yankis*, vos viste cómo son estos hijos de puta, ahora han encontrado el *yeite* de hacer laburar a los amarillos. Vos agarrás las pilchas, los artefactos, los juguetes y son todos de Taiwán, Corea, Singapur, de todos esos lugares donde al obrero lo tienen bajo un régimen de explotación esclavista y los hacen laburar día y noche por una taza de arroz. Porque los hacen laburar por una taza de arroz a esos tipos. Eso, cuando no hacen laburar a los que están en la cárcel, te juro, para mantenerlos ocupados, y no les pagan un carajo. ¡Los famosos Tigres del Pacífico! Se los han recogido bien cogidos a los famosos tigres del Pacífico. Estos *yankis* si no te cagan militarmente te cagan con el comercio. La cuestión es que me interesaban también los ositos de peluche porque si la cosa sigue así con la vaquería yo no me hago mucho drama y largo a la mierda. A otra cosa. Pongo un salón de ventas, lo lleno de pelotudeces y a otra cosa mariposa. Traje de esos bichos de felpa, una

belleza te juro ¿Qué edad tiene tu pibe? No, tu pibe ya está grande pero te digo que a los pendejos les vuelan el bocho esos muñecos. Hasta pescados de peluche te hacen los hijos de puta. Vos nunca te hubieras imaginado un pescado peludo pero los guachos lo hacen y no quedan nada mal, mirá lo que te digo. Me fui Horacio, entonces ¿qué iba a hacer? Vos no sabés el *quilombo* que yo tenía aquí, pero me fui. Bah, vos sí lo sabías. Así que no tenía otra. No tenía otra. Muy bien, llegamos a Miami y ahí empezamos a entrevistarnos con distintos tipos. Bien los tipos, bien. Cubanos casi todos. Una suerte, te digo, porque el Pancho y el Rulo no hablan un sorete de inglés. Que yo antes me preguntaba ¿cómo hacen estos monos para entenderse en una charla de negocios si no saben un joraca de inglés? Pero, bueno, allá son todos cubanos y la cosa se hace más fácil. Más fácil es un decir. Rápidos los cubanos. El más boludo se coge una avestruz al trote. No te creas que han hecho la guita por infelices. Me decían que el poderío actual de todo Miami es gracias a estos cubanos, cosa que yo no podía creer, gusanos de mierda, que se rajaron todos huyendo de la Revolución y llegaron con el culo a cuatro manos hasta Miami, sin un puto mango. Porque yo pregunté si habían llegado con guita y me dijeron que no. Que Fidel no les dio tiempo ni para llevarse un calzoncillo, mirá lo que te digo. Y sin embargo los ñatos, los que habían sido multimillonarios en Cuba a los veinte años, veinte años después ya habían recuperado esa fortuna en Miami. Mirá vos los tipos. Unas luces los cubanos. Charlamos un poco con ellos a pesar del asco que me daban esos gusanos y se nos quedó colgada una entrevista con un pesado de las pilcherías, un tal Ajubel, me acuerdo, para tres días después. Teníamos tres días al pedo entonces. Y va el Pancho, que tiene un petardo en el culo, vos lo conocés: no hay Dios que lo haga quedar más de dos minutos en un mismo lugar y se le ocurre ir a Disneylandia. ¡A Disneylandia, fijate vos! Que no había ido nunca, que para qué mierda nos íbamos a quedar en Miami y todo eso, empezó a romper las pelotas. Y el Rulo se anotó. También con lo mismo. Yo no quería ir ni en pedo. Y te lo digo porque sin duda ya habrá habido alguno que te haya venido con el cuento de que yo me piré a Disneylandia en onda bacán y todo ese verso. Yo fui porque aquellos dos se encajataron con eso y si no yo me iba a tener que quedar como un pelotudo en Miami, solito mi alma, mirando los canales para latinos ¡Yo me quería ir para Las Vegas, querido! De haber tenido guita y tiempo, yo me hubiera ido para Las Vegas ¡Qué te parece! Ninguna duda. Me dijeron que estaba en pedo, que Las Vegas estaba en la loma del orto, que el avión, que el tiempo, que las pelotas de Mahoma, en fin... Nos fuimos a Orlando. El Pancho alquiló un auto, porque le encanta manejar, y nos fuimos para Disneylandia. Te juro, no sé si no era más lejos que Las Vegas. Es lejísimos eso. Yo escuchaba siempre hablar de Disneylandia, de Miami, de la Península de Florida y me creía que estaba ahí nomás. Como si vos cazás el auto acá en Rosario y te vas hasta Roldán, o a San Lorenzo, una cosa así. Santa Fe, por decirte

mucho. Los otros dos boludos encantados. Que la ruta, que el coche, que la señalización, que las hamburguesas... Te la hago corta. Llegamos a Orlando, nos metimos en un hotel cerca de los parques (porque son como parques eso), y nos fuimos el primer día a Disneylandia... A las cuatro horas de caminar, te juro, yo ya tenía las pelotas por el suelo. Lo llegaba a encontrar a Mickey y lo cagaba a trompadas, te lo juro. Gente grande, jugando a esas cosas, haciendo colas para ver la Cueva de los Piratas. Pelotudos grandotes en pantaloncito corto, tomando helados. Árabes, iraníes con una cara de turcos que asustaba, musulmanes, mi viejo, fundamentalistas que vos pensabas que estarían ahí para ponerle una bomba a la Mansión de los Fantasmas, comiendo pororó y esperando como corderos para meterse en esas lanchitas donde te ataca el tiburón. Una cosa de locos, demencial, te juro. Una cagada. Tenía razón el mexicano que manejaba la combi que nos llevó hasta Magic Kingdom, —ellos le llaman Magic Kingdom a Disneylandia— y te llevan desde el hotel en una combi.

El mexicano, Luis se llamaba, un facho hijo de mil putas, nos decía, «Son retardados los *yankis*, retrasados mentales. Les gustan todas estas cosas, se enloquecen con estos juegos. Retardados mentales, señor» nos decía. Aunque él, te digo, yo no sé si se las quería tirar del reivindicador de Latinoamérica, del gran revolucionario, de Emiliano Zapata o qué. Por ahí como nos veía argentinos y sabía que nosotros siempre hemos pensado que a los mexicanos los *yankis* se los han vivido recogiendo —como cuando les chorearon Texas— se las quería tirar de vengador de los pobres, de algo así. «Yo tuve como cuarenta de estos *yankis* a mi cargo, señor» nos decía, porque había laburado en una empresa de transporte. «Y los trataba mal, mal los trataba. No; son retardados. Imbéciles, drogadictos». Pero bien que el hijo de puta no solo vivía en los Estados Unidos, sino que se había comprado una casa para cuando se jubilara —«el retiro» le decía él— y se la había comprado ahí, en la costa de Florida, nos contaba. Mexicano piojoso. Los otros le mataban el hambre y éste se la tiraba de revolucionario. Y en esa combi que viajamos a Disney fue con nosotros también una venezolana, que justo se sienta al lado mío. Te digo que la venezolana era un cuatro, a lo sumo un cinco. Del uno al diez era un cinco, digamos, siendo generosos. Te juro que acá esa mina no me tocaba el culo ni con un palo, pero allá, ¿viste? la soledad te lleva a hacerte un poco el pelotudo. La venezolana, Leonor creo que se llamaba, andaba sola y como nosotros, también le habían quedado un par de días sandwich por negocios. Justo vuelve en la misma combi con nosotros y ahí retomamos el chamuyo. Y al día siguiente, a la mañana la volvemos a encontrar para el desayuno. Una casualidad de aquellas, porque son unos hoteles de la gran puta que están siempre llenos de gente. Pero la encuentro. Pancho y el Rulo de nuevo para Magic Kingdom, mejor dicho para Epcot, que me decían que era más interesante, más para intelectuales, me cargaban. Yo los mandé a la concha

de su madre, les dije que se fueran solos, que a mí no me agarraban más. Aparte tenía los pies que eran dos albóndigas de tanto patear el día anterior en Disneylandia. Me quedé en el telo pero arreglé con la venezolana de salir juntos a cenar esa noche. Te repito que la venezolana no me movía un pelo pero, en parte, también quería un poco refregársela por la jeta a los otros dos boludos que andaban babosos con *Regreso al Futuro*, *La Montaña Espacial* y me venían a hablar maravillas de la tecnología y del Primer Mundo. Que si eso es el Primer Mundo mejor que nos cortemos las bolas y se las tiremos a los chanchos. Un poco decirles, «Loco, ustedes sigan sacándose fotos con Minnie y el Perro Pluto que yo me voy de conga con una mina. En una de éstas hasta me echo un fierro y que después me la vengan a contar de la Montaña Rusa». Porque vos sabés bien, Horacio —y en eso somos todos parecidos— que yo puedo decirte que la venezolana no me movía un pelo, pero que si la mina me daba bola —y me daba bola— a eso de las doce de la noche (porque allá es todo más temprano) con un par de cervezas de más yo soy capaz de voltearme a esa venezolana y si me quedo más de tres días hasta en una de éstas me lo pincho al mexicano hijo de mil putas y todo, vos lo sabés. La encuentro a la venezolana a la noche y me dice, muy animada, que incluso ya me había preparado un programa. Que íbamos a ir a Medieval Times, que ya había reservado mesa, contratado el transporte y que ella me invitaba. Ahí me di cuenta de que me quería bajar la caña, pero me hice bien el boludo. Un duro ¿viste? tipo Clint Eastwood. Le pregunté, como te preguntarías vos, como se preguntaría cualquiera, qué era eso de Medieval Times. Me dijo que era un restaurante que, mientras vos morfás, hay un espectáculo medieval, de esos con caballeros, que hacen duelos con lanzas ¿Te acordás Horacio de aquella película *Ivanhoe*, que hacían esas justas medievales, a caballo, con escudos y lanzas, que el que lo tiraba al otro a la mierda del caballo ganaba? Bueno, de eso, me dice. «Cagamos», pensé. Yo que imaginaba, no te digo en un Mc Donald, pero una cosita modesta, algún boliche italiano que los hay, donde comer alguna pasta. Incluso una pizza, un vaso de vino. Yo hacía cuatro días que estaba en Miami y ya extrañaba la comida. Mirá qué boludo. Parece mentira pero es así. Y esta mina me salía con eso. Comer mientras se ve un espectáculo de caballeros con armadura, que se cagan a espada. Te juro que estuve a punto de decirle que no, que no iba, que se metiera en el orto las invitaciones y las reservas. Pero estaba al pedo, tenía hambre y ya me había quedado desenganchado de los muchachos. Ellos no iban a llegar al hotel hasta tarde y además iban a venir destrozados, como yo volví el día anterior, después de caminar más de ocho horas como unos pelotudos por todo Epcot. Ir solo a comer no me convenía porque con un solo año de inglés en la Cultural —cuando yo tenía siete— no me alcanzaba ni para pedir la sal en un boliche. Y allí en Orlando no es como en Miami que todo el mundo la parla en castellano. Allá la cagaste, hermano. Algo de inglés tenés que manejar y esta venezolana me había dicho que ella lo hablaba

perfectamente porque había trabajado en Maracaibo en una compañía petrolera de los *yankis*. Sabés que los *yankis* también se los han cogido bien recogidos a los venezolanos, entre otros muchos, con el verso de la privatización del petróleo y todo eso. Así que me fui con la mina. Por supuesto, de nuevo el chofer de la combi era el gordo Luis. Y otra vez con lo mismo. Ya no conmigo, sino con una pareja de españoles que iba con nosotros. «Retrasados mentales, señor, idiotas, ladrones también» y decía, refiriéndose a eso del Medieval Times: «Está bien, sí, muy bonito» con un tono ¿cómo te diría? despectivo, «Como para venir una sola vez, por supuesto. Usted lo ve una vez y ya está bien, señor». Medio medio ya como tratándonos como infradotados por ir a ver ese espectáculo. Como diciendo: «¡Gente grande viniendo a ver estas pelotudeces!»». Te juro que me dio bronca, ya me hinchó las bolas el mexicano. Tanto, te juro, que me predispuso bien con el espectáculo ¿Viste? De contrera nomás. Yo soy así, por eso me pasan las cosas que me pasan. Dije: «Este mexicano está hablando al pedo. No hay verga que le venga bien». Y entré contento al boliche, entré bien, de buen ánimo... ¡Para qué! Dios querido... ¡Para qué! Tenía razón el hombre. Primero te cuento que es un lugar inmenso, que quiere imitar a un castillo, por la parte de afuera. Entrás por arriba de un puente levadizo y te metés a una especie de sala de espera, enorme, muy grande. Adentro, para mí que quería una cena íntima, ya había como mil personas. Pero no te lo digo en sentido figurado. Había como mil personas, no menos. Pero antes, antes de entrar —cuando te piden la reserva, las entradas y esas cosas— ahí una minita vestida de la Edad Media, te entrega una corona. Una corona berreta de esas de cartón que se usan para los cumpleaños de los pendejos ¿viste? De algún color. Verde, o azul, o rojo. A nosotros nos tocó una a cuadritos blanca y negra. Y nos indicaron que nos las pusiéramos. Ahí yo ya agarré para la mierda ¿Viste cuando uno empieza a sentir como una calentura que le sube desde el estómago hacia la cabeza? Una cosa así empecé a sentir yo. La venezolana se puso la corona lo más campante y me pidió que yo hiciera lo mismo. Y yo no le di ni cinco de pelota. Hasta ese momento trataba de ser más o menos cordial, trataba de no darme máquina porque yo me conozco. Además, no quería dejarla para la mierda a esta pobre mina —que era buenita te cuento— porque ella me había invitado y hacía todo con la mejor buena voluntad. Lo que pasa es que los venezolanos son unos colonizados y yo no sé por qué, pero les caben todas esas payasadas que hacen los *yankis*. Porque te juro que eso era una reverenda payasada. Eso de que te reciban en un boliche y te den una coronita de cartón pintado para que te la pongas. Y no era la Cantina del Lolo, que uno va con globos a bailar la tarantela. No. Eso pretendía ser un lugar bacán, un boliche de primera. Agarré la corona y me la metí debajo del brazo, por no desentonar y tirarla ahí mismo al carajo. Después la máxima: antes de pasar a la sala te recibe un tipo vestido de rey ¡de rey, mi viejo! Con capa, corona dorada, barba, espada, y tenés que sacarte una foto con él. Bah, te

ofrecen sacarte una foto con él, casi que te obligan, porque si no no pasás. Segunda payasada de la noche. No solo te tenés que poner una corona como un pelotudo sino que tenés que sacarte una foto con esa corona y con un tipo disfrazado de monarca, cosa de que quede un testimonio gráfico para las generaciones futuras y que después los muchachos del barrio se caguen de risa del pelotudo que viajó a Miami. Para colmo, yo no tuve reacción para mandarlo al monarca a la concha de su madre. Me quedé como un pelotudo al lado de él y me escracharon en la foto. Porque es todo rápido, chas, chas y a la lona. Y eso, el no haber podido reaccionar, me dio más bronca todavía. Por suerte, no salí con la coronita puesta —al menos defendí ese pedacito de mi honor— salí con la corona debajo del brazo, como corresponde a alguien que no le da pelota a esas cosas. Arriba la venezolana, después, ya en el salón, me cargaba. Me decía que había salido muy lindo y que le podría llevar esa foto a mis chicos. Me quería sacar información la minita, muy bicha, sobre si yo estaba casado y esas cosas, pero yo tenía tal moto encima que ni siquiera le prestaba atención a la mina.

En la sala de espera Horacio, te juro, toda la gente, las casi mil personas, con la coronita puesta. A los *yankis* les decís que se pongan un sorete en la cabeza y se lo ponen. Tipos grandes, viejos, gordos pelados, viejas chotas de lo más elegantes, con la coronita puesta. Y entonces, vino lo máximo. Lo que ya me sacó definitivamente de mis casillas y me dio bien por el forro de las pelotas. La minita que nos había recibido en la puerta del castillo le habla a la venezolana y le indica una cosa, que después la venezolana me transmite. A nosotros nos había tocado la corona blanca y negra y entonces teníamos que hinchar por el caballero Blanco y Negro. ¡Pero mirá vos si serán pelotudos estos *yankis*! ¡Mirá si se cagarán en la libre determinación de los pueblos! ¡No solo te obligaban a ponerte una coronita ridícula sino que, además, te indicaban para quién tenías que hinchar en la pelea a espadaos! ¡Es algo inconcebible! ¡Tenías coronita blanca y negra y tenías que alentar al caballero Blanco y Negro! Es como si acá vos, por ejemplo, vas a un cuadrangular de fútbol-sala y no sos hincha de ninguno de los cuatro equipos. Bueno, muy bien, a los cinco minutos de verlos jugar, si se te cantan las pelotas, ya podes elegir a alguno de los equipos. Porque te gusta cómo la pisan, porque juega un tipo que es amigo tuyo, por el color de la camiseta, porque van perdiendo y te resultan simpáticos o por lo que puta fuere, querido, por lo que puta fuere. Pero decidís vos, elegís vos, vos solito. Te juro que yo, a esa altura, ya tenía un veneno, pero un veneno, que no le daba ni cinco de bola a la venezolana que creo ya se estaba dando cuenta de que esa noche no me cogía. Aunque te cuento que yo, hasta ese momento, tragaba y tragaba. No te digo que me sonreía pero trataba de no agarrar para la mierda y empezar a putearlos a todos en voz alta. Para colmo aparece el payaso del rey ese, el barbudo, y anuncia que nos preparáramos para pasar al lugar del espectáculo. En inglés, por supuesto, pero la

venezolana me iba traduciendo. Que primero iban a pasar los de corona verde, después los de corona roja, y así hasta pasar todos. Y yo pensaba «¿Pero qué es esto? ¿El colegio? ¿Por qué no nos hacen formar fila y agarrarnos de la mano también?» ¡Y los *yankis* lo más contentos! ¡Todos iban pasando de acuerdo al color de las coronitas, saltando, cagándose de risa! ¡Cómo corderos, mi viejo! ¡Después te vienen con la exaltación del individualismo y todos esos versos! ¡Con John Wayne saludando solo desde el horizonte o Bruce Willis haciendo la suya a pesar de que el jefe de policía le ordena lo contrario! ¡Te juro que Bruce Willis va a Medieval Times y se pone la coronita colorada y grita para el caballero Colorado como cualquiera de esos otros pelotudos! ¡Si así los han llevado a Vietnam, a Corea, a la Segunda Guerra, querido! ¡Cómo corderos! Les dicen te damos una gorra y una escopeta y ellos felices, dale que va... ¡Uy cómo estaba yo, mi viejo! Envenenado estaba, te juro, envenenado. Entramos —cuando nos tocó el turno— al salón del show, del espectáculo y donde presumiblemente teníamos que morfar. Mirá, es una especie de tinglado, largo, rectangular, enorme —no sé cuánto tendrá de largo— como si te dijera una cuadra por cuarenta metros de ancho. A lo largo, a los dos costados, las tribunas para la gente, que está dividida por sectores. Acá los rojos, acá los verdes, acá los azules, cosa de que no se mezclen las parcialidades. Porque si llegan a hacer lo mismo en la Argentina, al primer vino que nos tomamos ya estamos todos cagándonos a trompadas. Y son como graderías, donde vos estás sentado en una tribuna y adelante tenés una especie de mostradorcito, también todo a lo largo, como un pupitre continuo te diría, adonde te podés apoyar y adonde además te ponen las cosas para comer. Y todo bastante apretadito, pegado al lado tuyo nomás tenés la otra persona, el ñato que sigue. En una de las cabeceras, alto, hay una especie de palco, que es donde va el tipo disfrazado de rey, el barbudo que, además, es el que dirige la batuta y no para de hablar en toda la noche. Y por la otra cabecera entran los caballeros. Entre tribuna y tribuna, por supuesto, el piso, la pista, no sé cómo decirle, para los caballos. Que tiene una especie de arena, como en los circos. Y las luces, las banderas, esas trompetas que anuncian cuando llega el rey, o la reina. O cuando salen los tipos que se van a cagar a lanzazos, todo eso. Yo me dije «Bueno Carlitos, pará la mano, relajate y disfrutá. Tratá de pasarla lo mejor posible y bajate de la moto». Porque por ahí, en una de esas, hasta me garchaba a la venezolana y todo. Ya se había puesto medio cariñosona ¿viste? y se aprovechaba de que había que estar bastante apretaditos para franelearme un poco. Me daba en la boca unos pedazos de apio, de pepino, no sé qué mierda era lo que nos habían puesto en unos platitos, como entrada fría. Todo medio rústico —porque se come con la mano ahí— como en las películas, eso no te lo había contado. Una copa grisácea de plástico o no sé de qué carajo era, que pretendía ser de bronce. Un copón, como para el Príncipe Valiente. Aparte, un vaso de vidrio y el platito con los pepinos. Para mejor, en mi intento por aflojarme y

ser feliz, cuando empiezan a servir —pasaba un flaco disfrazado de paje o cosa así— me llenan el vaso de sangría ¡Sangría, loco! ¡Cómo en Sportivo Constitución! Yo no sé si estará de moda o en la Corte del Rey Arturo se tomaría, lo cierto es que nos llenan los vasos con sangría. Y ahí le empecé a dar parejo a la sangría. Meta sangría. Cada vez que me pasaba por adelante el paje ese, yo lo cazaba de esa especie de bombachudito que ellos usan y le pedía otro vaso. Al final ya medio me miraba fulero pero me daba, me daba. Porque si hay algo envidiable en esos tipos es la buena onda con que trabajan. Al parecer siempre contentos, siempre cagándose de risa. Yo pensaba «Claro... ¡cómo no van a progresar estos quías con semejante contracción para el laburo y semejante estado de ánimo! No son como los japoneses que laburan porque son enfermos del bocho y si paran de laburar se agarran una depre terrible y se tiran debajo de un Tren Bala. A éstos les gusta». Hasta que la venezolana me lo aclaró. Los pibes laburan por la propina. Por eso tienen tan buena onda, o fingen tener tan buena onda. Y allá el patrón te quiere rajar y te dice te tomás el piro y minga de preaviso de despido, o de indemnización o cualquiera de esas cosas. Te pegan una patada en el medio del orto y andá a reclamarle una mensualidad al Seguro de Desempleo. Para colmo, te cuento, para colmo, al poco rato de dejar las sangrías, pasa de nuevo el rubio, esta vez con cerveza, y me la sirve en una jarrita grande, también símil peltre o cosa así. Y ya mezclé la bebida, ya mezclé la bebida. Yo, que sé que me hace mal. Porque si yo largo con champú, puedo seguirla con champú toda la noche que vos ni lo notás. Pero si por ahí lo mezclo con algún whisky o algún gintonic, ahí viene la cagada, eso me ha pasado.

Y te cuento que estos ñatos no te servían sangría y además cerveza de generosos nomás ¡Te lo sirven así porque no saben chupar, hermano! Ellos mezclan, mezclan cualquier cosa ¿O acaso no toman cerveza con tequila? ¡Toman cerveza con tequila! A mí me contaron que hacen así. Y creen que tomando vino son más refinados. Vos viste que en las películas los que aparecen tomando vino son los intelectuales y resulta que tienen unos vinos de mierda que no se pueden ni probar. Se la pasan hablando de los vinos californianos y me decía Pancho que te tomás un vaso y andás con cagadera como cuatro días con ese vino. La cosa es que te cuento que la cerveza y la sangría me cayeron para la mierda y no me relajaron un sorete. Para colmo de arranque los tipos largan con una sopa. De arranque ¿viste? ¡Una sopa, podés creer? Mirame a mí, muchacho grande, tomando una sopa en la Corte del Rey Arturo. Se la ofrecí a la venezolana que, te aseguro, chupaba y morfaba lo que le ponían adelante. Han sido países muy hambreados ¿viste? Y aunque se notaba que la venezolana andaba bien de guita también era claro que la gente de esas nacionalidades sojuzgadas cuando les dan de comer, aprovechan, no tiran nada, porque no saben si el día de mañana van a tener para lastrar. Aunque la venezolana ya estaba en otra. Habían entrado los caballeros, digamos, había empezado el espectáculo y la gente se

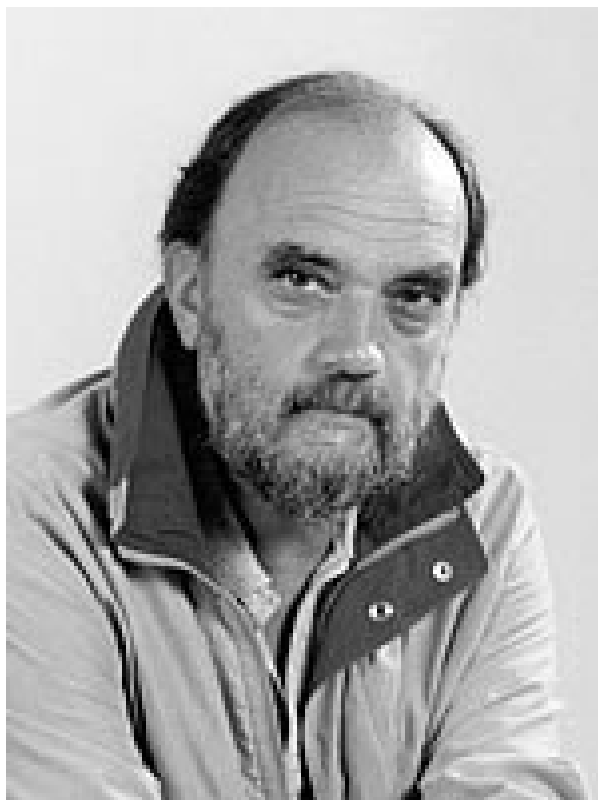
había vuelto completamente loca ¡Pero completamente loca, te juro Horacio! A los que les habían dicho que gritaran para el Caballero Verde, gritaban para el Caballero Verde. A los que les habían dicho que gritaran para el Caballero Rojo, gritaban para el Caballero Rojo ¡Y todo así! ¡Cómo corderos, hermano! ¡Te llevaban como ciego a mear estos imperialistas guachos! Y la venezolana estaba como desorbitada. Gritaba y aplaudía al Caballero Blanco y Negro que se había parado delante nuestro a saludar a su hinchada, porque cada uno se paraba delante de su hinchada para saludarla. Me acuerdo que yo le digo —yo estaba muy mal, te juro— le digo: «¡Pero vos sos una reventada hija de mil putas!». Decí que la mina no me escuchó con el griterío y todo eso, no me escuchó. Pero entonces yo decidí gritar por el Amarillo. A la mierda. De contrera, nomás. Por el Amarillo. Parado en medio de la tribuna de los del Blanco y Negro, empecé a los gritos: «¡Vamos, Amarillo, todavía! ¡Vamos Amarillo, carajo!». Los que estaban alrededor mío medio que me miraban raro. Incluso los de las otras hinchadas. Si hasta te digo que atrás nuestro había un grupo de pendejas brasileñas de no más de catorce, quince años, que hacían un *quilombo* de novela, que me empezaron a abuchear ¡Cómo a un traidor me abucheaban! ¡Si hasta el Amarillo se dio cuenta del despelote y miró para mi lado y yo lo saludé con un puño en alto! ¡Tenía una pinta de grone del Saladillo el pobre santo que más ganas me dieron de hinchar para él! Debía ser algún chicano, alguno de esos portorriqueños o algún mexicanito de esos que se cuelan en los Estados Unidos escondidos adentro de un mionca o cruzando un río. Vendría de alguna hacienda por ahí en Guadalajara y por eso sabría andar a caballo y el pobre cristo había ido a parar a esa payasada y tenía que seguir con el circo para ganarse un mango. Me imagino la vergüenza de escribir una carta a tu vieja diciendo «Conseguí laburo en los Estados Unidos» y mandarle una foto en donde estás vos disfrazado de dama antigua con esa lanza, el escudo, la espadita de juguete. Porque están empilchados perfectamente de época los desgraciados. Así como vos los ves en las películas esas de los castillos. Y los caballos también, te aseguro. Te juro que cuando las brasucas ésas, las pendejas brasileñas me empezaron a abuchear, me paré, me di vuelta y las mande a la concha de su madre. Me hervía la sangre, te juro, y para colmo la mezcla de bebidas ya me había puesto muy alterado. Se ve que ahora están de moda esos viajes de pendejas de quince años, que en lugar de festejar el cumpleaños con una fiesta las mandan a Disneylandia. Y saltaban, gritaban, cantaban esas cosas de Xuxa, y estaban todas recalientes con el Caballero Blanco y Negro que había venido a saludar a su parcialidad y que tenía una pinta de trolo el hijo de puta, vos no sabés la pinta de trolo que tenía ese muchacho. Pero claro, con esas pilchas, con el pelito largo, el caballo, todo eso, las pendejas estaban recalientes y chillaban como si lo vieran a Michael Jackson. Si a esas brasucas las mandan los viejos a los Estados Unidos a ver si algún negro se las recoge de una buena vez por todas y las desvirgan, para eso las mandan.

Y yo me ponía más loco. Dejame de joder, un pueblo creativo como el brasileño, con ese condimento africano, alentando a un vago nada más porque a la entrada les dijeron que tenían que alentarlos ¿Pero por qué no se van a la reputa madre que los reparió? Por algo les va como les va, por algo son casi todos analfabetos esos guampudos, que no saben ni leer.

Decí que en eso trajeron pollo para comer y yo me puse a comer pollo. Pero la joda es que no te traían un pedazo de pollo, un cuarto de pollo, no era que el paje ese, el rubio de bombachudo, te preguntaba «¿La pata o la pechuga». No, El rubio venía con una bandeja así de grande y le iba dejando un pollo a cada uno. Un pollito no muy grande, así sería, enterito, al horno y con una de esas salsas que ellos le ponen a todo, medio dulzona. Porque te aseguro que ellos se creen que comen muy bien y no saben comer un carajo. A todo le meten el ketchup y esas porquerías. La savora, la salsa de tomate. Y con la mano, mi viejo, como los reyes. Yo le entré a dar al pollo por dos razones. Primero, que estaba buenísimo, hay que reconocerlo; y segundo, que me di cuenta de que tenía que comer algo porque había venido chupando grosso y con el estomago vacío. Y eso es mortal. Me había levantado una curda en cinco minutos porque no había comido nada hasta ese momento. Y esa es otra maniobra de estos *yankis* hijos de puta. Te ponen en pedo para quebrarte la voluntad. Uno, borracho, hace lo que el otro quiere. Y estos *yankis* lo aprendieron de los españoles, esos otros hijos de puta. ¿O no lo aprendieron de los españoles? ¿O los españoles no los cagaron a los indios con el alcohol? Los cagaron con el alcohol, mi querido. ¿O acaso la península de Florida no estuvo llena de españoles? Y te garanto que, conmigo, lo consiguieron. Porque yo me comí el pollo, que estaba buenísimo, y también un par de costillitas de cerdo que también te traían, y una papa al horno y no se me pasó la mamá. Te aseguro que hay partes que no te cuento porque no me acuerdo un carajo. Es toda una nebulosa que no me acuerdo y eso fue uno de los argumentos —después te voy a completar bien el asunto— de donde se agarró la abogada, aunque eso es algo que te voy a ir ampliando al final. Lo que sí te juro es que quedé con grasa hasta las pelotas con ene fato de comer con la mano. Porque además, ya habían empezado las peleas eliminatorias entre los caballeros. Te explico: primero los tipos estos hacen una especie de ejercitación de destreza, digamos. Sacan con la lanza una argolla parecida a la sortija, clavan unas lanzas más cortitas en unos blancos de paja. En fin... te diría que esa es la parte más honesta de la cosa porque ahí no hay arreglo, ahí es simplemente una demostración de habilidad ecuestre. Pero en las peleas es un completo circo, un arreglo donde deben decir «Bueno, hoy ganás vos y mañana gana este otro». Así de simple, como en *Titanes en el Ring*. Cosa de que no gane siempre el mismo y el tipo se sienta Gardel y ya pretenda el día de mañana irse a las Olimpíadas de las Justas Medievales. O se les descuelgue a los tipos con que quiere más guita porque él es el Rey de la Milonga. La cosa es que habían empezado a

eliminarse entre ellos y la gente deliraba. Hacían duelos de uno contra uno, de aquellos de Ivanhoe. Con las lanzas largas, uno a cada lado de una especie de valla bajita, se venían y se pegaban en los escudos. El que caía quedaba eliminado ¡Y el mío venía prendido, che! Y yo que había seguido con la sangría, estaba cada vez más dado vuelta, te reconozco. Me limpiaba las manos con grasa en la espalda de la venezolana, por ejemplo. No por hijo de puta. De los nervios, nomás ¿Viste cuando vos ves que estás perdiendo el control, que hay algo que te sube y te sube desde el estómago por la garganta y no lo podés contener? Para colmo las brasileñas me gritaban de todo porque el Blanco y Negro también venía clasificándose para la final ¡Cómo estaría yo de acelerado, de desorbitado, fuera de mí mismo, que el Caballero Amarillo cuando ganó la penúltima pelea, primero saludó a su público y después se vino enfrente mío y me saludó con una inclinación de la lanza! Hasta el rey, el pelotudo ese que no paraba de hablar, me miró desde su palco como cabrero ¡Y para qué te cuento que la final fue entre el Caballero Amarillo y el Blanco y Negro! Ahí me volví loco. Me paré en mi asiento, me di vuelta hacia las brasucas, saqué guita que tenía en el bolsillo y la estrellé contra el respaldo de nuestra fila. «¡Hay guita a mano del Amarillo!» grité «¡Hay guita a mano del Amarillo, la concha de su madre!»». Y arrugaron, las brasileñas arrugaron —vos bien sabes que los brasucas arrugan de visitantes— pero empezaron a cantar no sé qué cosa. Me miraban y me señalaban, se reían las pendejas, muy ladillas, saltaban en sus asientos. Empezó el duelo final y yo, te lo digo con una mano en el corazón, estaba más nervioso que con Central. Para colmo, tenía la intuición de que al Caballero Amarillo no le tocaba ganar esa noche, pero que se había agrandado fundamentalmente por el apoyo mío. Había encontrado un pelotudo que lo alentaba contra viento y marea, metido entre medio de la hinchada de los contrarios, pateándole el tablero a todos esos *yankis* mariconazos y había dicho «Yo a este tipo no puedo fallarle». El morocho se había envalentonado, cansado de que lo basurearan los otros por ser hispanoparlante y había dicho «Esta noche gano yo y se van todos a la puta madre que los reparió» ¡Y se vienen che, y el Amarillo lo sienta al otro de culo de un lanzazo! ¡A la mierda con el rubiecito troló, el Blanco y Negro! No sé, no me acuerdo muy bien qué fue lo que hice. Me paré en el asiento, creo que le grité algo al rey y me agarraba las bolas, le hice así con los dedos como que me los cogía a todos. Después me di vuelta hacia las brasileñas y también me agarraba los huevos y se los mostraba. Ni sé dónde carajo había ido a parar la venezolana, por ejemplo. Creo que le pegué un empujón cuando el Blanco y Negro rodó por el piso y la tiré como cuatro escalones más abajo. Estaba loco, loco. Tan loco estaba puteándolas a las brasucitas que no me di cuenta de que el Blanco y Negro se había parado, había sacado su espada y se le venía al humo al Amarillo ¡La pelea no había terminado! Me apiolé recién cuando vi que las brasucitas ya no me puteaban sino que saltaban y alentaban de nuevo mirando la

pista de las peleas. Y el Blanco y Negro lo cagó al Amarillo. Simularon pelearse a espadas y con esas bolas de pinchos —porque fue una simulación asquerosa— y el negro puto ese del mexicano se tiró al piso como quien se tira a la pileta, se dejó ganar el hijo de puta. La dignidad azteca en la que yo había confiado no le alcanzó para tanto. Habrá pensado, el piojoso, que era mejor asegurarse un plato de frijoles que ganar esa noche para darle el gusto a un argentino totalmente en pedo. Entonces el Caballero Blanco y Negro se vino hacia nosotros, hacia nuestro sector, caminando nomás, y saludó con la espada hacia su tribuna, especialmente hacia el grupito de brasileñas que chillaban histéricas. Ahí fue donde yo cacé el vaso, yo cacé el vaso de vidrio, el alto, el de la sangría Horacio, yo cacé el vaso y, mirá —el Caballero Blanco y Negro estaría como de acá a allá— y le zumbé con el vaso. Acá se lo puse, exactamente acá, en medio de la trucha, en el entrecejo. Cayó redondo el hijo de puta. No dijo ni *Ay*. Le salía sangre hasta de las orejas. Acá se la puse. Lo que vino después, bueno, vos te lo imaginás. Vos sabés como son estos *yankis* con la cuestión de los juicios. Hay una industria del juicio allá. Vos venís a mi casa a comer una noche, te atragantás con una miga de pan y me metés un juicio, así no más, derecho viejo. No sabés el tiempo que estuve detenido. Después pude salir por eso que te decía de la abogada que adujo *Descontrol psíquico bajo estado de emoción violenta*. Pero la cosa continúa, Horacio. A través de la embajada. Si tengo que ponerme son arriba de 27.000 dólares, hermano, no es moco de pavo ¿me entendés? Por eso te digo que me aguantes un poco, yo no tengo ninguna intención de cagarte, eso de más está decirlo. Vos sabés bien cómo son los norteamericanos. Y ésta es otra de las formas que los tipos tienen para sacarle la guita a los tercermundistas. Especialmente a todos aquellos que se oponen al sistema. Por eso te digo, aguántame un cacho hasta que salga la sentencia. Aguántame un cacho, Horacio, que yo creo que todo se va a solucionar.



ROBERTO *El NEGRO* FONTANARROSA nació en Rosario, en 1944. Su carrera comenzó como dibujante humorístico, destacándose rápidamente por su calidad y por la rapidez y seguridad con que ejecuta sus dibujos. Estas cualidades hicieron que su producción gráfica sea copiosa; a las recopilaciones de chistes sueltos *¿Quién es Fontanarrosa?*, *Fontanarrosa*, *Fontanarrosa y los médicos*, *Fontanarrosa y la política*, *Fontanarrosa y la pareja*, *El sexo de Fontanarrosa*, *El segundo sexo de Fontanarrosa*, *Fontanarrosa contra la cultura*, *El fútbol es sagrado*, *Fontanarrosa de Penal*, *Fontanarrosa es Mundial* y *Fontanarrosa continuará* se le suman las de historietas *Los clásicos según Fontanarrosa*, *Semblanzas deportivas*, *Sperman* y las andanzas de sus personajes más famosos: *Inodoro Pereyra* y *Boogie, el aceitoso*, de los que ya existen veinte y doce volúmenes, respectivamente.

En medio de esta avalancha gráfica, publicó allá hace tiempo un libro de cuentos, *Los trenes matan a los autos* que fue tratado con cierta condescendencia por la crítica como el intento de un dibujante jugando a ser escritor. Años más tarde insistió con la novela Best Seller, *una aventura del mercenario sirio homónimo*. Esta vez su próximo libro escrito no tardó en aparecer *El mundo ha vivido equivocado*, cuentos, y desde entonces lo han venido haciendo regularmente. Hasta el momento, además de los citados, lleva publicadas las novelas *El área 18*, *La Gansada* y los libros de cuentos *No sé si he sido claro*, *Nada del otro mundo*, *El mayor de mis defectos*, *Uno nunca sabe* y *La mesa de los Galanes* (y probablemente algún otro que no conozco). En sus ratos libres se lo podía encontrar tomándose un cafecito en el bar *El Cairo*, escenario de muchos de sus mejores cuentos.

Aquejado de una enfermedad neurológica, en enero de 2007 Fontanarrosa anunció a sus lectores que su dolencia le impediría continuar dibujando con su propia mano, por lo que, a partir de aquel momento, contaría para poner en imágenes sus ideas con la colaboración de otros dibujantes, como Negro Crist (Cristóbal Reinoso) u Óscar Salas. El 19 de julio de ese mismo año, Fontanarrosa falleció en Rosario, su ciudad natal, a consecuencia de esta enfermedad.

Notas

1_ En agosto de 1924, Émile Lebrun finaliza su novela *La saga de los Ledrú-Rollin*. Le ha tomado 45 años escribirla, casi una vida (Lebrun muere en 1935, en Alise Sainte-Reine, a los 53 años). Esperanzado, en setiembre viaja a París y presenta su obra al ya poderoso editor Jacques Malleville quien le dice que, por ser la obra de un principiante, parece la de un escritor terminado. Y que se trata de un libro demasiado largo (7945 folios). Le aconseja luego que pruebe suerte en otros ámbitos, como ser la escultura, sugerencia que Lebrun (ya enfermo) no alcanza a comprender en toda su dimensión; o bien, agrega Maileville, que intente en la Bolsa de Valores de Londres donde ciertos papeles alcanzan elevada cotización. Herido y confuso, el escritor nacido en Reims, bajo un ataque de furia y pese a la desesperada oposición de su sufrida esposa Anne, quema íntegramente su trabajo. Sin embargo, dos años después y ante el pedido de su mujer (que lo advierte ansioso y desasosegado) decide volver a escribirla. Paradójicamente, en esta segunda ocasión finalizar su novela le lleva sólo 9 años, ayudado quizás por el conocimiento previo de la trama y el desenlace. Sin embargo, la inclusión de un nuevo personaje (el delicioso Pierre Turenne du Barry) hará más extensa aun la obra, alcanzando esta vez los 8674 folios. Una vez más Lebrun visita al editor Malleville quien directamente no lo recibe. Desalentado, Lebrun se alista en la Legión Extranjera para servir en el Rif, Vuelve tres años después, agravada su extraña enfermedad y casi completamente ciego de un ojo donde se le ha enquistado presumiblemente un fragmento de dátíl. En París, lo recibe (por fin) una buena noticia. La publicación *La Entente Cordiale* —revista popular que alterna la difusión de *nouvelles* con ofertas de carricoches accionados por vapor — le ofrece publicar *La saga...* levemente resumida en un máximo de ocho carillas. Lebrun considerándose agraviado, amenaza con recurrir a sus ex compañeros de milicia. Pero Anne, más práctica (y urgida por la pobreza) acepta. Sintiendo traicionado por su propia esposa, Émile Lebrun cae en cama y no vuelve a levantarse más hasta el día de su muerte, sin dejar de rogar un solo instante ser incinerado junto con su obra. Anne, con un pragmatismo aprendido en el manejo de las economías de la casa, se ocupará, entonces, de reducir la novela hasta ceñirla al pedido de *La Entente Cordiale*. Es esta versión, la de Anne de Lebrun, la que reproducimos hoy para deleite de nuestros lectores.<<

.